



# Redescubrir Ávila

Artículos, fotografías y grabados antiguos

José Luis Pajares





Foto: Abuda.

JOSÉ LUIS PAJARES, (Ávila, 1956).

Tras graduarse en Artes Plásticas, estudió Bellas Artes en Bilbao y Madrid. Es doctor en Bellas Artes por la Universidad Complutense, profesor del Instituto Jorge Santayana, miembro del Consejo de Fábrica de San Vicente y colaborador de otras asociaciones e instituciones. Ha realizado numerosas exposiciones en distintos países, obteniendo premios en certámenes nacionales e internacionales.

Recientemente ha representado a España en la XIX Bienal de Alejandría, donde ha sido galardonado con el Premio del Jurado.

Foto cubierta: «Castilla» o «La Fiesta del Pan».  
Las Regiones de España. Joaquín Sorolla.  
Óleo sobre lienzo.  
The Hispanic Society of América, New York.











# REDESCUBRIR ÁVILA

Artículos, fotografías, grabados y planos antiguos

José Luis Pajares





© 1998, JOSE LUIS PAJARES  
© del texto: JOSE LUIS PAJARES  
[http: www.aviladelrey.com/pajares](http://www.aviladelrey.com/pajares)

Diseño y Maquetación: MUJAN, Industrias Gráficas Abulenses.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial sin la debida autorización.

Salvo indicación, todas las fotografías y grabados de este texto pertenecen a la colección del autor.

ISBN: 84-605-8359-7.

Depósito Legal: AV-302-1998.

Imprime: MUJAN, Industrias Gráficas Abulenses. ÁVILA.

*«Hemos colaborado con algunos de nuestros biógrafos con películas y recuerdos que no siempre coinciden; esto me demuestra que la historia debe ser una basura total, porque si ni siquiera nosotros logramos ponernos de acuerdo sobre la nuestra, y aún estamos vivos, que Dios se apiade de todas esas historias de romanos o sobre caballeros medievales».*

George Harrison

*«Provincia porque es raíz, pero nosotros tenemos nuestras raíces en el vasto mundo».*

Roberto Bazlen





# Índice

Prólogo.....	7
Clifford.....	9
Laurent.....	12
Referencias y precedentes fotográficos.....	18
La postal.....	29
Juegos medievales.....	38
Jardines y patios.....	42
Vista Aérea.....	50
Lorca.....	55
Un nóbel.....	59
La vuelta.....	62
Covachuelas.....	64
Decadencia.....	68
Santo Domingo.....	72
Un pintor entre Ávila y Nueva York.....	79
El mercado.....	84
El Paseo Dorado.....	92
Puente romano.....	98
Torquemada.....	101
Ortiz-Echagüe.....	113
Tipos y trajes.....	116
Vistas grabadas.....	120
La Gloria de Sirio.....	126
El barrio de los canteros.....	134
La ciudad de las campanas.....	140
Calles de siglos.....	149
El río.....	178
Desde el cielo.....	180
La otra muralla.....	187
El mirador.....	193
Plano de Pedro Haro.....	198
Nalvillos y Aja.....	200
Seis fotografías panorámicas.....	212
El Grande, 1880-1980.....	216
Alrededor de la muralla.....	231
Sorolla.....	246
Tomás Luis de Victoria.....	252
Palacios y casas.....	257
Antiguos barrios.....	266
Portada de Ariz.....	273
Entornos.....	274
Archivo Antonio Mayoral.....	278
Escenas y lugares.....	285
San Vicente.....	308
Santayana.....	314
Epílogo con Orson Welles.....	321





# Prólogo

Entre 1995 y 1998 fueron apareciendo en la revista «Compra-Venta» una serie de fotografías antiguas y grabados, acompañados de artículos en los que se trataban aspectos históricos de la ciudad de Ávila. Distintas iniciativas propusieron recopilar en un texto todo este material, disperso en números quincenales, que difícilmente se lograban reunir en su totalidad.

Estas viejas imágenes, la mayoría de ellas reproducidas por primera vez, redescubren una desconocida visión de la ciudad. Esas panorámicas que tomaron fotógrafos, viajeros o artistas son descubiertas como algo desconocido. Los artículos revisan así mismo algunos viejos temas y tratan otros totalmente nuevos.

No se trata de recrearse en el atavismo o la añoranza del pasado, sino de conocer lo que ha conformado esta ciudad, para comprenderla, para orientar mejor ese futuro del que tan necesitada sigue, sin oscuridades sin conflictos.

Tomar el pasado como referencia y no como referente puede dar lugar a nuevos e interesantes puntos de vista. Investigar aquello que nos fascina, no importa en qué tiempo, resulta siempre atrayente. Anselm Kiefer, uno de los pintores que están renovando el panorama actual del arte, cree que «La historia no es algo que ya esté hecho, es algo fluido como el nacimiento de las estrellas». Quizá se aventura demasiado al afirmar que la «historia es el futuro», aunque para muchos movimientos artísticos así ha sido; lo que sí es cierto es que conviviremos con ella eternamente y hasta es seguro que nos sobreviva.



# Clifford



Puerta del Alcázar.

Foto: Charles Clifford, h. 1860. Archivo: Harry Ranson. The University of Texas at Austin.

Desde mediados del siglo XIX un gran número de fotógrafos europeos, mayoritariamente franceses e ingleses, se propusieron recoger en imágenes expediciones a países lejanos o bien realizar viajes dentro de su propio continente por lugares inéditos para la fotografía como era España.

Las primeras fotografías que se conservan de Ávila fueron realizadas hacia 1860 por uno de los pioneros de la fotografía en España: Charles Clifford (1819-1863).

La obra de este inglés no es muy amplia, solamente realizó alrededor de ochocientas placas, pero sus tra-

bajos son de una excelente calidad para los medios con que se contaba en la época. En 1850 se trasladó a Madrid, en buena medida porque entonces no había en España profesionales que contasen con los equipos que él tenía a su disposición. Favorito de la Reina Isabel II, fue nombrado fotógrafo real acompañando a la corte en sus viajes por España. De este modo fue obteniendo instantáneas por encargo que resultarían ser, en muchos casos, la última visión de una crónica a punto de desaparecer. Esto fue lo que ocurrió por ejemplo, con la conocida fotografía del Mercado Grande, carac-



terizada por esos rústicos soportales, que no volverían a ser captados en su estado primitivo por ningún otro fotógrafo.

Investigador, daguerotipista, calotipista, instructor de métodos fotográficos y aficionado a la aeronáutica, Clifford utilizaba todos los medios a su alcance. Antes de que el famoso Nadar subiese en globo con una cámara en París, ya lo había hecho él en Inglaterra y poco después realizaría ascensiones también en España, tomando vistas aéreas de ciudades, paisajes y acontecimientos; poseía esa valiosa cualidad del hombre que prevee la tecnología futura y sabe cómo perfeccionarla.

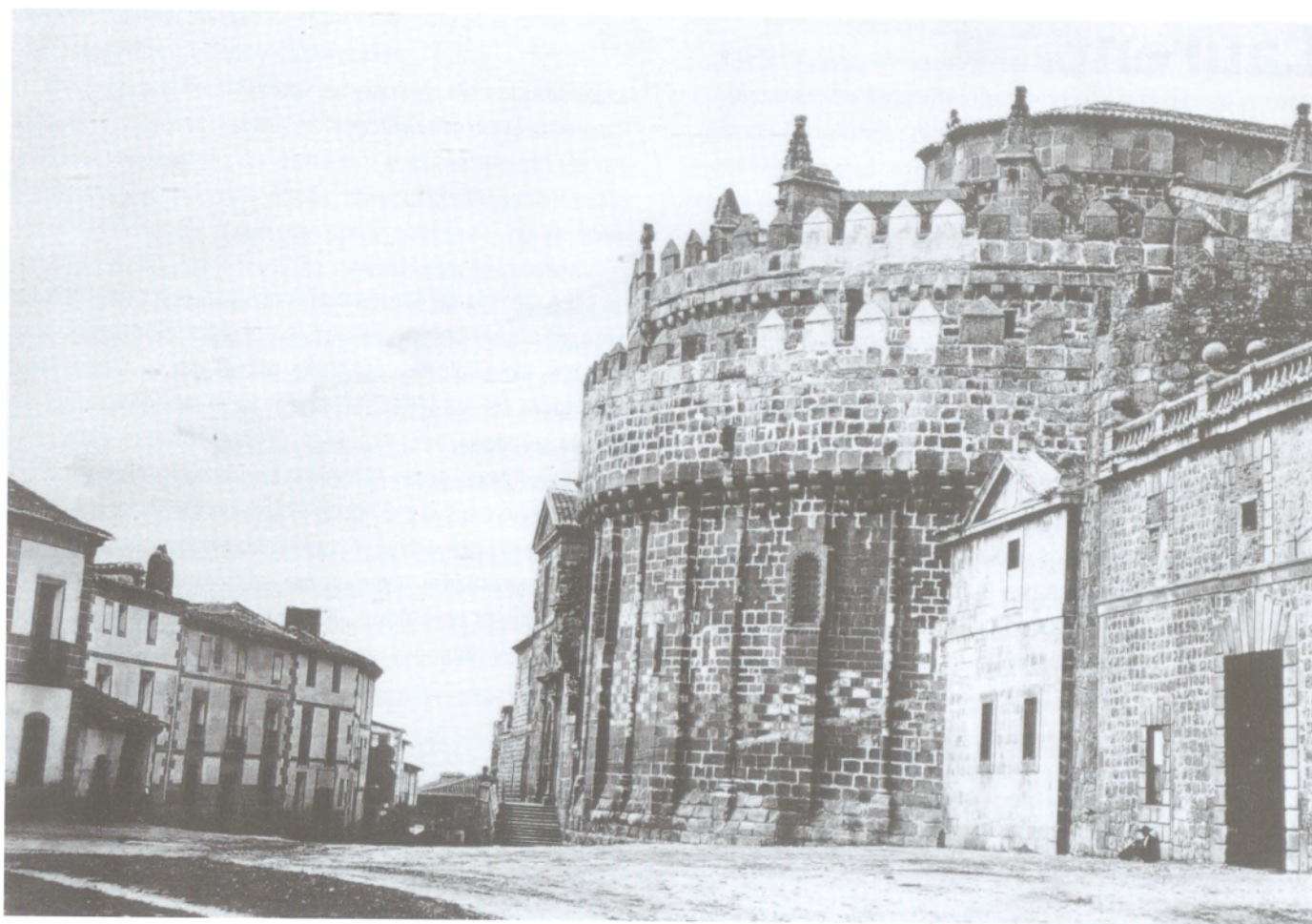
Desplazada sobre un carro tirado por animales, la cámara de Clifford pesaba más de 300 Kilos. En unos apuntes de «*A photographic Scramble Through Spain*» describe algunas situaciones con las que solía enfrentarse en 1862:

*«Los problemas que encuentra un fotógrafo en su trabajo no son pocos viajando por un país como España en el que se desconocen las comodidades del transporte; en el que las temperaturas llegan a alcanzar hasta los 40 grados a la sombra; en el que el agua es tan difícil de encontrar como en el Sáhara, y en el que, debido a la extrema sequedad del suelo, el polvo es la regla y no la excepción. Añádase a esto el hecho de que, por el imperativo del considerable tamaño de las fotografías (30x40cm), el equipo debe ser necesariamente grande, y puede pesar 300 kilos... Con esta impedimenta debidamente equilibrada y sujeta a lomos de mula, y hasta nuestra animosa persona cargada de similar manera, iniciamos nuestras expediciones a las cuatro de la mañana. Imagínense ustedes nuestra desesperación y desasosiego a cada tropiezo de estos orejudos animales, que amenazaban con destruir nuestras frágiles lentes, placas y cubetas».*

Su campo no se limitó, sin embargo, a recopilar imágenes. Investigó continuamente como lograr mejores resultados en el laboratorio. En principio utilizó negativos de papel, más tarde pasó a ensayar en placas de cristal que ofrecían una sustancial mejora de la calidad. Sacó provecho de todas las posibilidades que el progreso le fue ofreciendo y por si esto fuese poco, su esposa Jane era una valiosa profesional que le ayudaba ocasionalmente en sus trabajos.

En la primera fotografía, la muralla y la alhóndiga sirven de fondo a una plaza, que vio pasar a lo largo de su historia glorias espléndidas y negros sucesos. El lugar, aun desheredado de todo fasto, conservaba en el siglo XIX la presencia de un noble escenario. Captada con una luz clara y tamizada, Clifford busca un encuadre en el que edificios y monumentos se integren en un conjunto armónico. Para realzar la monumentalidad de la muralla, situó la cámara lo más baja posible, próxima al suelo; de ese modo consiguió magnificar las dimensiones de los edificios y captar al tiempo con todo detalle el empedrado del pavimento. Las guías del adoquinado convergen al final de su perspectiva en el arco de la muralla, centrando la imagen en el monumento principal. Aunque realizó retratos y algunos tipos del país, Clifford no era muy dado a incluir personajes en sus tomas, el riesgo del movimiento durante la exposición, podía deslucir en ocasiones los minuciosos preparativos de una placa. Sin una sola figura que transite por la escena, la mirada termina por fijarse en esa solitaria carretilla que parece haber sido abandonada, como si la ciudad acabase de quedar vacía y a las piedras sólo les quedase ya extinguirse con el paso del tiempo.





Catedral, ábside.

Foto: Charles Clifford, h. 1860. Archivo: Harry Ranson. The University of Texas at Austin.

El riesgo y las dificultades que entrañaba la profesión eran en parte compensados por los beneficios que estos fotógrafos foráneos sabían obtener. Aprovechaban sus viajes de trabajo para encontrar distribuidores que vendiesen sus fotografías, que luego se podían adquirir en las propias localidades, por medio de suscripciones o directamente en su estudio que se anunciaba en la prensa. En ocasiones Clifford daba a conocer sus carpetas en Londres o París donde encontraba coleccionistas y entidades interesadas en la «insólita España».

En 1862 la Reina Isabel II le encargó la que sería su obra más antológica, que tardaría 10 años en realizar: 171 fotografías de 27 ciudades del país. Clifford realizó al menos cuatro vistas de Ávila en esa época: la del Arco del Alcázar, mencionada anteriormente; una vista

general desde los Cuatro Postes; otra de la portada de la Catedral, y esta que reproduce el ábside fortificado de la misma iglesia, con la Alhóndiga de nuevo al fondo. Aunque el motivo principal es el cimorro, huye de retratar el monumento aislado; lejos de eso, prefiere integrar las sucesivas construcciones que surgieron a su alrededor a lo largo del tiempo, desde las más regias a las más humildes. Como observa el norteamericano Lee Fontanella «a Clifford parecen interesarle los distintos estilos arquitectónicos presentes, así como las diferentes etapas del crecimiento». Un concepto que no siempre se ha entendido por quienes tendrían que velar por estos conjuntos. Fíjense por último, en el edificio de las carnicerías, sus únicos dos pisos están rematados por una balaustrada que será repuesta próximamente.



# Laurent

El autor de la fotografía de la alhóndiga es Jean Laurent, 1816-1892. Este fotógrafo francés se trasladó a Madrid en 1843 y quince años después comenzó a formar un museo de fotografías propias. Estableció un estudio en la Carrera de San Jerónimo en el que ofrecía más de seis mil vistas de España y Portugal, en veinte mil placas con distintos tamaños y ediciones de muchas de ellas. Viajeros, coleccionistas e instituciones extranjeras y nacionales, se surtieron de este almacén fotográfico donde el público podía encontrar los monumentos más característicos de cada provincia.

La galería de Laurent era visitada por personalidades, entre las que no faltaba la nobleza. Nombrado a la muerte de Clifford, fotógrafo oficial de la Casa Real Española hasta 1868, fue encargado de fotografiar las obras públicas más notables de la época, al igual que lo había hecho antes el inglés. Laurent era ante todo un artista, uno de sus primeros objetivos fue realizar por su cuenta y no por encargo, como sucedió con otros fotógrafos extranjeros, un extenso archivo de las colecciones artísticas españolas. Premiado y condecorado con numerosas distinciones, supo retratar una gran varie-



Muralla y alhóndiga.

Foto: J. Laurent, 1864. Archivo: J. L. Pajares.



dad de temas, desde la ingeniería industrial o los tipos del país a los paisajes pintorescos.

Laurent solía trasladar su cámara de una ciudad a otra en ferrocarril, junto con un pequeño carro que contenía el laboratorio de campo. La construcción de las primeras carreteras y líneas férreas en España facilitó enormemente la tarea de estos pioneros de la fotografía. Investigador y audaz empresario, diversificó sus negocios, fabricando papeles labrados, cajas decorativas, desarrolló lentes oscuras, investigó cómo colorear fotografías e inventó un sistema para ver imágenes en tres dimensiones. De estas y otras innovaciones sacó provecho, aplicándolas a ingenios y manufacturas. No todas las fotografías que se le atribuyen fueron realizadas por él mismo Laurent. A partir de 1870, aproximadamente, su sello se transformó en Laurent & Cia., una empresa que contaba con fotógrafos «comisionados» que realizaban trabajos de encargo para la casa, que pasó a ser regida por su hijastra.

Los trabajos de este pionero suelen ofrecer una alta precisión a pesar de estar enfocadas «a ojo»; en las copias originales de la alhóndiga tomada por Laurent se pueden leer por ejemplo las letras grabadas en los dinteles de las puertas. Esa nitidez se conseguía gracias al gran tamaño de las placas de cristal que empleaban como negativos: 27x36 centímetros, el mismo que las fotografías positivadas que revelaban por contacto directo con el papel de albúmina.

Las más de cincuenta fotografías de Laurent sobre nuestra ciudad proceden posiblemente de cuatro viajes distintos, aunque solamente los dos primeros, como ya hemos dicho, fueron realizados por él y el resto por asociados. Esta instantánea de 1864 pertenece a la primera de las expediciones y aparece ya a la venta en el primer catálogo de 1867. No es la más antigua placa de la puerta del Alcázar; anterior es la de Clifford con los soportales, pero a cambio podemos casi en su totalidad la antigua alhóndiga de Ávila. Este edificio del siglo XVI era uno de los dos que ocultaban la muralla en la plaza del Mercado Grande, el otro era el de las Carnicerías, adosado al cubo de la esquina del Rastro. La alhóndiga estaba destinada al almacenamiento y venta del grano y la harina, pero sobre todo del pan. José Mayoral Fernández, desaparecido cronista de la ciudad, contaba que «*el pan también se encontraba en la lonja de sus soportales, bajo severas sanciones si así no se hacía, según numerosos acuerdos consistoriales de los siglos XVI y XVII, lo que pone de manifiesto el simbolismo del carácter español de pan y toros*».

El mercado de áridos fue un rasgo de esta ciudad. Según Azorín «*Ávila señorea los graneros, las eras y los mercados de toda Castilla; tiene el privilegio de la medida de los granos; por el "marco de Ávila" se han de regir mercantes y libradores*». El "marco" al que alude Azorín, «*es la media fanega, que desde 1369 hasta los Reyes Católicos, se cita en documentos y manuscritos como patrón para el contrato de las medidas de áridos en toda España. Este privilegio produjo cuantiosos rendimientos al municipio abulense hasta la declaración del sistema métrico decimal. Se le llamó también "pote", nombre procedente de Asturias, de donde vinieron los primeros repobladores de Ávila. Y creemos que se extendió hasta América*» (Mayoral). El original de este recipiente semejante a un caldero, se guardaba en la alhóndiga; actualmente se conserva en el Ayuntamiento. Una escena de la medición del grano se puede ver en un relieve que está en el jardín de San Vicente, este relieve de granito y el escudo de la ciudad que hay también allí, proceden de la alhóndiga; este último es el situado a la izquierda de la fachada. Los dinteles están distribuidos por distintos lugares de la ciudad; uno en donde se lee «*puerta principal por donde se pasa el pan de esta dicha alhóndiga*», se instaló en el paseo de San Segundo; alguno se guardó en la Catedral, otros se utilizaron como bancos del Parque de San Antonio. Un amigo, que trabajó durante años en la UNESCO, vino a visitarme hace años; después de salir a dar un paseo tras el viaje, regresó a casa exaltado, «*ven conmigo, quiero enseñarte algo que no conoces*», me dijo. Le acompañé hasta el cercano parque. Emocionado me mostró los dinteles grabados, que entonces estaban como bancos; para él aquello era inaudito. Tuve que advertirle de los descubrimientos que haría de este tipo, si se acercaba hasta el casco antiguo. Más tarde, los dinteles se empotraron como parte del adoquinado del paseo central. Rescatados de esa humillación, el pasado mes de junio fueron amontonados de modo precario, como si no se supiese qué hacer con ellos. Esperemos que tengan mejor compañía que una de esas fuentes-piscina que embellecen actualmente la muralla.

A lo largo de la historia, la alhóndiga tuvo otros usos: fue cárcel de nobles, de ella salió Don Diego de Bracamonte hacia el patíbulo; sirvió de Ayuntamiento, allí se celebraron las sesiones en 1589; se reclutaron milicias en siglo XVII, en su fachada se colgaba el banderín de enganche; fue cuartel de la Guardia Civil y más tarde se transformó en el café Rubiños, «*con botillería y sala de baile y música en el piso alto*», según Gutierrez





Ábsides de San Vicente.

Foto: *Laurent y Cia.*, h. 1885. *Archivo Ruiz Vernacci.*

Robledo. Poco antes de su demolición en 1881 fue escuela municipal.

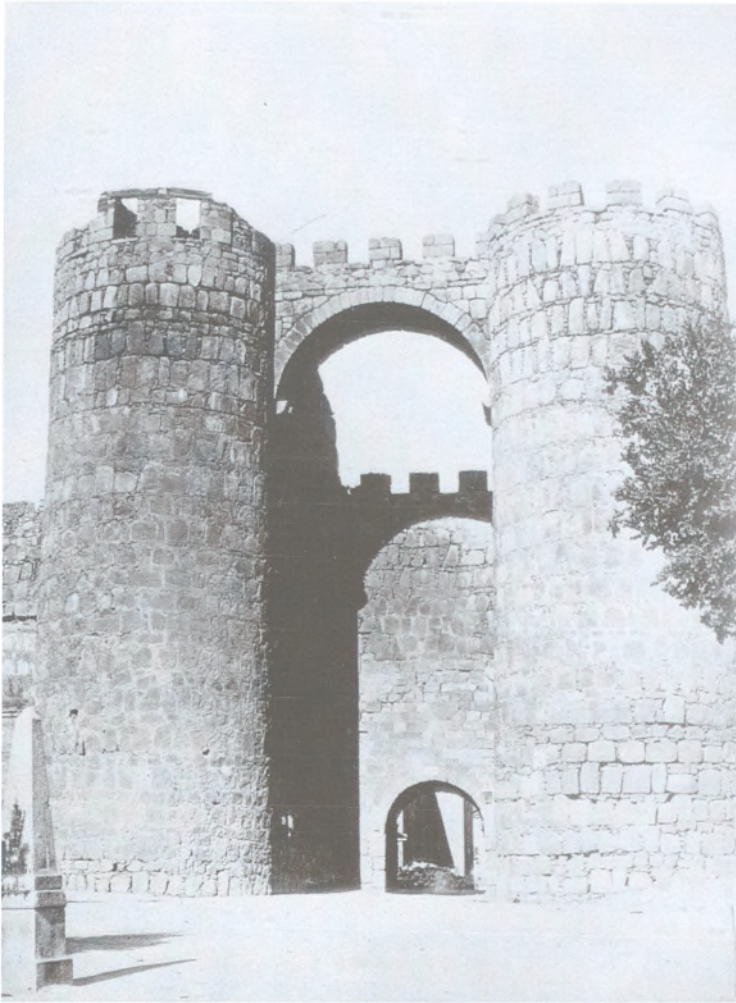
Tras el torreón del Homenaje, con tejas, asoma parte del antiguo alcázar que dio nombre a la puerta. Al fondo del arco se ve otro muro de la desaparecida fortaleza. La muralla aparece, prácticamente, con todo el almenaje desmochado.

Otra antigua vista de este arco es la que dibujó Francisco Xavier Parcerisa hacia 1865. Este dibujante barcelonés (1803-1875), realizó un gran número de láminas recorriendo todo el país, para la serie de libros de José María Quadrado «*Recuerdos y Bellezas de España*». Parcerisa dibujaba del natural pero utilizó en ocasiones daguerrotipos para realizar las ilustraciones de las 28 provincias españolas. La puerta del Alcázar estaba incluida, junto a otros monumentos de la ciudad, en el tomo de «*Salamanca, Ávila y Segovia*», editado en 1865. En una edición posterior de 1884, los grabados de Parcerisa se sustituyeron por fotografías; una de ellas fue precisamente la de Laurent, aunque retocada por Meisenbach.

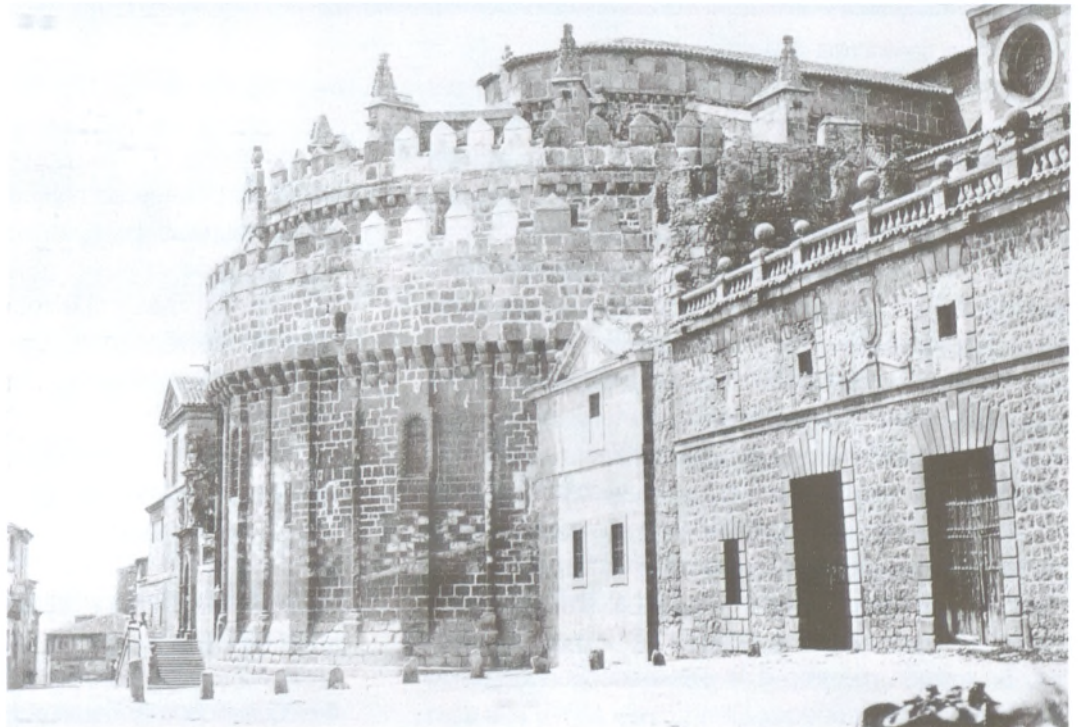
La desaparecida fuente de la plaza, con caños y pilón circular, saciaba la sed de bestias y arrieros que llegaban a la ciudad. El manantial y sus alrededores eran lugar para la charla, punto de encuentro de vendedores, y patio para ojear al vecindario yendo y viniendo a ninguna parte; vamos, igual que ahora.

En la fotografía superior de esta página vemos los ábsides de la basílica de San Vicente, tras la controvertida restauración de E.M. Repullés en 1885. Aún se ven los sillares originales sustituidos en el suelo. En buena medida, aquellas obras, más que una restauración, supusieron una completa reconstrucción de ciertas partes de la basílica, principalmente de las fachadas exteriores más dañadas por el paso del tiempo. La imagen lleva ya la firma de Laurent & Cia. En la siguiente hoja se contempla una instantánea del arco de San Vicente con los merlones aún por consolidar, y la versión que hizo el francés del cimorro de la catedral, estas dos placas datan, sin embargo, de 1864.





Puerta de S. Vicente  
Foto: J. Laurent, 1864. Archivo: J. L. Pajares.



Ábside de la Catedral.  
Foto: J. Laurent, 1864.  
Archivo: J. L. Pajares.





Vista general panorámica de Ávila.

Foto: J. Laurent, 1864. Archivo: J. L. Pajares.

Al igual que Clifford, Laurent realizó desde el lugar llamado Cuatro Postes la panorámica más característica de Ávila. Esta vista general de la ciudad, está compuesta por dos fotografías contiguas que encajan perfectamente; el que ambas tomas quedasen acopladas a ojo debió requerir un ajustado cálculo.

Como documento gráfico la fotografía aporta datos de interés. A la izquierda, aparece parte de la alameda de árboles que acompañaba el camino de la ronda vieja. Delante del Carmen, la tierra y escombros acumulados durante siglos, impiden ver la entrada del arco. En varios lienzos de la muralla se aprecian huellas de casas que antes estuvieron adosadas. Todo el monumento, aún por restaurar, tiene numerosos desperfectos; un torreón próximo a la ermita de San Segundo está seriamente dañado.

La barriada intramuros de San Esteban conserva casas dieciochescas con sus huertas y corrales. Fuera de las murallas, perviven dos pequeños burgos, el de San Segundo, con el primitivo muro de protección que le cercaba, y más a la derecha la barriada de la antigua Fábrica de Paños. Ambos han sido derribados durante los años ochenta y noventa, en contra de los informes fundados de técnicos y academias de Bellas Artes, que establecían razonables criterios de selección y conservación de algunas de estas edificaciones, principalmente en una de ellas, que se planteó como sede de las mas de doscientas esculturas de la Fundación Capa. Esta colección incluía obras de Benllure, Dalí, Oteiza, Martín Chirino y así hasta un centenar de escultores conocidos. Finalmente este importante patrimonio, que podría haberse distribuido en parte alrededor





de la muralla, formando un museo único en España, ya que algunas obras, como la de Dalí, miden más de tres metros, se ha marchado a otra ciudad mediterránea que amablemente si ha sabido aprovechar la iniciativa. Allí han comenzado las obras de acondicionamiento del museo, junto con la fundación cultural que formará a nuevos escultores de todo el mundo. De cualquier modo, Capa, en un gesto que le honra, ha firmado la cesión sólo por cinco años, «por ver si aquí logran ponerse de acuerdo en este tiempo». Hasta ahora no han existido reacciones serias para que la colección se instale en Ávila, que es uno de los lugares donde a él más le agrada, ya que en su juventud se formó aquí.

En el medievo las fortalezas y los burgos exteriores, formaban un conjunto integral. Desde sus orígenes Ávila construyó iglesias, molinos, batanes, y casas en los barrios extramuros; la ciudad no fue nunca un castillo aislado. El afán por dejar arruinar primero para derri-

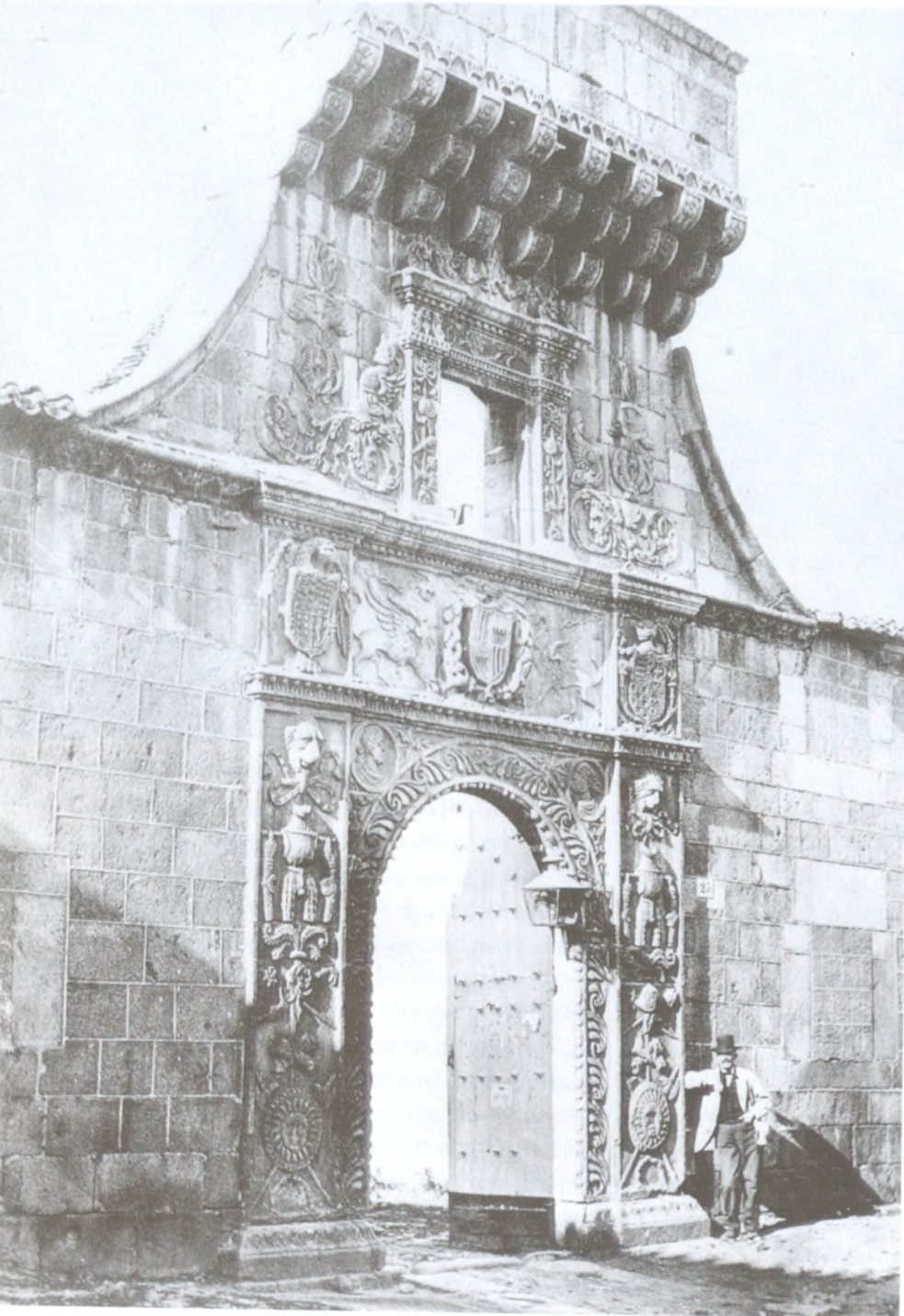
bar después, no es una táctica nueva; el aspecto, para algunos "ruinoso", de la muralla hizo por ejemplo que cierto sector de la población pretendiese derribarla en el siglo XIX. Esa visión de "ruina" sobre lo que sólo era antiguo, ha calado sin embargo en este siglo con respecto a estos burgos y arrabales.

En el centro del caserío interior, bajo el torreón de los Guzmanes, se distingue en la fotografía la desaparecida iglesia románica de Santo Domingo, de la que se ven sus fachadas norte y oeste, las menos conocidas. El único medio para atravesar el río seguía siendo el puente romano. En el extremo izquierdo Laurent captó un pequeño grupo de lavanderas, como únicas figuras de la vista.

La ciudad pétreo denota el zarpazo de siglos eternos. Cumplida su misión mística y guerrera, nada parece recordar que en su época de esplendor, el propio cielo, envió aquí a sus más espirituales santos, donde más alto y más cerca podía tenerlos.



# Referencias y precedentes fotográficos



Portada del palacio Polentinos.  
Foto: Laurent, h. 1864. Archivo J. L. Pajares.

Además de Cliford y Laurent, los dos grandes fotógrafos itinerantes foráneos, hubo en España un buen número de profesionales con menos renombre. August Muriel tomó unas vistas de Ávila en 1864, perteneciente a la colección «Chemin de Fer du Nord de l'Espagne». Algunos como Lacost, Dosch, Roig, Potugal o Ruiz Vernacci sucedieron o completaron los ya voluminosos archivos de Laurent, que dejó tras de sí, la más importante empresa fotográfica del país; otros iniciaron por su cuenta una labor más personal. La fotografía se convirtió en un oficio cada vez más extendido. Fue la necesidad de satisfacer las posibilidades que ofrecía la fotografía la que motivó, a finales del siglo XIX, la proliferación de una legión de fotógrafos, que se diversificaron en tareas como el reportaje gráfico, los temas monográficos o el retrato.

La creciente demanda de profesionales permitió, según López Mondéjar, que «capas sociales cada vez más amplias tuviesen acceso a la fotografía»; en sólo unas décadas ésta se convirtió en medio menos elitista y más popular. La simplificación de cámaras y métodos de revelado abarataron también sus costes. La rápida competencia y el mayor número de estudios, que se concentraron principalmente en las grandes capitales, provocó que muchos fotógrafos tuviesen que deambular en busca de clientes por provincias y pueblos, la mayoría de ellos busca-





Basílica de San Vicente. Obras en el atrio.  
Foto: *Laurent*, h. 1885.

ba únicamente un medio de subsistencia en una época difícil.

La crisis política y económica de finales del XIX, y más tarde la Guerra Civil, relegaron el desarrollo de la fotografía en España. Desde su aparición, casi todos los materiales y cámaras fueron importados. Algunas sociedades y clubes fotográficos, integrados mayoritariamente por una burguesía culta, se aficionaron a los nuevos procedimientos de la imagen y editaron las primeras revistas especializadas; sin embargo, muchos de ellos quedaron seducidos por una corriente «pictorialista» que, alejada de la realidad que sacudía el país, prefería recrearse en bucólicas imágenes de postal, en escenas alegóricas, o en estampas que ensalzaban el folclore nacional, como fue el caso de Ortiz Echagüe.

Entre los primeros fotógrafos españoles que realizaron vistas de Ávila estuvo Casiano Alguacil (1832-1914). Los trabajos de este toledano gozaron de cierto

prestigio entre sus colegas. «Quizá fue el primero con la suficiente intuición y la necesaria preparación para recorrer plazas y calles de las ciudades españolas retratando mendigos, gentes y paisajes» Este comentario acompañaba al catálogo de una exposición itinerante por Castilla en 1987, que no pudimos ver en Ávila. Alguacil inició en 1866 su «Museo Fotográfico» en el que intentó recoger los monumentos más característicos de algunas ciudades. Para la distribución de estas láminas era necesario contar con librerías o comerciantes en cada capital, bien en establecimientos céntricos o bien cercanos a las estaciones de ferrocarril, donde se ofrecían a los viajeros del tren. De Ávila realizó, entre otras, vistas del arco del Alcázar y de la iglesia de San Vicente.

Luis Ksado, que se cita de origen abulense, se trasladó a Galicia, abriendo en 1915 estudio propio en Santiago de Compostela. Sus trabajos más conocidos son las «Estampas de Galicia» y «Estampas Compos-





Atrio y Puerta de San Vicente.  
Foto: C. Alguacil, h. 1880.



telanas», que podían coleccionarse a modo de álbumes fotográficos; sin embargo, ninguna vista conocemos sobre su ciudad natal.

Los primeros profesionales que se instalaron en Ávila fueron los «Torrón hermanos», apellido artístico que sustituyó al de Núñez, aunque seguramente sólo uno de ellos era el que realizaba las fotografías, mientras el otro se ocupaba de tareas de ambulancia y distribución. Los Torrón, José y Francisco, procedían de Galicia y montaron a finales del siglo XIX el primer estudio en la calle Isaac Peral; más tarde lo trasladarían a la de Estrada. La calidad de sus trabajos está a la altura de los mejores profesionales de la época. Aunque se dedicaron principalmente al retrato, realizaron varias carpetas con detalles y vistas de la ciudad hacia 1885.

La mayor parte de los aficionados y profesionales que pasaron por Ávila para recoger sus monumentos lo hicieron de forma anónima; sólo una minoría pudo dejar sus trabajos catalogados. Charles López Alberty, que firmaba Loty, francés, aunque de padre español, se



Mendigo en la iglesia de San Vicente.  
Foto: C. Alguacil. h. 1880.



Claustro del silencio del Convento de Santo Tomás.  
Foto: C. Alguacil. h. 1880.

dedicó entre 1910 y 1935 a tomar panorámicas de algunas ciudades para luego utilizarlas como postales.

Adolfo Mas colaboró a primeros de siglo en series como el «Portafolio Fotográfico» o «España Artística», ofreciendo sus trabajos a diputaciones y ayuntamientos locales. Posteriormente Mas continuó completando su archivo, en el que actualmente se pueden encontrar más de seiscientos fotografías de Ávila. Roisin realizó un buen número de tomas para emplearlas luego como postales. Pero no todos eran fotógrafos de renombre. Mario Moreno realizó un extenso archivo entre el que hay numerosas tomas de Ávila; Germán Valentín Gamazo captó algunas vistas de interés. Rafael Sierra completó medio centenar de vistas de Ávila que luego ofreció a Mateo Sagasta. Kindel recogió la versión viajera de caminos y posadas de la ciudad. Lopez Baubé, Jaulat, Redondo, Isidro de Benito, Emanuel Souguez Verdugo, Santos Delgado, Antonio de la Cruz, Lladó o José Tomé, aparecen como autores de las ilustraciones en algunos textos y artículos. Ignacio Herrero, más conocido como Marqués de Aledo, editó una colección

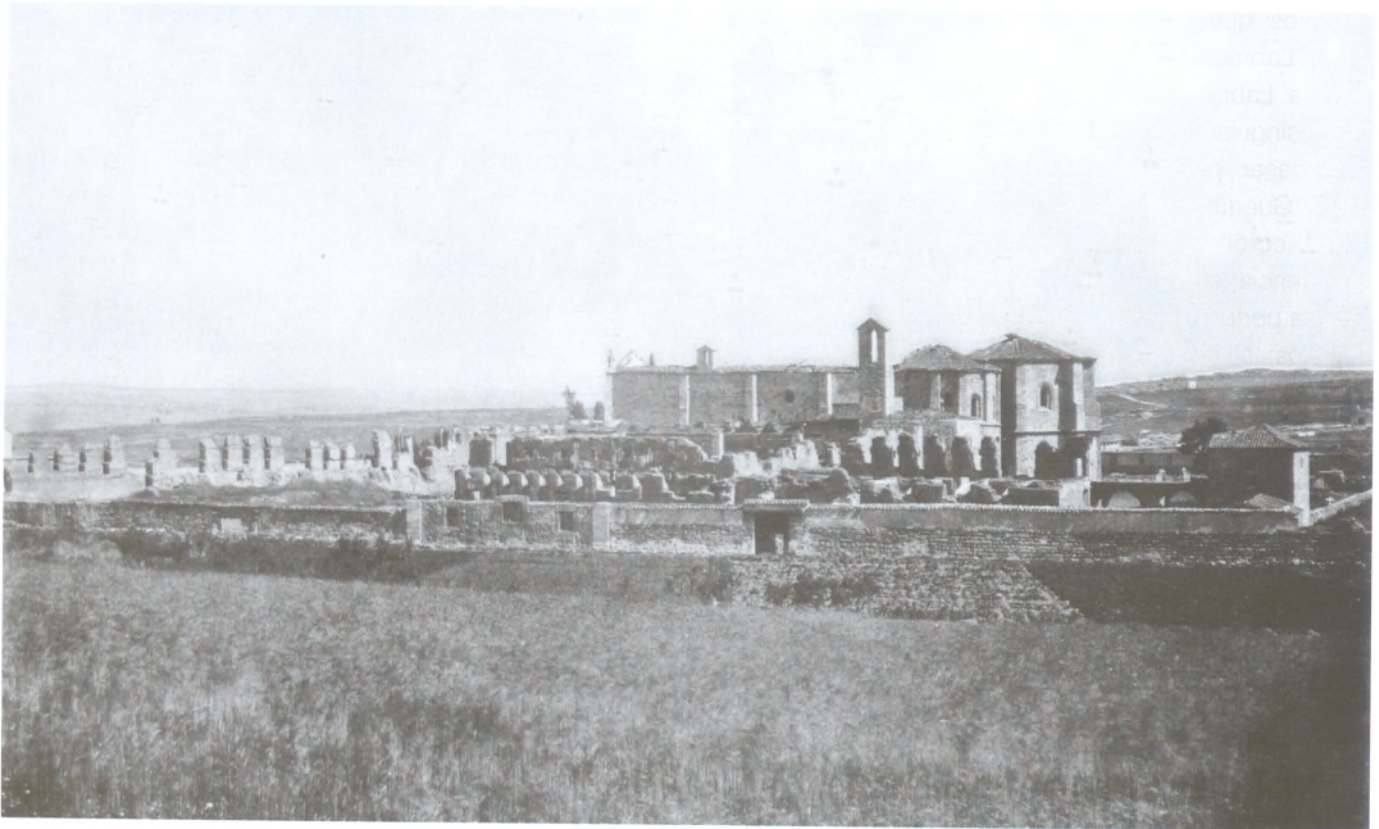




Portada de «Estampas Compostelanas».  
*Luis Ksado, h. 1920.*



Iglesia de San Pedro. 1897.  
*Foto: Torrón, hermanos. Col: Filatelia Pablo.*



Ruinas de San Francisco. 1897.  
*Foto: Torrón, hermanos. Col: Filatelia Pablo.*



de volúmenes sobre villas históricas, ilustrados con fotografías que el mismo captó; el ejemplar de Ávila, que apareció en 1947, es raramente citado en las bibliografías. Lo fundamental, sin embargo, sería señalar que en la mayor parte de los libros, postales o guías antiguas, no se cita siquiera al fotógrafo; su labor no era considerada propiamente una obra de autor; se les contrataba o se compraban sus clichés, sin mas compromisos para el editor.

En su mayoría, los profesionales abulenses de la primera mitad de siglo, se dedicaron al retrato de estudio, sólo ocasionalmente realizaron algún reportaje; Oviedo, Molina o Nuñez Cartago, heredero de los hermanos Torrón e iniciador de Luxart, son algunos ejemplos de ese grupo de retratistas, que no llegaban a vivir enteramente de la fotografía, necesitando en ocasiones de otros empleos para ganarse la vida.

Hubo en Ávila también algunos aficionados que merecen citarse. José María Labrador, padre de la pintora Adelina Labrador, dejó unas cuantas vistas singulares de primeros de siglo. Tras pasar por África como militar, Angel Guerras fue destinado a Ávila como coronel de la Academia de Intendencia; su interés por la fotografía le haría portar sus cámaras por viajes y destinos; el completo laboratorio que reunió, disponía de un instrumental de última generación para la época; fue uno de los que realizó panorámicas estereoscópicas que podían verse tridimensionalmente mediante binoculares especiales. Luis Sastre prefirió centrarse en instantáneas sobre la vida y los personajes de algunos pueblos cercanos a Ávila; parte de sus reportajes están publicados por Jesús María Sanchidrián, que ha realizado una laboriosa tarea de recopilación de la fotografía popular en el área de Zorita y Mingorría. Joaquín Leirado, ingeniero y presidente de la Diputación entre 1952

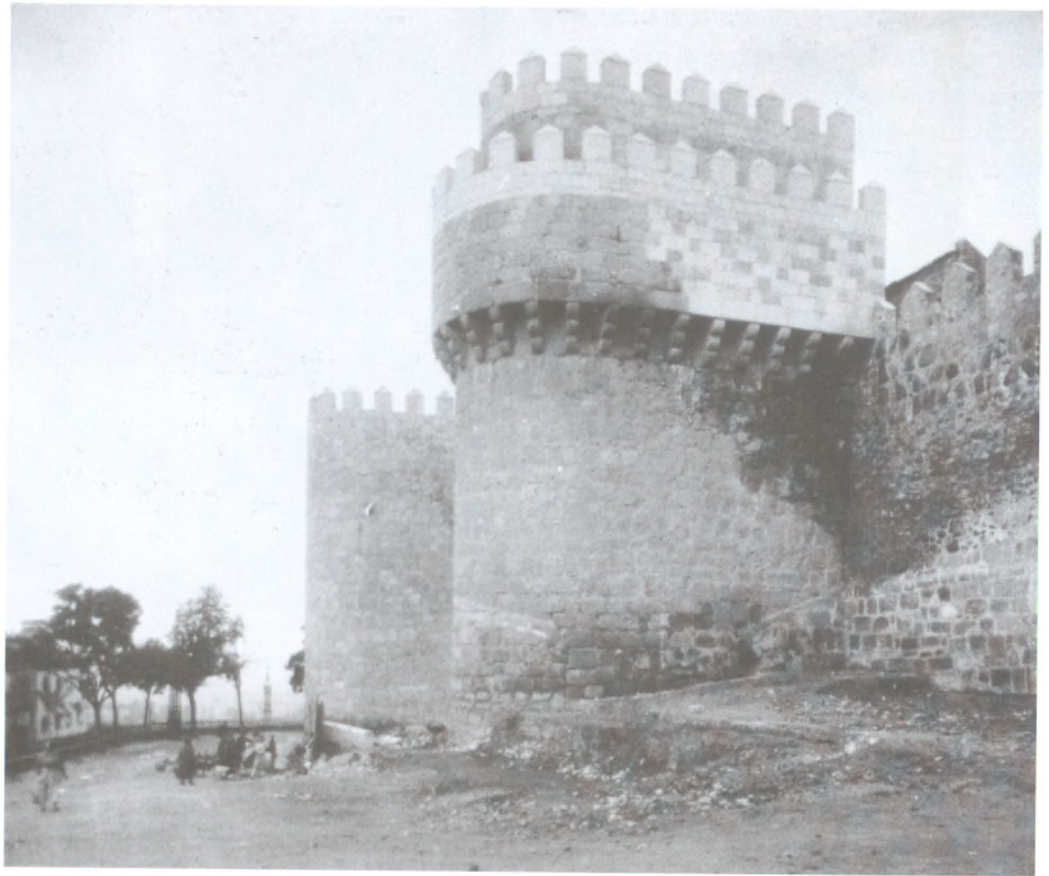


Paseo del Rastro.  
Foto: Loty, h. 1920.



Casa de Labriegos en el arrabal.  
Tarjeta postal: Loty, h. 1920





Torreón del Alcázar y fuente.  
Foto: Mas. 1928.



Puerta de S. Segundo.  
Foto: Mas. 1928.





Tipos en el Mercado Chico.  
Foto: J. M. Labrador, h. 1920.



Procesión de la Santa.  
Foto: A. Guerras, h. 1940.



Tipos de Ávila, San Pedro.  
Foto: J. Leirado, h. 1945.

y1956, realizó por los años cuarenta y cincuenta una serie de fotografías de la capital y provincia, que se expondrían posteriormente en París y que hoy están repartidas en colecciones particulares.

José y Antonio Mayoral, padre e hijo, representan una referencia estimable en la fotografía abulense. Dedicados casi exclusivamente al reportaje gráfico, sus trabajos son una crónica en imágenes de Ávila, que abarca prácticamente todo el siglo XX. Un texto de Emilio García Fernández recoge las trayectorias de ambos. José Mayoral Encinar (1890-1971) se inició en el reportaje periodístico a los 20 años. «El joven Mayoral se vio influido por la presencia de fotógrafos foráneos en la capital, así como por el mercado que la fotografía había propiciado con el paso de los años». Colaborador de un buen número de agencias, semanarios y periódicos como La Vanguardia, Pueblo, La Esfera, Blanco y Negro o ABC, fue reportero del Diario de Avila durante toda su vida profesional. Otra obra interesante que nos ha quedado de su trabajo, es la colección de vistas que emprendió por su cuenta y que darían lugar a la más completa colección de postales antiguas sobre Avila. Antonio Mayoral Fernández heredó el mismo espíritu precoz y aventurero. El padre lo inició en el oficio en 1933, entrando a formar parte de la plantilla del diario local; con apenas catorce años era el más joven reportero del país. La lista de cabe-





Mercado detrás de San Pedro.  
Foto: J. M. Labrador, h. 1920.



Mercado de ganados en la Ronda Vieja.  
Foto anónima, h. 1930.

ceras y agencias nacionales e internacionales para las que ha trabajado es igualmente amplia. En 1965 fue nombrado corresponsal de TVE y ese mismo año obtuvo un premio en el prestigioso World Press Photo. Expuestos periódicamente, sus numerosos archivos recogen la vida cotidiana y los hechos más reseñables de la capital y provincia.

Faltan aquí muchos nombres por citar, que harían de este artículo un repaso árido y pretencioso. Dada la temática del libro tampoco es la ocasión para ocuparse de los fotógrafos más contemporáneos. Queda por realizar un estudio pormenorizado sobre la fotografía en Ávila. Esa labor de rescate nos daría un patrimonio hasta ahora desasistido y casi en el olvido.



Almuerzo en el Mercado de ganados.  
Foto: Mayoral E. h. 1936.





Ofrenda de Sonsoles.  
Foto: *Mayoral E. h.* 1920.



Calle Magana.  
Foto: *Mayoral F. h.* 1949.



Segadores esperando ser contratados.  
Foto: *Mayoral F. h.* 1946.

# La postal

Una ciudad monumental como Ávila tenía sobrados motivos de atracción para los viajeros de principios de siglo, sin embargo no todo el mundo contaba con una de aquellas antiguas cámaras fotográficas, demasiado pesadas y voluminosas por otro lado, como para llevarlas en la maleta. La aparición de la postal vino a complacer ese deseo de llevarse algo más que el recuerdo de los lugares que se visitaban.

Los antecedentes de la tarjeta postal se remontan al siglo XVIII. En 1777 el almanaque «Petite Poste», daba la noticia de que ya entonces «se remitían por vía postal, ya por pura galantería, ya con objeto de felicitar, grabados estampados en forma de cartas, regularmente acompañados de comunicaciones que se transmiten abiertas y visibles para todos. Mucho ha dado que hablar esta novedad, invención debida al grabador Damaison; hay quien sostiene que así se fomenta la murmuración del servicio doméstico, que de esta forma puede inmiscuirse en las interioridades de todo el mundo»; esta iniciativa, sin embargo, no logró perdurar. Los primeros pasos para la implantación definitiva de la postal ilustrada no llegarían hasta el XIX, un profesor del ejército alemán estableció las primeras normas para enviarlas por correo: «con un sello franqueado y texto, siempre que no se superasen las 20 palabras, incluyendo la dirección y la firma».

En España el primer «Entero Postal» comenzó a entrar en uso en 1883. Estos enteros eran tarjetas impresas por la Fábrica de Moneda y Timbre. Según Martín Carrasco, especialista y autor de varios estudios sobre la postal: «las primeras reproducciones de paisajes y el inicio del comercio privado y lucrativo de tarjetas postales en España, se inició en 1885»; no obstante, la primera que circuló en Europa con sello y matasellos fechado data de 1892, fue impresa en España por Hauser y Menet, la más importante

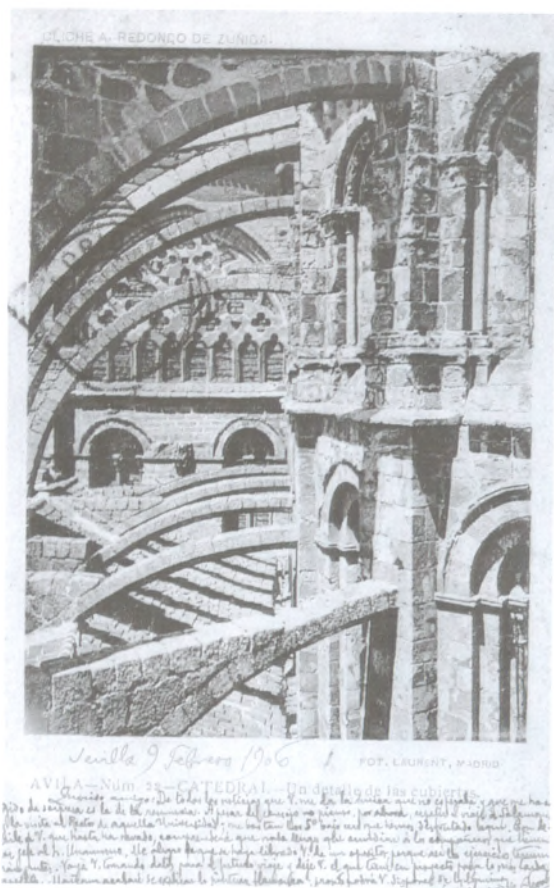


Ávila: Gaiteros.  
Foto: Laurent. h. 1870. Tarjeta postal. Finales S. XIX.



Arrabales del Puente.  
Tarjeta postal. Hauser y Menet. h. 1900.





Ávila. Catedral, detalle. Foto: Laurent. h. 1906. Tarjeta postal.  
En ella el remitente habla de su encuentro con Unamuno.

fototipia del país y una de las empresas más prestigiosas y prolíficas en las técnicas de la impresión.

La creciente industria de la reproducción fotográfica, encontró en las tarjetas postales un eficaz medio de divulgación. Estas pequeñas imágenes tenían la ventaja de poder ser enviadas de un lugar a otro, con lo que pronto se hicieron muy populares. Muchos fotógrafos encontraron en ellas un nuevo modo de subsistencia. Laurent, Alguacil, Más, Loty, y una pléyade de fotógrafos nacionales y extranjeros, adaptaron sus trabajos al formato de las postales, que luego eran vendidas por las editoriales que controlaban las redes de distribución.

Las fotografías de las tarjetas son mayoritariamente anónimas, sólo una minoría llevan indicado el nombre del autor. Dada la competencia, si algún fotógrafo rechazaba las condiciones impuestas, había otros muchos dispuestos a aceptarlas. Las empresas contactaban con profesionales, locales o foráneos, y les encargaban determinadas vistas de cada ciudad o les compraban directamente las que había en sus archivos, con ello adquirirían también los derechos de reproducción.

Hauser y Menet reunió a principios de siglo un catálogo con más de 5000 tarjetas diferentes de toda España; casas importantes como Thomas, Moreno o Roisin, alcanzarían más tarde un número similar, la tarjeta postal fue tomando un auge cada vez mayor. Tal como afirma López Mondéjar:

«Enviar y recibir postales se convirtió en la afirmación de un cierto estatus social y cultural, y en el medio más cómodo y barato de apropiarse de la imagen del mundo que, por obra y gracia de la fotografía y del correo, entraba en los hogares de un público que seguía así la nueva moda del siglo, que



Ávila. Vista general. Arrabales de Puente. Tarjeta postal doble. Hauser y Menet. h. 1900.



*no era otra que la de practicar la elegancia social del regalo de tarjetas postales».*

En principio las normas postales de finales del siglo XIX reservaron todo el reverso para indicar la dirección; por lo tanto la fotografía del anverso no ocupaba todo la cara, la imagen, generalmente difuminada en los bordes, tenía que dejar un espacio libre para escribir el mensaje; esta característica hace fácilmente identificables las postales más antiguas. En España esta regla cambiaría a partir de 1906, pasando a ocupar la fotografía todo el anverso, con lo que la ilustración ganó en calidad e importancia.

Las postales ofrecían multitud de temas monográficos: toros, espectáculos, naturaleza, etc. Lógicamente las más solicitadas eran las vistas de ciudades y monumentos, que adquirieron gran demanda, principalmente entre los viajeros; incluso algunos fotógrafos extranjeros se desplazaron por la mayoría de las provincias españolas, para realizar series lo más completas posibles; estas series solían enumerarse para que pudiesen coleccionarse adecuadamente, de ahí que muchas tengan un número que precede al título; también solían venderse en mazos o libretas para ser guardadas como álbum.

Un dato a tener en cuenta es que muchas de las fotografías que aparecen en las tarjetas se hicieron años antes de la edición postal. Ciertos motivos de Laurent y Clifford, por ejemplo, siguieron apareciendo en postales cincuenta años más tarde de haberse hecho la fotografía..

En Ávila hubo algunos editores, como Lucas Martín y Adrián Medrano, que figuran en el reverso de algunas series. En la capital las viejas postales podían encontrarse en varios establecimientos, en la plaza del Alcázar se vendían el Estanco de Don Pablo Jesús Estébez y en la Librería Nacional, que anunciaba «Tarjetas postales de todos los monumentos de la población». En el número 2 de la calle San Segundo, en la librería Viuda de Sánchez de la Cueva. En Reyes Católicos, entonces llamada Calle del Comercio, se ofrecían en El Palacio de Cristal y en la librería de Adrián Medrano; en la calle Caballeros, en el establecimiento de Abdón Santiuste.

Las postales antiguas de Ávila no son muy variadas, las vistas y monumentos se repiten con una similitud casi sistemática; no sólo se reiteran los mismos monumentos, si no que se toman las mismas perspectivas, desde idénticos puntos de vista. Hay unas cuantas composiciones originales de Loty que no llegaron a editarse o puntualmente alguna escena animada entre largas series de más de treinta vistas, algunas recogen los monumentos, como si fuesen solitarios escenarios de cartón-piedra. Si comparamos el catálogo abulense con el de otras ciudades de semejantes características, no hay una gran cantidad de postales de interés; «sólo tienen piedras», suelen afirmar con razón los coleccionistas nacionales.

La ciudad suele verse vacía de gentes, sin apenas figuras que animen las escenas. Algunos clichés de Redondo y Zúñiga, recogieron a primeros de siglo una serie de curiosos temas costumbristas, que se alejan de los trillados monumentos para centrarse en posadas, mercados, arrabales o escenas inéditas como el reparto de la sopa a los pobres en los conventos. José Mayoral, fue el único profesional de la tierra que realizó series postales; su colección es un catálogo visual de los monumentos de Ávila y provincia, solamente él reproduce, por ejemplo, casi todos los palacios de la ciudad. Estampadas en sus característicos tonos azul o sepia, abarcan el centenar largo entre monumentos, interiores, paisajes y tipos; otras de sus tarjetas fueron hechas por encargo, como las del hotel Roma, ya desaparecido, o el garaje España, que estaba instalado en el interior de la iglesia de Santo Tomé el Viejo.



Fuente del arco de San Vicente.  
Foto: Redondo Zúñiga, h 1900. Tarjeta postal.





«En busca de posada».  
Foto: Redondo Zúñiga, h. 1900. Tarjeta postal.



«Cuando las barbas de tu vecino...».  
Foto: Redondo Zúñiga, h. 1900. Tarjeta postal.



Plaza del Alcázar.  
Foto: J. Mayoral, h. 1920. Tarjeta postal.



Casa de Valderrábano.  
Foto: J. Mayoral, h. 1920. Tarjeta postal.

Cada época y cada empresa posee unos rasgos que identifican sus series. La calidad varía según la casa impresora. Las primeras postales comenzaron a reproducirse principalmente por fototipia, el huecograbado y las cromolitografías, que se emplearían más tarde, mejorarían sensiblemente la calidad de las reproducciones. Algunas tiradas fueron coloreadas a mano o empleando sencillos procedimientos mecánicos de la época, como las alemanas de Puger & Co., de las que hay varias de Ávila. A partir de los años 20, se empezó a utilizar papel de calidad fotográfica, con este nuevo sistema la imagen adquirió mayor definición y ese satinado característico de las fotografías. Aunque ya en 1904 había aparecido la primera postal con color natural en Alemania, en España no se generalizaría el uso de la policromía hasta finales de los años cincuenta.

Después de un siglo, la tarjeta postal sigue cumpliendo los fines para los que fue creada,



es quizá la única superviviente del correo particular que no ha sucumbido a la era de las telecomunicaciones, continúa siendo una forma entrañable de enviar imágenes y anécdotas de viaje, como una especie de fetiche estándar que prueba que se ha estado allí. Para otros se han convertido en buscados objetos de colección, principalmente las más antiguas, por algunas de ellas se llegan a pagar precios elevados, si tenemos en cuenta que son estampaciones más o menos seriadas y relativamente recientes.

Lo interesante de estas tarjetas, sin embargo, es su valor documental. Los fotógrafos no hubiesen realizado esas miles de vistas de nuestras ciudades, de no ser por aquella idea que en principio pareció indiscreta. No se trata de ver si la farola o el nido siguen en el mismo sitio; es, simplemente, que muchas de las imágenes que ahora conocemos no las hubiésemos llegado a ver nunca.



AVILA. - HOTEL PARIS, Restaurant.  
Fot. Mayoral Encinar.

Hotel París.

Foto: J. Mayoral, h. 1920. Tarjeta postal.



AVILA.—Interior del Garage España.

Fot. Mayoral.

Interior Garaje España.

Foto: J. Mayoral, h. 1930. Tarjeta postal.



AVILA.—Garage España.

Fot. Mayoral Encinar.

Garaje España. Iglesia de Santo Tomás.

Foto: J. Mayoral, h. 1930. Tarjeta postal.



Avila.

Vista desde los Arrabales del Puente.

Vista desde los arrabales del puente.

Tarjeta postal: Puger y Co. Munich 1909.

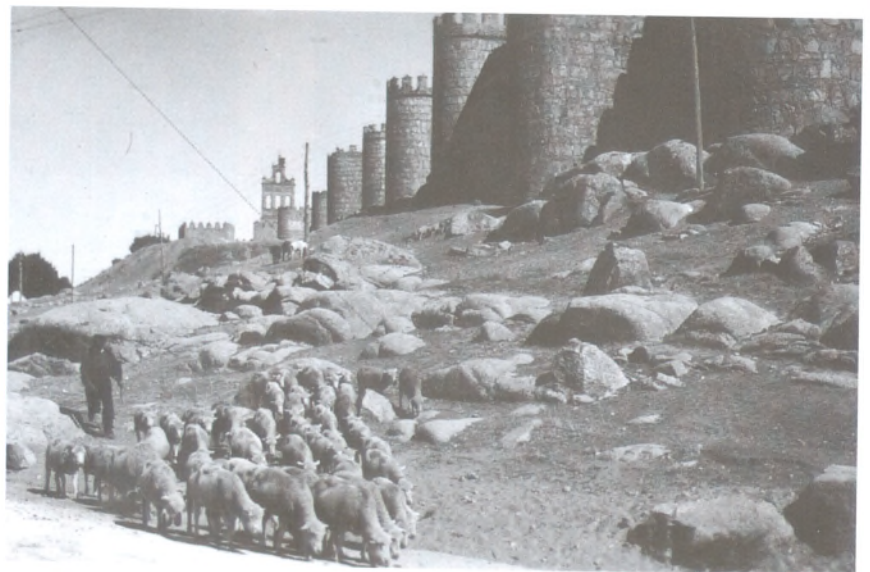




Fuente del Pradillo.  
Foto anónima, h. 1910. Tarjeta postal.



Puerta del Peso.  
Foto: L. Roisin, h. 1910. Tarjeta postal.



Murallas.  
Foto: Loty, h. 1930. Cliché para tarjeta postal.





Río Adaja.  
Foto: Loty, h. 1930. Tarjeta postal.



Plaza de la República.  
Tarjeta postal. h. 1930.

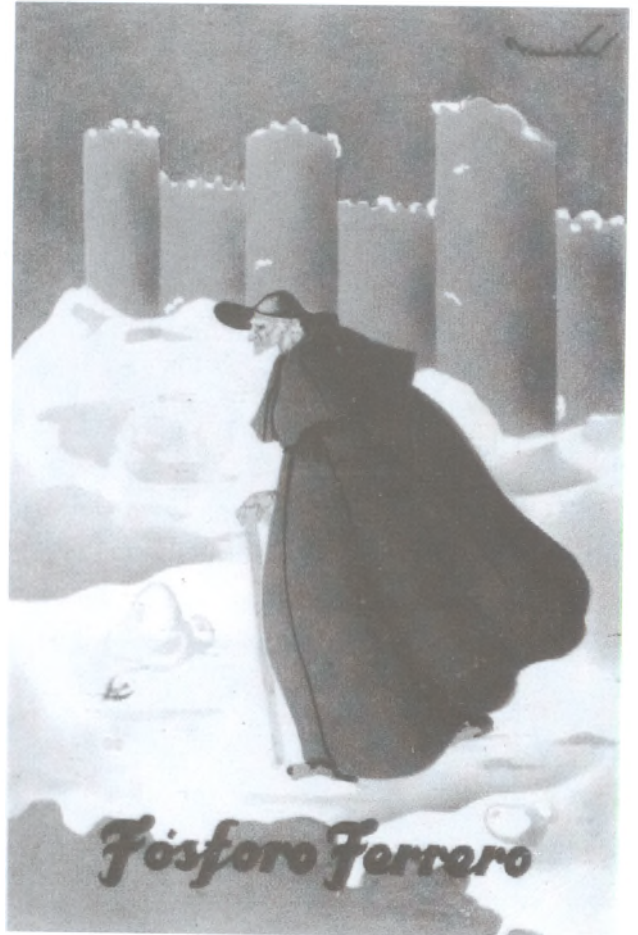


Plaza de la República.  
Tarjeta postal. h. 1930.



37. AVILA  
Casas solariegas en la plaza de Sancho Dávila.

Casas solariegas en la plaza Sancho Dávila.  
Foto: Laurent. h. 1870. Tarjeta postal.



Tarjeta postal publicitaria. h. 1935.



Plaza de Santa Teresa.  
h. 1945. Tarjeta postal.





Plaza de Santa Teresa de Jesús.  
*Tarjeta postal. h. 1950.*



Plaza de Santa Teresa de Jesús.  
*Tarjeta postal. h. 1950.*

# Juegos medievales

La fotografía de los caballeros armados se realizó el 19 de Octubre de 1925. No tiene una óptima calidad, dado que está extraída del libro de José Mayoral Fernández «Los Viejos Cosos de Ávila» (1927), pero por su valor documental merece difundirse. No se trata de un carnaval, es un acto que rememora la entrada en Ávila de la Reina Isabel I en 1475. En recuerdo de aquella visita Real, el Ayuntamiento de Ávila organizó por las fiestas de la Santa una cabalgata medieval por las principales calles, que concluyó en el viejo Alcázar. El año anterior la ciudad trató de reconstruir también, varios actos, entre ellos un torneo, pero, como contó Mayoral Fernández (no confundir con el fotógrafo), «*premuradas del tiempo impidieron que se efectuara*».

La costumbre de agasajar la llegada de los Reyes con torneos, tiene antiguos antecedentes. Los festejos que recibió Carlos V en 1534, se alargaron varios días. Hubo corridas de toros, bailes, pero sobre todo tuvieron el atractivo del «juego de las cañas», un enfrentamiento semejante a los torneos medievales, en el que las lanzas de metal eran sustituidas por cañas o varas de madera que quebraban al choque de combates a caballo.

Cuentan Cianca (1595) y Ariz (1607), que la organización militar y el entorno guerrero, que tenía por entonces la ciudad de Ávila, hacían muy recomendable, y

hasta necesarios, estos adiestramientos bélicos. Las mismas Cortes del Reino pedían reiteradamente que se levantasen campos donde desarrollar los torneos. Uno de esos campos estaba frente a la puerta de la Alcázar, en lo que hoy es el Mercado Grande. Fue allí donde se celebraron los juegos que presidió el Emperador, un día de 1534. En otras ocasiones se celebraban en el coso de San Vicente, con motivo de la festividad del Santo. En la leyenda de Nalvillos se cuenta también que celebraron torneos por su boda en esta plaza.

En el juego de las cañas había dos modalidades o entradas, la primera con lanzas de caña y pendones, por parejas; la segunda con adargas o varas largas, en caracol y al tropel. Cada cuadrilla lucía en sus libreas, los colores que la identificaban; eran estas blusas de tafetán brillante, una seda muy fina y apreciada por su ligereza, que lucía plenamente cuando la montura se echaba al trote. Para estos lances los caballeros solían llevar bordado en ellas el nombre de sus damas o sus propias divisas. El historiador Merino Alvarez (1926), recoge que:

*«Los jinetes en nerviosos corceles, con capellares y marlotas de colores, con libreas riquísimas, trajes abollonados y gorras con plumas de diverso color, justaban y quebraban las cañas en lances briosos y*



Reconstrucción de un hecho histórico.  
Foto: J. Mayoral. h. 1925. (Del texto «Los Viejos Cosos de Ávila»)



Reconstrucción de la visita de Isabel la Católica.  
Foto: Jaulat. h. 1925.





Caballeros bávaros preparados para el torneo.  
(Del libro Turnierzugi).

emotivos. Todo fue bueno y bien organizado, sin intervenir en él desgracias ni descomposición alguna».

Al parecer el gentilicio usado desde antiguo, para denominar a los guerreros de Ávila era el de «Abiles»: «se llama abiles al que más abil-es para la guerra», y dado que practicaban por oficio estas justas, es lógico que gustaran de demostrar en público sus habilidades, cuando la ocasión lo demandaba en determinadas festividades, como la de Santiago, cuya cofradía de caballeros las organizaba el día de su patrón.

Los torneos tuvieron su apogeo en el siglo XV. Felipe II en 1541, y Felipe III en 1600, tuvieron en Ávila una acogida más fastuosa que la de Carlos V. Las fiestas para el tercero de los Felipes se prolongaron del 24 de Mayo al 11 de junio:

«Colgaderas y tapices se pidieron a Alba, Escalona y Oropesa para adornar las plazas, cuyas ventanas, como las de las calles, se alquilaron, las de las sombras a tres ducados las del primer suelo, dos las del segundo, uno las del tercero, y medio las del cuarto. Las de sol a 24, 18, 8 y 4 reales por los suelos respectivos» (Mayoral).

También fue famoso, el juego de las cañas de 1594, dirigido por Don Diego Gabriel del Águila, en el que hubo seis cuadrillas de a cuatro; en otras ocasiones fueron ocho los grupos. La lista de nobles participantes



Torneo de Sandricourt. 1493.  
Dibujo: Ballery, Museo de Louvre.



que traen los textos en cada una de las justas sería larga de referir, pero lo esencial es que estos juegos eran una tradición arraigada en la ciudad y que despertaban gran interés puesto que acudían desde otros lugares para verlos.

Luis Vives escribió sobre estos enfrentamientos:

*«Oigo decir que en algunas ciudades y lugares las doncellas nobles van muy de grado a mirar torneos y justas, y que ellas son jueces de quién es más valeroso y esforzado en las armas y de otra parte los caballeros dicen que tienen más temor de la censura y juicio de ellas que de los hombres».*

Ariz en la «Historia de las Grandezas de Ávila» cuenta que

*«los unos escuderos contra los otros, [lucharon] con orgullo, e muchas lançadas fueron quebrantadas: agarrando sus espadas, se golpearon con gran fortaleza. Maguer un noble escudero, Gomez Sancho, fincó en tierra muerta».*

Y concluye:

*«nuestros antepasados se sentían orgullosos por la brillantez de estos juegos, había buenas lançadas de caballeros que lo sabían hacer y no lo han olvidado sus descendientes».*

Si nos damos una oportunidad, tal vez entre todos logremos rescatarlos de algún modo<sup>1</sup>.

Ávila está llena de historias, que modelaron la ciudad. Las plazas por las que hoy paseamos, fueron levantadas por antepasados nuestros; no seríamos jus-

tos si presumiésemos de todos nuestros monumentos, sin intentar conocer al menos quiénes fueron aquellas gentes. Esas casas eran suyas, en esas iglesias también rezaron ellos, en estas plazas celebraban las fiestas que hemos heredado. No se trata de glorificar banalmente el localismo provinciano, sino de conocer la historia que ha llegado a conformar lo que somos.

Brindemos por los abuelos de nuestros abuelos, que hace mil años levantaron esta ciudad con sus manos y su fantasía.

### Descripción de un torneo:

En un libreto de 1929 he podido encontrar la reconstrucción de un torneo del siglo XVI. Dada la coincidencia de datos y fechas con los efectuados en Ávila, es interesante ofrecer un extracto de este texto anónimo, que en portada trae el título de «Torneo a la antigua usanza celebrado bajo la dirección técnica de la Escuela Superior de Equitación Militar». Exposición Internacional de Barcelona. 1929.

*«El combate se verifica en sitio denominado tela o liza, que había de tener por lo menos 160 pasos de largo, y cercado por una valla de madera tan alta que llegase al pecho del jinete. La valla era de tablas delgadas para que la pudiese romper un caballo si chocaba ocasionalmente con ella. En las cabeceras había dos cabeceras o mástiles para poner el cartel y estandartes de los mantenedores. Existía una segunda valla o contratela y entre las dos se estacionaban los escuderos, pajes y heraldos. La empalizada la componían maderos entrecruzados verticales y horizontales. En las puertas de la tela, cercano a ellas o en el interior de la liza se erigían*



Torneo de Sandricourt. 1493.

Dibujo: Ballery. Museo de Louvre.

<sup>1</sup> A los dos años de la publicación de este artículo se inició la organización de un mercado medieval, semejante al que otras localidades llevan a cabo, bajo la animación de profesionales dedicados a estos espectáculos; es un primer paso. Un año después, un grupo de teatro local escenificó algunas de las leyendas. En 1998 la aceptación popular de los festejos de la antigüedad ha propiciado el comienzo de los célebres juegos de las cañas. Este tipo de fiestas medievales tiene en otras ciudades europeas, como Siena, un carácter multitudinario; su organización y la participación de las cuadrillas en el Palio, por ejemplo, está regida por los barrios de la ciudad, lo que les convierte en verdaderas fiestas, alejadas de esos otros ejercicios de espectáculo, propios de parques temáticos en los que, más que la tradición, prima la farándula. Algunas formas de entender el turismo apuntan ya en esa dirección. Estas fiestas medievales de Ávila tienen un buen porvenir; los responsables han tardado años en convencerse, pero hasta los más descreídos se han dado cuenta de las posibilidades que tiene la ciudad rescatando su propio carácter. Al fin.



una o varias tiendas de campaña destinadas a reposo de los caballeros; en ellas cambiaban de armadura y vestido o tomaba algún refrigerio. A corta distancia de la tela y en los dos extremos opuestos estaban las tribunas o tablados llamados entonces *cadalsos* y en ellos los *sitiales* de quienes han de presidir la fiesta. Los jueces presidían el torneo desde una de las cabeceras.

Empieza el torneo. Pífanos, clarines y atambores proclaman que la fiesta comienza. Entran las carrozas de las damas acompañadas de pajes y palafreneros. El cortejo rompe marcha; al frente van los trompeteros, y atabaleros que tocan sus respectivos instrumentos. Siguen al rey de armas, los jueces y padrinos a caballo. Detrás los lacayos portadores de las espadas doradas de sus señores.

Las damas son acompañadas a su tablado. Los jueces examinan el palenque y las vallas. Se dirigen al tablado y ocupan los *sitiales*. Suenan de nuevo las trompetas anunciando la llegada de los caballeros a la liza; *farautes* o *pregoneros* leen el cartel de desafío. El rey de armas con los dos heraldos solicita la venia de los jueces. Concedida, suenan repetidamente los clarines.

Penetran entonces los caballeros en liza, armados de punta en blanco, divididos en cuadrillas. Van delante de los caballeros los atambores, trompeteros, heraldos, reyes de armas, escuderos, *gentiles-hombres* e *infantes*. En pos de los caballeros, doce pajes a caballo. Desfilan los caballeros y su acompañamiento. Saludan reverentes a las damas y a los jueces y dejan ante el tablado sus escudos. Los caballeros se sitúan a un lado y entran en el palenque las llamadas *invenciones*. Eran estos cuadros representaciones de fantasía con simbólicas figuras, en las cuales desplegaban su *ato* los *mantenedores*».

Es preciso prescindir de esta sección que se alarga tres páginas dando todo lujo de detalles, pero basta decir que una de las tres carrozas de estas fantasías comienza con la siguiente descripción:

«La tiran cuatro caballos blancos con sus cuernos como unicornios, dentro de la carroza, cuatro niños vestidos con ropetas de raso encarnado, con cabelleras rubias y en las manos azotes dorados. La carroza, forrada de raso, está cubierta de hermosas labores, representando flores y frutas. En cada esquina de la carroza, una cabeza de león, encima de la cual estará sentado un sátiro».



Torneo de Sandricourt. 1493.

Dibujo: Ballery. Museo de Louvre.

Y así se alarga sucesivamente la descripción de las carrozas. Más tarde sigue así:

«Luego que han desfilado las invenciones, entran en el palenque los caballeros aventureros, le preceden sus padrinos, pífanos y atabaleros; detrás, los pajes y lacayos. Los aventureros se sitúan en el lugar opuesto al de los *mantenedores*.

Cesa la música. Un heraldo da lectura a las condiciones del torneo. Cada aventurero debe romper cuatro lanzas con los *mantenedores* y el que al parecer de los jueces, las rompa mejor ganará una cadena de oro. La segunda condición se refiere al que mejor librea presente en la liza; el tal recibirá en premio una sortija de oro. Tercera condición; el que mejor rompa la cuarta lanza, por amor de las doncellas, obtendrá una medalla. Además al que mejor rompa una lanza se le dará un par de guantes.

Comienza la lucha. Los caudillos de las dos cuadrillas empiezan el combate. Han de romper cuatro lanzas, y luego se acudirá a la espada.

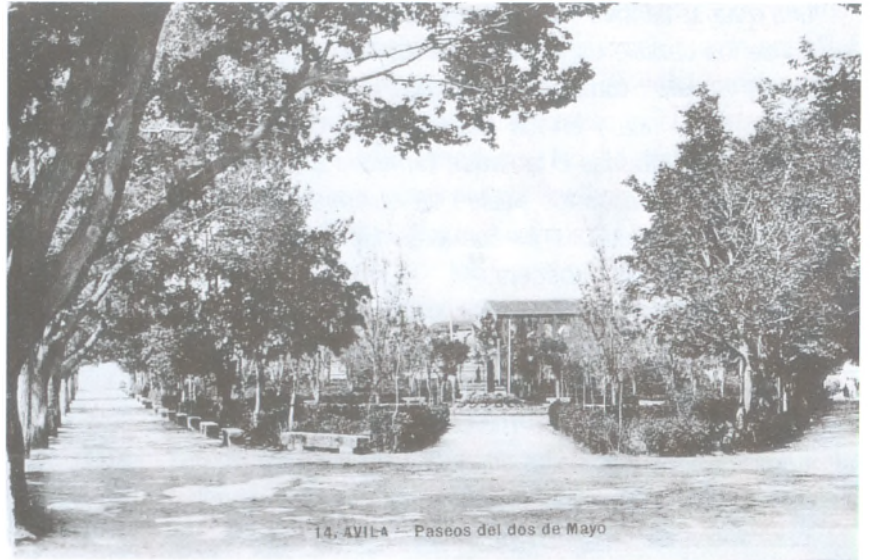
Terminada la justa, los padrinos dan la señal para que empiece la Folla, final obligado de todo solemne torneo. La Folla es, pues, un lance del torneo en el que toman parte todos los justadores arremetiéndose las dos cuadrillas sin orden ni concierto.

Al final se otorgan los premios a los vencedores, suenan las músicas y desfilan como al principio».



# Jardines y patios

Paseo del Dos de Mayo  
*Tarjeta postal. h. 1930.*



Paseo del Dos de Mayo  
*Tarjeta postal. h. 1930.*



Paseo del Dos de Mayo  
*Tarjeta postal. h. 1930.*







Paseo de San Antonio.  
*Tarjeta postal. h. 1930.*

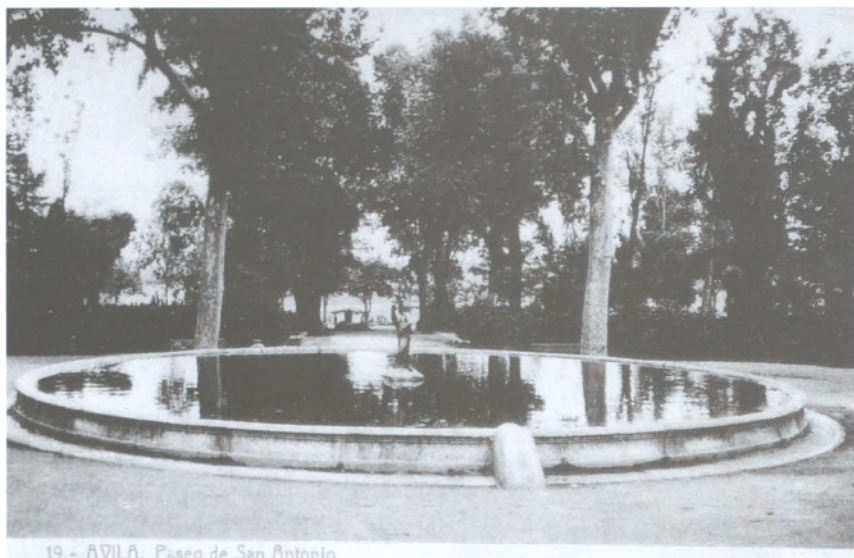


Paseo de San Antonio.  
*Tarjeta postal. h. 1930.*

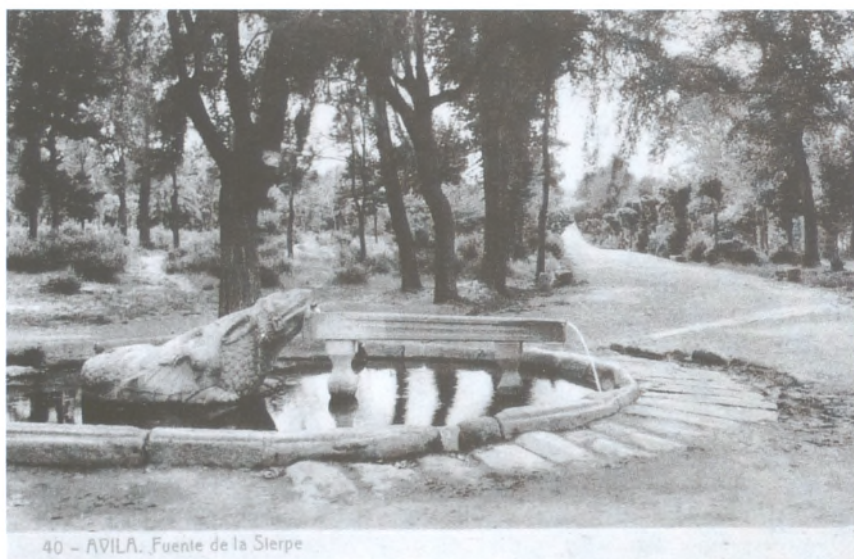


Paseo de San Antonio.  
*Foto: Mayoral, E. h. 1925. Tarjeta postal.*

Paseo de San Antonio.  
*Tarjeta postal. h. 1930.*



Fuente de la Sierpe. San Antonio.  
*Tarjeta postal. h. 1930.*



Fuente y rosalada de San Antonio.  
*Tarjeta postal. h. 1950.*







Coso de San Vicente.  
*Tarjeta postal. h. 1950.*



Jardín del Rastro.  
*Tarjeta postal. h. 1950.*



74. AVILA.-Convento de Santo Tomás - Claustro de Reyes

Claustro de los Reyes. Sto. Tomás.  
*Foto: Roisin. h. 1930. Tarjeta postal.*





Claustro de la Catedral.  
Foto: Roisin. h. 1925. Tarjeta postal.



Patio del palacio de Crescente.  
Foto: Alsina. h. 1930. Tarjeta postal.



Balneario de Sta. Teresa. (Martiherrero).  
Tarjeta postal. h. 1920.



## El Balneario

El Balneario de Sta. Teresa a las afueras de Ávila, en la localidad de Martiherrero, sirvió de referencia y veraneo a la burguesía de finales de XIX y primeros del XX. Su cercanía con Madrid le convirtió en lugar de fiestas y reuniones sociales. Sagasta, presidente del Consejo de Gobierno en el 98, pasó el «mal trago» del desastre de Cuba y Filipinas en este balneario. Sus habitaciones y los tres comedores con distintas categorías de lujo capaces para 150 personas solían estar a rebosar. Convertido en cuartel durante la Guerra Civil, pasó a ser sanatorio antituberculoso. Actualmente es el Centro de Educación Especial Santa Teresa.



Balneario de Sta. Teresa. (Martiherrero).  
*Tarjeta postal. h. 1920.*



Fuente minero-medicinal del Balneario de Sta. Teresa.  
*Tarjeta postal. h. 1920.*



Hotel del Balneario de Sta. Teresa.  
*Tarjeta postal. h. 1920.*



Balneario de Sta. Teresa.  
Pabellones de balneoterapia.  
*Tarjeta postal. h. 1910.*



Pabellones de balneoterapia

Jardines del Balneario de Sta. Teresa.  
*Tarjeta postal. h. 1920.*



Fuente del Niño

Balneario de Sta. Teresa.  
*Tarjeta postal. h. 1920.*



Entrada de carruajes





Tipos del pais.--El establecimiento á vista de pájaro

El Balneario y sus alrededores.  
Tarjeta postal. h. 1920.



Glorieta de la fuente del Pato

Jardines del Balneario de Sta. Teresa.  
Tarjeta postal. h. 1920.



Restaurant del establecimiento

Restaurante del Balneario.  
Tarjeta postal. h. 1920.



# Vista aérea



Vista aérea parcial de Ávila.  
Foto: T. A. F. 1947.



En la vista aérea de la página anterior, se ve como en 1947 la ciudad estaba todavía dividida en las dos zonas de población medieval. En la del fondo, la más próxima al río, vivía la gente llana, con las casas y oficios más humildes: tejedores, molineros, tintoreros, herreros, alfareros, etc. En la más alta y más cercana en la fotografía, se construyeron los palacios nobles y las iglesias más solemnes. Los palacios, convertidos a su vez en fortalezas interiores, tenían el doble fin de defender cada tramo de muralla que colindaba con su mansión y poner a salvo a sus señores en caso de que el enemigo consiguiese entrar en la ciudad; de ahí que algunos de ellos estén almenados, si bien esa medida se debía más a una pretensión señorial, que a un peligro real.

Es una suerte que se hayan conservado buena parte de los monumentos que caracterizan la ciudad, quizá por ello parece que todo se conserva siempre de igual forma; una ojeada más atenta de esta vista aérea nos hará apreciar, sin embargo, que no siempre es así.

Enseguida se habrán dado cuenta de que no hay jardines alrededor de la muralla; esos senderos de tierra que suben a la ciudad, estaban plantados de árboles que crecían para dar sombra al caminante y cobijar a las caravanas de la lluvia y el temporal en invierno.

Cedros y olmos sobresalen por encima de los muros. Esos patios del barrio de San Esteban, eran semejantes a sus predecesoras árabes o judíos que guardaban en su interior la tranquilidad de un oasis.

Los que sí se conservan todavía, son los jardines de ciertos palacios, no todos bien preservados, pero al menos ahí siguen. Estos jardines generalmente diseñados en el XIX, tienen un trazado geométrico de setos recortados, sin un criterio definido en la vegetación, con una concepción propia del jardín conventual entre tapias.

Los dos patios palaciegos más próximos en la fotografía son los de Sofraga. Uno de ellos, el que está colindando con el arco de San Vicente, tiene previsto hacerlo público el Ayuntamiento; este derecho está recogido en documentos, en los que los antiguos dueños se comprometieron a ceder su uso, cuando el consistorio acometió la traída de aguas hasta el palacio. Contiguo a este Sofraga, está el que fuera de la Duquesa de Valencia; un estanque y una pequeña fuente, adornan el jardín señorial levantado en la parte trasera. Este palacio del XVI, podremos verlo al fin, cuando se consiga abrir el museo de cerámica y las obras de arte, que Doña Luisa donó a la ciudad de Ávila hace



Portada del palacio de los Águila.  
Foto: h. 1910.

ya lustros. También se guardan en él las colecciones del Marqués de Piedras Albas, una de los más admirables protectores de esta ciudad, más conocido por su otro marquesado de Benavites<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Desde la publicación de este artículo en la revista en 1995, este Palacio de los Águila ha sido designado como sede accesoria del Museo del Prado, reservando algunas de sus salas para exposiciones y dependencias. Esta es una grata noticia sin duda, aunque el proyecto no esté dotado económicamente como debiera por el Ministerio de Cultura. Tampoco sabemos qué vendrá aquí, aunque es seguro que ninguna de las famosas obras con las que se identifica a la pinacoteca madrileña. Alguien debería aclarar, por ello, que no es precisamente «El Prado lo que podrá verse en Ávila», aunque sí muestras temporales con su acreditada marca. Y ya que Las Meninas no van a venir, lo que sí es cierto es que de este mismo palacio salieron hace tiempo algunos cuadros de grandes maestros, entre ellos del Greco, que deberían regresar a Ávila cuanto antes. Si El Prado tuviese que restituir a esta ciudad las obras que antes estuvieron aquí ya nos podíamos dar por contentos.





«El Expolio» El Greco.

Foto: Mas. Antigua colección de la Duquesa de Valencia.

Enfrente de este palacio de los Águila y rodeado por un muro que aún subsiste, está un espacio discretamente arbolado que perteneció al palacio de los Verdugo. En los años cuarenta era el patio de recreo de un colegio de enseñanza media. Luego pasaría a ser una fábrica de caramelos que acabó incendiándose; hoy es ese toruoso aparcamiento de la calle Esteban Domingo, que será edifica-

do cualquier día de éstos y que bien podría ser mejor utilizado para los mismos fines o para otros de bien común.

Otra pequeña franja de vegetación rodea el palacio de Bracamonte en la plaza Fuente del Sol. Más allá, siguiendo por la muralla, está el del Marqués de Benavites, hoy Parador Nacional. Por entonces, la calle Brieva, atravesaba hasta el Arco del Carmen, guardando la disposición romana de calles paralelas al «*decumanum*», o eje principal de la ciudad, que era la calle Vallespín. Después de convertirse en Parador, se cortó este callejón para ampliar los jardines que hoy dan acceso directo a la muralla.

Ya al final del recinto amurallado, en la esquina donde convergen los lienzos del norte y el oeste, está la villa del Marqués de Santo Domingo, o de «San Segundo», que alberga en su interior «casas de verano y un jardín hispanoárabe. El trazado es obra de Javier Winthuysen, por encargo del vizconde de Güel (1921). El Marqués de Santo Domingo, propietario desde los años treinta a los ochenta, añadió algunos elementos, como la portada renacentista que cierra el jardín»<sup>2</sup>.

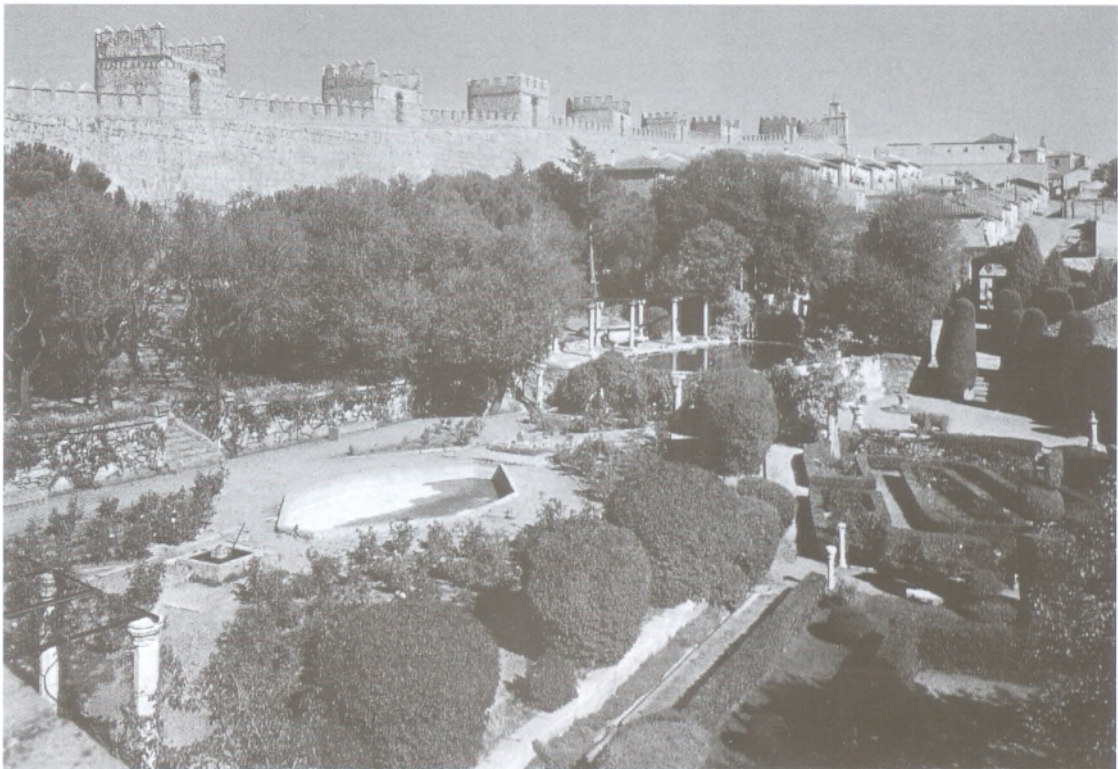
Antonio Ponz, refiriéndose a las zonas ajardinadas que había en Ávila en el siglo XIX, comentaba que: «Si quisieran más árboles o más paseos en los recintos y en los demás contornos de la ciudad, tendrían los que quisiesen, porque es tierra adaptadísima para ello, como lo manifiestan los que hay en varias partes sin tener riego ni cuidado de ellos». No suponía este autor cuán escaso espacio verde se acondicionaría después en esa campiña que circundaba esta villa. Algunos entornos que estaban intactos hasta hace unos años están siendo transformados y recalificados aceleradamente. Espacios arbolados, riveras e incluso algunas cañadas de ganado que pasan por la ciudad, están siendo cedidas y ocupadas,

<sup>2</sup> Datos facilitados por el Marqués de Pozo Blanco, actual propietario.





Jardines de la casa «San Segundo».  
*Tarjeta postal. h. 1965.*



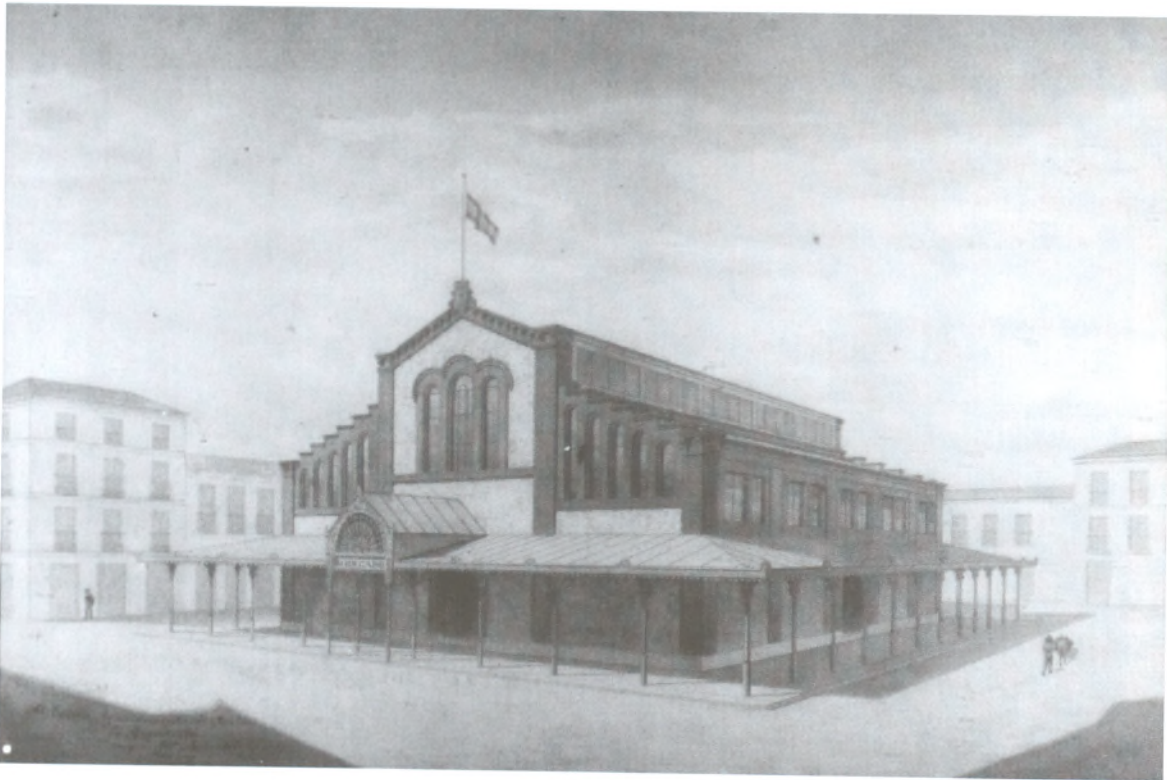
Jardines de la casa «San Segundo».  
*Tarjeta postal. h. 1965.*

argumentando justificaciones que no compensan su pérdida o permuta. Segovia ha sido recientemente seleccionada para representar a España en la segunda edición del Concurso Internacional de Buenas Prácticas de la ONU, por su Plan de recuperación y gestión del Entorno de una Ciudad Patrimonio de la Humanidad. Al igual que se ha hecho en otras ciudades, Ávila puede expandirse sin dañar esos entornos de protección.

Otra curiosidad que se ve en la fotografía, es el antiguo mercado cubierto de abastos, diseñado por Enrique Repullés en 1893. Su estructura de hierro colado estaba cubierta por mampostería de piedra y ladrillo visto. Amplios ventanales en la parte superior y

una marquesina rodeando el edificio configuraban las fachadas exteriores. En el interior, tres naves con columnas albergaban los puestos que dejaban una coqueta fuente en medio de la diáfana nave. Este mercado desapareció en los años cincuenta porque, según creyeron los responsables, se había quedado «obsoleto».

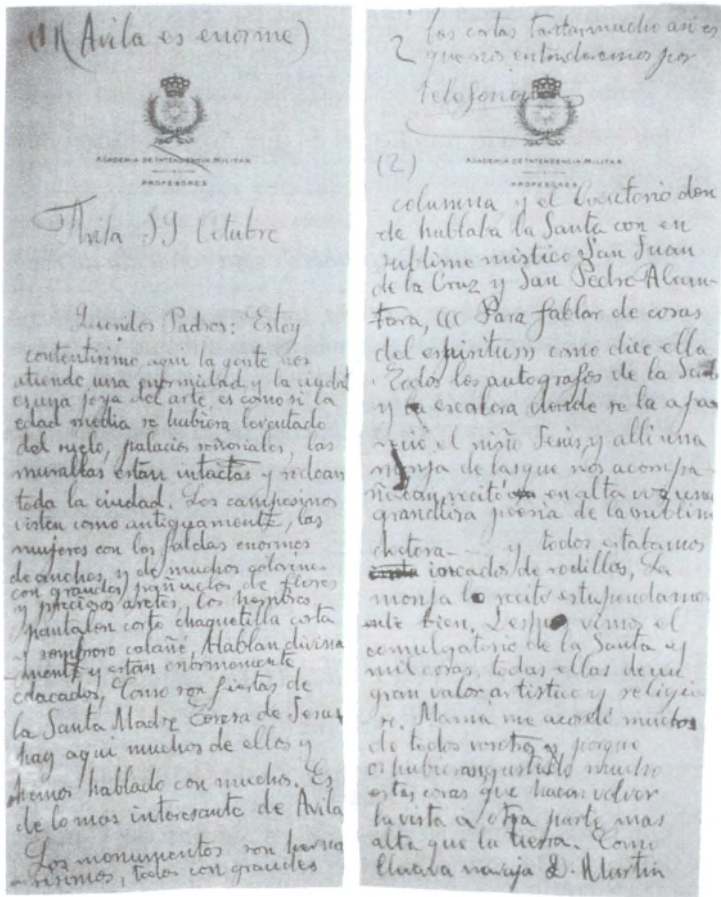
Observando la fotografía aérea encontrarán mas referencias por su cuenta, o si lo prefieren imaginen por un momento que están plácenteramente sentados en uno de aquellos patios arbolados, contemplando esos vistosos vergeles que difícilmente encontrarían hoy entre lindos bloques y chalets adosados tenazmente.



Dibujo de proyecto del antiguo mercado cubierto para Avila.  
E. M. Repullés. 1893. Archivo Ayuntamiento.



# Lorca



Carta escrita en Ávila por Lorca el 19 de octubre de 1916

Las ciudades históricas siempre atrajeron a escritores y artistas. Para muchos de ellos Ávila fue el escenario de sus poesías, pinturas o libros, por tanto nada tiene de extraño que se convirtiese en motivo de admiración para muchos intelectuales. Entre sus más fervientes admiradores estuvo la generación del noventay ocho, quizá porque, como diría después Lorca, esta ciudad era «la más castellana y más augusta de la meseta colosal».

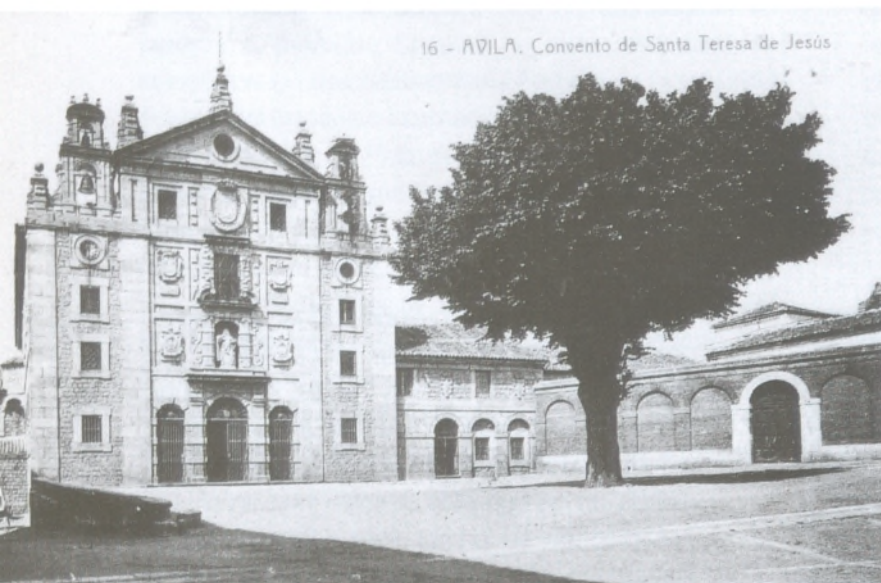
El contacto de Lorca con algunos de esos escritores ilustres como Machado o Unamuno se produjo en 1916, cuando con dieciocho años el granadino visitó Castilla en un viaje de estudios. Berrueta, su profesor de literatura por entonces, veía

en los viajes, un «laboratorio» donde los alumnos podían contemplar de forma directa los lugares descritos en los textos, reflexionar sobre lo que veían o conocer a los propios autores asistiendo a conferencias, clases o reuniones, en las que ellos también intervenían. La aparición de su primer libro: «Impresiones y Paisajes», sería una consecuencia de estas notas de viaje.

Por entonces, Lorca era un joven aficionado a la música que gustaba de dar pequeños recitales. Al llegar a Ávila ofreció una audición al piano que él mismo cuenta en el libro. Según su hermano Francisco «la música precedió en él la palabra» cuando era un niño, sin embargo, tras aquel viaje a Castilla empezó a plantearse su inclinación por la literatura. Escribía de noche, casi secretamente, tratando de encontrar la sintonía entre la escritura y su forma de sentir el mundo. En esas «Impresiones y Paisajes» que ve por tierras de Salamanca, Burgos, Segovia o Ávila, hay una amalgama de descripciones y sentimientos dispares; al leer el libro llama la atención por ejemplo el enfoque tan distinto que da de Ávila en sus notas personales y el que manda en una carta a su familia. La citada carta, paradójicamente escrita en papel con membrete de la Academia Militar de Ávila, es la primera que se conserva del poeta; en ella Lorca da una visión entusiasta y superficial de la visita, relatando las muchas atenciones que encuentran a su paso; en la cabecera se lee «Ávila es enorme». Las notas para el libro, más sinceras, captan de otro lado, el tono más dramático de la ciudad.

Su intuición le hizo temer que este primer libro fuese «una flor más de la literatura provincial», quizá por eso no quiso aludir nunca a él; sin embargo, sirvió para abrir la ruta de las emociones del mejor Lorca que vendría después.





Convento, casa natal de Santa Teresa.  
Tarjeta postal. h. 1900.



Academia militar.  
Tarjeta postal. h. 1910.

### 1ª carta de Lorca: (Membrete:) Academia de Intendencia Militar.

Ávila, 19, octubre (1916)

Queridos padres: Estoy contentísimo, aquí la gente nos atiende una enormidad, y la ciudad es una joya del arte, es como si la edad media se hubiera levantado del suelo, palacios señoriales, las murallas están intactas y rodean toda la ciudad. Los campesinos visten como antiguamente, las mujeres con las faldas enormes de anchas y de muchos colorines con grandes pañuelos de flores y preciosos aretes, los hombres, pantalón corto, chaquetilla corta y sombrero calañé. Hablan divinamente y están enormemente educados. Como son las fiestas de Santa Madre Teresa de Jesús, aquí hay muchos de ellos y hemos hablado con muchos. Es de lo más interesante de Ávila.

Los monumentos son hermosísimos, todos con grandes recuerdos históricos. Hoy ha sido el día T: acompañados del gobernador, alcalde, etc., etc... hemos recorrido los monumentos de la Santa donde nació, donde fue bautizada, donde fue monja, [...] y hemos leído los versos de la sublime doctora por los caminos de las murallas. Y ahora lo gordo. Con permiso especial del nuncio hemos visitado la clausura del convento de la Encarnación (este Don Martín es el demonio): a la clausura no entra nadie y hemos entrado nosotros. Es estupendo, todas las monjas estaban allí cubiertas con largos velos, nos acompañaron las monjas más viejas, una iba delante tocando la campanilla para que las monjas se retiraran y no nos vieran. Yo estaba emocionado de ver aquellos claustros donde vivió la gloria más alta de España, la mujer más grande del universo como es Santa Teresa de Jesús, de ver y tocar la cama donde descansó, las sandalias, la celda donde vivía y donde se le apareció Cristo atado a la columna, y el locutorio donde hablaba la Santa con e[l] sublime místico San Juan de la Cruz y San Pedro de Alcántara, «para hablar de cosas del espíritu» como dice ella.[...]

Por la noche, estupenda velada en el Instituto. Mariscal me presentó y toqué [a]l piano cosas mías, que me aplaudieron y felicitaron muchísimo. Nos han invitado (el marqués de Foronda) a dar una conferencia en Madrid (academia histórica). Papá, yo estoy muy contento, como compro cosas el dinero merma. Besos a mis hermanos. Recuerdos a las mozas Paquita y Encarna. os abraza y os besa con cariño vuestro hijo  
Federico (a la vuelta)

Las cartas tardan mucho así es que nos entenderemos por telefonema.



## ÁVILA

Fue una noche fría cuando llegué. En el cielo había pocas estrellas y el viento glosaba lentamente la mediodía infinita de la noche... Nadie debe de hablar ni de pisar fuerte para espantar el espíritu de la sublime Teresa... Todos deben sentirse débiles en esa ciudad de formidable fuerza...

Cuando se penetra por su evocadora muralla se debe ser religioso, hay que vivir el ambiente que se respira.

Estas almenas solitarias, coronadas de nidos de cigüeñas, son como realidad de cuento infantil. De un momento a otro espérase oír cuerno fantástico y ver sobre la ciudad un pegaso de oro entre nubes tormentosas, con una princesa cautiva que escapará sobre sus lomos, a contemplar a un grupo de caballeros y lanzas, que embozados en capas rondarán la muralla.

El río pasa casi sin agua por entre peñascos, bañando de frescura unos árboles desmirriados, que dan sombra a una evocadora ermita romántica, relicario de un sepulcro blanco con un obispo frío rezando eternamente oculto entre



La Encarnación.  
Ermita de San Juan de la Cruz en la huerta.



Ávila. Las Murallas romanas.

Murallas y caminos.

Tarjeta postal. h. 1900.

(La postal data erróneamente las murallas como «romanas»).



Torreón de Crecente.  
Tarjeta postal. h. 1900.



Antiguo Instituto General.  
Foto del Portafolio Fotográfico N° 9. h. 1930.







Fiestas de Santa Teresa, 1915.  
Comitiva de la procesión



Ermita de San Segundo y río Adaja.  
Tarjeta postal. h. 1930.

sombras... En las colinas doradas que cercan la ciudad la calma solar es enorme, y sin árboles que den sombra tiene allí la luz un acorde magnífico de monotonía roja... Ávila es la ciudad más castellana y más augusta de toda la meseta colosal... Nunca se siente un ruido fuerte, únicamente el aire pone en sus encrucijadas, modulaciones violentas las noches de invierno...

Sus calles son estrechas y la mayoría llenas de un frío orín, y las puertas tienen dovelas inmensas y clavos dorados... en los monumentos una gran sencillez arquitectónica. Columnas serias y macizas, medallones ingenuos, puertas calladas y achatadas y capiteles con cabezas toscas y pelicanos besándose. Luego en todos los sitios una cruz con los brazos rotos y caballeros antiguos enterrados en las paredes y en los dulces y húmedos claustros... ¡Una sombra de muerta grandeza por todas partes!... En algunas oscuras plazuelas revive espíritu antiquísimo, y al penetrar en ellas se siente uno bañado en el siglo XV. Estas plazas las forman dos o tres casonas con tejados de flores amarillas y únicamente un gran balcón. Las puertas cerradas o llenas de sombra, un santo sin brazos en una hornacina, y al fondo la luz de los campos que penetra por una encrucijada miedosa o por alguna puerta de la muralla. En el centro una cruz desquiciada sobre un pedestal en ruinas y unos niños andrajosos que no desentonan con el conjunto. Todo esto bajo un cielo grisáceo y un silencio en que el agua del río suena a chocar constante de espadas.



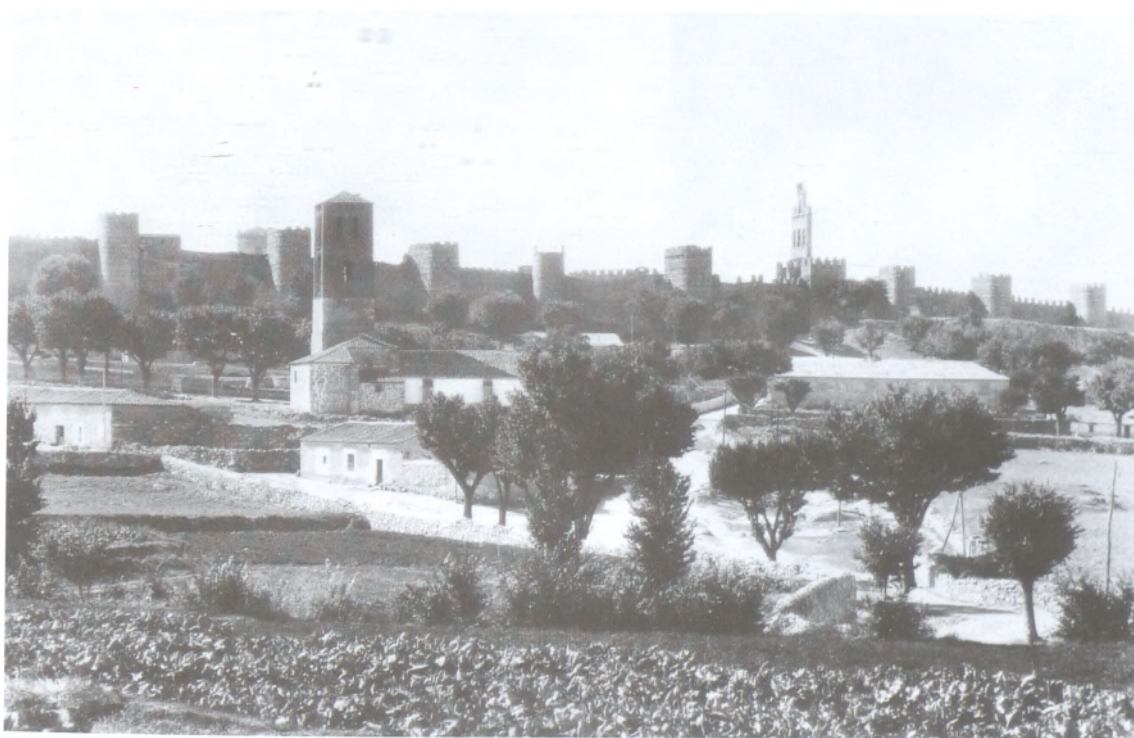
# Un nobel

Los libros son más difíciles de derribar que los monumentos, pero por otro lado son más dados al olvido. Muchos de los textos escritos sobre Ávila, fueron publicados hace décadas y no han vuelto a editarse, uno de ellos es la guía turística que Camilo José Cela hizo sobre esta ciudad en 1955.

Cuando le propusieron escribirla, Cela estaba elaborando otra obra sobre Ávila, «*Judíos, Moros y Cristianos*», un libro de viajes, editado un año más tarde, en el que la ciudad aparece completamente descrita; en los años sesenta Cela volvería a referirse a esta ciudad en «*Páginas de Geografía Errabunda*» (1965). En «*Judíos, Moros y Cristianos*» el escritor no viaja en Rolls con una despampanante modelo de color, como realizó sus últimos viajes; al contrario, para entonar con el paisaje se convierte en un «vagabundo» y andando los caminos de lo que era Castilla la Vieja, va contando el antiguo secreto, siempre nuevo, de que de todo hay en la humana condición de las gentes.

El vagabundo al llegar a Ávila, pasa por el Adaja y desde que entra no para de contar historias, las vividas por experiencia y las encontradas en los libros antiguos, que relatan una grandiosa odisea según la cual Óbila o Ábula, fue fundada por Alcideo, hijo de Hércules, aunque este asunto mitológico no está del todo claro.

Primero recorre las barriadas extramuros: el Barrio de las Vacas, Santiago y Ajates, los monumentos que hay en la ciudad son descritos uno por uno a modo de paseo. Tantas piedras, tantos héroes y santos dan, claro está, para tres días bien aprovechados. Hasta las historias más tremebundas cuenta este hombre. Relata, por ejemplo, sus encuentros con Merejo, un popular limpiabotas que los mayores aún recordarán. Al verlo en el Mercado Grande Cela describe a este ser con «*cara de mono, los ojillos pequeños y como confusos, y los brazos largos; el vagabundo piensa que, si Darwin lo hubiera visto, el gran Merejo hubiera muerto disecado*». Realmente, aquel limpiabotas llegó a recibir ofertas del extranjero para que se dejase estudiar una vez muerto. Para que el lector no se le espante con el relato de Merejo, el escritor intercala



Barriada de Ajates.  
Foto: Mas. 1925.



durante tres páginas reseñas de los monumentos, que parecen carecer de importancia al lado de aquella tragedia humana.

Al cabo de tres días durmiendo al raso, el vagabundo saldrá de la ciudad, sin haber llamado la atención; caminito de Gredos, con el morral vacío y la mañanita llena del Sol.

En la que tal vez sea la única guía turística escrita por un nobel, Cela se declara desde el prólogo admirador de la historia y el «carácter de las gentes de la tierra». Sin empacho por el tópico y lo rancio proclama que «Ávila es la Edad Media en pleno siglo XX, y ese es su mayor encanto».



«Romería de Sonsoles».  
1867. Grabado basado en el cuadro de V. Becquer.



Limpiabotas.  
Foto: Mayoral. 1940.

Para recorrer la ciudad propone varios itinerarios. Comenta las romerías de Sonsoles y Las Vacas, rememora la Semana Santa, repasa los mercados y las ferias, y cuenta costumbres hoy desaparecidas, como las «Cabañuelas, en la que los augures campesinos, quieren ver como serán, desde el punto de vista climatológico, los doce meses del año siguiente».

Cela, ese comensal que todos conocemos, describe en otro apartado los productos de la «noble cocina abulense», y entre plato y plato, cuenta algunas curiosidades, como la incorruptibilidad de los peces del Adaja debida, al parecer, a la composición del lecho arenoso del río, o la tradición de partir el tostón con un plato, «uno de los orgullos de las cocineras avilesas»; costumbre ésta, que tomó como propia una ciudad vecina, más aventajada en cuestiones de turismo y gastronomía. En este apartado de «La cocina y el horno de Ávila», Don Camilo, asegura que:





Muralla y torreón derruido. h. 1910.

«la mesa de Ávila, es un poco el huevo de Colón del arte culinario. Los elementos en ella empleados, son todos de finísima calidad y las cosas, naturalmente, salen bien. Los platos abulenses recuerdan la acreditada y perogrullesca receta de la sopa de piedras: tórnese unas piedras de río, que sean bien redonditas, lávense bien y échense al puchero, en el que previamente, se habrán puesto dos pollos tomateros bien cebados, kilo y medio de jamón serrano, dos libras de buena ternera, unos chorizos, unas morcillas, etc.; sazónese de modo conveniente y, una vez todo bien cocido, tírense las piedras cuidadosamente».

Tan amante de la «solved» en todas las cosas, el escritor propone un pantagruélico menú, compuesto entre otros platos por entremeses de niscalos, deliciosas setas, fritos a la plancha, cangrejos de río, embutidos de La Cañada y Navalperal, judías del Barco «de las más finas de España», trucha o carpa bermejuela, pancho de Gredos o del Ádaja, tostón asado, caza mayor o menor a elegir, ternera, «la de Ávila es blanca como el papel»; caldereta de cabrito, «sabrosísimo plato típico de pastores, y al que muy bien pudieran ser atribuidas las virtudes militares de las gentes de Ávila», y de postre, yemas de Santa Teresa o «fruta de huesos de la Andalucía de Ávila». Todo esto regado con «vino de Cebreros, ligeramente embocado», y acompañado con pan de La Moraña. «Y ya hemos terminado de comer. Suponemos que a nadie parecerá mentira.»

Algunas cosas sí resultan increíbles en este hombre, algo desmedido, no tanto por lo que entra, como por lo que sale de su boca. Buen provecho.



Ermita de Las Vacas. h. 1930.



Barrio de Santiago.  
Foto: Loty. h. 1920.



# La vuelta



Plaza de Santa Teresa vista desde la muralla.  
Foto: G. V. G. 1964.



La fotografía de la página izquierda, tomada desde la muralla, recoge una escena cotidiana de los años sesenta. El Mercado Grande, rodeado de monumentos, soportales y terrazas, se ve paseado por gentes que van de un lado a otro arregladas de fiesta, caminan hasta el fondo donde está Pepillo, para volverse a cruzar de nuevo inadvertidamente. Los escasos coches que circulan, permiten invadir la calzada que entonces atravesaba el recinto. Lo bien que estaba Ávila peatonal y lo bien que estaría ahora<sup>1</sup>.

«Dar una vuelta» por el Grande es una costumbre intemporal de los abulenses. Si uno deseaba dejarse ver o quería encontrar a alguien sin cita previa, había que acudir aquí. Casi todos los caminos de la ciudad conducen a esta céntrica plaza, por ello una vez aquí se suelen dar una o varias vueltas, como si después no hubiese otro sitio por donde continuar.

En esta plaza de referencia obligada, hoy es un domingo de los años sesenta, hace sol y estamos todos ahí, a los pies de Santa Teresa, tan cerca y tan de lejos ella. Su figura, allá en lo alto del pedestal, parece estar diciendo algo al cielo que nosotros somos incapaces de entender.



Interior de «Pepillo».  
Foto: Fidel García.

<sup>1</sup> A los dos años de la publicación de este artículo, se hicieron peatonales cuatro calles. Ávila era la única ciudad de España que no había cerrado al tráfico una calle en su casco antiguo.



# Covachuelas



Fotografía de A. R. Z.

«Limpiando la casa» Covachuelas.  
Foto: Redondo y Zúñiga. h. 1890. Tarjeta postal.



Ávila.—La alegría de la casa.

«La alegría de la casa» Covachuelas.  
Foto: Redondo y Zúñiga. h. 1890. Tarjeta postal.

Hasta hace unos años Ávila contaba con algunos barrios populares de antigua tradición. Una de ellos se levantó hace más de ochocientos años sobre la vertiente sur, la más escarpada de la ciudad. Aquel peñascal cortante no era el lugar más apropiado para asentar hogares y templos, pero los árabes, sus primitivos moradores, al ser expulsados del núcleo urbano, prefirieron en su mayoría, instalarse en la parte más cálida y protegida del extramuro.

Durante largos años y hasta su definitiva expulsión, estuvieron viviendo en aquella cascada de casas; frente al ancho valle que cultivaban, orientados al sol y mirando hacia la Andalucía que tanto amaban.

Covachuela, diminutivo de covacha, significa cueva pequeña. Posiblemente, al igual que los arrabales andaluces de procedencia árabe, estas Covachuelas de Ávila también tuvieron cuevas excavadas como viviendas. Después seguramente fue surgiendo un asentamiento de viviendas casi al azar.

Entre la comunidad mozárabe se encontraban gentes de todos los gremios, prestamistas, herreros, comerciantes, alfareros, albañiles; sus pequeñas calles y comercios eran humildes pero estables, no en vano estas gentes estaban aquí desde mucho antes de la repoblación cristiana.

Sabemos que hacia el 1330, había en el sur de la ciudad, dos comunidades mozárabes, una situada en lo que hoy es el Barrio de Las Vacas y la otra hacia Santiago; ambas lo suficientemente numerosas como para mantener mezquitas y cementerios propios.

En «*La Gloria de Don Ramiro*», Larreta imaginó que, entre aquellos empinados laberintos del alfoz abulense se escondían patios con idílicas fuentes; pasadizos secretos por donde se llegaba a salones de lujo y placer, como sólo los orientales saben recrear. Un sueño de las *Mil y Una Noches* para ambientar una historia de amor imposible entre una muchacha de belleza radical pero sarracena, y un joven héroe de sangre mestiza de murallas adentro; sin duda una visión demasiado idealizada de aquellos rincones, pero algo debieron ver aquellos artistas y escritores de



primeros del siglo para que esta barriada fuese tan querida por ellos. Las casas y callejas que recuerdan quienes conocieron las últimas Covachuelas, no coinciden precisamente con esa visión romántica, para algunos más bien lo contrario, su deseo por verlas desaparecer ha sido también demasiado ciego. La humildad de cada casa, no dejaba ver el alma que guardaban en su conjunto y en eso radicaba precisamente su valía. Remodelar aquella barriada con nuevos criterios, pero sin ignorar su mérito, hubiera sido, además de menos caro, más razonable para sus moradores; por ello algunos todavía se niegan a abandonarlas. Hemos visto en muchas ocasiones, cómo viejas viviendas que no son queridas por nadie, pasan a ser admiradas cuando son rehabilitadas adecuadamente. La insolente demolición fue justificada, en principio, para «convertirlas en zona verde»; de verde sólo ha tenido el color del dinero que permitió levantar después adosados.

Hay algo más que quisiera decir desde el recuerdo, ya que trabajé seis años en el último piso disfrutando de unas fantásticas vistas. Esa torre de Maestría no tuvo razón de ser, es tan escasa su utilidad por dentro, que más bien debió concebirse para disimular la digna humildad de que estaba rodeada por fuera.

Históricamente, la desaparición de estos burgos fue una pérdida absurda. Aunque mal conservados, estaban ahí antes que muchos palacios de la ciudad; sin olvidar que sus gentes ayudaron a levantar las mismas murallas.

Série 1.ª — 3



AVILA.—Emprendiendo el viaje al Valle.

Fotografía de A. R. Z.

THOMAS — BARCELONA

«Emprendiendo el viaje al valle». Barrio de Santiago.  
Foto: Redondo y Zúñiga. h. 1890. Tarjeta postal.





Tipos en el atrio de Santiago.  
*Tarjeta postal. h. 1910.*

Para que no haya dudas sobre el valor de estos conjuntos, la UNESCO declaró Patrimonio de la Humanidad al barrio granadino del Albaicín. Si hubiéramos conservado el casco antiguo y los entornos extramuros, la UNESCO en su reunión de 1985 en París, habría declarado todo el conjunto histórico de Ávila Patrimonio de la Humanidad, pero el deterioro de estos lugares, vitales para comprender la sociedad que aquí surgió, y otro tipo de intereses, oficiales y privados, que veía en esta declaración una amenaza para sus propósitos especulativos, dejaron la declaración a lo más exiguo. Todo ello hizo que la Comisión declarara patrimonio solamente el recinto amurallado, «Ciudad antigua» y cuatro iglesias románicas situadas extramuros: San Vicente, San Pedro, San Andrés y San Segundo. La delegación municipal que acudió a París para recoger la acreditación tampoco fue la del máximo rango. Santiago y Segovia festejaron su declaración con actos solemnes y numerosas exposiciones. Al cabo de un tiempo se formó en España un grupo de Ciudades Patrimonio de la Humanidad al que Ávila en principio tampoco quiso unirse; casi todas ellas han creado patronatos o asociaciones independientes para proteger sus cascos históricos. Toledo y Santiago han sido recientemente premiados por la Comisión Europea por la preservación de su patrimonio en materia de urbanismo.

Las fotografías nos asoman a parte de lo que fue aquel barrio de las Covachuelas, en una de ellas se ven, desde el atrio de Santiago, las casas con sus patios traseros; más lejos la plaza de la Feria donde se celebraban los mercados de la zona, el edificio más largo era el almacén de grano. A la derecha, puede verse la antigua Casa de Misericordia, antes Hospital de Dios Padre. Al fondo, atravesando el valle, cruzan las largas alamedas que daban entrada a la ciudad.



En el recuerdo quedarán testimonios como este, del pintor abulense Antonio Veredas. «Cuadros Abulenses». (1939).

*«En torno a la parroquia del Apóstol Santiago, extiendense hacia el Valle Amblés, formando callejuelas tortuosas y abancaladas, una buena porción de humildísimas casitas, cuyo conjunto es conocido en Ávila, desde lejanos tiempos con el nombre de Barrio de las Covachuelas.»*

*Este barrio, compañero en casticismo local de Albaicín de Granada, de Santa Cruz de Sevilla y de las cuevas de la Sierra de Guadix, es una pintoresca y simpática obra de arte popular, con toda la gracia y jugosidad que siempre encierran los actos artísticos espontáneos, libres de los amaneramientos de lo académico; jugosidad y gracia semejante a la que aparece en los trabajos ejecutados por el mar, los vientos y la nieve, en las rocas, en los arenales del desierto, en los campos y en los pueblos».*



Arrabal de Santiago.  
Foto: Santos Delgado. h. 1950.



# Decadencia

Los siglos XV y XVI fueron para Ávila los de mayor esplendor. Época mítica y mística, plagada de figuras que han trascendido la historia y que aún tocan nuestras vidas. Ávila era entonces, uno de los centros de la vida política y religiosa del reino.

Mediado el siglo XVII un cúmulo de acontecimientos harán que esta ciudad, señorial y caballeresca por entonces, comience un largo período de decadencia, convirtiéndose lentamente en una monumental reliquia del pasado destinada al ostracismo o en el mejor de los casos, al recuerdo de pasadas glorias.

Esta fortaleza surgió como un acuartelamiento militar. Durante el tiempo que duró y se asentó la Reconquista tuvo razón de ser. La forma de alcanzar gloria y fortuna no era comerciando como en otras ciudades del norte, aquí era necesario ser caballero y

tener mejor linaje para bien subsistir. Cuando ese modo de vida dejó de tener justificación, Ávila se derrumbó. Dolorosamente lo cuenta. Sánchez Albornoz:

*«Al arrullo de sus campanas, Ávila se durmió una tarde cualquiera del seiscientos. Los nobles abulenses se trasladaron poco a poco, al cercano Madrid, en busca del favor o los placeres de la corte. Muchos de sus palacios y caserones se arruinaron».*

Las casas y palacios, sin apenas propietarios que residieran en ellos, quedaron en manos de los llamados «renteros», que pedían los alquileres más altos para sus amos. Los señores, que estaban en la corte ni siquiera llegaron a enterarse de las miserias de sus vasallos. Los impuestos y contribuciones eran cada vez más altos, hasta el que tenía oficio se veía obligado a veces a comer de caridad.



CONVENTO DE STO. TOMÁS DE AVILA: Reparto de la comida a los pobres

Reparto de comida a los pobres en el Covento de Santo Tomás.  
*Tarjeta postal. h. 1900.*





Reparto de comida a los pobres en Santo Tomás.  
Tarjeta postal. h. 1900.

Las desgracias fueron acumulándose una tras otra, la expulsión de judíos y árabes, que hizo desaparecer un gran número de actividades y talleres; las epidemias, las crisis agrarias, la creciente despoblación, la desamortización del siglo XIX, que provocó un nuevo éxodo y agravó aún más la situación económica. José Belmonte, en el libro «La Ciudad de Ávila», hace esta observación:

*«Ávila ha tenido gentes de todo el espectro social, pero siempre estuvieron ausentes los creadores y emprendedores de riqueza... las reales fábricas, mal planificadas, pronto se arruinaron y terminaron por desmantelarse. Los señores prefirieron planificar la caridad a crear fuentes de riqueza. Siguieron entusiasmándose los entierros de sus mayores, rodeados de hileras de pobres, con hachones encendidos y la retribución de un real por vela acompañante; reflejándose la posición social de los fallecidos por el mayor número de pobres en los entierros».*

El mismo autor cuenta en otro capítulo que: «Uno de los fallos más lamentables de los abulenses, es que intentaron, y en parte lo consiguieron, luchar contra el maquinismo y la industrialización», uniéndose a él solamente en «escasas parcelas, que eran aquellas que les resultaban imprescindibles para la subsistencia».

Los viajeros, españoles y extranjeros que, en los siglos XVIII y XIX pasaron por Ávila, son unánimes en reflejar la pobreza y despoblación de la ciudad. Un acta del procurador síndico recoge en 1770:

*«Los mendigos abundan, les obliga y estrecha la necesidad a mendigar de puerta en puerta, desde que en la expresada ciudad faltó su fábrica de paños».*

Uno de los pocos intentos serios por contrarrestar aquella tendencia desoladora, surgió de un grupo de ilustrados abulenses que fundaron en 1786 la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Ávila. Su principal objetivo era evitar «la decadencia y casi total ruina de las antiguas fábricas de esta ciudad, que ocupaban en otro tiempo gran número de personas en sus manufacturas, evitando así la miseria general de tantos como hoy la experimentan». Lamentablemente no tuvieron mucho éxito en su intento, principalmente por falta



A la puerta del convento.  
Foto: A. R. Z. h. 1900. Tarjeta postal.





«La pobreza al amparo de la Iglesia».  
h. 1875. Grabado de un dibujo de V. Becquer, en el pórtico de San Vicente.

de solidaridad de la propia ciudad. Georges Demerson hizo sobre esta Sociedad Económica un interesante libro, en el que relata con detalle las obras de todo tipo que emprendieron y las pocas, pero fructíferas que lograron llevar a cabo. En un acta de la Sociedad de aquel año se lee un dato estremecedor:

*«De los 1.000 vecinos, poco más o menos, que tiene esta población, más de 600 son pobres de solemnidad; las comunidades eclesiásticas, que con sus limosnas, sostienen a éstos, se hallan imposibilitadas para hacer más».*

Tras varios períodos de interrupción de las actividades de la Sociedad, en 1803, teniendo noticia de las «Sopas Económicas», que varios países europeos reparten con el nombre de «Sopas Rumford», la Sociedad consigue repartir gratuitamente en Ávila este plato elaborado a base de legumbres secas y harina de patata. La población más necesitada lo agradecerá; pero el estipendio durará sólo nueve meses, después de los cuales, los conventos volvieran a dar, cuando les era posible, la llamada «sopa boba», un caldo bastante menos nutritivo.

El reparto de aquellas comidas tenía como última intención, claro está, disuadir a los pobres de pedir por las calles; las ordenanzas municipales de la época, prohibían «la agrupación de mendigos en las plazas y paseos, así como demandar limosna a los pobres que ostenten úlceras o cualquier enfermedad repugnante».



Varios relatos de aquella situación se pueden encontrar en libros de viaje. El pintor José Gutiérrez Solana, en «La España Negra» (1920) describe una escena contemplada en Santo Tomás:

*«donde forman cola los pobres para comer. Muchos de estos pobres tienen la nariz y la boca comidas por un cáncer, y se les ven los dientes al aire, enseñando media calavera. En estas pobres viejas, por debajo de sus faldas, asoman las churradas de llevar tanto tiempo esperando y no poderse levantar de allí, para no perder su puesto. Muchas veces la cola de mendigos se impacienta y llaman a los aldabones de la puerta del convento y vociferan para que les abran. Luego, cansados de gritar, caen en un gran abatimiento; pero sin perder sus puestos, con gran tenacidad, y no se marcharán de allí hasta que no les den de comer».*

Otro testimonio está tomado del libro «Por tierras de Ávila» (1912) En él se cuentan las impresiones de un viajero bajo el seudónimo de «León Roch», que era en realidad el escritor Francisco Pérez Mateos:

*«Sentadas sobre el empedrado suelo, encontramos unas docenas de mujerucas, ancianas las más de ellas, con otras docenas de chiquillos, provisto todos de humildes cestas, pucheros y cazuelas, esperando impacientes. No necesitamos preguntar lo que estas pobres gentes esperan. Es el reparto de la comida del convento; vamos a contemplar el cuadro castizo de la "sopa boba" de los conventos de la Edad Media [...] Por fin, aparece el hermano lego, bajo y rechoncho, con cara coloradota y simpática. Los pobres se alborotan, impacientes, y arman una regular algarabía. El lego les impone silencio, mientras revuelve con el cucharón la bazofia contenida en enorme y humeante caldero. Otro lego, seco y escuálido, saca otras pequeñas calderas y vierte su contenido en el gran depósito de la bazofia, que el cucharón revuelve de continuo. Comienza el reparto por los "huéspedes" de fuera. Luego pasa, en alocada turbamulta a los "convidados" de casa. Puestos en fila, los pobres aprestan sus pucheros y cazuelas,*



«Una limosna por el amor de Dios». h. 1900.

*con tristes ansias en los ojos, y van desfilando rápidos ante el lego, que en cada recipiente pone dos o tres cucharones de bazofia y alguna añadidura de propina. Y a cada pobre que pasa, el lego repite una cantinela que no comprendemos: ¡Largo!. Tú estás ya de más, como el coche de Don Gonzalo. ¿Qué significado tendrá este refranete del hermano? Desde luego él le tiene en gran estima, porque lo repite de ochenta a cien veces. Al buen lego no se le ocurre otra cosa. El espectáculo del reparto es amargo y apenas el ánimo. Algún detalle de miseria crispera los nervios. A una infeliz muchacha se le cae y estrella en el suelo su cazuela; otra pobre le ofrece un puchero sobrante, y la niña mísera recoge del suelo a puñados la bazofia, mezclada con tierra. ¡Tristes gentes, que cifran una suprema esperanza en la angustiosa comida del convento».*



# Santo Domingo



Iglesia de Santo Domingo.  
Foto: Mas, 1928.

La Iglesia románica de Santo Domingo de Silos se hallaba en la plazuela del mismo nombre junto con otros nobles edificios, alguno de los cuales, como la portada de Santa Escolástica, sigue en lamentable estado de conservación.

La plazuela donde se asentaba la iglesia estaba a la entrada del barrio judío, entre la calle de la Rúa, hoy Vallespín, y la calle de las Damas, en lo que actualmente es la parte trasera de la Academia de Intendencia; justo detrás del Convento de la Santa, aunque entonces, la casa natal de Teresa miraba precisamente hacia esta iglesia, como se ve en el plano

del siglo XVI. Cuando la Santa nació, el templo llevaba allí ya tres siglos. Estando frente a su casa, se puede suponer que la joven fuese a rezar a ella en multitud de ocasiones.

El abuelo de Teresa, Don Juan Sánchez, había venido a vivir a Ávila desde Toledo, donde tenía un próspero comercio de telas. Había judaizado voluntariamente, renunciando a su religión, con el fin de evitar crueles persecuciones. A pesar de ello, en 1485 fue penitenciado por la Inquisición por «herejía y apostasía contra nuestra santa fe católica», siendo obligado a ir en procesión con otros penitenciados, tocado





Calle de los Velas.

Foto: J. M. Labrador h. 1920. Colección particular.

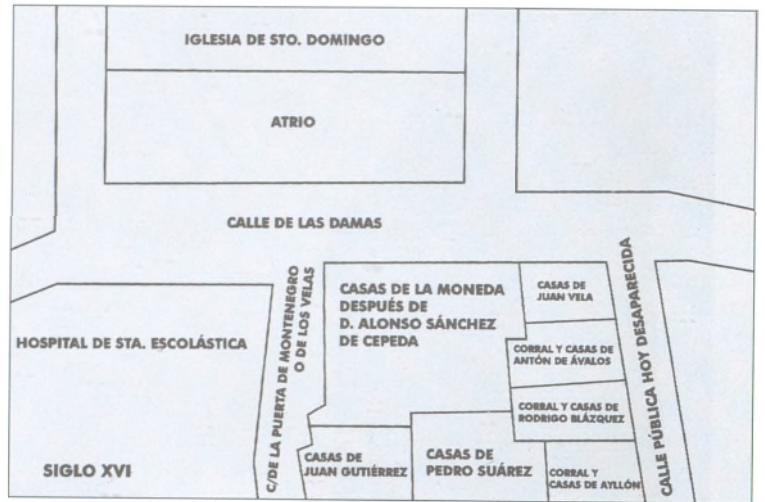
con un sambenito, durante siete viernes, recorriendo las iglesias de Toledo. Finalmente fue reconciliado y con él todos sus hijos, menos el mayor Hernando, al que le quedó denegada la gracia. Alonso, el que de sus hijos sería después padre de Santa Teresa, tenía entonces sólo cinco años.

Acabado el escarnio, el abuelo Juan decidió trasladarse a otra ciudad donde pudiese empezar de nuevo. Eligió Ávila e instaló su comercio de telas en Cal de Andrino, hoy Reyes Católicos. Enseguida lo vio prosperar como la seda. Pero no todo resultó fácil; por aquella época los procesos contra los judíos conversos se agudizaron en todo el reino. Los hebreos de Ávila, que vivían en una paz relativa, diseminados por la ciudad, o regentando negocios en la zona centro, fueron de pronto reclusos en guetos por un decreto de las Cortes de Toledo. Los judíos, al contrario que los árabes, quedaron intramuros, pero fueron a parar al barrio comprendido entre el arco del puente y la iglesia de Santo Domingo, uno de los más húmedos e insanos de la ciudad.



A pesar de todo, el abuelo Juan consiguió educar a sus hijos digna y cristianamente, casando a casi todos con familias hidalgas. Don Alonso emparentó con Doña Catalina del Peso y compró como vivienda, parte de lo que antes había sido la Casa de la Moneda, un edificio donde se acuñó moneda en Ávila y que a partir de entonces pasó a llamarse la «casa del toledano». Al otro lado de la Calle de los Velas estaba el Hospital de Santa Escolástica, antiguo convento cisterciense. Hoy el único resto que nos queda de aquella institución es la portada isabelina que data de la misma época que Santa Teresa (Siglo XVI). Tiene dos arcos finamente tallados, con agujas de crestería gótica a ambos lados y un parteluz divisorio que conserva milagrosamente una virgen bajo dosel.

Don Alonso, que tuvo dos hijos de su primer matrimonio, pronto quedó viudo. A los pocos años buscó familias con las que emparentar de nuevo. Pretendía seguir mostrando a la sociedad abulense «pureza de sangre», aunque tuviera que ocultar su origen para ello. Por fin en 1509 se casó con Doña Beatriz de Ahumada, una joven de



Plano del barrio de Santo Domingo y casa de Santa Teresa en el S. XVI según Ferreol Hernández.

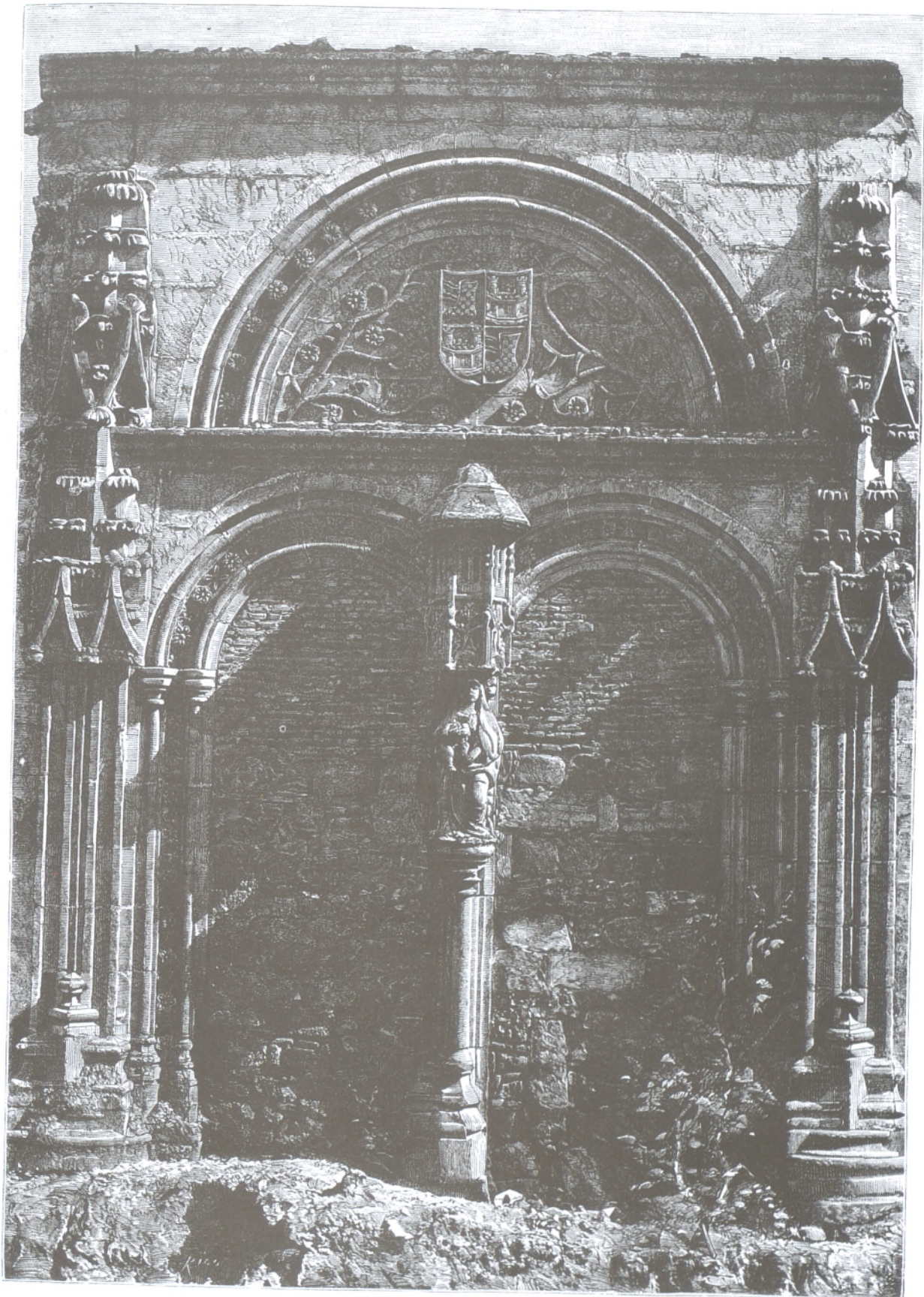
quince años, prima en tercer grado de la esposa difunta, residente en Olmedo, pero de origen abulense. La familia de la prometida tenía una reputación intachable, numeroso ganado, casa señorial y algunas fincas en Gotarrendura, donde finalmente se celebró la boda.

Al poco de emparentar fue invitado Don Alonso a ir como hidalgo a la conquista de Navarra. Tras dos hijos varones, el 28 de marzo de 1515, nació la primera hija, que prudentemente



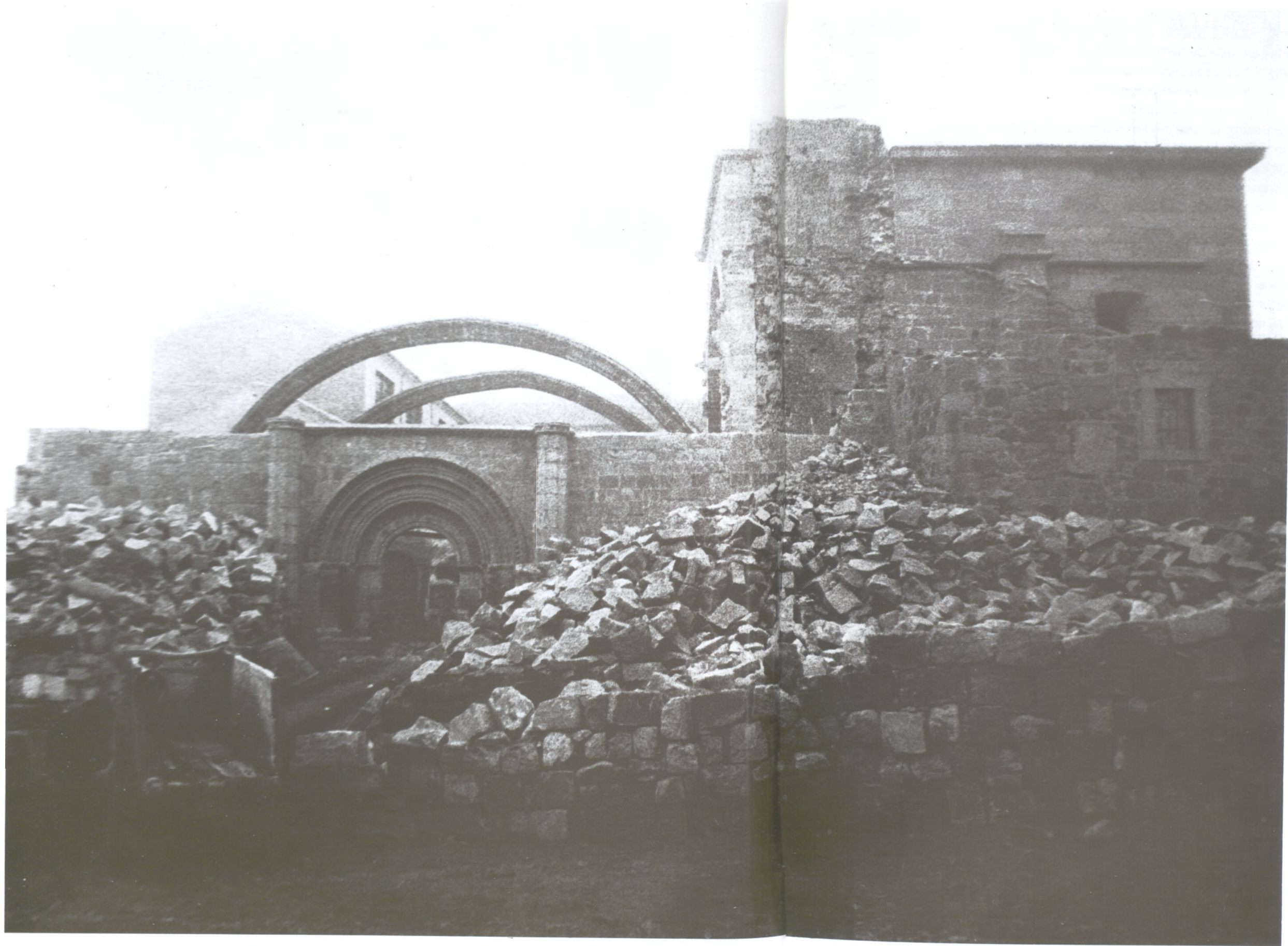
Convento de la Santa y Santa Escolástica. Desde el atrio de Santo Domingo. Grabado del S. XIX.





Portada del antiguo hospital de Santa Escolástica.  
Grabado del S. XIX, tomado de «La Ilustración española»





Derribo de Santo Domingo.  
Foto: *Mayoral*. 1942.



recibió como primer apellido el de la madre: de Ahumada, y por nombre el de la abuela materna, Teresa.

Aunque su casa estaba frente a la parroquia de Santo Domingo, la niña fue bautizada en otra más hidalga, la de San Juan. Según escribió el propio Don Alonso, que apuntaba todos los «*nacimientos de sus hijos y sus hijas*», fue su padrino Vela Nuñez y la madrina Doña María del Águila, hija de Francisco Pajares, amigo y valedor del padre.

Lamentablemente no vivió mucho Beatriz; la joven madre dejó diez hijos antes de morir a los treinta y tres años, cuando Teresa tenía apenas doce. Esa muerte le mostró lo transitorio de esta vida y cambió la suya a partir de entonces. Su vida en familia fue sin embargo feliz, como ella misma cuenta, siempre vivió en un ambiente alegre, entre una buena prole, «*éramos tres hermanas y nueve hermanos*» y sintiéndose «*la más querida*» por su padre.

Aquella cercana plaza de Santo Domingo, con su pretil murado igual al de otras iglesias y plazas abulenses, fue lugar de juegos de la pequeña Teresa. La iglesia, era semejante a otras de su época como San Nicolás o San Andrés. Había sido consagrada en 1210; en el siglo XVI sufrió la destrucción del ábside, reemplazado casi en su totalidad por una construcción cúbica sin mérito, que albergó la tumba del Virrey del Perú, Don Blasco Nuñez Vela, aquel que un dicho suponía inmensamente rico y al que los hermanos de Teresa siguieron en la empresa de la conquista americana. La torre debió caerse, levantándose después con el aparejo de ladrillo que aparece en las fotografías. En el interior había tres naves con buenos capiteles. Cuando dejó de tener culto, los altares se repartieron entre las iglesias cercanas de San Esteban y San Juan. Las reliquias de los mártires y santos, una talla de la escuela de Gregorio Hernández y varias pinturas, fueron a parar a la Catedral.

Utilizada como almacén durante la Guerra Civil, fue derrumbada en 1947 para instalar el picadero de la Academia Militar de Intendencia, a pesar de estar declarada Monumento Nacional desde 1923 y formar parte del tesoro artístico desde 1931.

El pintor italiano Guido Caprotti, que tenía el estudio en un palacio cercano, en un gesto piadoso pudo numerar las piedras de la portada sur, que aparece en algunas fotografías, salvándola así de su total desaparición. Actualmente esta portada está instalada en la Parroquia del Inmaculado Corazón de María, en la avenida del 18 de Julio. Sus piedras, algo deterioradas, y no muy bien montadas, guardan el recuerdo de la iglesia que vio jugar y crecer a Santa Teresa.



# Un pintor entre Ávila y Nueva York

*«La mirada de los ojos de su "Muchacha de Pueblo" en frente de las murallas de Ávila, es la mirada de España, mi Patria querida, de la cual estoy desterrado».*

Unamuno



«Vista de Ávila». Tríptico. López Mezquita. h. 1930.  
Óleo sobre tela. 85x170. Col. particular.

En 1981 tuve oportunidad de conocer el estudio de López Mezquita en Ávila. No me había sido posible visitarlo en la única ocasión en que fue abierto al público, durante las fiestas de Santa Teresa en 1972.

A pesar de su tamaño el edificio pasaba desapercibido desde la calle, parecía escondido tras el discreto muro de piedra que convergía estrechamente. Una vez dentro del jardín, el noble caserón de piedra lo llenaba todo. A la izquierda del recinto, en una esquina, había un tejadillo para el automóvil que el pintor traía de

Estados Unidos, al otro lado estaba la recoleta y esquinada casa y en mitad del patio el gran abeto que aún se conserva, dividido en dos desde el suelo; el tronco de este árbol forma una horquilla simétricamente perfecta debido a un curioso percance que ocurrió cuando lo plantaron. El jardín era muy reducido comparado con el Central Park que veía desde su otro estudio americano en los años veinte.

Ya en el interior, el recibidor estaba adornado con antiguos pero bien conservados muebles. En una pared





Estudio del pintor López Mezquita. Ávila. 1985.



«Campesinos en día de mercado». López Mezquita. 1952.  
Óleo sobre lienzo. 146x115.

había, sin embargo, algo distinto, eran dos bocetos de rascacielos neoyorquinos en construcción. Las mayores estructuras hechas por el hombre estaban dibujadas desde el cielo, tenían unas perspectivas de vértigo, los obreros caminaban por las vigas con el suelo allá en el infinito.

Cuando pasamos al estudio fue como retroceder en el tiempo; sobrecogía ver todo tal como lo dejó el pintor, la paleta seca de colores, los pinceles, los caballetes con cuadros inacabados. Algunos lienzos que colgaban de los muros llegaban a los tres metros de largo, como «*El Velatorio*» que representa el entierro de un niño gitano, con mujeres bailando alrededor del pequeño féretro bajo una dramática luz de velas.

López Mezquita estuvo pintando en este estudio hasta poco antes de morir, lo había ido decorando con arcones, bargeños, capiteles y cerámica antigua. Por los enormes ventanales, orientados al norte como era norma en los antiguos estudios, entraba una luz colosal y pacífica. Arriba, en una grada de madera, estaba el tríptico que le sirvió para preparar el cuadro de las murallas que cuelga en Nueva York. Había también numerosos retratos, como el del torero Machaquito de cuerpo entero, óleos con temas andaluces, patios soleados y jardines de la Alhambra.

López Mezquita nació en Granada en 1883 y hasta su muerte, en 1954, no paró de viajar; por esa razón se vio obligado a instalar estudios en distintas ciudades: Méjico, Nueva York y Madrid, todos provisionales menos este de Ávila.

La pregunta era cómo vino a parar aquí este hombre desde Granada. Fue el Duque de Parcent, quien primero le invitó a visitar Ávila. En 1911 ya había comenzado a tomar los primeros apuntes de la ciudad. Después el pintor abulense José Alberti estableció con él una grata amistad, frecuentemente pintaban juntos en el corralón del desaparecido Alcázar; más tarde Chicharro y otros artistas se unieron a ellos. El municipio les dejó allí un cuarto para meter los trastos de forma provisional, el lugar era ideal para pintar al aire libre y encontrar tipos que posaban por unas cuantas monedas. Ávila era para los artistas costumbristas una ciudad pintoresca, no sólo por sus monumentos, sino también porque sus paisanos vestían todavía al uso y oficio. Sorolla y Zuloaga, venían a pintar frecuentemente. Otros como Caprotti se quedaron en Ávila para siempre. Y ya que es citado, hay que advertir que el palacio que sirvió de estudio a este artista italiano, con todos sus enseres y cuadros, está en trance de correr la



misma suerte que el de Mezquita. Su estado actual es preocupante. Las negociaciones propuestas hasta ahora por un consorcio local no están siguiendo el esperanzado camino que se anunció, a pesar de que la familia Caprotti ha cedido a cuantiosas exigencias; su deseo es que el patrimonio que el pintor reunió durante toda su vida, pase a formar parte de una fundación más amplia que quede en Ávila. No se entiende tanta despreocupación y frialdad administrativa, si es que se pretenden esos fines y no otros.

La obra de López Mezquita, está repartida actualmente por museos y colecciones, principalmente extranjeras. Su cuadro más conocido en España es «Cordada de presos» (1900) un óleo de enormes dimensiones, que colgaba en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid. Lo realizó con sólo dieciocho años y a pesar de la polémica, puesto que algunos argumentaron que lo había pintado todavía con pantalones cortos, le fue concedida la Medalla de Oro en la Exposición Nacional. Los premios y exposiciones se sucedieron a partir de entonces: Bruselas, Barcelona, París, Buenos Aires, Chicago, Nueva York, Boston... Su fama se propagó de tal forma que toda la aristocracia e intelectualidad española, quiso ser retratada por él, Alfonso XIII, Azaña, Primo de Rivera, Unamuno o Manuel de Falla, entre otros, fueron sus ilustres modelos. Retratista excepcional, el propio



«Autorretrato». Óleo sobre lienzo. 58 cm. (Circular).  
López Mezquita. h. 1915. Col. Julio López Mezquita.

Unamuno quedó tan impresionado ante uno de sus cuadros que hizo este comentario: «*La mirada de los ojos de su "muchacha de pueblo" enfrente de las murallas de Ávila, es la mirada de España, mi Patria querida, de la cual estoy desterrado*». En 1926, con motivo de la exposición en Nueva York, Archer Milton le nombró sucesor de Sorolla como pintor de la Hispanic Society, una entidad destinada a difundir los estudios hispanos en Norteamérica. Al igual que sucedió con Sorolla, los numerosos encargos de esta sociedad acapararon su tiempo. La obra de Mezquita en este museo llegó a ocupar una nueva galería con más de cien cuadros. La Hispanic le requería retratos y vistas de países hispanos, pero siempre que pudo volvió a sus temas preferidos, gentes humildes con quehaceres cotidianos. Él era un hombre entrañable, nada engreído a pesar de su éxito.

El estudio de Ávila lo mandó levantar en 1930. Escogió como arquitecto el de la Diputación, Gregorio Marañón, aunque algunos detalles fueron decididos por el propio pintor, como la abertura vertical en el muro oeste, para sacar los cuadros de gran formato sin desmontarlos del bastidor. Para construirlo se utilizaron piedras procedentes de monumentos en ruinas, principalmente del antiguo convento de San Francisco. El artista prefirió un lugar apartado, gustaba de la tranquilidad y escogió un terreno entre dos iglesias extramuros de connotaciones árabes, San Martín y la colindante de Santa María de la Cabeza que, por coincidencias del destino, quizá había sido antes mezquita. Desde aquí tenía una bella vista de la muralla. Para que nadie le quitara la panorámica, compró los terrenos que había frente al estudio. Al lado tenía el mercado de ganado, donde podía pintar a los campesinos. El lugar resultaba tan placentero, que regresaba a él los veranos desde Norteamérica.

Una vez muerto el pintor, la familia, que residía en Madrid, contrató un guarda para cuidar del estudio. Desgraciadamente esto no evitó los robos nocturnos. El edificio comenzó además a tener goteras y otros problemas a los que las autoridades hicieron oídos sordos; Julio López, único hijo del artista, empezó a plantearse el traslado de los cuadros a Madrid. Fue entonces cuando me enteré de la delicada situación del estudio. Me propuse intentar al menos salvar aquella pequeña maravilla. Años atrás había sido lamentable la indolencia con la que perdimos la fantástica colección de Benjamín Palencia, que quiso donar a la ciudad más de un millar de cuadros.





Estudio de Guido Caprotti en Ávila. El cuadro de la parte superior izquierda es el retrato del artista italiano pintado por López Mezquita.

El contacto con la familia Mezquita fue Alfredo Abella, que había sido amigo del hijo desde la infancia. Lo lógico hubiese sido que, una vez puestos en contacto los herederos del pintor y los estamentos locales, éstos hubiesen llegado a un acuerdo en condiciones razonables. La familia Mezquita vio con buenos ojos la idea de crear una casa-museo, ofrecieron volver a abrir el estudio unos días al público, para que se pudiera visitar, pero se extrañaron de que esta vez saliera adelante una oferta oficial, ya que ellos lo habían intentado antes.

Establecidos los primeros contactos, se creó la «Asociación de amigos del pin-

tor López Mezquita». Tras redactar los estatutos, que fueron legalizados con el fin de «proteger y difundir la obra del pintor», se estudió la viabilidad de una fundación. Meses más tarde se logró organizar una reunión en el estudio para convocar a las autoridades y formalizar las gestiones. Lamentablemente no acudieron con ese ánimo las representaciones locales. El encuentro tuvo lugar el 10 de noviembre de 1985. El estudio tenía aún algunos cuadros colgados. La propuesta inicial que planteamos fue adquirir el edificio, que la familia valoró en sólo doce millones, a condición de destinarlo a museo. Algunos medios de comunicación recogieron la noticia al día siguiente. Julio López Mezquita, quiso:

*«dar toda clase de facilidades para que la obra volviese aquí, que es donde corresponde. El tema del dinero por las obras del pintor era secundario, ya que mi mayor preocupación era que las pinturas estuviesen con todas las garantías en Ávila. Si alguno de los robos hubiera prosperado, Ávila y yo las habríamos perdido».*



«Día de fiesta». López Mezquita. 1912. Óleo. 198x196. Col. Julio López Mezquita.





«Encuentro ante las murallas». López Mezquita. 1952. Óleo sobre lienzo. 75x90.



«Pertiguero de la Catedral de Ávila». López Mezquita. 1952. Óleo sobre tela. Museo de Los Impresionistas. París.

Aunque nada se acordó, la esperanza se mantuvo durante unos meses, sin embargo la familia Mezquita ni siquiera llegó a recibir una llamada telefónica de quienes tenían que haberse interesado. La indiferencia de las autoridades, dejó perder un patrimonio que debía haberse quedado aquí.

Al cabo de más de un año, ante la falta de respuesta y los continuos robos, los cuadros tuvieron que ser trasladados a Madrid definitivamente. Meses después una iniciativa privada compraba el estudio para convertirlo en cafetería. Es lamentable también que a la familia no se le permitiese construir una pequeña casa de planta baja en los terrenos que tenían frente al estudio, de esa forma podrían haberse hecho cargo al

menos de la conservación del estudio, al no obtener permiso del Ayuntamiento tuvieron que vender la parcela. A los pocos meses vieron con sorpresa cómo levantaban frente al estudio unos garajes para camiones y más tarde una gasolinera.

Como con tantos otros artistas, Ávila no ha hecho un pequeño esfuerzo para organizar una exposición de este pintor internacional. Granada y Madrid celebraron en 1983 el centenario de su nacimiento con conferencias, ediciones y muestras retrospectivas.

Recuerden: si viajan a Nueva York, visiten la Hispanic Society<sup>1</sup>; allí verán una buena colección de temas españoles y sobre todo sentirán una entrañable emoción al ver su ciudad en pleno Manhattan.

<sup>1</sup> The Hispanic Society está en: 613 W, 157 St.



# El mercado



A la feria de Ávila.  
Grabado: V. Becquer. h. 1870.



Mercado en Ávila. Tarjeta postal. h. 1910.

En Ávila, la costumbre de celebrar mercado cada viernes viene de siglos atrás. Actualmente existen uno semanal de ganados, el rastrillo en el atrio de San Isidro, y el más antiguo del Mercado Chico de frutas y verduras. Antaño hubo otros en el Mercado Grande, en la plaza de la Fruta, en la del Rollo, en La Feria, en El Teso, en Santa Ana, en El Rastro, en la plaza del Ejército, y algunos más en pequeñas plazuelas que sirvieron como improvisados mercadillos.

En la Edad Media la ciudad que celebraba mercado «de sol a sol» se podía considerar privilegiada, sobre todo si era con carácter «franco», es decir, libre de cargos e impuestos. A Ávila, este privilegio le fue concedido por los Reyes Católicos en 1494. De esto da noticia un documento del Archivo



Municipal en el que, tras hacer saber los méritos de esta villa, se le da permiso para hacer «dicho mercado para que todas e cualquier mercaderías que el dicho viernes de cada semana vinieran a vender o revender en la dicha ciudad fuesen libres e francos e quitos de toda alcabola». Con el tiempo la mayoría de los mercados fueron quedando exentos de cargos ya que a todos, señores y vasallos, interesaba la libre circulación de mercancías.

El Chico tiene la típica fisonomía de plaza castellana de soportales con iglesia y ayuntamiento incluidos. Se cree que las



40. AVILA.-Día de Mercado  
Foto. Mayoral Enciso

Día de mercado.  
Foto: Mayoral. h. 1920. Tarjeta postal.



Mercado y puerta del Alcázar.  
A. Veredas. h. 1940. Plumilla y acuarela.



Día de mercado.  
Tarjeta postal. h. 1900.





Día de mercado. Plaza de Sta. Teresa.  
*Tarjeta postal. h. 1930.*

tribus vetonas liquidaban sus intercambios en un lugar próximo a éste, aunque por entonces la ciudad apenas sería un cruce de caminos. Después, los romanos eligieron esa plaza como sede de negocios y concejos, el Chico era el foro romano de la ciudad. Hoy tras 2.000 años, sigue con esas dos mismas misiones: mercado y Ayuntamiento.

El primer escrito que acredita la existencia de transacciones mercantiles en el mercado abulense data de 1181; ya entonces se pagaban derechos de portazgo para entrar a vender en la ciudad. Esta costumbre se retomaría en



«Mercado Chico».  
*Archivo: Mayoral. h. 1920.*



cierta forma siglos después; algunos caminos y puertas de la muralla conservaron, hasta casi mediados del siglo XX, unas casetas o fielatos de recaudación en los que había que pagar para introducir mercaderías, por ejemplo: por una docena de huevos había que pagar un céntimo, por un conejo dos y así sucesivamente.

En sus comienzos los pequeños mercadillos no tenían carácter periódico; se celebraban cuando las contiendas, los rigores del clima o los nobles señores lo permitían. En principio sólo se intercambiaban unas cosas por otras. Este sistema de trueque predominó hasta mediados del siglo XI. Poco a poco la economía monetaria iría desplazando al sistema de intercambio. Después los mercados fueron institucionalizados; en cada ciudad se acordaba previamente un día de la semana para celebrarlos, así se evitaba la coincidencia con otras ferias, al tiempo que se podían promediar provisiones y despensas para una semana. Todos sabían cuándo y a que villa acudir con días de antelación ya que los viajes podían durar una o varias jornadas.

La ausencia de caminos y comunicaciones, tal como hoy los entendemos, hacía tortuoso acudir a los mercados. En ocasiones a la vuelta eran asaltadas las caravanas, de ahí que fuese aconsejable viajar acompañado, pero a pesar de las dificultades, asentar a las familias por dispersas que estuviesen, era el principal objetivo de la repoblación. Poder vender lo que se producía y comprar lo indispensable para subsistir, resultaba vital para los colonos que llegaban del norte.

Los mercados eran el punto de encuentro entre el campo y la ciudad, en ellos se podían encontrar todo tipo de mercaderías. José Belmonte cuenta que en el Mercado Grande

*«se daban cita tiendas portátiles de plateros, sastres, lenceros, ropavejeros, calceteros, latoneros y calderos; curtidores, bolseros, silleros, jugueteros... que se colocaban en sitios preestablecidos. En otros las arquetas de collares, alfileres, sortijas, cuchillos, etc. En lugar aparte los puestos de frutas y verduras, vasijas, pan cereales, hortalizas. Y en lugar distinto las mesas de los carniceros, cerreros, etc. Como la mayoría de estos feriantes venían en caballerías, tenían también acomodo los herradores. La abundancia de carretas y animales que transportaban los pro-*



«Mercado Chico».  
Foto: Archivo Mayoral. 1937.



Tipo del País Mujer montada en una burra

Burrera. Tarjeta postal. h. 1910.





Vista aérea del antiguo mercado de ganados en el Teso.  
Foto: Paisajes españoles. 1961.





Mercado en la plaza del Ejército.  
h. 1920.

Série 4.<sup>a</sup>, núm. 6 Fot. A. R. de Z.



ÁVILA — El mercado cubierto

Antiguo mercado cubierto.  
Foto: A. R. Z. h. 1900. Tarjeta postal.

ductos para los mercados y ferias, acarrearón serios problemas de congestión viaria que resolvió el municipio, prohibiendo su estacionamiento dentro de la ciudad murada en disposiciones que son un prodigio y anticipo de las normas circulatorias por ciudades».

Durante su celebración se pregonaban edictos municipales, ordenanzas reales o recados de particulares, que deseaban hacerse saber. Mesones y posadas quedaban repletos ese día. Había vendedores que para su desgracia se gastaban en vino y juego todo lo ganado. Algunos nobles recaudaban, mediante un impuesto sobre el juego, tanto dinero que acabó por prohibirse por orden real.

Las ferias abulenses llegaron a tener tal auge, que surgieron disputas sobre el lugar más idóneo para celebrarlas. La más refinada tuvo lugar en 1503. La feria se celebraba entonces doce días antes y doce después del día de San Mateo en septiembre. El Ayuntamiento quiso trasladarlas del Mercado Grande al Mercado Chico para tener más control sobre mercaderes y mercancías, pero varios vendedores, con Sancho Rengifo a la cabeza, se opusieron a ello pidiendo amparo a los Reyes Católicos. Los comerciantes consiguieron que les dieran la razón por escrito, pero los regidores pidieron a su vez la anulación de ese decreto. Finalmente los Reyes decidieron que cada año se celebrase en una plaza, una por estar en el arrabal y contar con más amplitud, se llamó «Mercado Grande» y la otra, más exigua e intramuros, la apodaron «Mercado Chico»; de ahí procede el sobrenombre de las dos plazas principales de Ávila.

Los Reyes Católicos apoyaron a Ávila frente a otros mercados foráneos, bien interviniendo para que nobles y prelados dejasen de promover otros por su cuenta, bien ordenando multas a los vecinos que concurriesen a ellos. Otros enfrentamientos solían surgir entre los propios feriantes por instalar sus tenderetes en el mejor sitio posible. Los alcaldes del Alcázar, celosos en su trabajo, cuidaban para que no se montasen los puestos pegados a la muralla; sus muros eran motivo de especial atención.

Los vendedores acudían a Ávila de otros muchos lugares: panaderas de Mingorría, mante-



ros de Pedro Bernardo, plateros de Piedrahita, alfareros de Talavera, hasta de Francia venían a las ferias abulenses, aunque, cuando los galos eran pillados, se les multaba y expulsaba en correspondencia por el trato que los españoles recibían cuando acudían a vender a Francia.

Antonio Veredas cuenta que en 1935 todavía resultaba «ese día en Ávila extraordinariamente animado y de gran color; no faltando interesantes tipos serranos y moraños con sus listadas alforjas al hombro; los carros de mulas, yuntados a la usanza de hace cuatro o cinco siglos; los grupos de borricos en las puertas de los mesones; los sacamuelas; los músicos callejeros; el romancero de crímenes espeluznantes; los tullidos proclamando a gritos sus calamidades; la familia pueblerina que viene de visitas y, en fin el cura de aldea envuelto en su capote de campo y montado en pacífico corcel».

Las gentes que por costumbre acudían desde los pueblos para vender sus productos, aprovechaban el viaje a la capital para ir al médico, arreglar papeles o hacer compras y encargos. Fueron surgiendo así alrededor del Chico, comercios ferreteros, de curtidos, sastrerías, alpargaterías, tiendas de ultramarinos y todo un variopinto comercio que, en parte, hoy va desapareciendo inexorablemente, a medida que el zoco semanal va dejando de ser el referente que era para toda la provincia.

Ya a mediados de este siglo, el mercado apenas atraía a algunos pueblos cercanos y huertas de los arrabales, pero al menos se ha conservado tímidamente hasta hoy. En la mayor parte de las ciudades los mercados han ido desapareciendo y con ellos parte de las buenas relaciones entre los hombres. En el mercado hallaba el campesino el ambiente adecuado a su modo de vida, en él encontraba motivos de alegría y la compensación a tantas penalidades vividas en la soledad, no siempre apacible, del campo.

Es verdad que ya no es tan necesario acudir a este mercado, pero sigue habiendo en Ávila cierto gusto por ir a dar una vuelta al viernes. Por otro lado este zoco es parte del atractivo turístico de la ciudad, quienes la visitan ese día disfrutan con ese ambiente bullanguero. Algunos operadores programan la visita en viernes; para ellos es más atractivo dar a conocer la ciudad con ese ajetreo del mercado medieval. Y es que las piedras, por históricas que sean, pueden resultar demasiado aburridas sin gentes que las habite.



Cuatro vistas de los mercados de Ávila.h. 1950.







Mercado en la calle Comuneros.  
Foto: A. Guerras. h. 1920.



Puerta del Puente y Fielato para el pago de mercancías.  
Tarjeta postal. h. 1930.



# El Paseo Dorado



Paseo de Calderón.  
Tarjeta postal. h. 1915.

Para los abulenses el Rastro es el más popular y querido de sus paseos. Desde pequeños, los padres llevan a los críos a este rellano para corretear. Aquí estrenábamos los juguetes la mañana de Reyes, ese día un desfile de triciclos y bicicletas, tomaban al asalto la pista; otras mañanas de domingo era más divertido ir escalando por lo más alto de las rocas.

En el jardín del mismo nombre que hay al final del paseo, hubo a primeros de siglo una alameda dedicada a Calderón. Después, en los años sesenta, se instaló allí una biblioteca de bella estética racional. Aquel despacho, que prestaba libros y tebeos para leer en el parque, tenía al lado la típica fuente de plato, a la que los más pequeños sólo podían acceder si un alma caritativa los aupaba. Al fondo del jardín, bajando a todo correr por las estrechas rampas, se llegaba a una amplia repisa con columpios y toboganes. Hoy este privilegiado lugar bajo el jardín, está marginalmente abandonado; desde que se hizo el aparcamiento se ha quedado sin vida. Actualmente se proyectan más aparcamientos, cuando aún quedan plazas por ocupar en éste.

Para Ávila, una ciudad fría pero solariega, el paseo del Rastro es un talismán. Protegido del gélido viento del norte por la muralla, tiene las mejores vistas de la ciudad, al fondo la sierra de la Paramera y Gredos, abajo el Valle Amblés, plano y calmado de punta a punta, como aquel amplio lago que fue en tiempos remotos. Las pequeñas inundaciones de pasados inviernos, hacen recordar aquellos orígenes del «Mar Amable».

El Palacio Episcopal, que asoma sus ventanas por estos muros del Rastro sin almenas, es el único tramo de la muralla que ha mudado su carácter defensivo. Un ilustre viajero de primeros de siglo, clamó por «volar esas rejas a

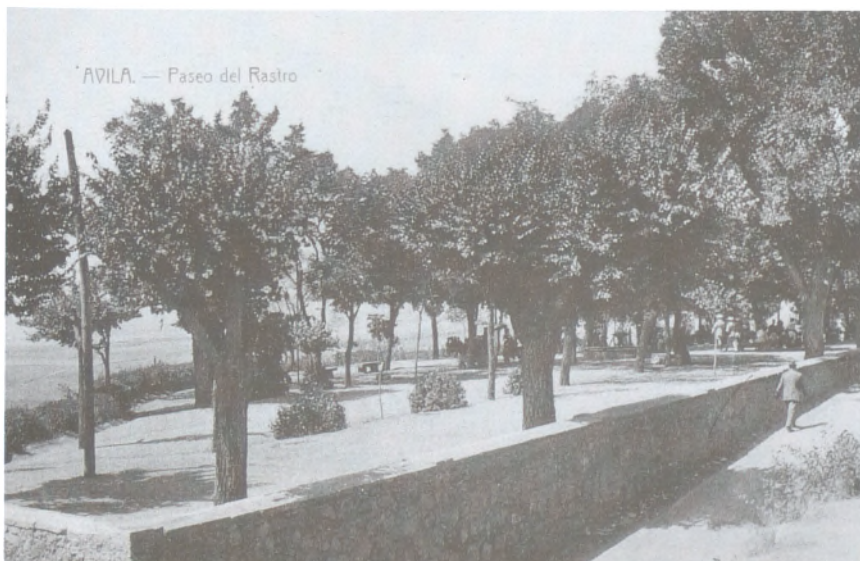




Paseo de Calderón  
Foto: Loty, h. 1920.



Torreón del Palacio Episcopal.  
Foto: A. R. Z. h. 1900. Tarjeta Postal.



Paseo del Rastro.  
Tarjeta Postal. h. 1920.



cañonazos» (Roch) pero los abulenses se han acostumbrado a esa caprichosa distorsión. El Mirador del Obispo, levantado sobre uno de los cubos, está rematado por una monolítica cúpula; sobrecoge entrar en ese pequeño panteón de granito, pero desde ese balcón se contemplan las mejores vistas al Valle.

El paseo se levantó en el siglo XIX. Originalmente esta vertiente era un roquedal escarpado poco accesible; que sin embargo, contaba con unas pequeñas entradas o postigos. Estos postigos eran utilizados por los dueños de los sucesivos palacios interiores, para entrar o salir de la ciudad a voluntad, sin depender de las horas de cierre de las puertas de la muralla. Una de estas falsas entradas se conserva cegada, pertenece al palacio de los Dávila y fue motivo de una de las leyendas más célebres del medievo. Todo comenzó cuando los Reyes Católicos decidieron quitar a los señores feudales, algunos de los muchos privilegios que tenían. Por esta razón, fueron desmochados también la mayoría de los torreones que tenían los palacios, ya que para los nobles eran un símbolo de poder; entre los que desaparecieron estaba el que perteneció a este Palacio de los Dávila, haciendo esquina con la plaza de la Fruta.

Años después, siendo reina Juana la Loca, el licenciado Villafañe, juez de esta ciudad, mandó cerrar uno de los postigos del palacio. Al cabo de un tiempo, la dueña Doña Elvira de Zúñiga, notando los perjuicios que el cierre ocasionaba a su servicio, suplicó a la reina, para que se le dejase abrir de nuevo el postigo. La súplica tuvo efecto y la puerta se abrió nuevamente al valle. Muerta Doña Elvira, la casa pasó a otro dueño: Don Pedro Dávila, quien creyó heredado el derecho que la señora anterior rogó a la reina; sin embargo, el Concejo se lo denegó, obligándole a cerrarla de nuevo. Don Pedro, que pertenecía a una de las familias más poderosas de la ciudad, tomó la decisión del cierre como una humillación personal. Decidió entonces por despecho, abrir otra puerta más junto a la principal del palacio, aunque ya no fuese en la muralla. El Concejo se lo volvió a denegar por unanimidad. Apeló de nuevo al marqués la resolución y entonces no hubo más

remedio que llegar a un acuerdo con el municipio y «*Ya que no una puerta, al menos una ventana*», parece ser que argumentó el noble. No obstante, para que no quedara la cosa en paz, Don Pedro hizo grabar, en el alféizar del ventanal que da a la plaza, esta famosa frase: «Donde una puerta se cierra, otra se abre».

La segunda leyenda del Rastro, tiene su origen en el mirador que hay sobre el arco carpanel de la muralla. A él se asomaba Aldonza, conocida por otros como Doña Guiomar para divisar, al fondo del valle, el castillo de su amado Gonzalo. Como es costumbre en los romances, entre los jóvenes se interponían sus respectivas familias.

*«Ximénez de Aboin, en su rivalidad con los Velada, siguiendo las tradiciones de discordia comenzadas por Esteban Domingo y Blasco Jimeno en los tiempos de la repoblación, desterró de la ciudad a Gonzalo de Velada».*

El resto de la historia del castillo de Aunque os Pese ya la saben ustedes. El padre de la muchacha, enterado de las pretensiones de su hija con un vástago de la familia rival, la prohibió tajantemente cualquier relación con el doncel. Encerró a Guiomar en el Palacio de los Dávila, y al pretendiente, que tenía una bien ganada fama de aventurero en las aldeas del valle, le prohibió acercarse siquiera a la ciudad. Bajo esa amenaza el joven Gonzalo burló la orden con otro reto. Mandó construir un castillo al otro lado del valle, sobre las faldas de la Sierra del Zapatero, de modo que pudiese divisar el balcón de Guiomar. Desde Ávila esta rocosa forta-



Postigo del Rastro.  
Fototeca del Patrimonio histórico. h. 1930.





Palacio de los Dávila.  
Ventana de la leyenda y torre desmochada.  
*Tarjeta postal. h. 1930.*

Série 4.<sup>a</sup>, núm. 10

Fot. A. R. de Z.



Castillo de «Aunque os pese».  
Foto: A. R. Z. h. 1900. *Tarjeta Postal.*

AVILA — Castillo de «Aunque os pese»





Vista parcial de los arrabales de Santiago y San Nicolás desde el Rastro. *Tarjeta Postal. h. 1950.*



Vista al valle Amblés desde el Rastro. *Tarjeta Postal. h. 1950.*





Arco del Rastro y balcón de Guiomar.  
Tarjeta Postal. h. 1910.

leza dista doce kilómetros y apenas se divisa, pero Gonzalo, dándose por satisfecho, advirtió al padre de Guiomar, con otro célebre despecho: «*Aunque os pese la veré*», y con ese nombre quedó el castillo.

Algunos lugareños de los pueblos colindantes, cuentan que tras años de forzada separación, los jóvenes se consumieron en su amor hasta la muerte. Hay quien duda y con razón, de la veracidad de esta leyenda, o al menos, de que Guiomar oteara a Gonzalo desde ese balcón, dado que la construcción del mirador adosado a la muralla, fue posterior a la construcción del castillo, al revés de cómo cuenta el romance; aunque también pudo ocurrir que Guiomar se asomase a otro torreón situado en ese mismo lugar. Otros autores relatan, sin embargo, que Gonzalo se salió finalmente con la suya, casándose con Guiomar. Si es que realmente ocurrió así, no sabemos como se produjo el feliz

desenlace, si el joven guerrero luchó «*como esforzado paladín para rescatar del palacio almenado a su Aldonza*» o si tal vez irrumpió en el templo de San Vicente, deteniendo la ceremonia nupcial con el pretendiente que la familia le tenía predestinado a Guiomar. En cualquier caso, la unión habría puesto fin a los enfrentamientos entre las familias Ximénez y Velada, que vendrían a ser los Capuletos y Montescos de esta ciudad. Y ya metidos en el ideal romántico, vayan estos versos que cuentan, recitaba Gonzalo bajo el mirador de Guiomar:

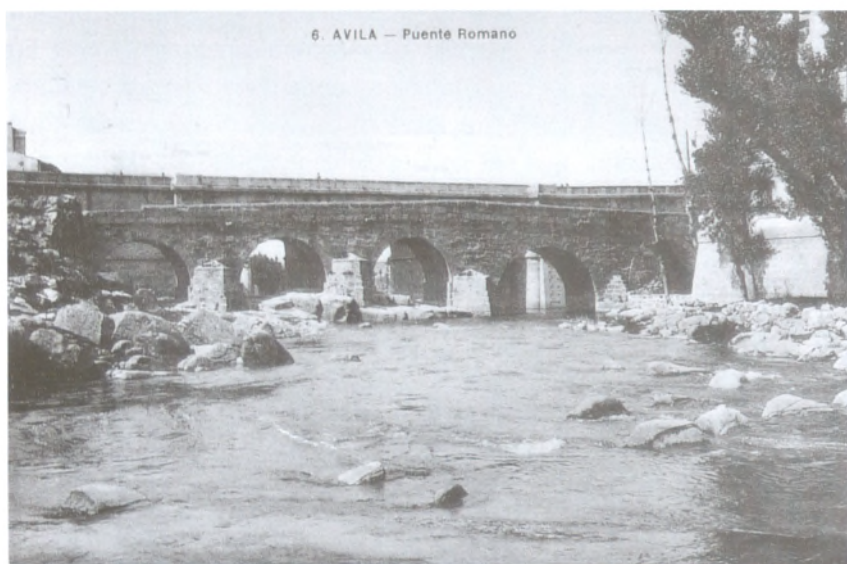
*Ojos claros y serenos.  
Si un día me mirasteis con ternura  
no dejéis de mirar a la llanura  
por donde os tengo que contar, al menos  
el progreso de mi feliz locura.*



# Puente romano



Puente viejo. Foto: Hauser y Menet. h. 1920. Tarjeta postal.



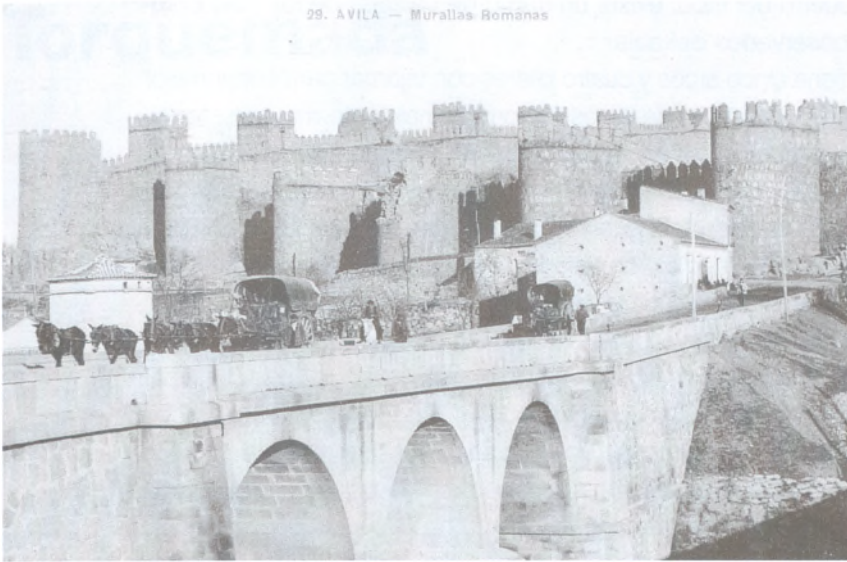
Puente romano. Tarjeta postal. h. 1920.

Ávila, que fue ciudad romana y que contó con algunas construcciones militares y civiles de las cuales sólo quedan restos dispersos, no conserva más monumentos de aquella época que este puente.

Según Rodríguez Almeida, la Ávila romana levantó este pasadizo para unir la *porta decumana* de sus murallas, con la otra orilla del Adaja. Tras esta salida oeste, el camino se dividía en dos, una calzada giraba a la derecha, hacia Cardeñosa, por un camino del que se conserva un tramo, que fue parcialmente destruido recientemente por una carretera. La otra transcurría por el valle Amblés, cruzando posteriormente los puertos de Menga y El Pico, en direc-



29. AVILA — Murallas Romanas



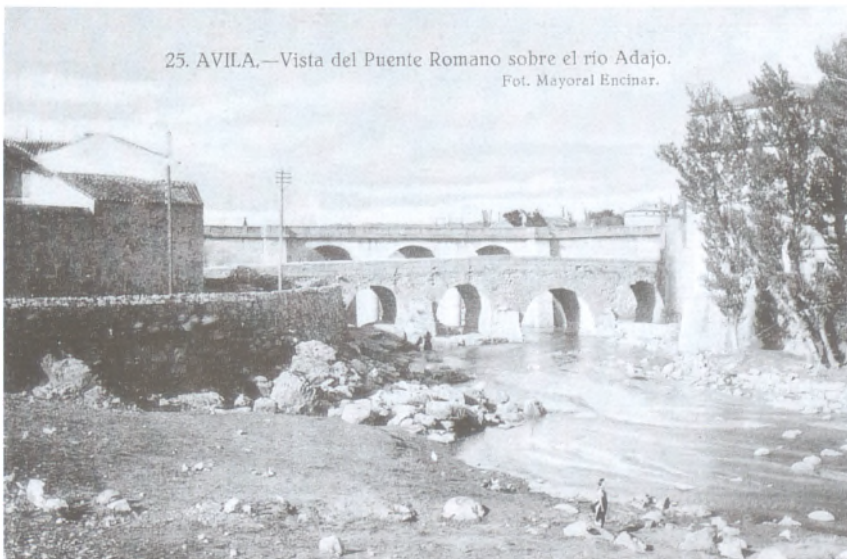
Arrieros saliendo de la ciudad.  
*Tarjeta Postal. h. 1920.*

AVILA — Puente sobre el río Adaja



Puente sobre el río Adaja.  
*Tarjeta Postal. h. 1920.*

25. AVILA.—Vista del Puente Romano sobre el río Adajo.  
Fot. Mayoral Encinar.



Vista del puente romano.  
Foto: *Mayoral, E. h. 1920. Tarjeta Postal.*



ción a Mérida y Lusitania. En el puerto del Pico, existe un tramo de calzada de los más completos aunque no de los mejor conservados del país.

Este puente romano de Ávila tiene cinco arcos y cuatro pilares con tajamar para cortar mejor la corriente. Seguramente su longitud y número de arcos fueron originalmente mayores, terminando en un punto más próximo a la muralla, por ello algunos arcos fueron parcialmente destruidos a comienzos de la Edad Media con el fin de evitar que los ataques musulmanes llegaran con facilidad hasta las mismas puertas de la ciudad. El puente fue recompuesto más tarde con piedra arenisca, semejante a la de otros monumentos románicos de Ávila, lo que puede apreciarse claramente por el contraste con el granito azul de los sillares originales más inferiores.

En el medioevo se le conocía como puente de los «Malatos», por su proximidad con la ermita y el hospital de San Lázaro, donde ingresaban los «apestados».

En una conferencia, que llenó la iglesia de San Vicente en 1994, Rodríguez Almeida, profesor de arte en Roma y autor del texto «Ávila Romana», volvió a asegurar que este era el único viaducto de la provincia del cual no había duda de su origen, pero como por entonces estaba falto de cuidados, advirtió del peligro inminente que corría. Dicho y hecho, a los pocos meses, parte del puente fue arrastrado por una pequeña crecida. Don Emilio, que conoce bien estos monumentos milenarios, dio otro consejo, sugirió que una vez concluida la variante que circunvala la ciudad por el Norte, se desmontase el puente nuevo que solapa al más antiguo, haciéndolo pasar inadvertido, volviéndolo a montar en otro lugar. «Se eliminaría así ese desagradable pegote». Sin embargo, otros historiadores creen más enriquecedor que la ciudad mantenga ambos puentes juntos, para conservar referencias de distintas épocas. El nuevo se construyó en 1883, el otro tiene prácticamente dos mil años, es el monumento más antiguo la ciudad.

## 27. ÁVILA — Puente Nuevo y Puente Romano sobre el Adaja

L. Roisin, fot. - Barcelona



El puente nuevo y el viejo. Foto: Roisin. h. 1920. Tarjeta Postal.



# Torquemada

La primera vez que alguien oye que Torquemada vivió en Ávila, le cuesta creerlo. Hay cierto mutismo sobre este asunto, es como cuando de crío te hablaban sigilosamente de alguien temible pero lejano, que nunca imaginabas hubiese vivido tan cerca de tu casa.

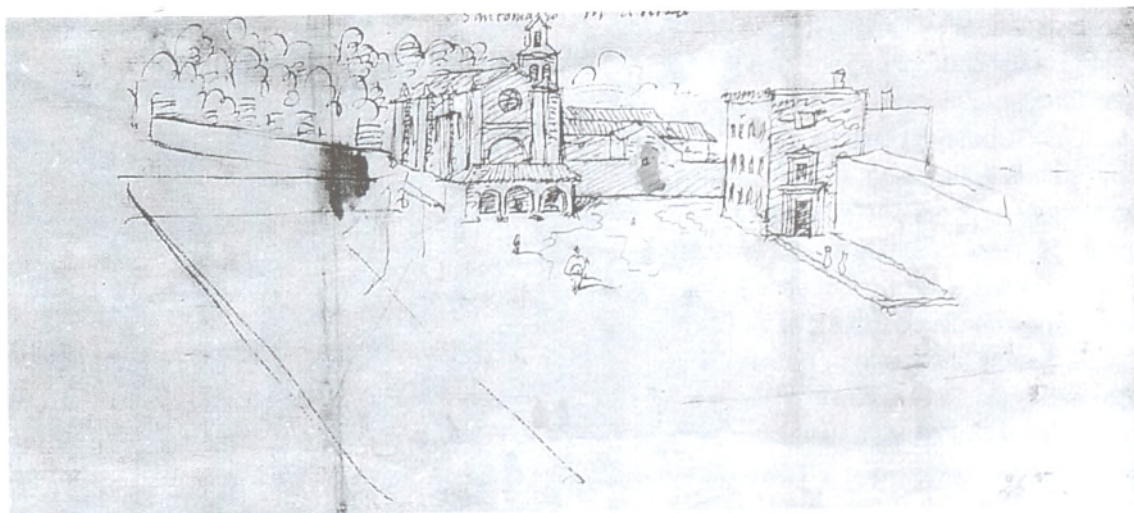
Lo cierto es que Torquemada no sólo estuvo por aquí, sino que residió en Ávila hasta su muerte. La ciudad fue, además, testigo de su época más polémica. Pero como todo este asunto parece de fábula, vamos con esta historia, que desdichadamente, fue cierta.

Fray Tomás de Torquemada, conocido por todos por ser la personalidad más representativa de la Inquisición española, fue nombrado primer Inquisidor General del Reino cuando tenía ya 63 años, aunque desde mucho antes influyó decisivamente en las riendas del poder político y religioso.

Un breve análisis de los antecedentes familiares del inquisidor nos ayudará a comprender mejor su trayectoria como legislador. Su tío, Juan de Torquemada, prelado de la orden de los Predicadores, fue antes que él un conocido clérigo. Considerado por algunos como el más eminente teólogo de su tiempo, tuvo un importante papel en los concilios de Constanza (1417) y Basilea (1431). En este último fue encargado por el Papa Eugenio IV de defender el dogma de la Inmaculada Concepción, atacando las teorías de Huss y Wycliffe, precursores de la Reforma. Redactó el



Aunque tras su muerte se hicieron algunas idealizaciones de su retrato, este de Tomás de Torquemada, es el que más se ajusta a las descripciones de la época.



Boceto de «Santo Tomaso in Avila».  
A. V. Wingaerde. h. 1570.



decreto de unión entre las iglesias romana y griega, y por último escribió una serie de tratados teológicos que sentaron cátedra.

El sobrino contó, por tanto, con unas referencias nada desdeñables. Sus dotes persuasivas nadie las puso en duda. Sin pasar de fraile logró tal influencia que llegó a anteponer sus propósitos a los de los Reyes Católicos y, en ocasiones, los mantuvo incluso por encima de la autoridad papal; varios pontífices intentaron en vano suavizar su severidad. Alejandro VI, cansado de oír quejas sobre sus excesos, quiso despojarle de su potestad, pero el inquisidor supo anular el Breve del pontífice, haciendo prevalecer su voluntad.

Tomás de Torquemada nació en Valladolid en 1420. A los 35 años ya era prior del convento de los Dominicos de Segovia. A partir de entonces su popularidad se extendió incluso fuera de su orden, siendo conocido por su estricta rigidez:

*«Tenía un físico recio y vigoroso; de carácter enérgico y arriesgado, guardaba con exactitud su disciplina, siendo respetado por todos sus subordinados. Jamás comía carne, dormía sobre una tabla, y lo más suave que utilizaba era el paño tosco de su hábito».*

Esta benévola descripción, las hay menos caritativas, corresponde a Walsh, uno de los biógrafos que en tiempos consideraron a Torquemada un «santo». Sin embargo, esa austeridad que predicaba era sólo aparente; aborrecido por la generalidad de los ciudadanos se le veía escasamente en público y cuando lo hacía iba acompañado de una escolta de más de doscientos hombres a caballo. Los llamados Familiares de la Inquisición, eran otra corte de delatores de la que no prescindía.

Antes de que Isabel la Católica fuese coronada reina de Castilla, cuando todavía era una infanta de catorce años, Torquemada logró ser nombrado confesor de la niña. Esto supuso un paso decisivo para ejercer su influencia en la futura reina. A partir de entonces comenzaron a correr rumores sobre la expulsión de los judíos. Como su influencia sobre la infanta era cada vez más evidente, los judíos sugirieron ofrecer a la corona considerables sumas de dinero, para evitar tan drástica medida, aunque fueron uno de los pueblos más antiguos en llegar a España en el siglo III.

Torquemada, seguidor de las enseñanzas de su tío, recelaba de las consecuencias que la libertad religiosa había tenido en otros países europeos; por ello amenazó a los Reyes con la pérdida de poder que aquello podía conllevar, anunciándoles todo tipo de desastres

en caso de ignorar sus advertencias. El temor a las represalias eclesiásticas determinó, en mayor medida que en otros países, los destinos del futuro reino de España, que estaba por consolidarse.

El Rey Fernando era partidario de aceptar las cantidades que ofrecían los judíos, había que sufragar de algún modo los grandes proyectos que la corona tenía entre manos, principalmente el de concluir cuanto antes la Reconquista. Ciertas posibilidades debieron sopesar los monarcas, puesto que estimaron algunas aportaciones hebreas. Estas donaciones llegaron pronto a oídos de Torquemada, que contaba con confidentes en todas partes y había creado una guardia secreta a su servicio. Poco acostumbrado a que le contrariasen se presentó, según cuentan, ante los monarcas y poniendo un crucifijo sobre la mesa en la que estaban sentados, les espetó: *«He aquí al crucificado, a quien el malvado Judas vendió por treinta monedas de plata, si elogiáis este hecho, vendéle a mayor precio».*

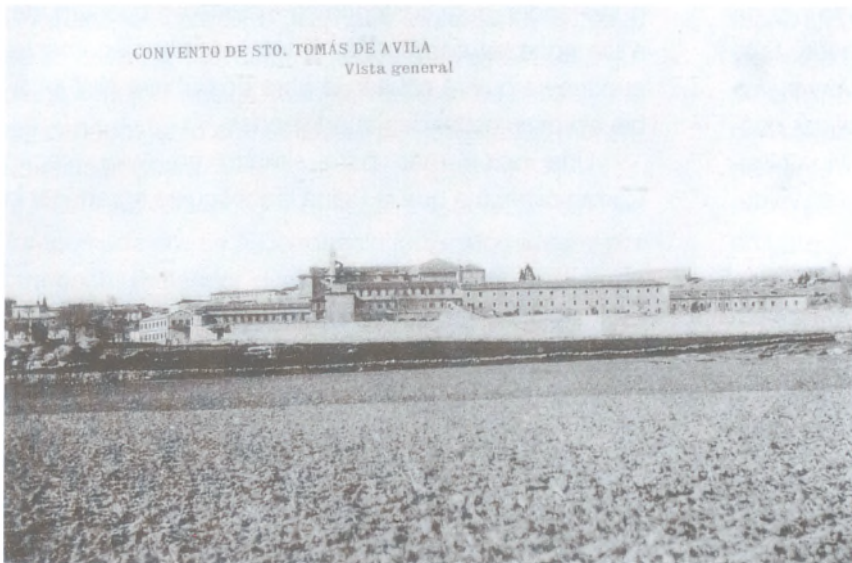
Poco después Torquemada logró vencer toda resistencia, convenciendo a los Reyes de los beneficios de una Inquisición poderosa. En 1483 consiguió que le encargasen las gestiones ante el Papa Sixto IV, para que se implantase en España el Tribunal del Santo Oficio. Aunque en principio pretendió quedar al margen de los tribunales, poco después fue nombrado primer Inquisidor General de Castilla, siendo él mismo quien se ocupó de redactar un «perfecto sistema de enjuiciamiento» por cuyas «órdenes» debían guiarse todos los demás tribunales inquisitoriales de España.

A pesar de que también en algunos países europeos hubo tribunales inquisitoriales, anteriores a los que aquí se instalaron, los españoles pronto se hicieron famosos por su crueldad, levantando protestas dentro y fuera del país. A pesar de todo, el rechazo inicial fue acallado por el propio Torquemada, y las sugerencias del Papa para que «se hubiese más caridad» con los reos no se atendieron. Los sucesivos autos de fe fueron cada vez más sanguinarios, no sólo por el elevado número de víctimas, sino también por la forma sumaria en que se ejecutaban. Aquellos tribunales sentaron enseguida jurisprudencia. Lo más grave fue que las acusaciones admitidas solían basarse en testimonios sin pruebas o en confesiones obtenidas mediante graves coacciones, que hacían confesar a los reos hechos inexistentes. El silencio impuesto dentro de los propios tribunales era tal, que los sumarios nunca fueron bien aclarados. Una institución que en principio fue creada sólo para castigar a los cristianos que cometiesen *«delitos de religión»*,





Convento de Santo Tomás.  
*Tarjeta Postal: Thomas. h. 1925.*



Vista general de Santo Tomás.  
*Foto: Mayoral E. Tarjeta postal. h. 1920.*



Sillería del Coro y escaño de la Reina Isabel II.  
*Tarjeta Postal. h. 1930.*



pasó enseguida a dirigir sus iras contra todos aquellos que no acatasen los dogmas de la religión católica. Familias enteras que durante mil años habían vivido juntas, tuvieron de pronto que emigrar, abjurar o morir sin saber a veces por qué. Cualquier resistencia o duda que se opusiese, en público o en privado, fue inexorablemente extinguida. Las órdenes de Torquemada eran cumplidas a rajatabla en todas partes.

Por aquellos días de 1482 comenzó a construirse en el arrabal oriental de Ávila un convento, que debía servir de monasterio y residencia real. Los terrenos elegidos colindaban con el cercano monasterio de Sancti Spiritus. Santo Tomás resultó ser una obra tan colosal que no podía llevarse a cabo sin un poderoso patrocinio. Aún hoy las versiones sobre quiénes fueron los fundadores del convento están divididas. Según las distintas fases, sus promotores fueron varios. Los primeros dineros procedieron de la herencia de Hernán Nuñez de Arnalte, Virrey de Sicilia y tesorero de los Reyes. Este noble dejó a su esposa algún dinero para levantar «los proyectos de que tanto hablaron», sin especificar cuáles, aunque ciertamente Arnalte patrocinó en vida algunas capillas abulenses. Otros cuentan que fue su viuda,

Doña María de Ávila, quien emprendió el proyecto, y no faltan, claro está, quienes afirman que fue Torquemada, que era el albacea de Arnalte, quien dispuso finalmente de los bienes del difunto y por tanto quien realmente patrocinó el monasterio para instalar en él el Tribunal del Santo Oficio. Por otro lado, las iras que surgieron en Segovia contra él por sus severas actuaciones, hicieron buscar a Torquemada otra ciudad donde residir.

Santo Tomás no habría pasado de ser un pequeño convento si hubiese tenido que construirse sólo con lo dejado por Arnalte. Torquemada, el «verdadero alma del proyecto», tuvo que convencer a los propios reyes para engrandecerlo. Persuadió a Doña Isabel para convertirlo en un centro de primer orden, no solo religioso si no también civil, de ahí que en la fachada principal de la iglesia hoy domine el escudo de los Reyes Católicos. Pero como los reyes tenían otros muchos menesteres que atender, para costearlo se recurrió en buena parte, a las riquezas confiscadas a los judíos y ciertamente, aunque se quiera ocultar, la obra no hubiera sido posible sin esas obligadas aportaciones.

Una razón más para situarlo en Ávila, según Carramolino, fue que la Reina Isabel quiso agradecer la



Procesión por el claustro de los Reyes de Santo Tomás con la forma del Niño de la Guardia.  
Foto: Mayoral. 1945.



lealtad que los abulenses le habían prestado desde su niñez, instalando en él su residencia veraniega, aunque sólo vino a él en contadas ocasiones, seguramente para evitar el recuerdo presente de su hijo Juan, enterrado aquí cuando el joven príncipe era la esperanza para el trono de España.

El Tribunal de la Inquisición decidió trasladarse a Santo Tomás en 1490, antes incluso de la terminación del convento, que aunque dudosa, se data generalmente en 1493.

Torquemada vino a Ávila desde su monasterio de Segovia y desde 1490 a 1496, instaló aquí uno de los tribunales del Santo Oficio. Su sola presencia estremeció a la población y por ello pocos fueron los judíos que dieron motivo para la más leve sospecha.

Aunque no fue el primer procesado, para demostrar su rigidez el tribunal llegó a juzgar a un fraile: Fernán González, un canónigo que había donado los terrenos de su casa para levantar el nuevo convento. Sus argumentos fueron inútiles, todo se volvió en su contra y fue condenado, junto con su padre por judaizante, muriendo en la hoguera.

Lo que entonces no llegó a saberse, es que Torquemada era de ascendencia judía, algo natural por otra parte. Pretender demostrar «pureza de sangre» en una tierra multirracial, que durante siglos estuvo sometida a continuas guerras e invasiones, era cuando menos irónico. Hasta Santa Teresa y San Juan de la Cruz, los dos grandes santos de la tierra, tuvieron orígenes judíos; afortunadamente, ni la sangre ni el hábito hacían al monje y, por suerte, ambos se acogieron a la orden de los carmelitas.

A pesar de todo, Torquemada exigió una bula papal, para que a partir de 1496, se insertase un estatuto de pureza de sangre en la regla del Monasterio de Santo Tomás. Según esta norma, para entrar en él como monje, se necesitaba acreditar, al menos, cuatro generaciones de cristianos viejos. En teoría sólo aquéllos privilegiados podían tomar hábitos y profesar. Pero en esto, como en otras cosas, quien hacía la ley ponía la tapadera y las pruebas se falsificaban o autentificaban según el caso.

A partir de 1482 el pluralismo religioso, que había reinado en España durante siglos, terminó en antagonismo. El rechazo a los judíos fue creciendo por esos misteriosos caminos de la psicología de masas, hasta llegar al paroxismo final del proceso del «Santo Niño de la Guardia»: un caso de supuesta herejía, que sirvió a la Inquisición Española para planear premeditadamente la expulsión de los judíos.

Para la inculpación se admitía en ocasiones cualquier sospecha, incluso una acusación anónima bastaba frecuentemente para levantar una acusación en firme. Torquemada no supuso la influencia que sus métodos tendrían aún hoy. En los procesos contra aquellas gentes había que demostrar que no se era culpable, ya que la presunción de inocencia no era la norma. Una enemistad bastaba para inculpar al vecino o al adversario; el rumor y la maledicencia eran más creídos que la sencilla verdad. Pronto nadie estuvo libre de sospecha a pesar de que no existían apenas casos de herejía demostrables. Pero eso no importaba a la Inquisición; si no había herejes, se creaban, y eso fue lo que le ocurrió a Benito García, un converso natural de La Guardia, sobre el que se levantaron acusaciones estremecedoras. Su caso hubiera pasado por ser uno de tantos si Torquemada no hubiese centrado en él todos sus afanes. Lo que pretendía en realidad el inquisidor era buscar una historia escandalosa, que facilitase la expulsión definitiva de los judíos y avivase el odio contra los que consideraba sus enemigos. Machacadamente insistió en exponerlos como «*sacrilegos y destructores del estado cristiano y la Inquisición*». Sin embargo, los judíos abulenses convivían pacíficamente en esta ciudad, hasta que se indujo a entrar en sus casas, denunciarlos y quitarles todos sus bienes. Pronto fueron arrinconados en guetos y más tarde expulsados. El listado de injusticias y crueldades que recibieron hasta su exilio sería largo de enumerar.

El Mercado Grande, con la iglesia de San Pedro como fondo, sirvió de escenario en aquel famoso proceso, llamado del Niño de La Guardia, que quedó grabado para la Historia. Lo que aquel día de 1491 juzgaba en Ávila el Tribunal de la Santa Inquisición, era una de esas negras historias, por las que luego se identificaría a España, tan quimérica como inverosímil. Sobre un amplio escenario cubierto de bayeta negra, se dispusieron los jueces y fiscales; en otro estaban los acusados que propiamente no tenían derecho a abogado, ni tampoco a defenderse por sí mismos; en los procesos sólo cabía la autoinculpación y la penitencia que el tribunal quisiese otorgar a cada cual. En mitad de la plaza, rebosante de gentes de todos los lugares, estaban los reos, amordazados sobre una tarima y vestidos con sus sambenitos para escarnio de todos; los reos oían las largas acusaciones que les imputaban a cada uno. Los cargos no podían ser más graves. Según el tribunal, un desdichado grupo de judíos encabezado por Benito García, «*reconcentrando en su corazón el*



odio y el resentimiento de siglos», había decidido vengarse de la Inquisición, preparando un «mágico conjuro» al que el tribunal dio crédito, a pesar de ser un sacrilegio creer en tales fórmulas.

El hechizo, según la Inquisición, consistía en quemar el corazón de un niño y una hostia juntos, y con las cenizas resultantes envenenar los ríos y aguas «de que habrían de beber los cristianos». A los acusados de preparar tan «infalible» pócima se les imputó también, haberla conseguido mediante un macabro ritual en la Guardia, un pueblo hasta entonces anónimo, situado a la entrada de La Mancha; allí se les achacaba también haber crucificado al imaginario niño que dio nombre al proceso, niño que nunca apareció, ni la Inquisición hizo nada por encontrarlo.

Benito García cuentan que llegó a Ávila camino de Zamora, para consultar de nuevo a un sabio el conjuro que en La Guardia no había dado resultado y, para no levantar sospecha, nada más entrar por la muralla se fue a la Catedral para rezar como buen cristiano. Se arrodilló y al abrir su devocionario donde portaba supuestamente la Hostia, un «devoto avilés» que por allí estaba vio que de él salía un gran resplandor que iluminaba todo el templo. Tomando al forastero por un santo, le siguió a la salida del templo hasta una posada.

El misterioso abulense, si lo hubo alguna vez, porque de él nunca se supo ni el nombre, se fue raudo para anunciar su visión a Torquemada. Éste, que acababa de fijar en Ávila su residencia, no solamente le creyó si no que tomó el asunto con verdadera celeridad, Mandó enseguida a sus gentes a la posada, que cuentan fue la de la Estrella y allí encontraron a Benito sentado en su mesa, «sin explicarse tan extraña visita». En su morral no se halló ningún corazón; tampoco pudo explicarse Benito por qué, tras arrebatárselo, se halló en un libro una Sagrada Forma, pero de allí salió hacia el cadalso. Después de la detención, la Forma, ya sin refulgencia alguna, fue llevada en solemne procesión hasta Santo Tomás, donde fue venerada largo tiempo.

Sin embargo, la versión más documentada, aunque no menos esperpéntica, relata que no fue en Ávila sino en un lugar cercano a Astorga, donde fue hecho preso Benito García. Cuentan que en una taberna unos «hombres atrevidos», «borrachos en plena melopea» según otros, le arrebataron a Benito el morral, donde creyeron ver una hostia junto a unas hierbas. «Este hereje es», dijeron. «E que por aquello le prendieron, e que le atormentaron, e le dieron más de doscientos açotes». Después le llevaron atado con una sogá a la garganta

ante el que era provisor de Astorga, y allí «le fesieron desir lo que sabía, e más de lo que sabía, e con que le quemasen». Como quiera que a Benito García, no le fue posible contradecir aquellos métodos y testimonios, ya desesperado respondió que le dejaran en paz y que confesaría lo que quisieran. Tras estos interrogatorios coactivos, la Inquisición decidió implicar a otros vecinos. Un documento de Torquemada dice que «No por cierta e legítima información, que ovimos mandamos prender las personas e cuerpos de Alonso Franco, García Franco, vezinos de La Guardia, Yuce Franco, judío vezino de Tembleque... e Benito García» a los que el tribunal también incriminó por conjuro.

Los reos serían conducidos después a la cárcel de Segovia, donde los inquisidores instruyeron el caso. Bernart opina que la verdadera intención «era comprometer al Rab de la Corte que era la personalidad judía más alta de Castilla, pero no lo lograron. El proceso se trasladó entonces a Ávila para que el propio Torquemada pudiera supervisarlo personalmente».

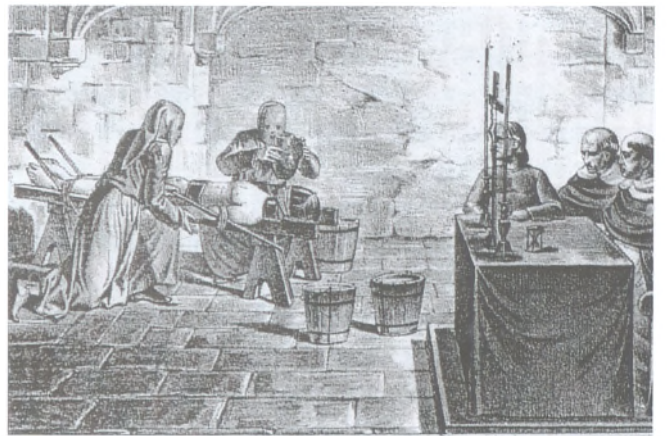
Teniendo en cuenta que la Inquisición tenía derecho a censurar todo texto que viera la luz, las antiguas crónicas cuentan que los reos confesaron «de plano» nada más interrogarles. Sin embargo, se sabe que Juan Franco, cuando tuvo ocasión antes de morir, exclamó que todo el proceso había sido «la mayor falsedad del mundo». Nada pudieron evitar sus alegaciones de inocencia; como hoy ocurre a veces, se tendía más a culpabilizar a las víctimas que a los verdugos.

Los presos, aislados en los calabozos, no sabían nunca de qué se les acusaba realmente, tampoco podían ver a sus familiares y sólo tenían contacto con miembros de la Inquisición. El secretismo era tan riguroso en aquellos procesos, que algunos reos se suicidaban antes de llegar a juicio. Los interrogatorios, según el Santo Oficio, tenían como objetivo que el «prisionero se comprometiese a decir toda la verdad» a cambio de ofrecerle «la mayor benevolencia», en caso contrario caería sobre él todo el peso de la ley; ahora bien, como no sabía de qué se le acusaba, se exponía ante el tribunal a hablar demasiado o demasiado poco; en el primer caso agravaba su condena, en el segundo, el proceso seguía su curso y se pasaba al tormento. Cualquier error u omisión que el tribunal imputase al reo, pasaba a engrosar la lista de acusaciones. Si el fiscal estimaba que el prisionero no había confesado lo suficiente solicitaba al tribunal que se le aplicara otra tortura. Tras cada sesión de tormento el fiscal continuaba amenazando al reo con hacer intervenir al verdugo.





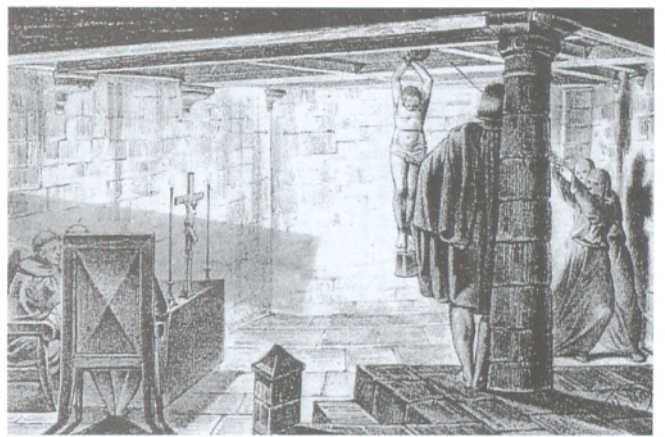
«Los Sambenitos transmiten su deshonor»



1er Tormento del Agua. «Suya es la culpa si muere»



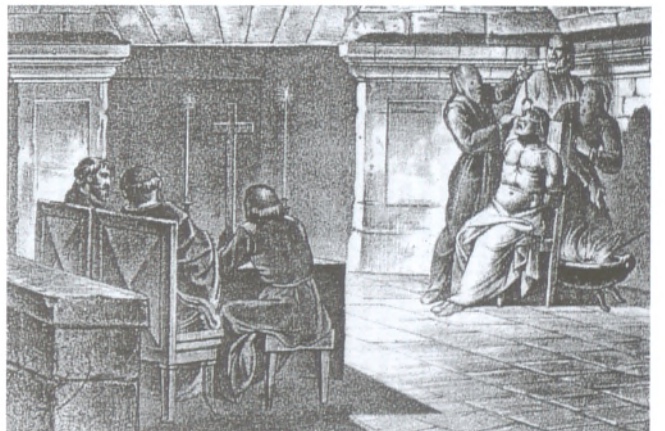
1er Tormento del Fuego. «A no mentir no hay más culpa»



1er Tormento de Cuerda. «Al obstinado, tortura»



2º tomento del Agua. «Media hora bastará»



2º Tormento de Fuego. «Pues niega, no haya piedad»

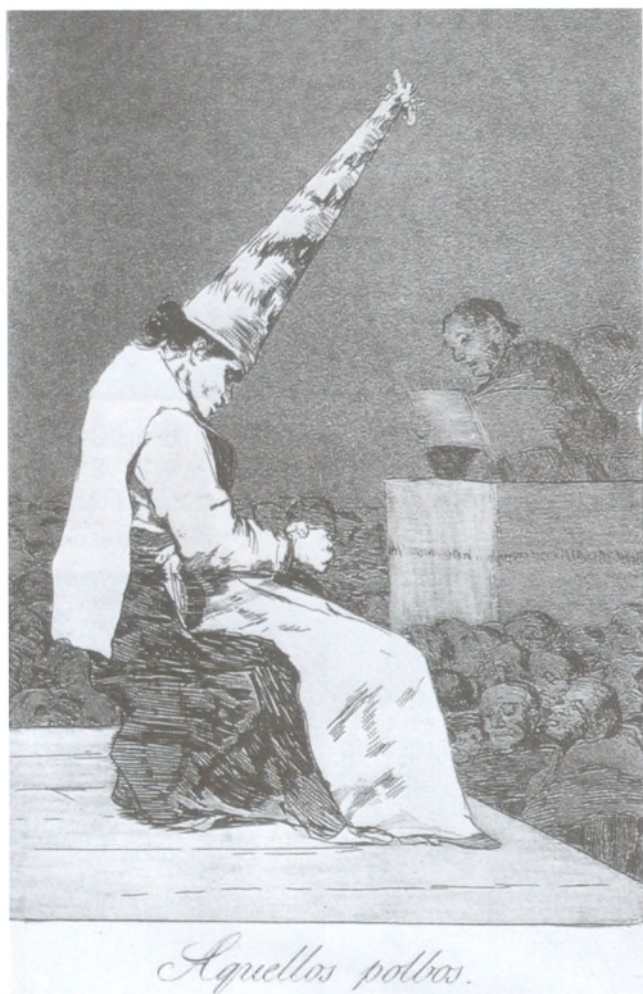


En realidad, el tormento era una de las bases del sistema jurídico inquisitorial. En «*De Catholicibus institutionibus*» (1522) se recoge que: «*los inquisidores deben ser más inclinados al tormento que otros jueces, porque el crimen de herejía es oculto y dificultoso de probar*», argumentando que el castigo debe «*causarle el más intenso dolor al prisionero*», y así era, los inquisidores se encargaban de elegir el tipo de tortura que se aplicaba a cada persona, daba igual que fuese hombre o mujer, joven o anciano. Por terrible que sea relatarlas, cualquier descripción es una mera imagen comparada, con las agonías que pasaban aquellas gentes. Sólo la lista de torturas ocuparía un tratado entero de sádicas modalidades. La práctica de la tortura fue una de las causas que avivó el rencor hacia la Inquisición española, a la que se asociaba con los más horribles tormentos.

Durante estas sesiones se tomaban notas de los quejidos y llantos de los torturados. Algunas de estas estremecedoras narraciones describen cuatro días y noches de agonías desesperadas.

La primera tortura que solía dar el tribunal era la Cuerda, que se llevaba a cabo de esta manera:

«*Las manos de la prisionera se atan a la espalda, por medio de una cuerda ligada a ellas y pasando por una polea, es levantada hasta el techo, donde habiendo colgado durante un rato con pesas atadas a sus pies, es bajado hasta casi tocar el suelo con sacudidas tan bruscas que le descoyuntan los brazos y las piernas, por medio del cual se le infringe el más exquisito dolor y se le obliga a gritar de modo terrible*» (Crónica del Proceso Inquisitorial, según Roth).



«Aquellas polvas». Grabado de Goya, serie de «Los Caprichos». Un pobre inocente es sentenciado: «Perico el cojo que daba polvos a los enamorados»



«No hubo remedio». Grabado de Goya, serie de «Los Caprichos». Una mujer va camino del quemadero. Según Ayala, Goya delata la malversación de la justicia inquisitorial: «Era pobre y fea ¿Cómo habría de haber remedio?». Indicando el título que con dinero y entrega física, se hallaba «remedio» otras veces.



Tras esta modalidad se infligía otra que pasó a la posteridad por su refinamiento: La «garrucha del agua», en la que

*«la prisionera es tendida de espaldas en una artesa cabeza abajo. Por el centro pasa una barra sobre la que reposa su espalda, y a veces se la rompe la espina dorsal y se la inflige un dolor increíble. Unas veces se atornilla el cuerpo más y más mientras se la hace tragar agua cabeza abajo y colocando una fina seda mojada sobre la boca y las ventanas de la nariz de la prisionera, una corriente de agua descendiendo constantemente hace que al respirar se introduzca el paño en su garganta. Tras la asfixia y la agonía al ser retirada la tela, sale con sangre y agua y hace pasar a la infeliz prisionera por las Agonías de la Muerte».*

Cuando la tortura se suspendía, no por ello se acababa definitivamente. Tras reponerse, se conducía al prisionero al siguiente martirio que solía ser el del fuego:

*«el prisionero hallándose en el suelo se le acercaban los pies a una hoguera y se le frotan con materia untuosa y combustible, por medio de la cual, el calor penetrando en esas partes, sufre dolores peores que la muerte misma».*

Otras se le abrasaban los ojos con un doble hierro o se acuchillaba el cuerpo con una rueda de afilados cuchillos que le despedazaban las carnes.

Una vez obtenían la confesión, la Inquisición, en un gesto de lavarse las manos, entregaba los reos al poder civil para que eligiese la sentencia y llevase a cabo las ejecuciones: una ironía, ya que los reos salían hacia el patíbulo con las vestimentas propias de la pena que les esperaba. Esas famosas ropas eran conocidas como Sambenitos o Sacobenditos. Consistían en un sayal y un caperuzo de penitente que más tarde adoptarían las cofradías de Semana Santa, tradición ésta, que proviene de los desfiles que hacían los «relajados» a penas menores, para mostrar así su humillación y arrepentimiento.

En la mayoría de los procesos se obligaba al reo no sólo a acusarse a sí mismo, sino también a declarar en contra de sus hijos, familiares o amigos, como le ocurrió a Benito García cuando fue sometido a implicar a sus allegados. Lo más angustioso era que, una vez obtenida la declaración, ni las pruebas más convincentes de inocencia eran tendidas en cuenta; sólo en contadas ocasiones los ruegos de clemencia servían para cambiar un ápice el dictamen del tribunal, que fijaba día y hora para el auto de fe. Si era general, se hacía público y se anunciaba por la ciudad, de modo que todas las

gentes acudiesen al acto. Para que nadie pudiese eludir su presencia en tan edificante espectáculo la asistencia era obligatoria, no faltando a veces la recompensa de unas indulgencias por el hecho de acudir.

La «casa del tormento» en Ávila estaba cerca de la Catedral, tal vez en el llamado Palacio Viejo. Un acta del proceso del Niño de La Guardia, recoge que había una casa «donde sus Reverencias acostumbraban a dar tormentos» de forma habitual. Entre otras curiosidades se habla del vecino «al que cortaron la lengua y a su mujer las narices» como escarnio público.

Cuando el reo se derrumbaba moralmente, a él y a su familia les despojaban de todos los bienes, casas, muebles, y hasta ropas, que se repartían según criterio del tribunal, sin olvidar que «el inquisidor vivía de las propiedades confiscadas a las víctimas, lo que en la mayoría de los casos era un argumento poderoso contra la absolución» (Roth). El Auto comenzaba con una procesión que encabezaban las autoridades religiosas y civiles; los notables se disputaban escoltar el estandarte de la Inquisición, detrás los condenados y, cerrando el desfile, el tribunal.

Los reos eran el centro de todas las miradas, la expresión de una muerte cierta en sus rostros, llevaba a algunos a compadecerse de ellos y a otros a huir de espanto. Llegados al escenario, la tribuna ocupaba un lugar bien visible, la ceremonia requería la mayor pompa posible. Tras anunciar las acusaciones a los penados se les conducía en desfile hacia el patíbulo de ejecución. A unos reos se les subía a la hoguera y, clavados o atados a un palo, morían abrasados. Los que eran «relajados», eran sometidos a humillaciones como procesiones penitenciales, latigazos en público, años de prisión o trabajos forzados de por vida, todas estas penitencias estaban destinadas más al escarmiento que a la reconciliación.

Cada reo llevaba su sambenito respectivo, según el destino o modo de muerte que le esperaba. Los que se habían librado del quemadero, portaban uno de color amarillo sin aspás, pero esto sólo si eran ligeramente sospechosos de herejía. El que abjuraba tenía impreso media aspa. Los condenados, que hubiesen confesado su culpa un aspa entera. Los que llevaban sambenitos con símbolos de llamas eran estrangulados antes de llegar a la hoguera, por último, los «recalcitrantes que no veían el mal que hacían con su obstinación» eran quemados vivos.

El que se libraba de la muerte física, no por ello dejaba de ser un cadáver civil para lo que le restaba de



vida. Él y sus hijos quedaban inhabilitados para ejercer oficios y cargos, percibir beneficios eclesiásticos o vestir tela alguna preciosa, aunque se convirtiesen al cristianismo. Hasta los muertos eran condenados si se les descubría una falta grave; entonces se recurría a efigies de trapo que eran quemadas en hogueras públicas. «No hay ninguna duda que instruir y aterrorizar al pueblo con la proclamación de las sentencias y la imposición de sambenitos es un buen acto» decía un inquisidor doctor en derecho canónico (Peña); «...la finalidad primera del proceso y de la condena a muerte, no es salvar el alma del acusado, sino procurar el bien público y aterrorizar al pueblo».

El proceso llamado del Niño de La Guardia se inició en Ávila el 17 de diciembre de 1490. Un año más tarde, el 16 de Noviembre 1491, tuvo lugar el auto de fe en el Mercado Grande y la inmediata ejecución en el «Brasero de la Dehesa». Según Picatoste, ese patíbulo se levantaba «a campo raso», en la dehesa que se extiende al Este de la Ciudad, no lejos del Campo de las Hervencias; medía «unos trece metros cuadrados de extensión, de gruesa mampostería y relleno hasta la altura de metro y medio; sobre el campo de la Dehesa se descubre aún un pequeño promontorio, indicio seguro del lugar ocupado por el patíbulo en que tantos perecieron, más que abrasados por las llamas, asfixiados por el humo de la hoguera encendida bajo sus pies y contemplada impassiblemente por aquel tribunal que tantos días de luto y de tristeza dio a nuestra querida patria. Aquellos ennegrecidos paredones fueron reducidos a escombros un día de algarrada popular, a principios del siglo XIX, sin que por esto haya podido borrarse el recuerdo del funesto destino, que por muchos años desempeñó el Brasero de la Dehesa.» Sin embargo, otros datos indican que este Brasero estaba realmente en el Valle Amblés, cerca del puente de Sancti Spiritus.

Según las actas que se guardaban en Santo Tomás, sólo de 1490 a 1500 hubo en Ávila 102 quemados en persona o en efigie, aunque de estos últimos únicamente se datan 17. De los quemados en persona, 60 fueron varones y 42 mujeres. Otros estudios revelan un número aún mayor de condenados a la hoguera. Todo esto tuvo que pasar, dice Belmonte, «en Ávila, en cuyas procesiones del Corpus danzaban ante el Santísimo moros y judíos y en cuya ciudad fue menor la persecución a los judíos que en otros lugares de Castilla. La intransigencia de Torquemada hizo que Ávila tuviese que padecer el baldón de ser la ciudad que sir-

vió de marco a un proceso desprovisto de garantías[...] Fue en Ávila donde la Inquisición creó un tribunal que se nos antoja fue creado ex profeso para la instrucción de la expulsión de los judíos [...] El proceso fue largo en su instrucción. Las actas proporcionan curiosos detalles sobre las confesiones, que se producen muy tardíamente, y sobre los procedimientos de tortura empleados con los presos. Se trató por todos los medios de obtener declaraciones espectaculares. [...] Tras el ceremonial de rigor, los reos fueron entregados al corregidor Alvaro de San Esteban. La recomendación protocolaria que hacen los jueces al corregidor es de cinismo inimaginable», piden clemencia para Juan Franco «sin muerte ni mutilación de miembro», cuando en realidad le mandan quemar vivo. Según Beinart un implicado en el proceso del Niño de La Guardia: Juan Franco rogó que enviaran a su celda a un judío «que le dixese cosas que disen los judíos cuando se quieren morir».

El proceso del Niño de La Guardia fue trascendental por las consecuencias históricas que traería después. Los inquisidores que se enviaron a Ávila fueron Pedro de Villada, abad de San Millán de Burgos; Juan López, canónigo de Cuenca y el dominico Fray Hernando, todos fieles seguidores de Torquemada que supervisó todo el proceso desde la sombra.

Era frecuente que algunos condenados, viendo el abandono en que quedaba su familia, pidieran clemencia para ser acogidos en el seno de la Iglesia, pero una vez admitidos solían recibir la misma muerte que los otros porque lo que «había que salvar era su alma inmortal».

Los autos de fe públicos solían durar varios días, celebrándose frecuentemente con ocasión de matrimonios reales, visitas oficiales o causas importantes como la del Niño de La Guardia. Para la Inquisición eran una «demostración externa y visible de la fe religiosa del pueblo español». Esta falsa atribución trajo amargas consecuencias, ya que este tribunal, fue una de las primeras instituciones que se fundaron con carácter nacional y no faltaba quien daba por supuesto que todos los españoles aprobaban sus métodos, propiciando así la pretendida «Leyenda negra».

La inquisición quemó en España a más de treinta mil personas. Otras muchas llegaron en su desconsuelo hasta la muerte, al no poder soportar la de sus esposos, padres o hijos. Entre 120.000 y 200.000 judíos, casi todos castellanos, tuvieron que abandonar España en tres meses, sin dinero alguno por sus bienes y casas.





Este cuadro de Pedro Berruguete, que estaba en la Iglesia de Santo Tomás y que actualmente se puede ver en el Museo del Prado, representa un auto de fe presidido por la Inquisición. Berruguete, que repugnaba de lo espeluznante, rehuye del tremendismo que tenían estos actos, para reconstruir una relajada escena, alejándose de lo que eran realmente aquellas terribles agonías, que tal vez el artista contempló cuando la Inquisición actuaba en Ávila por aquellos mismos años y bajo la cual se hizo el encargo del cuadro.



Tras las ejecuciones de Ávila, Torquemada, basándose en aquella supuesta herejía, argumentó las causas por las cuales se debía proceder a la expulsión de todos los judíos. Su figura se acrecentó y los Reyes Católicos llegaron a elogiar *su recta conducta*. Estudios actuales revelan sin embargo, que las manipulaciones en este famoso proceso fueron desmedidas, principalmente por la importancia que la Inquisición dio al caso. Para Baer la práctica de hechicerías y la crucifixión del niño fueron un invención de «*propaganda antisemita, ya que el niño asesinado nunca existió*». Roth, catedrático de la Universidad de Oxford, afirma que todo fue producto de «*la imaginación de unos cuantos clérigos fanáticos*». Dufourd cree igualmente que el crimen nunca existió «*más que en la imaginación de las gentes*». Para algunos cronistas la expulsión fue una medida necesaria para lograr la unidad de España.

El edicto que determinó finalmente la expulsión de los judíos, fue firmado por los Reyes Católicos el 31 de marzo de 1492. Este edicto se conserva precisamente en Ávila, en el Archivo Municipal; en él los Reyes mandan a los «*caballeros, escuderos, oficiales e omes buenos de la dicha cibdad de Avyła o de otras cibdades e villas..., que fagan cumplir esta nuestra carta... que sea pregonada por las plazas y lugares acostumbrados desa cibdad y de las principales cibdades, so pena de la nuestra merced e de privación de los oficios e confiscación de los bienes, a cada uno de los que lo contrario fiesen*». Es de razón que no tardando mucho, se pueda ver expuesto de forma permanente este histórico documento.

Torquemada murió en Ávila el 18 de septiembre de 1498. Según unos, en «*olor de santidad*», según otros, ese olor «*apenas se distinguía del tufillo a carne quemada*». El célebre inquisidor se hizo enterrar en la sacristía

de Santo Tomás, el mismo convento que él hizo levantar. Una negra lápida tallada en pizarra, quedó sin nombre ni dato alguno sobre quién yacía debajo realmente. Hay testimonios de que en 1559, le fue levantado un mausoleo de granito y mármol que desapareció tras un incendio en 1809. En esa época se redactó un decreto por el cual todos los notables enterrados en las iglesias de Ávila debían ser trasladados a la Catedral. Si así fuese, que es dudoso, Torquemada podría estar anónimamente sepultado en la Catedral, pero esta versión poco probable, contrasta con otra más documentada según la cual, a pesar del anonimato de la lápida, los restos del inquisidor fueron asaltados durante la revolución de 1836. Ese año las gentes de Ávila que guardaban memoria de los actos del inquisidor, saquearon su tumba y arrastraron los huesos por las calles de la ciudad, llevándolos después hasta aquel Brasero de la Dehesa, donde fueron quemados y sus cenizas aventadas al igual que él hizo con tantas otras almas

La lápida que sepultó a Torquemada en Ávila, fue vista por última vez abandonada en un rincón de la huerta de Santo Tomás durante los años treinta. Desde entonces nadie ha vuelto a saber de ella.

En 1997 el Rey Don Juan Carlos reiteró en Nueva York que «la expulsión de los judíos y posteriormente la de los moriscos, tuvieron consecuencias muy negativas para España, que perdió parte de lo mejor de sí misma. La convivencia entre las tres culturas y las tres grandes religiones monoteístas fue, durante la Edad Media, particularmente positiva y fructífera».

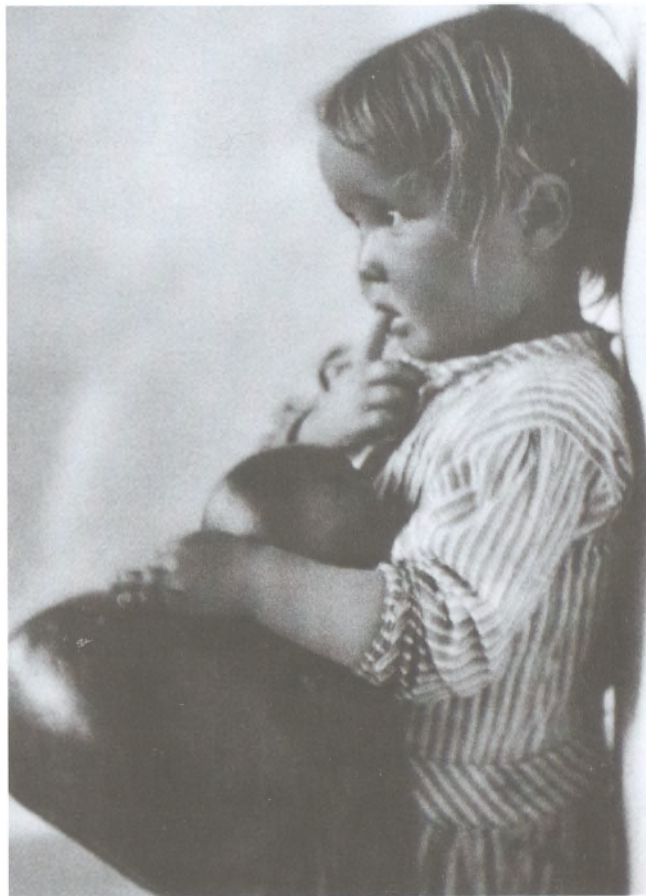
Los siglos de pacífica convivencia entre cristianos y judíos abulenses, tuvieron un recuerdo el 15 de octubre de 1996. Un olivo traído desde la Universidad Hebrea de Jerusalén, fue transplantado en Ávila en memoria de quienes tuvieron que abandonar la ciudad aquel día de 1492.



# Ortiz-Echagüe



Tipo de Ávila.  
Foto: Ortiz-Echagüe. «Tipos y Trajes». h. 1916.



Gredos. Niña de San Esteban.  
Foto: Ortiz-Echagüe. «Tipos y Trajes». h. 1916.

Las imágenes que ven en estas páginas, pertenecen a Ortiz-Echagüe (1896-1980), uno de los fotógrafos que retrataron nuestro país desde primeros del siglo XX.

Ingeniero, piloto, constructor de aviones, de automóviles y fotógrafo, Ortiz-Echagüe fue un caso insólito en el panorama fotográfico europeo y sin duda en el español, según cuenta Lavenfeld. Incansable viajero, recorrió toda España, en ocasiones a la búsqueda de arriesgados episodios, como la Guerra del Norte de África. «Quiso ser un protagonista de un período de la historia de España convulsionado y febril». Para otros, sin embargo, Echagüe es un fotógrafo «interesa-

do ante todo en la exaltación nacional, racial o espiritual de las tradiciones, entendidas como un pintoresquismo trasnochado. Este espíritu "español" puesto al servicio de la fotografía llevó a aquellos fotógrafos a inventariar el alma española, enfatizando sus símbolos más definidores, como los trajes, las tradiciones, los ritos, los castillos y alcázares y lo que en la retórica de la época era definido como los "restos indígenas e incontaminados de la Patria". Y cuando esos símbolos ya no existían sencillamente se recreaban». (Publio López).

Autor de una tetralogía monumental, sus grandes álbumes fotográficos: «España Tipos y Trajes» (1933),





Escopeta, Vinazo y Centeno. Foto: *Ortiz-Echagüe*. «*Tipos y Trajes*».h. 1916.



Grupo en las murallas. Foto: *Ortiz-Echagüe*. «*Tipos y Trajes*».h. 1916.





Ávila. Foto: Ortiz-Echagüe. «Castillos y Alcázares». h. 1955.

«España Pueblos y Paisajes» (1938), «España Mística» (1943) y «Castillos y Alcázares» (1956) tienen algo de recuerdo atávico. Como Ortega y Gasset advirtió en uno de los prólogos de Tipos y Paisajes: «tienen también estos trajes extemporáneos, al acercarse a quien contempla las fotografías de Ortiz-Echagüe, algo de animales exóticos, que en el zoo, tras los barrotes, se aproximan al visitante con la esperanza de que les echen algo». Las constantes reediciones de sus libros fueron agotadas una tras otra. Manteniéndose «en activo durante más de sesenta años, su figura gigantesca, según López Mondejar, ensombreció el trabajo los miembros de su generación».

Las fotografías de estos personajes con las típicas indumentarias abulenses, aunque pertenecen al prime-

ro de los álbumes, fueron realizadas con anterioridad en 1916. Los tres tipos masculinos, con sus oscuras capas serranas, tenían apodos propios; se les conocía como Escopeta, Vinazo y Centeno. En el conjunto de estas fotografías de ordenada composición, se ve claramente la influencia de ese pictorialismo, esencialmente tomado de artistas como Zuloaga o Sorolla; sus imágenes son efectivamente como cuadros, con esos mismos personajes que posaron para los artistas del pincel utilizando la muralla de fondo; al igual que ellos Ortiz-Echagüe los presenta con una sobriedad que les hace parecer, más que pastores y aldeanas, figuras dignas de la épica. Por último la vista de Ávila, obtenida décadas después, es una de las imágenes más espléndidas que se han hecho de la ciudad.



# Tipos y trajes



Escenas de aldea.  
Foto: Mayoral, E. h. 1920. Tarjeta Postal.



Escenas de aldea.  
Foto: Mayoral, E. h. 1920. Tarjeta Postal.



Escenas de aldea.  
Foto: Mayoral, E. h. 1920. Tarjeta Postal.





Campesino. *Tarjeta Postal. h. 1925.*



Ganadero. *Tarjeta Postal. h. 1925.*



Vendedora de pollos. *Tarjeta Postal. h. 1925.*



Vendedora de pollos. *Tarjeta Postal. h. 1925.*





Un pastor. Foto: Roisin. h. 1930. Tarjeta Postal.



Mujer de Ávila.  
Dibujo de Regidor, h. 1900.



Danzantes en la boda de Alfonso XII.  
Foto: Laurent. 1878. Tarjeta Postal.

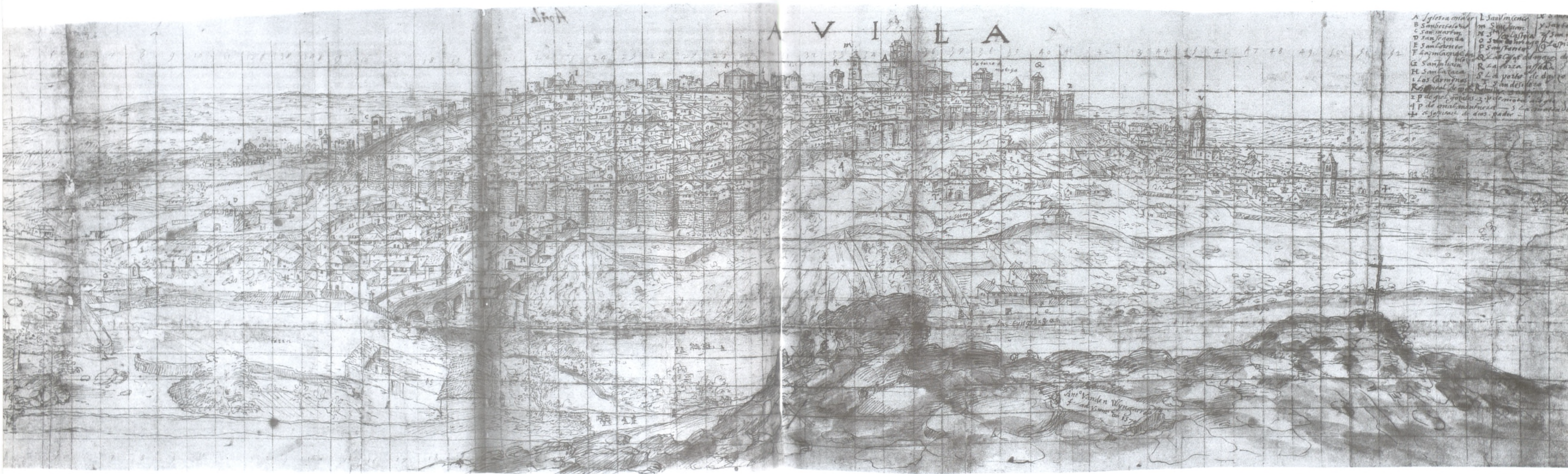




Castilla. Aldeana de Ávila.  
Foto: Ortiz Echagüe. h. 1930.



# Vistas grabadas



Ávila, 1570.  
Felipe II encomendó al artista holandés Anton Van den Wyngaerde, viajar por España, dibujando vistas de las villas monumentales del país. Recogidas hoy en el texto «Ciudades del Siglo de Oro» (Ed. El Viso). Aparece esta panorámica, que tiene señalados los lugares de interés, (tomada del original sin retoques).





«Ávila». Anónimo. h. 1800.  
 En el pie del grabado se lee: «Ce vendente a Paris cher lollaip' rue S. Ineque a la ville de Cologne». La vista tiene algunas incorrecciones y un aire ingenuo.



Francisco de Paula Van Halen dibujó hacia 1845 esta vista de «Ávila desde el camino de Mingorría». Artista de origen flamenco pero nacido y formado en España, realizó varios motivos de la ciudad, característicos por su inexactitud. Sus bocetos fueron litografiados pero su difusión no tuvo aceptación debido a sus imprecisiones.





Ávila. Grabado de Whymper. S. XIX «Pintoresca Europa»





Murallas de Ávila, h. 1875.  
Litografía: Millán y Donon. (Tomo XI del Museo Español de Antigüedades).



# La Gloria de Sirio

Tras ser editada en 1908, «*La Gloria de Don Ramiro*» despertó en España un enorme interés. Autores como Azorín, comentaron la obra de Larreta. Unamuno la elogió en un artículo que serviría de prólogo en ediciones posteriores:

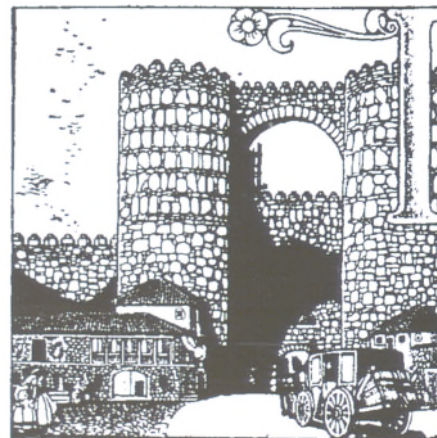
*«cúmpleme decir que uno de sus mayores aciertos me parece es el de haber puesto lo principal de su acción en la novillísima y castellanísima ciudad de Ávila de los Caballeros, en Ávila de los Santos».*

El éxito del texto cruzó pronto las fronteras apareciendo posteriormente ediciones en francés, alemán, inglés e italiano. La Ávila medieval, cabalresca y romántica, fue dada a conocer en Europa y América a través de esta novela. Como contó Luis García Arés: «*La Gloria de Don Ramiro es la novela de Ávila, de la misma forma que La Regenta se identifica con Oviedo o la Celestina con Salamanca*». El escritor argentino quedó prendado de la ciudad en una visita que realizó desde Buenos Aires. El escenario que encontró resultaría determinante, para ambientar un trama de corte histórico que recrea, según el propio subtítulo, «una vida en tiempos de Felipe II», cuando la ciudad estaba en pleno esplendor y sus multi-rraciales habitantes compartían calles, negocios y quizá, como cuenta el guión, enamoramientos apasionados bajo una maraña de razas y credos distintos. Nada había de inmoral en el guión y sin embargo, a pesar de la meticulosidad y los escrúpulos de Larreta, no faltó quien encontró motivos para la censura.

Fantasia y datos históricos reales se mezclan en el argumento de esta novela hasta en los más pequeños detalles. Esa misma idealización, a veces sórdida, es la que Alejandro Sirio recrea en los dibujos que realizó para la edición argentina de 1929. Hay otras ediciones ilustradas de este texto como la Jean Gabriel Daragnes de 1964, o las dos de 1933 y 1943, con acuarelas del propio autor; pero los grabados y la capacidad alegórica de Sirio son verdaderamente admirables. Este ilustrador del Diario La Nación, del que Larreta era copropietario, se desplazó hasta Ávila para dibujar del natural los monumentos, a los que siempre añadía detalles arquitectónicos inéditos, personajes de atrezo y esce-

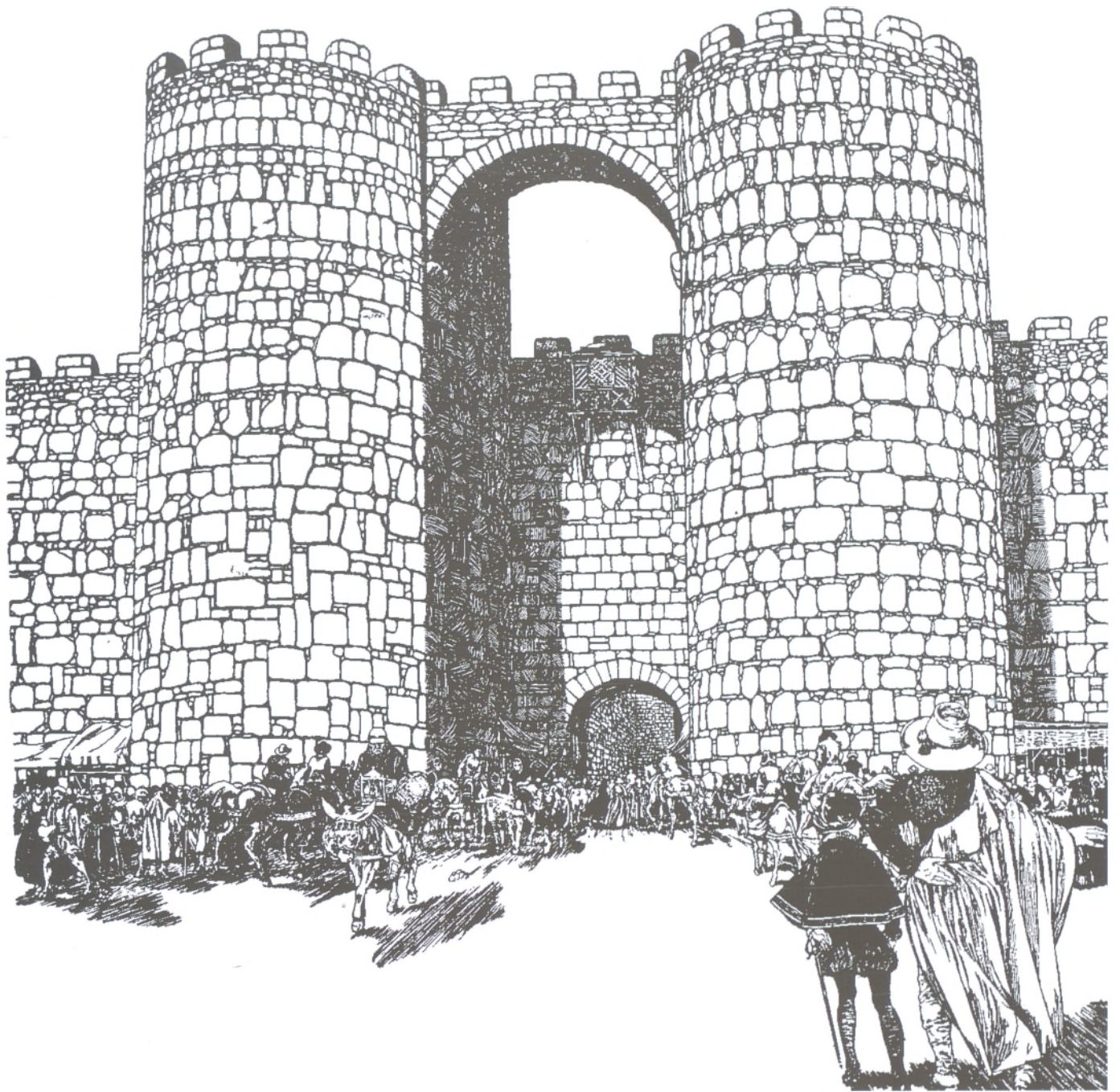
nografías propias de una fantasía de cuento. Su virtuosismo en el detalle le permitió recrearse en abigarradas filigranas con las que consiguió además unos contrastados efectos de claroscuro. La reinención de los escenarios de la novela nos muestra una reconstrucción subliminal de la ciudad. Una vista de la Calle del Tostado sólo es identificable por la torre catedralicia que asoma al fondo y por la fuente del arco de San Vicente, donde figura un grupo de aguadoras. Del otro lado de esta puerta hizo Sirio otro dibujo en el que desfilan caballeros de capa y espada, clérigos a lomos de asnos y campesinos de alpargata; los tenderetes y toldos junto a la muralla, pueden hacernos pensar en el Mercado Grande, pero allá al fondo se ve el muro del Palacio de los Verdugo. Una letra capitular, de las muchas empleadas en el texto, presenta aquel otro arco, con la Alhóndiga y algunas casas con viejo soportal, lo que indica que el dibujante tuvo que conocer grabados y fotografías antiguas de Ávila.

De esta cuidada edición se hicieron poco más de dos mil ejemplares numerados. Sería providencial que setenta años después se editase un facsímil de esta obra que contiene más de cuarenta grabados dedicados casi enteramente a la ciudad, y si eso no es posible, al menos una sencilla edición íntegra de esta novela que hoy no se encuentra fácilmente.



Letra capitular de «*La Gloria de Don Ramiro*». Dibujos: A. Sirio.





Puerta de San Vicente.  
Dibujo: A. Sirio.





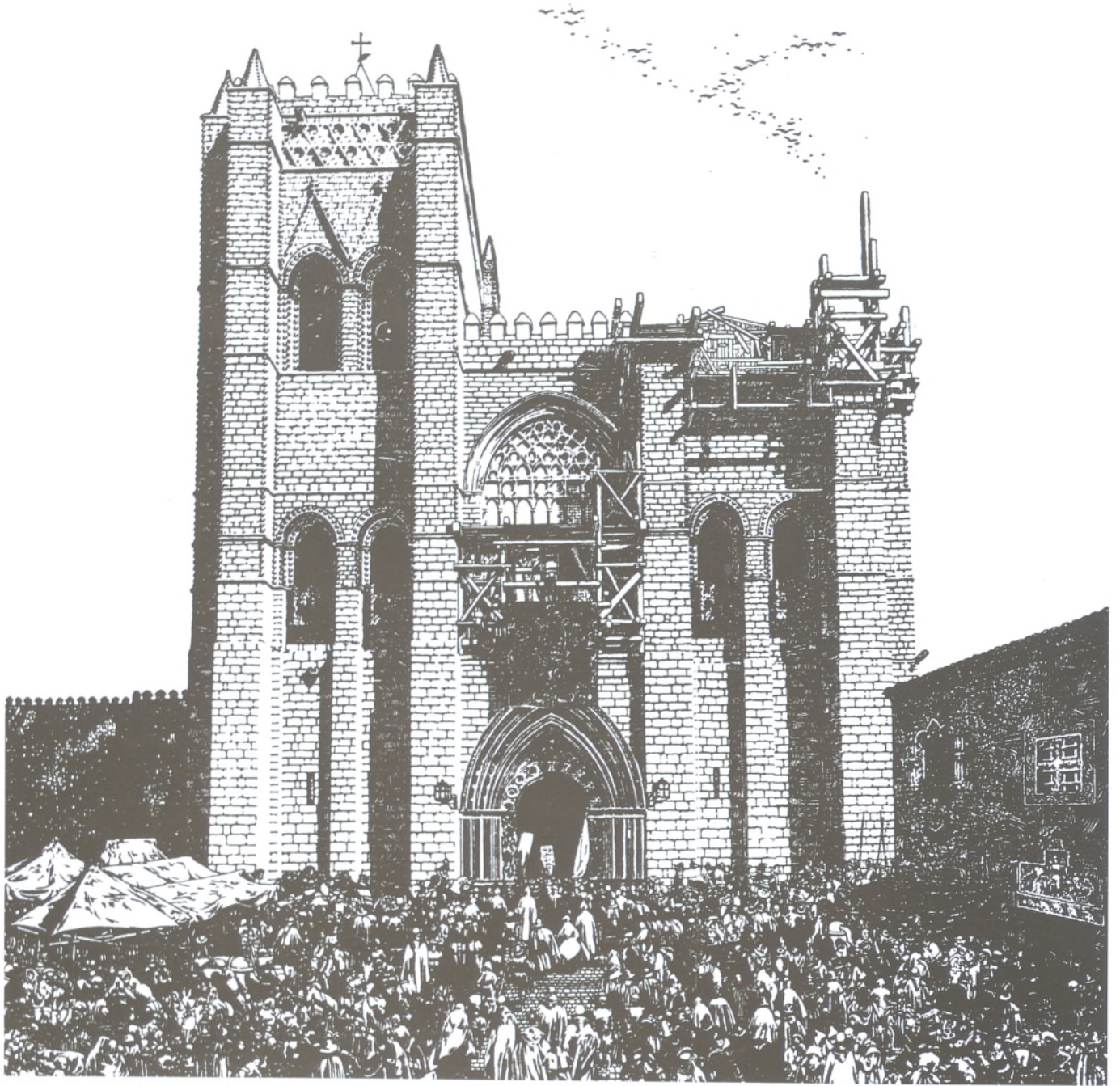
Murallas.  
Dibujo: A. Sirio.





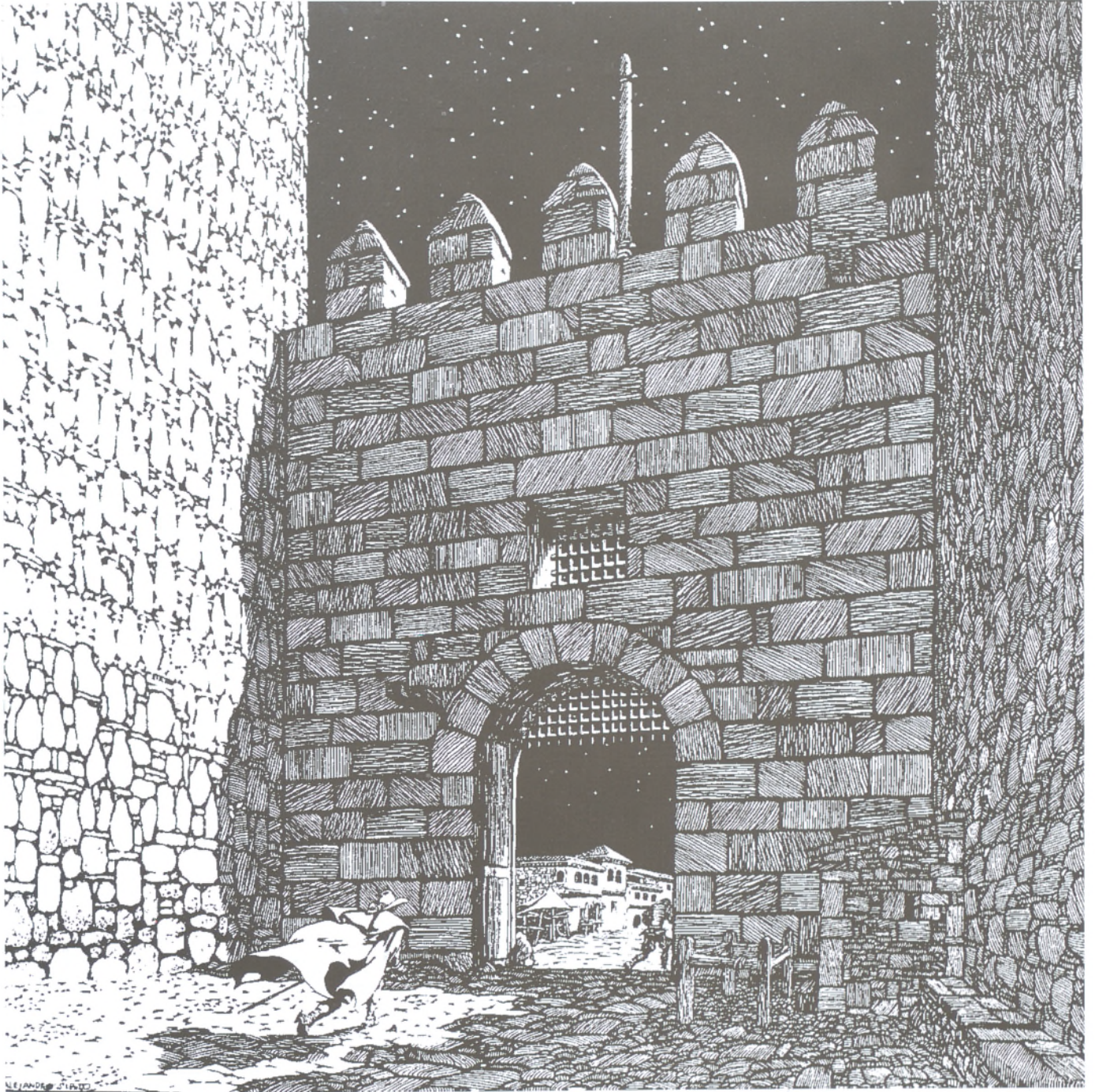
Recreación de la Calle del Tostado.  
Dibujo: A. Sirio.





Procesión y mercado ante la Catedral.  
Dibujo: A. Sirio.





Puerta del Puente.  
Dibujo: A. Sirio.





Calle imaginaria.  
Dibujo: A. Sirio.





ALEJANDRO SIRIO

Duelo tras las murallas.  
Dibujo: A. Sirio.



# El barrio de los canteros



Barrio de Ajates.  
*Tarjeta postal. h. 1940.*

El nombre de Ajates tiene resonancias de procedencia árabe; en sus alrededores no faltan construcciones que así lo atestiguan. Este barrio extramuros, situado al norte de la ciudad, estaba atravesado por un riachuelo que bajaba de las Hervencias y así, bien regado, mantuvo sus huertas fértiles, hasta que siglos después, el prado pasó a ser conocido como de Sancho.

Por esos mismos caminos de tapiales que ven en las fotos más añejas, pasó un buen día de 1533 Teresa, la hija de los Cepeda para ingresar sin permiso de su padre, en el Convento de la Encarnación. Allá, al fondo de este barrio, comenzó la muchacha su andadura hacia el cielo y saldría de él sólo para iniciar sus fundaciones. Por aquellos mismos días, la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza, era una de las parroquias de esta barriada. A esta pequeña iglesia, conocida por entonces como de San Bartolomé, acudían los que creían estar poseídos por el demonio. Para su curación, los enfermos del alma se flagelaban durante días, rezaban sin pausa noches enteras y hacían exorcismos como último recurso para alcanzar la redención; los del cuerpo debían también purgarse con otras drásticas penitencias.

En el siglo XIV, tuvieron aquí su cofradía los abogados, notarios, poetas, escribanos, procuradores y todas aquellas gentes de leyes y letras. En una lápida de la fachada sur de la ermita hay una inscripción testimonial: «Aquí yacen Diego





Convento y fuente de la Encarnación.  
*Tarjeta postal. h. 1890. Unión Postal.*

*Dávila, Ana López, su mujer, abuelos e Juan Dávila, notario». En el atrio de Nuestra Señora de la Cabeza estuvo también el primer cementerio municipal; levantado a mediados del siglo pasado, aquel camposanto debió tener cierto encanto y buenas vistas, ya que a él acudía Gustavo Adolfo Bécquer. En este rincón, durante su época de juventud, buscó el poeta sevillano inspiración para sus primeros poemas, mientras su hermano Valeriano pintaba escenas costumbristas de esta ciudad. A mediados del XX, este cementerio fue clausurado ante la imposibilidad de enterrar a los muertos, un lecho de piedra casi a ras del suelo impedía excavar fosas profundas, sacando los cadáveres al*



Cementerio de Nuestra Señora de la Cabeza.  
*Foto: J. M. Oviedo. h. 1950.*



descubierto cada vez que llovía. El nuevo cementerio solucionó el problema pero se mandó derribar el antiguo. De haberse conservado aquel jardín, hubiese servido al menos para impedir recientes edificaciones que ocultan la mejor panorámica de la muralla.

En el siglo XV, la calle Ajates se prolongaba a lo largo de todo el barrio. En su extremo oeste, detrás del actual Mercado de Ganados, se levantaba la ermita de San Lorenzo desaparecida en el Siglo XVII. Aquella iglesia era para los abulenses un lugar de peregrinación, pero tuvo una oscuro destino; la fe, que debe servir siempre para mover montañas, sirvió entonces para levantar unos muros siniestros. En aquella «alejada» ermita estuvo la estancia de las emparedadas. La reclusión de estas pobres mujeres era de dos maneras, «una voluntaria y otra precisa. La voluntaria era con el beneplácito de la iglesia y fin de servir a Dios; y la precisa nacía de haber incurrido en culpas graves y escandalosas, dignas de semejante corrección». Ya ven cómo estaban entonces las cosas para las damas del lugar. Como ilustración de la castidad que se las exigía, sirva otra crónica de la misma ermita, la de la Santa Barbada, cuya imagen se veneró allí antes de ser trasladada a San Segundo. Según Cianca, allá por el año 300, venía hacia Ávila una señora procedente de Cardeñosa. Al ver que un caballero la perseguía de forma sospechosa,

*«se entró en la iglesia de San Lorenzo, y allí puesta de rodillas suplicó al Señor la diera alguna fealdad en el rostro para librarse de aquel peligro. El cual milagro estaba referido en el retablo de la capilla que estaba arimada junto a la misma iglesia de San Lorenzo, donde se dice que hay una peña de cuyas vetas está formada una perfecta cruz donde dice la tradición que la Santa se arrodillaba y hacía oración, llamándose peña de Santa Barbada, y es venerada por toda la ciudad».*

El milagro, como pueden suponer, dejó a la mujer con unas pobladas y perennes barbas, e hizo que la Santa quedase recluida toda su vida en aquel mismo lugar.

De estas y otras semblanzas, guardan testimonio en la cofradía de San Lorenzo, que continúa existiendo anexa a la de Nuestra Señora de la Cabeza, que celebra dos romerías. La primera,



Ermita de San Segundo.  
Tarjeta postal. h. 1930.



Ermita de San Martín.  
Foto: Mayoral. h. 1920. Tarjeta postal.



a finales de agosto, conmemora el martirio de San Lorenzo, sacrificado sobre una gran parrilla a fuego lento, para celebrar la fiesta se enciende una hoguera y al final, con las brasas, se hace una parrillada regada con buen vino para todos los asistentes. En la de Nuestra Señora de la Cabeza, a primeros de septiembre, se hacen varias ofrendas a la Virgen y, llegado el domingo, sacan la imagen en una de las procesiones más antiguas de Ávila. Lo más singular de esta ermita que se consagró en 1212, es que fue probablemente antes mezquita, conserva algunos arcos y restos que así lo dejan suponer.

Unos pasos más arriba está San Martín, con su espléndida torre mudéjar. Alta torre para tan pequeña iglesia que sufrió, a lo largo de su historia, numerosas transformaciones. Cuando fue parroquia, allá por el siglo XII, tenía por feligreses a una población de casi dos mil maestros y oficiales de cantería, empleados en la construcción de la muralla. Todavía hoy hay algún taller de canteros camino del cementerio, pero fueron aquellos maestros, los que levantaron en su barrio la más genuina de las iglesias románicas de Ávila: San Andrés, tallada en piedra caleña de La Colilla, sus capiteles historiados son de cuento; posee además una acústica excelente para los conciertos. Abierta al turismo ocasionalmente, continúa teniendo culto. Actualmente pertenece a la parroquia de San Vicente.

Pocos turistas se ven recorriendo estos barrios extramuros como aconsejaba Cela en su guía. Ajates no tiene grandes palacios o monumentos, pero conservaba hasta no hace mucho unas casas genuinas. Las casas antiguas, al igual que todo monumento, necesitan que se

les restauren por fuera y por dentro. Sus más viejos vecinos viven por esta razón, con no pocos problemas, algo que no tienen que soportar quienes construyen gasolineras con papeles ágilmente conseguidos.

Cuidemos de las murallas y palacios, pero también de su entorno. Todos sabemos lo agradable que nos resulta recorrer calles antiguas. Los barrios viejos de Toledo, de Córdoba o de otras ciudades históricas, son más inéditos para el viajero, que los archiconocidos alcázares, acueductos o murallas que se ven nada más bajar del autocar.



San Andrés.  
Tarjeta postal. h. 1930.



Barrio de Ajates.  
Tarjeta postal. h. 1930.





Huertas de Ajates.  
*Tarjeta postal. h. 1890.*



Prado de Sancho.  
*Tarjeta postal. h. 1940.*





San Francisco y su huerta.  
h. 1940.



19.--AVILA. Convento de la Encarnación

La Encarnación.  
Tarjeta Postal. h. 1910.



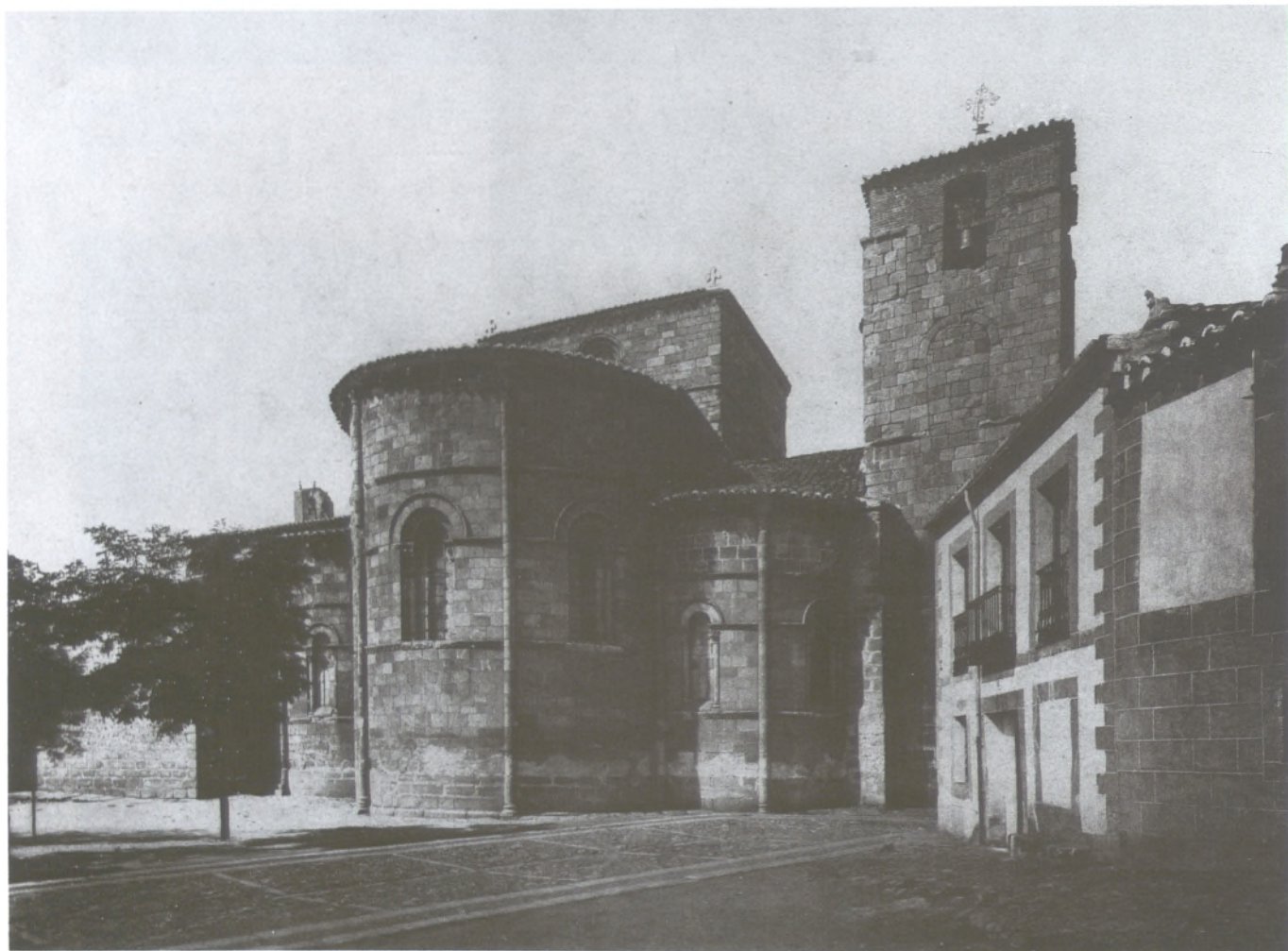
Vista Parcial.  
h. 1940.



# La ciudad de las campanas

*«En ese instante una metálica vibración llegó de la ciudad, luego la campana de Santiago resonó a corta distancia. Otras más lejanas, respondieron enseguida. Todas las iglesias a la vez en alucinador concierto, tocaban sus oraciones».*

E. Larreta  
«La Gloria de Don Ramiro»



Iglesia de San Pedro.

Foto: Von Rommler y Cia. h. 1920. (Algunas torres de iglesias se cayeron y fueron rematadas con ladrillos en anteriores restauraciones).



Si lo han intentado alguna vez, habrán comprobado el tesón que se necesita para contar todas las iglesias de Ávila sin olvidar ninguna. Más costoso debe ser aún enumerar todas las campanas. Oírlas a la vez, como cuenta Larreta, sería hoy una alucinación.

Desaparecidos actualmente muchos de los campanarios que la ciudad tuvo hace cuatro siglos, olvidadas ya las costumbres de su uso, los que quedan apenas resuenan de cuando en cuando; sin embargo, todas esas torres tuvieron una sola misión: elevar las campanas lo más alto posible, lo más cerca del cielo, de forma que fuesen como su propia voz.

En la Edad Media, los campanarios eran uno de los símbolos que levantaban más vanidades. En ocasiones, por querer superar en altura a los de otras ciudades vecinas, las torres de las catedrales quedaban inacabadas o se venían abajo en el intento. A pesar de todo, nunca se renunció a construir las; al contrario, el afán de alcanzar el cielo, hizo que construyesen torres cada vez más altas, el lenguaje de las campanas era para aquellas gentes, como un mandato divino que cumplían al punto.

Lo más curioso de los campanarios fue su origen. Las pequeñas iglesias de comienzos del cristianismo, hasta el prerrománico, carecían de torre alguna. La costumbre de construir las anexas al templo, fue copiada del Islam. El minarete, desde el cual vocea el muecín



Convento de la Encarnación. Tarjeta postal. h. 1940.

para llamar al culto en las mezquitas, fue imitado por el cristianismo ante la imposibilidad de congregar a sus fieles; pero como el grito del sacristán no alcanzaba a los caseríos y aldeas, se tuvo que recurrir a un instrumento mucho más sonoro que la voz humana: las campanas, un invento oriental que occidente remodeló hasta darle su forma característica.

Un recurso tan eficaz fue enseguida aprovechado para difundir otros avisos. Las campanas fueron a partir de entonces los relojes de la sociedad y las mensajeras de sus noticias. Cuando aún no se soñaba con la proliferación de los cronómetros de pulsera, las campanas marcaban las etapas del día a toda la ciudad; no se hablaba de las doce o la una, sino de antes o después de tal toque. Como cuenta Belmonte,

*«Ávila se movía a toque de campana». Desde la mañana a la noche se sucedían los del alba, del ángelus, de oración, de ánimas, de queda, de gloria, de difuntos, a arrebatos, a vuelo y así hasta un buen número según la fecha y época de la liturgia».*

A estos toques se superponían los repiques de los numerosos conventos: maitines, laudes, hora prima, tercia, nona, completas, vísperas...



Espadaña del Carmen y antigua Portada, hoy en el obispado.  
Foto: Alsina. Tarjeta postal. h. 1920.





Basilica de San Vicente. Foto: Roisin. h. 1925. Tarjeta postal.

Alguno de estos toques todavía se pueden escuchar hoy, desde los conventos de las Madres o la Encarnación.

Hasta primeros de siglo, los vecinos de Ávila reconocían esos mensajes y sus significados. Sabían de oído de qué campanario procedían, aunque sonasen varios al unísono. Cada bronce tenía su sonoridad peculiar. La «Ciudad del Silencio» resultaba ideal para escuchar el concierto campanil. Unamuno, que lo oyó en 1909, decía que Ávila era una «ciudad musical y sonora». Le gustaban las campanas a Don Miguel. García Lorca, sin embargo, parecía sufrir al oírlas:

*«En una noche negra y lluviosa llegué a la ciudad de los grandes recuerdos. Al cruzar sus estrechas y misteriosas calles, una honda emoción me cautivó. Todo estaba oscuro y callado. El viento modulaba fúnebres y miedosas tocatas. Las callejuelas retorcidas y extravagantes eran como los tubos de un gran órgano, que el aire hiciera sonar. La vieja población estaba dormida... Aquella noche al acostarme las campanas de la catedral hablaron tan hondas y tan melancólicas que me tapé los oídos por no sentir las. Tenía miedo de oír la durmiente sinfonía de la ciudad convertida en órgano por el viento y a las campanas diciendo su melodía de bronce».*

Verdaderamente pocos sonidos resultan tan lastimeros como unas campanadas en plena noche. A Orson Welles, le impresionaba también esa lenta cadencia que parecía resonar desde otro mundo. Esta ciudad medieval tenía los decorados precisos para escenificar aquellas «Campanadas a Media Noche».

Frecuentemente se daban avisos a las gentes al sonido de los badajos. En los siglos XVI y XVIII, según Carrmolino, el sacristán de la antigua ermita de San Isidro tenía la obligación de «tocar a vísperas e maitines e a nublado y avisar con la campana los trabajos del campo y las eras».

Las campanas podían comunicar todo y a todos. Sus toques enlazaban un pueblo con la aldea siguiente; de esa forma, cualquier noticia era conocida con prontitud en los confines del reino, la muerte del rey, la bata-

lla ganada o el nacimiento del príncipe heredero, eran dadas a los cuatro vientos. La vida iba un poco al son de lo que ellas tocaban.

Entre los bronces había también su rango, la de la iglesia principal, tenía que ser la primera en tocar el Ave María a la puesta de sol, siguiéndole todas las demás antes de que ella acabara. Cuentan que una vez, las de Ávila adquirieron de pronto un poder sobrenatural. Según una leyenda, las campanas de toda la ciudad se pusieron a tocar solas, cuando el cadáver de San Pedro del Barco fue traído milagrosamente por una mula ciega, hasta la Basílica de San Vicente.



Soportales e Iglesia de San Juan. Foto: Roisin. h. 1920. Tarjeta postal.



Las campanas llegaron a ser tan importantes en aquella sociedad, que frecuentemente eran consagradas y hasta bautizadas solemnemente. No en vano, una de gran tamaño costaba sus reales y eran necesarios muchos esfuerzos para costearlas, fundirlas, e izarlas hasta su sitio. El orgullo por poseer una resonancia perfecta, hacía que a veces fuesen encargadas al extranjero. Gil González cuenta, sin embargo, que en el Siglo XVII, había en Ávila una «mina de metal campanil tan bueno que los que saben de esto, dicen, compite con lo bueno que viene de Inglaterra». Fundidas en ocasiones con el botín de batallas y saqueos, algunas de las que ven allá arriba, fueron antes cañones y estatuas.

Las más grandes solían llevar una leyenda grabada en el borde, la de San Pedro cuentan que tenía esta: «Con mi voz llamo a los cristianos, aparto a los demonios y desparramo los nublados». Pero no eran las grandes campanas las de mayor fama. Una gran campana necesitaba de varios campaneros para voltearla y a veces esto resultaba peligroso hasta para la propia estructura de la torre. Las más pequeñas, sin embargo, solían tocarse a diario varias veces y por ello acababan siendo las más populares y queridas. Algunos de estos campaniles recibieron cariñosos apodos como «El Zumbo» de San Juan o «El Cimbaillo» de la Catedral.

El Zumbo, aparte de llamar a misa, tuvo ocasionalmente otra misión legislativa, fue la encargada de anunciar a la ciudad el nacimiento de cada constitución; convocaba también a los ediles para cuantas asambleas se celebraban en el Ayuntamiento y avisa-

ba cuando había incendios para que todos acudieran a sofocarlo. Pero el Zumbo fue conocido sobre todo por otro toque, el de Perdidos. Servía este aviso para que los extraviados en la nieve pudieran orientarse durante las nevadas y entrasen en la ciudad antes de que cerraran las puertas de la muralla. El toque se estableció para evitar que se elevase el número de víctimas que morían durante los inviernos. Llegada la noche, partía de la ciudad cuadrillas con antorchas haciendo sonar sus cuernos, intentando rescatar a los extraviados que habían quedado cegados o atrapados en la nieve».

Otras campanadas cotidianas fueron las del toque de queda. Se mandaron dar por un acuerdo de abril de 1520 «Para q de oy en adelante se faga la campana de queda dende San Miguel a las diez, e dende San Miguel a Pascua Florida a las nueve», es decir, que tocaba recogerse en casa a las diez en verano y las nueve en invierno; a esa hora debían estar cerrados todos los comercios y apagarse el alumbrado de los faroles de aceite; era, como contó Mayoral, «la señal del descanso en el vivir de la urbe». También a la orden de este toque salían desde el Mercado Chico los serenos, que eran los sucesores de las rondas nocturnas, que «*oteaban las hogueras del moro enemigo, en el Valle y en la Sierra, y estaban alerta a cualquier asalto de la muralla*». Sánchez-Albornoz recordaba estas «*Campanas catedralicias marcando las horas del día y la noche; escuchadas durante las heladas por los serenos que deambulan por la ciudad, con su farol y su chuzo, y cantaban, por ejemplo "Las cuatro y media y nevando"*» Las Cortes



Mercado Chico  
y campanil del Ayuntamiento.  
Foto: Thomas. h. 1920. Tarjeta postal.





Catedral. Sobre la torre se ve la desaparecida espadaña del Cimbalillo.  
Tarjeta postal. h. 1910.



Barrio e Iglesia de Santiago  
Tarjeta postal. h. 1930.  
«Las torres lucían como faros las noches de luminarias».

prohibieron en 1558 que después del toque de queda, ninguna persona llevase armas por las calles si no iban alumbrados por antorchas. La orden se cumplió pero el corregidor de Ávila se la tomó tan a rajatabla que algunos vecinos se quejaron a Felipe II «*porque les quitaban las espadas y puñales antes de las diez, sin tañer la campana*». La costumbre del toque de queda se extinguió a mediados del siglo pasado.

El otro repique más conocido era el del Cimbalillo. Procedía de la desaparecida espadaña de la torre de la Catedral. Si el Zumbo era el regidor de la vida nocturna, el Cimbalillo ordenaba la diurna; si aquélla reunía a los ediles del Ayuntamiento, ésta convocaba al cabildo en la Catedral para no ser menos.

De timbre atiplado, el Cimbalillo, repicaba todos los días cuarto de hora por la mañana y otro cuarto por la tarde. Apreciada por los abulenses por su pequeñez, era el reloj orientador de las tareas diarias: despertaba para ir al trabajo, avisaba de la entrada a los colegios y servía de referencia a las mujeres que tenían el puchero a la lumbre toda la mañana. El Cimbalillo tuvo como una de sus últimas misiones, avisar a la población de los bombardeos durante la Guerra Civil. Nada más aparecer los viejos aparatos por la Paramera, la campana comenzaba a tocar a rebato.

Hasta comienzos de este siglo, el uno de noviembre, festividad de todos los santos y el día en que moría un rey, las campanas de Ávila sonaban durante toda la noche. Los campaneros encendían hogueras para mitigar el frío y las torres semejaban faros alumbrando las sombras de la ciudad.

El resto de los días, el toque de oraciones era el último en oírse. Este toque de oraciones era a veces el prelude del regocijo general, en esas fechas:

*«se facían las alegrías de luminarias, hogueras y hachones en las plazas. Y los caballeros se citaban para andar toda la noche a caballo con hachas encendidas recorriendo la ciudad».*

Pero quizá la campana más memorable de Ávila, es la que Santa Teresa instaló en su primera fundación de San José. Como no tenía dinero, la monja tuvo que conformarse con una pequeña de «*tres libras o poco más y un agujero harto grande*», según cuenta ella. Aquel res-





Iglesia de San José.  
Tarjeta postal. h. 1945.

quebrajado sonido, escandalizó a Ávila un 24 de agosto de 1562. Las «vueltas que da este mundo», como diría la Santa. Entonces el frágil badajo tuvo que soportar los malos vientos del Consistorio, de parte del clero y de no pocos vecinos que se opusieron a tan pobre fundación. Con cuatro monjas que sacó de la Encarnación, emprendió la reforma del Carmelo. Las batallas que tuvo para sostener aquella pobrísima casa fueron dramáticas, cuando ya estaba acordada su demolición, solo la intervención del propio rey, Felipe II, pudo salvarla. El «Palomarcito», levantado casi a escondidas para que nadie se ofendiese, mantuvo en su interior la campana hasta 1634, en que fue llevada a Pastrana. En 1864 regresó para seguir siendo la voz de este monasterio, que fue su verdadera casa, y la que le encargó levantar «el Señor mismo». Hoy, rodeado de edificios que asfixian la vida de clausura, el Ayuntamiento mantiene el atrio convertido en un aparcamiento poco digno. Este monasterio, sin embargo, no es uno más; la casa madre del Carmelo, la primera fundación de Santa Teresa, es sólo comparable a la Porciúncula de San Francisco de Asís, pero quizá las comparaciones son vanas.

Aquella campana agujereada que la propia fundadora hizo repicar, continúa tras esos muros de la calle Duque de Alba, duque que paradójicamente removió Roma para sacar de Ávila el cadáver de la Santa y llevárselo a Alba de Tormes; en agradecimiento, o tal vez inconscientemente, se le dedicó la calle. Los pueblos son en ocasiones extrañamente solícitos.



Patio central de San José  
y toque de la primitiva  
campanilla de la Fundación.





67. ÁVILA — Iglesia de San Pedro (Siglo XII y XIII) - Ábside

L. Roisin, fot. - Barcelona



Campanario, antigua sacristía y ábside de San Pedro. Foto: Roisin. Tarjeta postal. h. 1910.

Las campanas han conocido de primera mano la historia y milagros de Ávila. Si sus lenguas hablaran realmente, como deseaba Balart, «saldrían como del cielo, melodías que tal vez, sólo el bronce sabe expresar». Pasados los años de su apogeo, a la mayoría de nosotros, el lenguaje de las campanas, nos resulta lejano y ajeno. Para entender lo que significaban para aquellas gentes, tendríamos que escuchar a alguien de entonces. Don Claudio Sánchez-Albornoz, que «adoró» esta ciudad, nos dejó escritas unas memorias, que él tildó de «nostalgias de viejo», pero que en realidad son los recuerdos de un niño que escuchó las campanas de su ciudad. Aquella tradición árabe del muecín llamando desde la torre, se conservó al modo cristiano en algunos templos abulenses. En la iglesia de San Pedro, hasta principios de siglo, continuó la costumbre de que el sacristán vocease a golpe de badajo, el nombre del feligrés que acababa de morir. Don Claudio, que vivía frente a la iglesia, lo seguía recordando muchos años después:

*«Me trasladó al repicar de las campanas de mi Ávila adorada. Broncas campanas, de San Juan, San Vicente, Santiago o San Pedro, agitadas por las manos juveniles de un monaguillo que, a cada golpe de badajo, anunciaba la muerte de un abulense caído al peso de sus males o de sus años... ¡Cuántas veces he oído desde el jardín de mi casa de Ávila, gritar a un monago desde la vecina torre mocha de San Pedro: Por el alma... de un convecino o de un amigo!.*

*¿Me creeréis si os afirmo que recuerdo muy bien dos fúnebres anuncios de defunciones reales desde la citada torre de San Pedro?. Mi memoria, firme aún, no ha olvidado hoy los de las muertes de Isabel II, la reina castiza (1904), y de su primo Carlos, el pretendiente al trono por ella perdido en la septembrina revolución de 1868. Costeado el segundo anuncio por los carlistas abulenses, el monago de San Pedro dio a don Carlos tratamiento de Majestad y le calificó de rey de España (1910).*

*A veces no se oía bien desde la calle el nombre del abulense muerto, cuyo anuncio fúnebre hacía el monaguillo desde lo alto de la torre, tras golpear con la lengua de hierro la alta campana, digámoslo con palabras de Bécquer. Y entonces, el ciudadano que casualmente pasaba por la calle gritaba al parlero monago: «Chico, ¿por quién tocas?».*

*El curso de los años cambia las costumbres populares. No sé si siguen realizándose desde las torres abulenses los fúnebres anuncios de principios de siglo. Anuncios en los que se sucedían el del «señor Lorenzo, el carpintero», y el de «Su Majestad Don Carlos VII». No vi ni oí serenos en Ávila durante mi breve estancia en ella en mayo*





Torre de San Nicolás.  
Algunos campanarios se cayeron o fueron desmochados ante el peligro que suponía su ruina. La altura de esta torre era aún mayor originariamente.

de 1976. No sé si la torre catedralicia seguirá desgranando las horas como antaño. Mi hija Chita me dice en su última carta que ya no van los sacerdotes a responsear al cementerio el día de los Santos, como habían ido desde tiempo inmemorial.

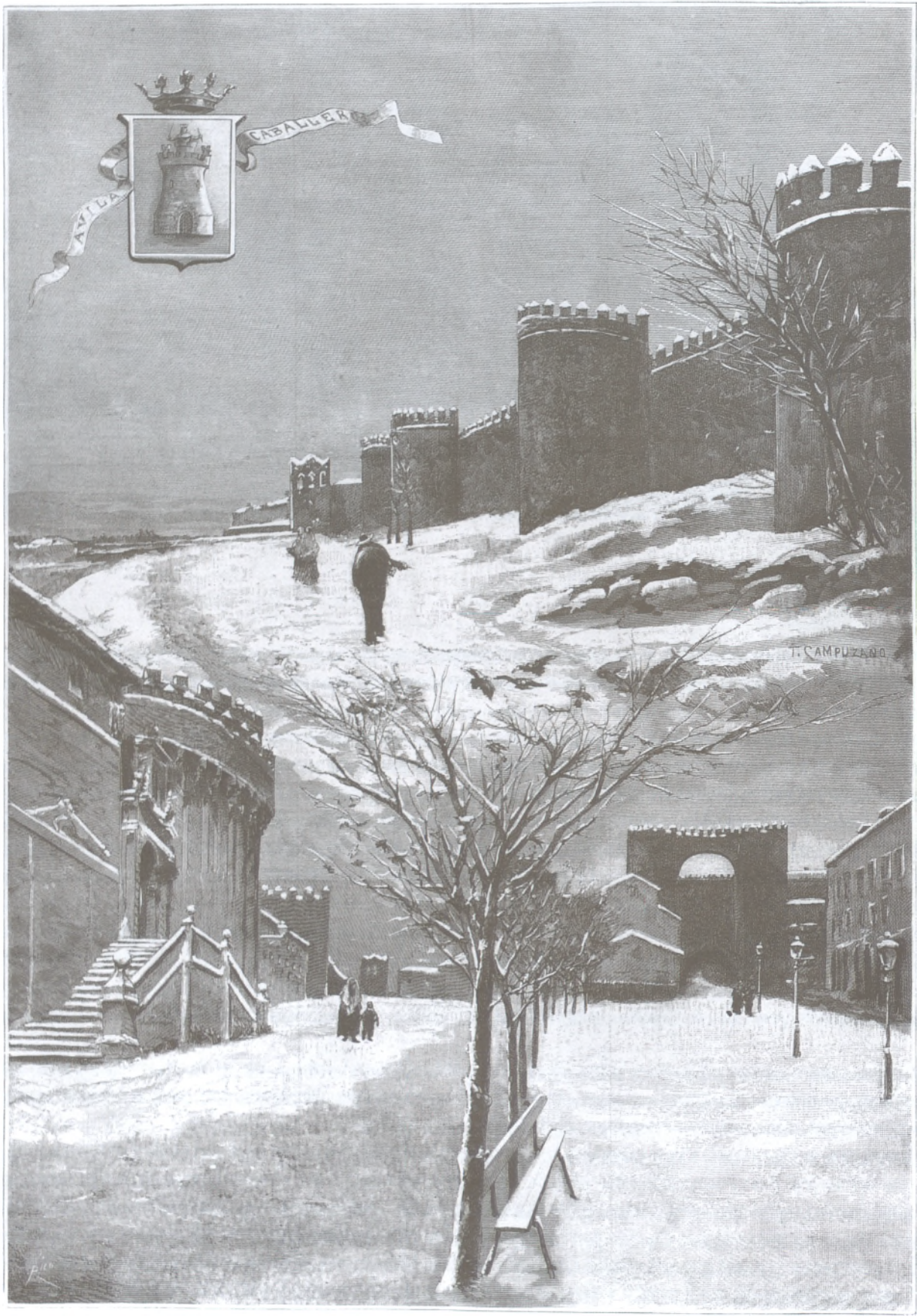
Pero aunque ya no se anuncian los muertos por los monagos desde las torres abulenses, pido a mis paisanos que hagan conmigo una excepción; lo pido encarecida y humildemente por cuanto he querido a esa vieja ciudad de mis mayores, en la que no he dejado de pensar un sólo día de mi largo exilio y a la que he consagrado muchas páginas de filial devoción. Quiero, y empleo el verbo que más puede significar decidida voluntad, que cuando Dios me llame a juicio -ya va siendo hora- y, como tengo dispuesto, mis restos crucen en avión el mar Atlántico y los montes, los ríos y los llanos hispanos para ser sepultados en «Ávila de los Caballeros», junto a mis familiares, un monago desde la chata torre de San Pedro vecina de la paterna morada en la que jugué, amé, sufrí, recé; morada que ya no existe y lo escribo con una hondísima emoción; quiero, repito, que cuando llegue mi cadáver a la alta ciudad de mis abuelos, un monago, desde la torre de San Pedro, grite:

«¡Por el alma de Don Claudio Sánchez-Albornoz, muerto en la Argentina adorando España!».

Jiménez Lozano cuenta en su libro sobre «Ávila» que «difícilmente en estos años, ya tan higiénicos y técnicos frente a la muerte, se hubiese accedido a esa voluntad». Sin embargo aquella última voluntad de Don Claudio se vio cumplida. Hoy está enterrado según su deseo en el claustro de la Catedral.

Actualmente, la Diputación y la Asociación de Campaneros de Ávila organizan, una vez al año, el concierto de campanas por primavera. Esta Asociación interviene de forma desinteresada y en ocasiones hasta limpia algunos campanarios dejados de la mano del olvido, entre otras razones, por estar cada vez más automatizados. En estos singulares conciertos, llegan a intervenir más de cien campanas de catorce campanarios distintos. La orquesta tiene como escenario la ciudad entera; tal vez por esa misma dispersión es más difícil captar enteramente el concierto, habiendo quien prefiere las pequeñas audiciones campaniles, que se realizan en el claustro de la Catedral y las plazas. Por unas horas Ávila vuelve a ser aquella «ciudad musical y sonora», que tanto fascinó a Unamuno. Habiéndolas heredado, no tiene sentido dejarlas allí arriba mudas por los siglos.





Impresiones de viaje. Dibujo del natural por Tomás Campuzano. «La Ilustración Española y Americana». h. 1900.



# Calles de siglos



Plano de Ávila. Karl Baedeker. *Guía: Spanien und Portugal* Leipzig. 1897.

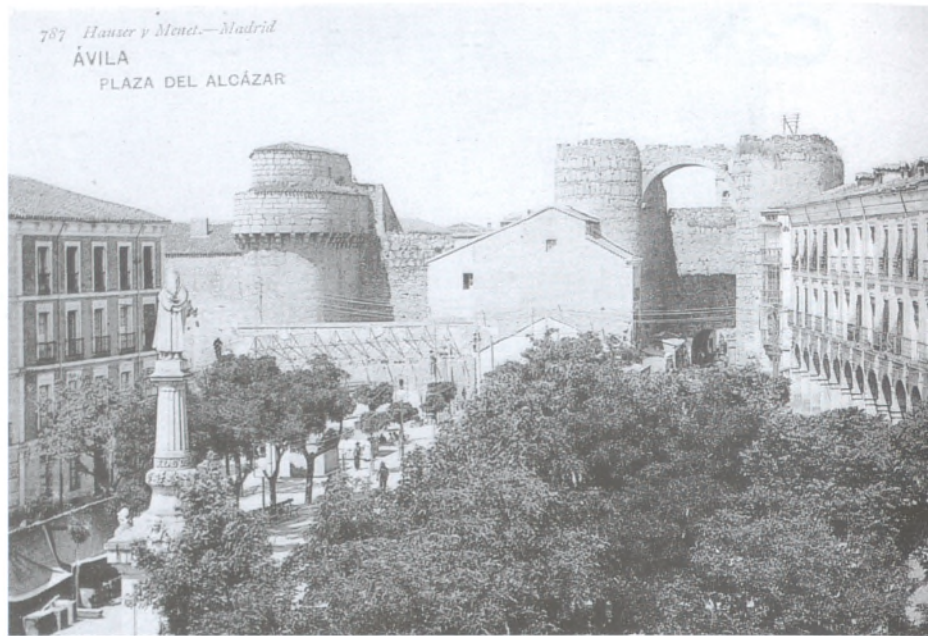
Mirando este primer plano podrán encontrar algunas referencias de cómo era la ciudad hace cien años. Si comienzan a pasear entre esos vericuetos de hace un siglo, comprobarán, tal vez, que la manzana de casas donde usted vive era una huerta, que su barrio ni siquiera figura en el mapa o que su calle procede de un callejón sin salida. Este plano de los geógrafos Wagner y Debes fue impreso en Leipzig, Alemania, en 1897. El editor, Karl Baedeker, lo incluía junto a una guía «Spanien und Portugal», que trataba de orientar a los pocos viajeros, que no turistas, que por entonces venían a recorrer la «pintoresca España».

El pequeño plano, ampliado aquí ligeramente, posee una cuadrícula coordenada que facilitaba la localización de los monumentos citados en la guía. Tiene indicados también dos lugares de interés para el forastero, uno de ellos es el «Café». A finales del siglo pasado, al viajero que llegaba a una ciudad, le era necesario encontrar ese café principal donde solía darse cita la ciudadanía y donde podía acceder a la información más inmediata; a falta de oficinas de turismo solía encontrar allí la dirección de un hostel o posada. Situado junto al Mercado Grande, el plano señala el antiguo Café de la Amistad, más tarde convertido en Pepillo por el apelativo de su dueño José Álvarez Portal. El otro edificio no



histórico señalado en negrita es «Correos», que estaba al otro lado de la plaza. Las cartas eran prácticamente el único medio que tenían los viajeros de mandar noticias y seguir en contacto con el mundo que habían dejado atrás.

Tomado el primer café y escritas sobre las antiguas mesas de mármol las obligadas misivas, el viajero comenzaba su trayecto por calles y monumentos. Si era viernes encontraba la plaza del Grande repleta, llena de tenderetes donde podía encontrar algunas artesanías de las que tanto gustaban los viajeros: cerámicas, latones, curtidos de todo tipo.



Día de mercado en El Grande.  
Tarjeta postal. Hauser y Menet. h. 1890.



Monumento a Santa Teresa. Al fondo, el Café de la Amistad bajo los soportales.  
Foto: Mayoral. h. 1920. Tarjeta postal

Respecto a las calles, este plano recoge algunas modificaciones hechas por Juan Climaco en 1860 para sustituir sus antiguos nombres; sin embargo, un buen número conservaba aún sus denominaciones como luego veremos.

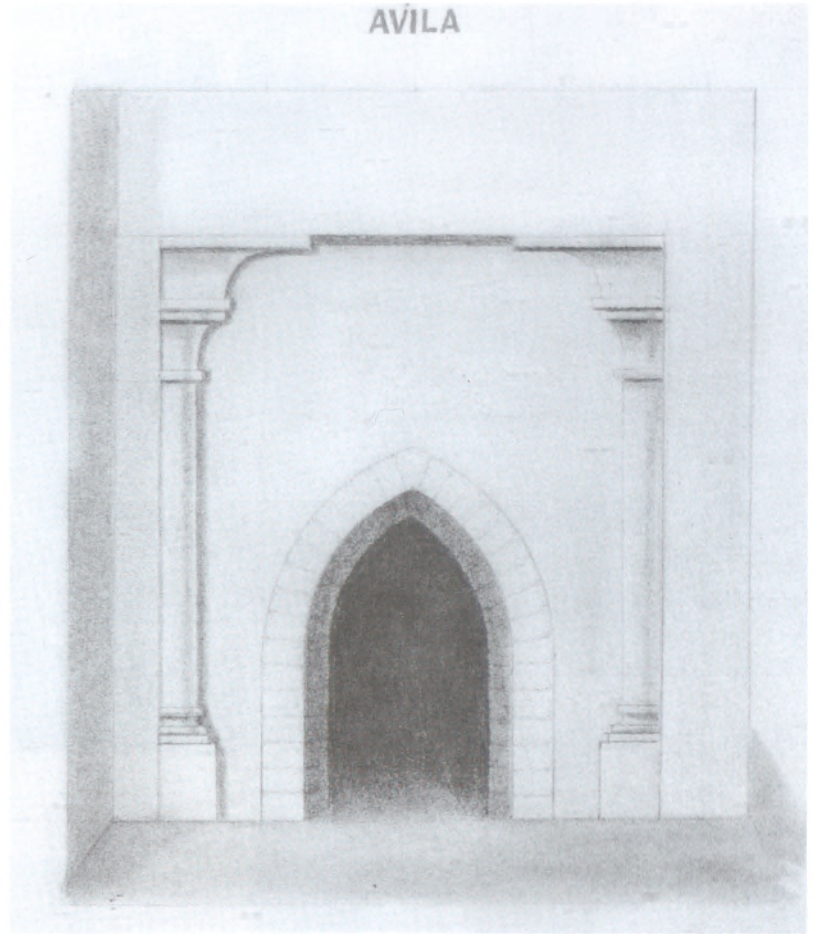
Prácticamente todo el tramo de muralla entre el Grande y San Vicente está cubierto por edificaciones. Los restos del desaparecido Alcázar, la fortaleza más vetusta de la ciudad, están en pie tras la torre del homenaje, justo antes de que inconscientes formas de entender la arquitectura, les diera por humillar sus muros, incitando a su derribo con pintadas como ésta: «En este viejo paredón hacía caca doña Urraca y por eso es de razón conservar el paredón». Los consejeros de Bellas Artes, que intentaron evitar el derribo y convencer de la valía del edificio, fueron apedreados.

Cruzando aquel mercado y dejando atrás el bullicio, poco a poco el viajero iría descubriendo la panorámica del Paseo del Rastro. En el plano se ve que entonces era una alameda con árboles a ambos lados. Al asomarse al valle sólo el pequeño alfoz de Santiago precedía al campo abierto. Desde esta terraza se divisaban huertas, campos de cereales y eras donde se trillaba en verano. Tras pasar por el Paseo de Calderón, se bajaba por la cuesta del Hospital Viejo, rodeando la muralla hasta la puerta de la Mala Ventura. Junto a ella estaba el viejo matadero y la Ermita de San Isidoro, más tarde llamada de San Pelayo y luego de San Isidro. Esta ermita sería desmontada piedra a piedra, por un capricho consentido, para llevarla al Retiro madrileño en 1896, y allí sigue. Becquer describió en rimas a «La mujer de San Isidro» ataviada como una antigua labradora de Ávila, mujer que pintó su hermano Valeriano en un cuadro que se conservaba en el Museo Romántico de Madrid. Se podría intentar reclamar de nuevo





Restos de la ermita de San Isidro de Ávila en el Retiro. Foto: *Fidel García*



Puerta ojival del desaparecido Alcázar en la calle Generalísimo. *Dibujo anónimo. h. 1880.*



15. AVILA — Paseo de Calderón

Paseo de Calderón. *Tarjeta postal. h. 1920.*





Arco del puente.  
Foto: Mas. 1928



Judería.  
Foto: Víctor Gamazo. h. 1940. Archivo de Información Artística.

los restos de la ermita, aunque sólo fuese por que la muralla volviese a tener una iglesia a la salida de cada arco y porque de ella partía una de las más festivas romerías de Ávila.

Cuentan que desde el episodio de Las Hervencias se cerró a cal y canto la puerta llamada a partir de entonces de la Mala Ventura, tapiada todavía, el viajero debía seguir el rodeo.

La fortaleza no estaba en tan buenas condiciones como hoy, como se verá en algunas fotografías había incluso algún torreón que estaba completamente desmoronado. Las restauraciones realizadas por el arquitecto Repullés a finales del XIX y otras sucesivas que vendrían después, darían a los muros de Ávila un aspecto bastante renovado

Llegados hasta el arco del Puente se entraba al barrio judío. Arriba de la judería se haría la indispensable parada en la casa natal de Santa Teresa, que contaba con un ilustrado «Liceo». Saliendo del convento se encontraría con la iglesia de Santo Domingo. Después de cruzar las calles de la Rúa y Covaleda, cruzando la Puerta del Carmen, se bajaba por una Alameda hasta llegar a la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza, siglos atrás mezquita y luego antiguo santuario de lunáticos, mandado levantar por el obispo Don Pedro que acaudilló las tropas abulenses en las Navas de Tolosa. Las vistas que desde aquí se contemplaban le harían disfrutar al viajero de un momento apacible. Recorrer con la mirada toda la muralla, desde San Vicente hasta San Segundo, sin la chatarra urbanística que hoy se levanta aquí, debía ser un placer impagable. Hay un poema de Jacinto Herrero escrito proféticamente en 1984, que dice así:



«Si a un niño -a un hijo vuestro- así que pasen quince años,  
 le habláis de esta ciudad,  
 nombráis sus calles por sus justos nombres,  
 le lleváis de la mano por los años pasados,  
 os mirará con ironía incrédula  
 porque no verá nada,  
 sino los bloques de ladrillo,  
 sino los hormigueros vecinales,  
 igual aquí que en Orcasitas,  
 igual aquí que en el Arroyo de Abroñigal.

Por eso estas palabras son hoy una elegía,  
 porque los hombres debemos durar menos que las cosas  
 debemos dejar huella entre las cosas,  
 porque ellas nos perviven,  
 ellas son la memoria de que un día existimos  
 y nada queda vivo de nosotros».



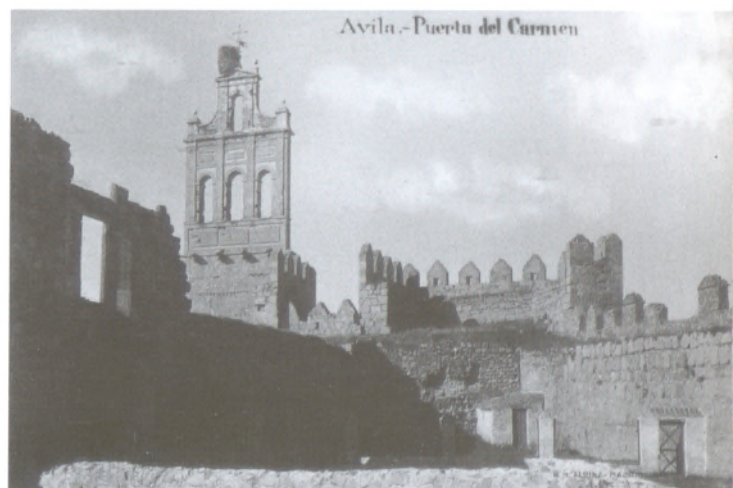
Iglesia de la Santa.  
 Tarjeta postal. h. 1920.



Iglesia de Santo Domingo.  
 Tarjeta postal. h. 1930.



Judería. Actual calle de I. Aizpuru. h. 1954.



El Carmen desde el antiguo caserón.  
 Foto: Alsina. h. 1930. Tarjeta postal.



Seguimos atravesando los caminos del barrio de Ajates. Desde San Andrés a San Vicente cruzaba la empinada calle de La Parrilla; única calleja por la que se subía directamente desde el arrabal a la ciudadela. Visitada la Catedral y el casco viejo, el viajero regresaba de nuevo al Café de la Amistad. En sus puertas el forastero encontraría todavía a los últimos mercaderes cerrando tratos o arreando a las bestias de regreso a casa. Por la calle del Colegio, donde se ve el antiguo Seminario, se llegaba al Campo del Recreo, proyectado en 1861; éste era, como está indicado en el margen del plano, el camino de la estación de ferrocarril.

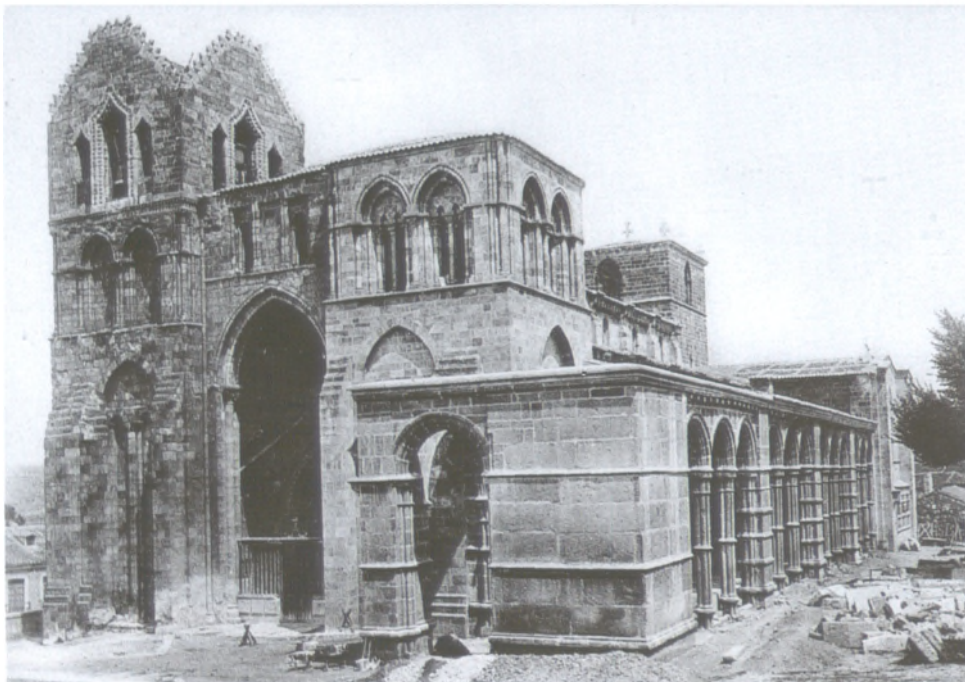
Al marchar el viajero tendría una última visión desde el vagón, semejante a la que se ve en la fotografía de August Muriel, mírenla y vean qué pueden reconocer de esas aldeas aisladas entre sí.



Ermita de Ntra. Sra. de la Cabeza con las murallas al fondo. *h.* 1950.



Iglesia románica de San Andrés. Foto: *h.* 1945.



Basilica de San Vicente.  
En restauración.  
Foto: *h.* 1885. *Tarjeta postal.*





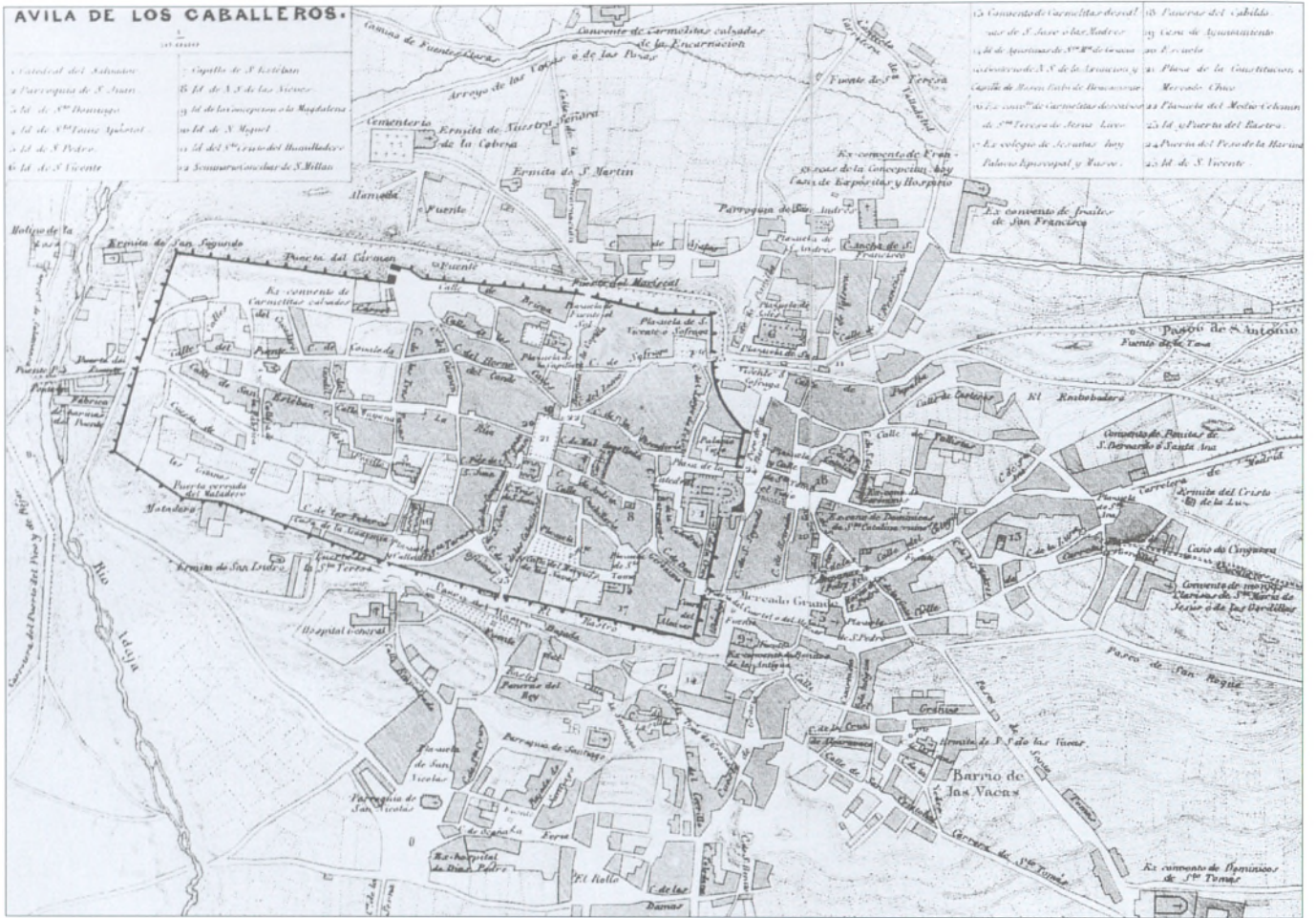
Vista de Ávila desde el Este (San Antonio). 1864.

Foto: August Muriel. «Chemin de fer du nord de l'Espagne». Biblioteca Nacional.



Campo del Recreo o Paseo del Dos de Mayo.  
*Tarjeta postal. h. 1920.*





Plano de la ciudad por Francisco Coello. 1864.



Ayuntamiento. Mercado Chico.  
Tarjeta postal. h. 1930.



Antigua calle de Toriles o Maldegollada.  
Tarjeta postal. h. 1930.





Juan Cornelio Vermeyen. Batalla de toros celebrada en Ávila el 8 de Junio de 1534, presenciada por Carlos V.  
Tapiz reproducción de la revista «La Esfera»



Corrida en el Mercado Chico para celebrar la beatificación de Sta. Teresa en 1614. Dibujo. h. 1927, (del libro «Fiestas de toros» del Marqués de Piedras Albas).



Triunfo del moro Zulema en la plaza del Alcázar.  
Dibujo: A Veredas.

El plano de Francisco Coello data de 1864. Es más antiguo que el anterior, sin embargo, recoge muchos más datos y curiosidades.

Ampliado para que puedan reconocerlo mejor, la reproducción se ha tomado de la edición entelada que acompañaba al diccionario geográfico de Madoz.

Si se sitúan en el Mercado Chico, adonde llegaban los carruajes de viajeros y caravanas, verán que la plaza está indicada con el número 21; de esta forma se identifican otros lugares en los recuadros superiores. La del Chico fue una de las plazas que Climaco Sánchez rebautizó, pero como ven ya entonces era llamada por nuestros abuelos Plaza de la Constitución, la actual aún no tiene una placa en esta plaza y cada vez es más difícil explicar a los más jóvenes por qué se llama de la Victoria. Ávila es una de las pocas ciudades que todavía se vanagloria en sus calles del Dieciocho de Julio, de José Antonio, del Generalísimo, de capitanes, de alférez y de tropa de toda graduación, o de un buen número de batallas inciviles entre compatriotas. Al parecer, para algunos los signos de los tiempos no sólo no cambian sino que se heredan con toda naturalidad.

De la plaza del Mercado Chico parten en el plano calles como Maldegollada. El nombre de Maldegollada procede de que la plaza rectangular fue el primer coso taurino de Ávila y este callejón sin salida hacía las veces de toril; al parecer era frecuente que las reses volvieran a entrar por aquí mal degolladas, después de aquellas faenas en las que salían varios toros a la vez. Pasando bajo el arco del Ayuntamiento se llegaba a la plaza del Medio Celemín, llamada así en recuerdo de la medida de cerea-





Calle Pescadería. 1912.



Plaza de Fuente el Sol y Calle Bracamonte. Foto: Mayoral. h. 1940.

les que, una vez derribada la alhóndiga, pasó a guardarse en el Consistorio. Desde esta plazoleta partía la calle de Los Caños, la calle del Lomo, luego Esteban Domingo, la de Pescadería y la de la Capilla, hoy Bracamonte.

Algunas callejas eran tan exiguas que los carros quedaban frecuentemente atascados entre los muros, impidiendo el paso de gentes a pie o a caballo y creando numerosos atascos; de ahí que el regidor Pedro del Peso llegase a prohibir la circulación y estacionamiento en el centro de la ciudad de carruajes que «vienen cargados con sal, lana, madera y otras cosas y obstaculizan el tránsito por las calles principales, por donde no se puede pasar, sino con pesadumbre y peligro, por ser calles tan angostas, que a subcedido algunas veces los bueis y mulas que traen las dichas carretas, hacen muchos daños a la gente que pasa». Otras veces eran las pjaras de cerdos o los rebaños de ovejas los que taponaban el paso.

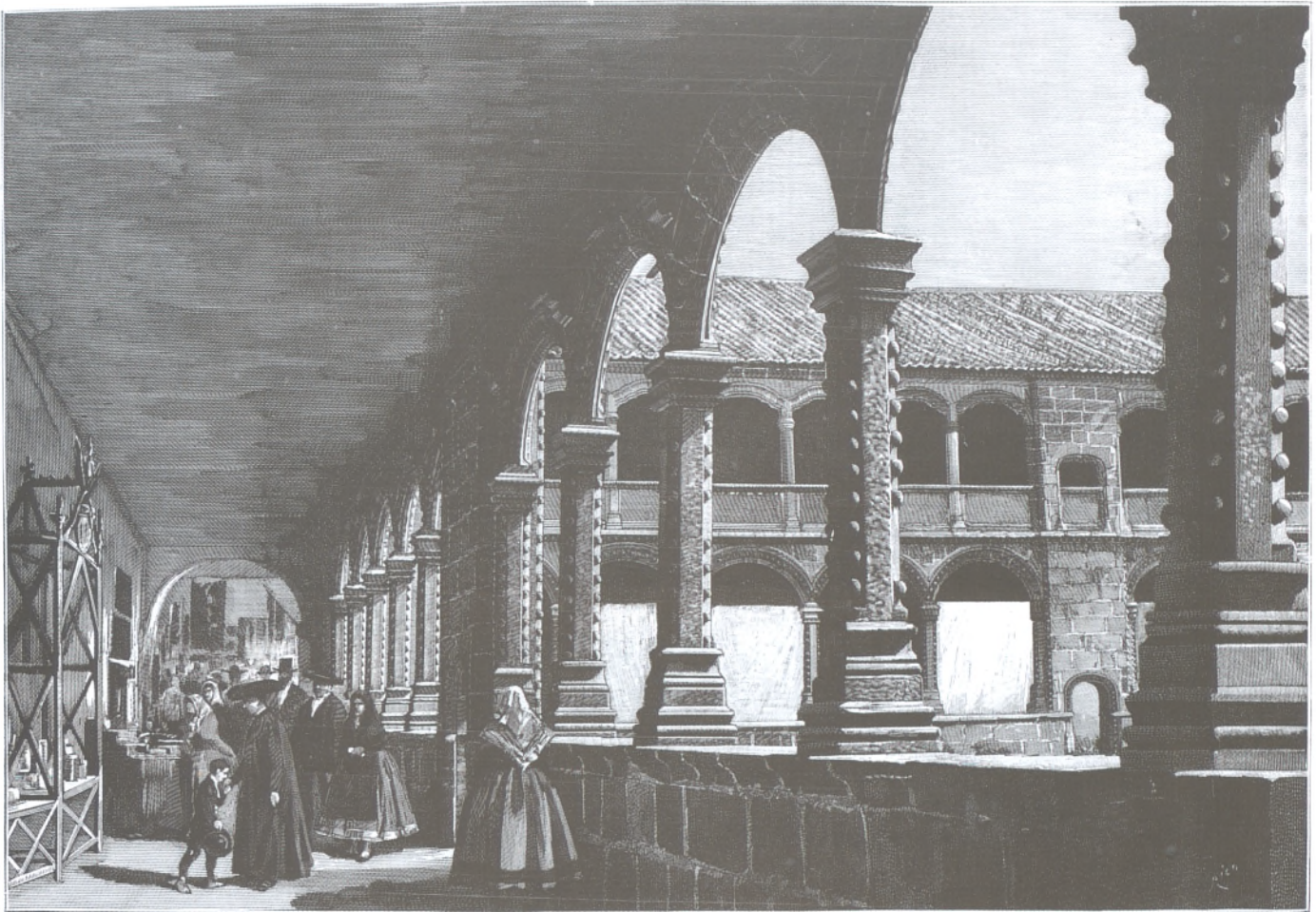
Luis Cervera Vera, en el libro «La Plaza Mayor de Ávila» cuenta resumidamente la forma de vida en una ciudad del medioevo. «Durante la Edad Media las poblaciones, agrupadas en modestos caseríos, soportaban una vida carente de las más elementales comodidades. Mientras se levantaban catedrales, monasterios, iglesias y mansiones señoriales, de acuerdo con la profunda religiosidad y estrechura social de su época por todos admitida, el vecindario se albergaba en humildes casas construidas a lo largo de las vías sin urbanizar o alrededor de las escasas plazas, con los suelos polvorientos unas veces, y otras encharcadas. El caserío abulense es un ejemplo conocido, pues las edificaciones eran de techos bajos, contruidos de madera y adobes y constaban de escasas habitaciones, cuyas dimensiones no solían ser grandes».

Si observan el plano, verán que la ciudad conservaba ya muy poco de aquel ordenado trazado que debió tener cuando



Calle de la Vida y la Muerte.  
Tarjeta postal. h. 1945.





Claustro de los Reyes de Santo Tomás.

Dibujo de Comba. Tomado de «La Ilustración Española». (Escena de la Exposición Agrícola de 1882).

fue romana. Esas calles guardan una disposición irregular y laberíntica, más propia de la mezcla de culturas que la fueron ocupando después, por esto aparecen algunos callejones ciegos, típicos de zocos musulmanes y judíos.

Carlé indica que más tarde los municipios intentaron en lo posible mantener la alineación de las edificaciones, «sobre todo en aquellas que eran vitales para el tráfico comercial; y se procuraba mantenerlas limpias de la basura que arrojaban, entre otros, pescaderos y carniceros. A pesar de estos esfuerzos públicos, las calles seguían siendo estrechas, oscuras y sucias. Los viandantes podían resultar heridos al desprenderse algunas de las insignias que colgaban ante la puerta de las hospederías, o recibir un desagradable baño de agua sucia».

A partir del siglo XVI se hizo en Ávila alguna inversión en el empedrado de las calles, suprimiendo ciertos balcones y pasadizos para que las vías estuviesen «alegres e limpias e claras e pudiera entrar e entrara por ellas

*el sol, el aire y la claridad*», según un antiguo documento. Los lugares más privados no aparecen señalados en el plano pero ciertamente casi todas las manzanas y casas tenían un patio interior.

No hay ningún plano detallado de Ávila de la Edad Media. Éste, que es uno de los más antiguos, tiene datos que indican claramente a que época pertenece. Eran los tiempos de la Desamortización, llevada a cabo precisamente por uno de los colaboradores de este mapa, Pascual Madoz, Ministro de Hacienda en 1854. Las sucesivas desamortizaciones expropiaron los conventos de varones; de ahí que menos los de religiosas todos estén indicados como «ex-conventos». Ávila era aun una ciudad sembrada de monasterios; algunos de los afectados por la Desamortización serían recuperados más tarde por los monjes, gracias a que fueron comprados por particulares al Estado, que los vendió a bajo precio; éste fue el caso de Santo Tomás, que tuvo



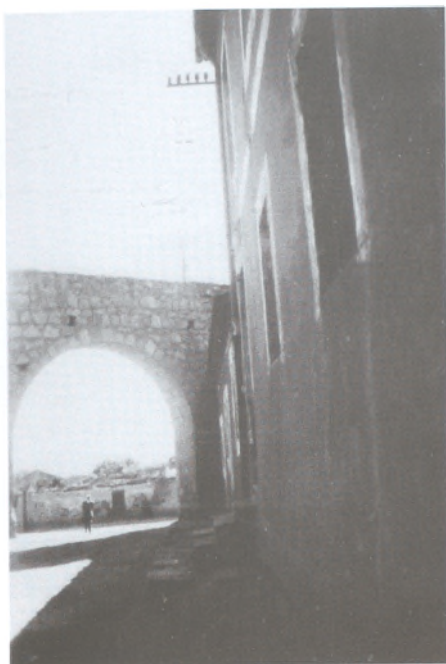


Ruinas del Convento de San Francisco.  
Foto: José Tomé. h. 1940.



Acueducto en la calle de La Luna.  
Foto: J. M. Labrador. h. 1920.  
Colección particular.





Acueducto en Santa Ana. h. 1940.



Restos del Acueducto en San José.  
Foto: Mayoral.

la suerte de ser mantenido dignamente por quien lo adquirió. Otros terminaron de ser saqueados por sus dueños, siendo luego arrendados para cuerdas o vendiéndose sus piedras como si de canteras se tratase; éste fue el destino de San Francisco.

El Acueducto que pasaba sobre la calle de la Luna, junto a Santa Ana, estaba aún en pie. Se construyó en el siglo XVI para traer el agua desde Las Hervencias, abasteciendo así algunas fuentes.

Fue mandado derribar en los años 50 y 60 por quienes tendrían que haber velado por su conservación, su trayecto figura en el plano señalado con dos líneas discontinuas. En la plaza de San Vicente hay varias casas cuyo patio cercado será luego el jardín público que hoy conocemos. El Palacio Viejo, llamado del Rey Niño, estaba en Correos. Las Paneras del Rey se conservaban sobre las Covachuelas. El antiguo Hospicio, que acabaría siendo la Inclusa, junto a San Andrés. El extinto convento de Santa Catalina se levantaba en el Colegio Diocesano.

San Antonio era una arboleda casi campestre. La pradera del Dos de Mayo está bautizada como el Embobadero. Para aquellos que preferían la compañía de las mujeres de la vida, extraña forma de llamarlas, como si a las demás mujeres no las dejaran vivir; bueno pues éstas estaban en la calle del Cucadero, el nombre lo dice todo.



Restos del Acueducto en la Huerta del Convento de San José.  
Foto: Mayoral. h. 1970.





Derribo del acueducto en 1960.  
Foto: *Mayoral*.



Plaza de Santa Ana y el acueducto con los arcos tapiados.  
Foto: *Paisajes Españoles*. h. 1957.



Restos del Palacio Viejo o del Rey Niño.  
*Tarjeta postal*. h. 1930.



Portada y corralón del Palacio Viejo.  
Foto: *Loty*. h. 1930.



Existían dos calles con nombres de campanas, las de San Juan y las de San Pedro, la primera es Sancho Dávila, la de las Campanas de San Pedro ahora se llama de San Millán. Otras tomaron el nombre del símbolo del cristianismo: la calle de la Cruz de Alcaravaca, la de la Cruz de la Victoria, la travesía de la Cruz de Santiago, la calle de la Cruz y la de la Cruz Vieja, más conocida esta última como la calle de la Muerte y la Vida. La primera denominación, proviene de la vieja cruz de madera, ya renovada, que cuelga en un recodo del pasadizo. La segunda, de la calavera y la joven que hay talladas en la crestería de la Catedral, visibles desde el callejón.

Magana es parte de Vallespín, la del Juego de Pelota es la calle del Tostado; la plazuela de Sotés estaba detrás de San Vicente, desapareció al trazar la Ronda; la de Andrés o Andrín es Reyes Católicos; la de Barruecos, Alemania; la de Don Gerónimo, Generalísimo Franco y la del Horno, Comandante Albarrán.

Los oficios tenían también sus calles: los pescaderos en Tomás Luis de Victoria, los tejedores en la calle Telares, los tallistas en Eduardo Marquina, los cesteros en Doctor Fleming, los carreteros en San Juan de la Cruz, los zapateros en Vallespín, los curtidores en San Segundo y los ferreteros en Cuchillería.

El último vistazo se lo llevan las fuentes. A falta de agua corriente era necesario conocer los manantiales de la ciudad. Aunque había bastantes más caños, en el plano hay indicados al menos una docena.

Ya cansados, nos retiramos para llenar el colete y buscar una posada. Las hospederías no figuran en el plano, pero ya daremos con alguna preguntando al paisanaje.



San Antonio.  
Tarjeta postal. h. 1920.



Calle del Tostado, antes del Juego de Pelota.  
Tarjeta postal. h. 1930.



Calle Alemania y Hotel Roma.  
Foto: Mayoral. h. 1950.





Aguadores en la Fuente del Grande, desplazada tras el derribo de la alhóndiga.  
Foto: Lux Art. h. 1907.



Fuente de la Ronda Vieja.  
h. 1940.



Ermita y pilón de Las Vacas.  
Tarjeta postal. h. 1930.





Fuente del Arco de San Vicente. h. 1930.



Fuente de la Encarnación. h. 1920.



Posada del Puente. h. 1930.



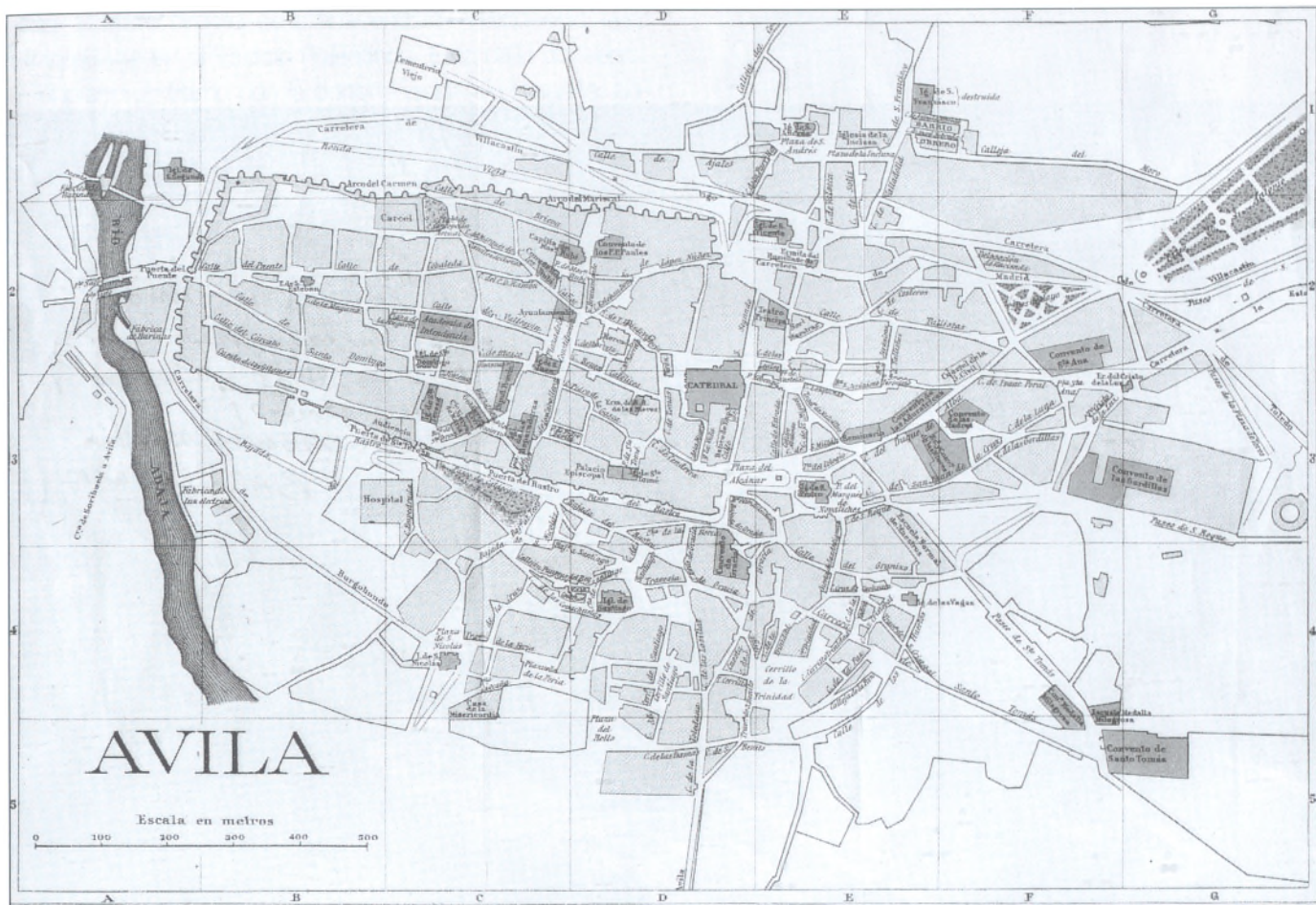
El casco antiguo de Ávila apenas ha variado en su trazado desde hace siglos. Lo que sí ha cambiado es el aspecto de sus calles. A excepción de los palacios e iglesias, el antiguo caserío ha ido desapareciendo, siendo suplantado, la mayor parte de las veces, por otro totalmente amnésico. A diferencia de ciudades que perdieron sus cascos antiguos hace décadas o siglos, aquí el casco más genuino está desapareciendo ahora. Aún hoy se dejan arruinar casas a conciencia para levantar otras que en nada respetan el carácter del caserío anterior. Un ejemplo de esta falta de protección es el antiguo barrio de San Esteban. En esas calles de Marqués de Santo Domingo, de Conde Don Ramón o de Tres Tazas, todas alrededor de Vallespín, se han levantado edificios ignorando toda norma estética, a pesar de estar intramuros y a pocos metros de la muralla. La fealdad de algunos de esos bloques de viviendas de los ochenta, ha dejado paso a chalets adosados, poco propios de un conjunto histórico. Este barrio podría haberse rehabilitado adecuadamente si hubiese habido un poco de afecto y protección. Sin embargo, la especulación y una modernidad mal entendida han arrasado casi todo vestigio que mereciese la pena conservar.



Calle del Barrio de San Esteban. *Tarjeta postal. h. 1940.*

Los cascos viejos necesitan renovaciones en muchos aspectos: urbanísticos, ambientales y de infraestructuras. En ocasiones hay que levantar a las casas de planta baja un piso más, en otras es preciso hacerlas de nueva planta, sin caer necesariamente en la mera construcción decimonónica, hay diseños arquitectónicos contemporáneos que resultan interesantes de integrar, así lo están proyectando por ejemplo otras ciudades patrimonio como Santiago, aunque esto requiere un tratamiento más riguroso, y en otros casos simplemente se impone rehabilitar fielmente. En cualquier propuesta, sea cual fuere, se ha de tener en cuenta el entorno; lo que no se deberían consentir son las sinrazones que se están cometiendo en el interior de este casco, donde se construye a veces de espaldas a todo. Frente al Parador, se derribaron hace años varios caserones con patios del siglo XVI, de otros ni siquiera se han rescatado los dinteles; por inaudito que parezca, en lugar de aprovecharlos para decorar los nuevos edificios, han sido utilizados como cimientos. Al final de la calle Tres Tazas, pueden verse inscripciones graníticas sepultadas a ras de suelo, como sostén de nuevos muros de ladrillos. Estas y otras hazañas quedarán como legado de nuestra época; una herencia que las próximas generaciones sabrán catalogar sin remordimientos. Por otro lado, la protección de bienes históricos, según los expertos, no debe estar reñida con la funcionalidad. El conjunto histórico de las ciudades patrimonio es generalmente





Plano de Ávila de Benito Chias y Carbó, y otros ingenieros. «España Regional». 1913. Edit: A. Martín.

el negocio más dinamizador de la economía y la mejor garantía de futuro para un desarrollo sostenible.

El casco antiguo de Ávila no es efectivamente la joya de la corona de la ciudad, pero sin esos entornos, cualquier maravilla desentona con la estridencia del retal. Hay, por suerte, algunos casos de rehabilitaciones actualizadas que quedarán como ejemplos, no sólo de buen gusto sino de modelo a imitar. Rehabilitar no es una cuestión de turismo, el turista al fin y al cabo sólo pasa aquí unas horas; las gentes que habitan estas áreas soportan cada vez más molestias y problemas como el del aparcamiento, ahora no es extraño que muchos residentes del casco viejo terminen por abandonarlo si los demás sólo vemos en ellos un asunto de arreglar fachadas.

En el plano de Benito Chias, editado en Barcelona en 1913, continua apreciándose las escasas variaciones del trazado en el casco antiguo durante el último siglo. Su interés, por tanto, radica principalmente en las antiguas denominaciones del callejero. Entre los pocos cambios figura el callejón de Revenga, que servía de atajo entre la plaza de Italia y la calle San Segundo. Desde el estrecho pasadizo debía contemplarse una



Calle Vallespín. Foto: Mayoral. 1942.

vista peculiar del ábside de la Catedral; este callejón podría volverse a abrir algún día, aprovechando las obras en el palacio de los Serrano.

Respecto al cambio en los nombres de las calles, la Rúa de los Zapateros pasó a llamarse de Vallespín, en





Vista aérea del barrio intramuros de San Esteban.  
Foto: Paisajes españoles. h. 1970.



honor al primer director de la Academia de Intendencia, que fue instalada en el Palacio Polentinos. Esta calle conserva en el plano un tramo con la denominación de Magana. Lo de Magana fue por evitar una malsonancia ya que la calle se llamaba en realidad «de la Marrana», por una marrana o berraco de piedra celta que había en la plaza colindante del mismo nombre. El preciado monolito desapareció un buen día sin que se supiese más de él. La destrucción de ese patrimonio callejero, sin cuya referencia es difícil entender los lugares, facilitó la indiferencia por estos barrios.

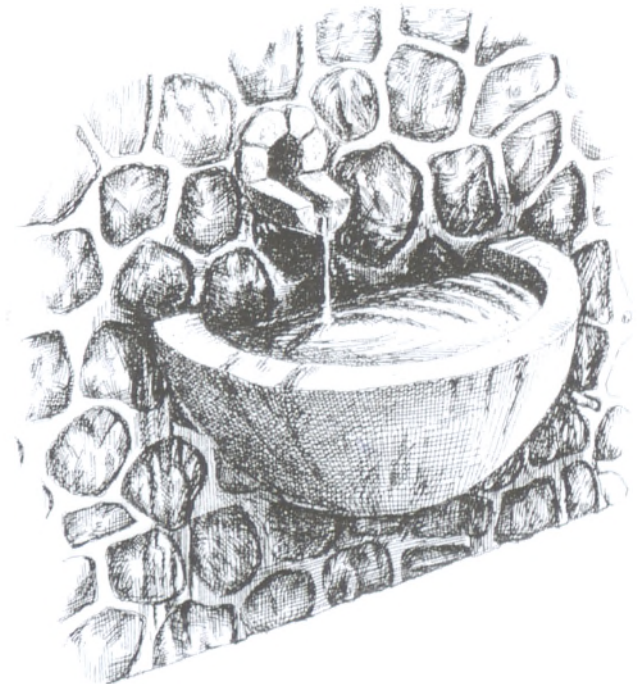
La calle Vallespín tuvo hasta primeros de siglo un pequeño muestrario de casas regias, una de esas portadas se conserva a la altura del número 64. Otras dos calles legendarias de este núcleo eran las del Cárcabo y Cobaleda. La primera tal vez deba su nombre al oficio que allí se desarrolló durante la Edad Media. «Cárcabo» quiere decir excavado o hueco. «Cárcaba» (de Santo Domingo), como viene en otros planos, era la zanja abierta por las avenidas de agua. Teniendo en cuenta que los antiguos confundían frecuentemente el uso de la b y la v, es probable que en esta cuesta vertiesen los talleres tintoreros sus tinajas y aljibes, formando largos regueros calle abajo hasta que las aguas tintadas encontraban el río.

Cobaleda era el nombre de un antiguo territorio o sexmo al norte de Castilla, de donde vinieron los primeros repobladores a Ávila. La llamada Mancebía estaba debajo del Carmen. La Mancebía era ese lugar donde las mujeres de «mala vida» intentaban ofrecer la buena, aunque sólo fuese por un momento. Las «diversiones más deshonestas» aplicadas al callejero medieval les parecieron poco edificantes a ciertos legisladores del siglo pasado y por ello encargaron a Climaco Sánchez el cambio de nombre de algunas vías «malsonantes» por otros con nombres de héroes abulenses, como Jimena Blázquez, Zurraquín, Blasco Jimeno, Sancho Dávila o Nalvillos.

Las calles de la zona del puente tenían una relación directa con el agua. La del Pocillo y la de Tres Tazas surtían, cada una a su manera, a los tejedores y tintoreros. A la de Tres Tazas la llamaban así por el trío de pilas de piedra que había empotrados en sus muros; aquellas pilas donde caía el agua de otros tres surtidores, fueron a parar al basurero, al parecer porque «estorbaban el paso». El pocillo, situado en la calle del mismo nombre, fue retirado en los años ochenta y hoy está en el paseo de San Segundo. La calle de Los Caños complementaba el repertorio de vías apadrinadas por las fuentes; esta fue llamada en tiempos de la Revolución calle de Torrijos, por aquel general al que fusilaron junto con un grupo de leales por defender la Constitución.



Calle del Pocillo.  
Foto: Mayoral. h. 1965.



Una de las pilas de la calle Tres Tazas. (Reconstrucción).  
Dibujo: Pedro Sainz.





Plaza Mayor o de la Constitución. Foto: *Roisin*. h. 1930. *Tarjeta postal*.



Calle del Barrio de San Nicolás. h. 1960.



Plaza del Ejército, antes del Marqués de Novaliches. *Tarjeta postal*. h. 1930.

Hasta no hace mucho estas callejas tenían sus respectivos nombres en azulejos. A su lado solía haber otro baldosín más pequeño con el número de la manzana correspondiente; ese dato era para muchos vecinos la verdadera referencia para indicar dónde vivían.

En el plano se aprecia cómo alrededor de la plaza de la Constitución, se han ensanchado y alineado algunas arterias. En ellas aparecen denominaciones como Tomás Pérez, Rodríguez Sarrela o Esteban Domingo, antes Cal del Lomo porque, según dicen, por aquí se llegaba a la antigua acrópolis. Ibarreta fue toriles, aunque anteriormente se llamó también de la Cárcel Quemada.

De otras calles no viene el nombre, quizá por ser demasiado cortas para indicarlo en el plano, por ejemplo el Callejón de Abrazamosas, que estaba junto a la avenida de Portugal, o la calle de la Morería Vieja en San Nicolás. Generalísimo se llamaba Zendrera; Reyes Católicos era la calle del Comercio; la de San Segundo en tiempos fue Albardería, por los albarderos que fabricaban los aperos y sillas de montar. El Marqués de Novaliches, que venía a veranear a Ávila, tenía a su nombre en la plaza del Ejército. A los Reyes Católicos se les dedicó la calle Andrín. La del General Mola era llamada entonces plaza del Gobierno; también fue conocida como plaza de los Cepedas porque por allí vivió la familia de Santa Teresa; en esta plazoleta estaban los dos edificios que albergaban el viejo Gobierno Civil, uno en el Torreón de los Superunda y otro enfrente; también está indicado otro tercer Gobierno Civil, el «nuevo», junto al Callejón de Rebenga. Adosado a la Iglesia de Santo Tomás el Viejo figura el Gobierno Militar.

Los maestros acudían a sus clases por separado. Los varones en la Normal del Paseo de Santo Tomás, hoy Alférez Provisional y las mujeres en lo que es actual Museo Provincial, llamado Colegio del Puchero, por colgar de los pináculos de la fachada unas insólitas vasijas.

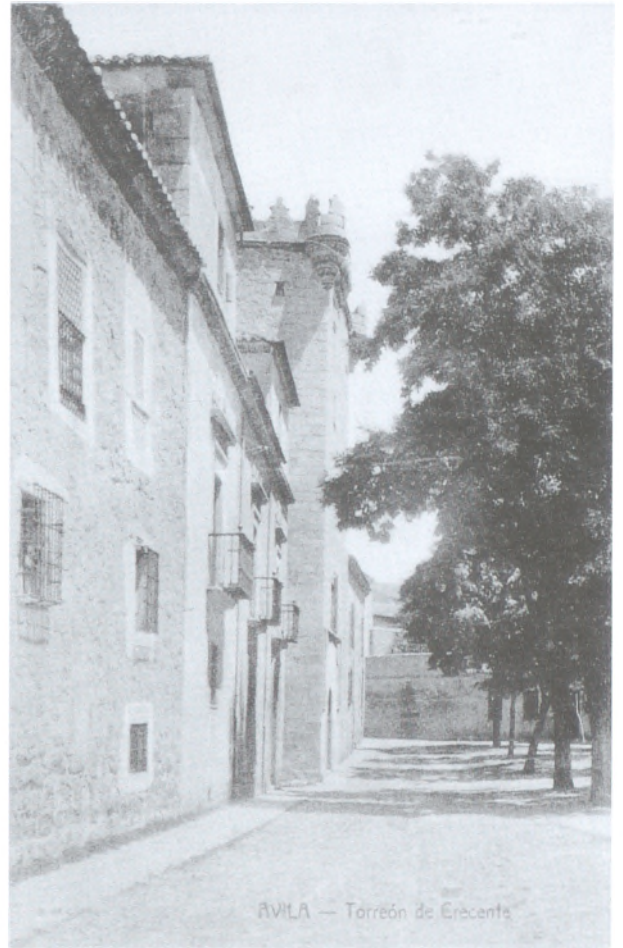
Al norte, junto a San Francisco, aparecen las primeras casas del «barrio obrero»; allí, al final de la calle Ángel Nebreda, ha quedado un



poco olvidado un buen edificio neomudéjar construido en 1903, como figura en la fachada

El primer Banco de España en Ávila fue instalado en la calle San Segundo, esta vía prolongaba sus tapiales hasta la de Tallistas; en ella se inauguró en 1914 el Teatro Principal, único escenario estable que quedaba en el casco histórico, convertido recientemente en apartamentos, para mayor gloria de la cultura. El Coliseo Abulense, un local de variedades y cinematógrafo, fue instalado en la calle de Sancho de Estrada, el salón del restaurante Piquío conservaba cierta similitud con aquel viejo aforo, que fue clausurado tras la Guerra Civil después de servir como centro de reclusión. El Teatro de Albornoz o de Talía, situado en el Mercado Grande, en el solar que luego ocuparía Pepillo, servía también de casino; su espléndida fachada se derribó con el fin de alienar la calle del Colegio.

Otros nombres de calles que desaparecieron son la Cuesta de la Horca, debajo del Rastro y la Plaza de la Inclusa, en San Andrés. Más datos aparecen en el plano, pero los mapas suelen guardar algunos secretos para quien tiene la intuición de encontrarlos.



Antigua Plaza de los Cepedas.  
Tarjeta postal. h. 1920.

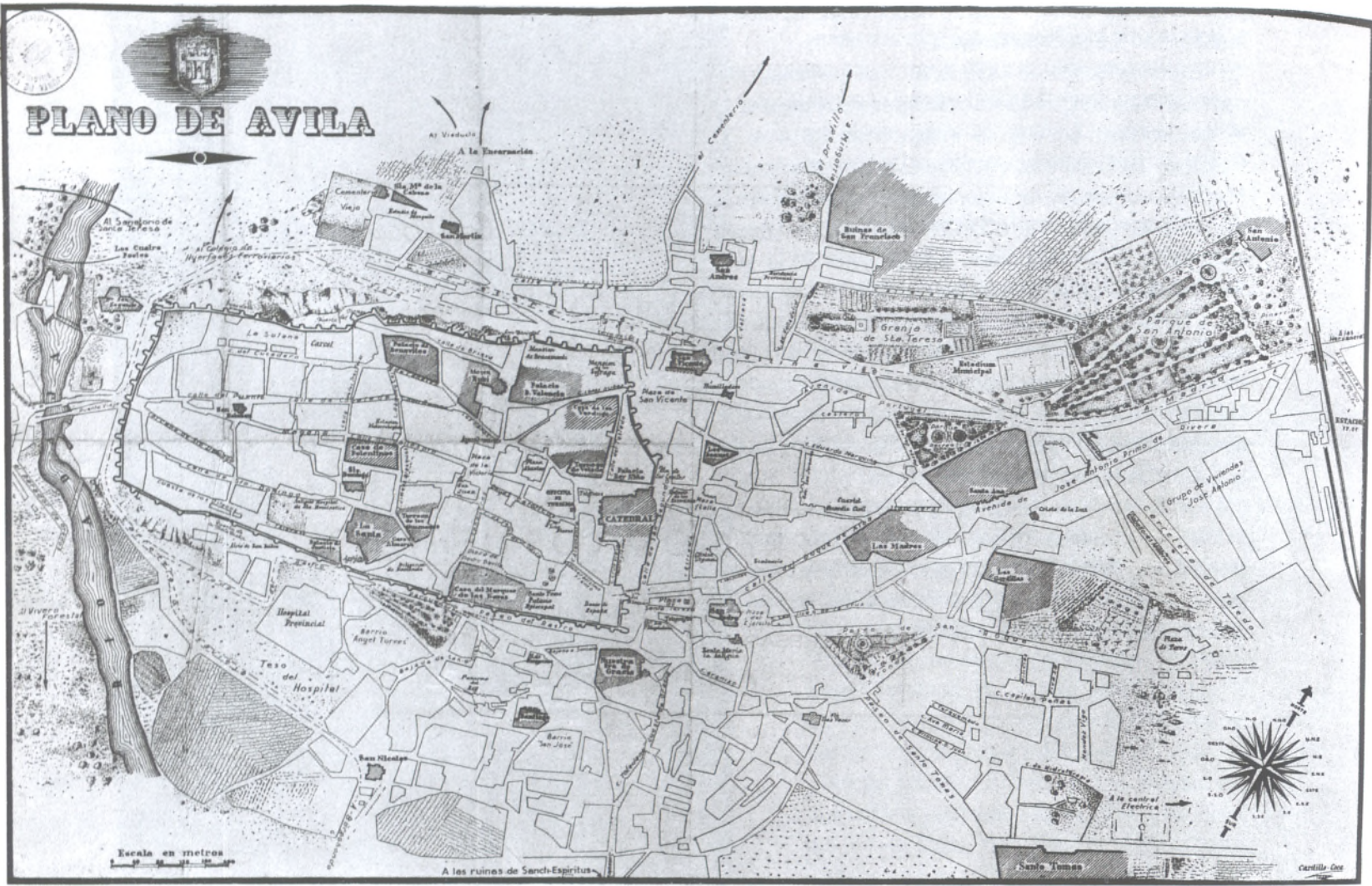


Casa del caballo en la Calle San Segundo y su tapial.  
Tarjeta postal. h. 1910.



Plaza de la Inclusa. h. 1940.  
Col. Vicente Martín.





Plano de Ávila de 1946. Dibujado por Cardillo Coca.

El plano que cierra esta serie, fue editado en 1946, junto con una guía de Ávila. Dibujado por Cardillo Coca, es muy semejante al anterior, pero tiene el interés de representar los desaparecidos jardines de la Granja de Santa Teresa. Su propietario José María de Salazar y Usátegui, aparece en las fotografías con bombín. Elegantes reservados, una estatua de Santa Teresa, rosaledas y estanques, adornaban este coqueto jardín al que podían acceder los ciudadanos de la capital.

Ruiz de Salazar era ingeniero y arquitecto. Llegó a Ávila con la idea de emprender algunas obras de renovación en la ciudad. En su libro «Recuerdos, ideas y Proyectos» (1913), recoge algunos de estas ideas, entre las que figuraba la traída de aguas y levantar un monumento a Isabel la Católica, esto último finalmen-

te no pudo realizarlo; a pesar del empeño, no logró los apoyos necesarios. Al llegar a una parte del libro describe ciertos personajes de entonces que parecen coincidir con algunos de ahora: «Pretenciosos con muy poco respeto a los demás, con tal de arrebatarse por grado o por fuerza, la realización de sus quiméricas concupiscencias, aparentan llevar el progreso y solo conducen a su ruina».

En una «Invitación a los que visitan la Granja», Ruíz expresa lo que pretendió con aquella obra, trazada y dirigida por él mismo entre 1904 y 1912: «En mi sentir, la propiedad es algo personal y colectivo, y como las ideas y los pensamientos, ha de responder a la satisfacción y al bien general». Estos jardines desaparecieron a finales de los años cuarenta.





Granja de Santa Teresa.  
Tarjeta postal. 1911.



Granja de Santa Teresa. Tarjeta postal. 1909.



Granja de Santa Teresa.  
Tarjeta postal. 1908.



Granja de Santa Teresa.  
Tarjeta postal. 1908.







Boceto de la Huerta del Moro.  
Litografía de F. Van Halen (1815-1877).

En la misma zona estaba la Calleja del Moro; alrededor de ella hubo en los siglos XV y XVI una población árabe que frecuentaba aquellas frondosas huertas. La famosa calleja que serviría luego de paseo, cambió su nombre sarraceno por los de las Vírgenes que ahora nombran estas calles.

El primer Estadio Municipal fue inaugurado en 1944. Sin muros que lo cercasen, y con sólo unas cuantas gradas, sus terrenos fueron cedidos por una gentil señora a condición de que el Ayuntamiento los emplease para esparcimiento público.

En 1858 la línea del ferrocarril llegó a Ávila y en sus alrededores se instaló una estación de *primera clase*. «Ávila rompía con ello, el triple aislamiento económico, social y cultural. Si en 1840 se invertían 21 horas en el viaje Ávila-Madrid por carretera, el ferrocarril las reducía en 1863 a seis horas» (Belmonte). La ubicación de la estación facilitó el ensanche de la ciudad por esta zona, la menos escarpada de las que la rodeaban. Para unir la entonces lejana estación con la ciudad, se pensó en una gran avenida. Para ello se encargó en 1895 un ambicioso proyecto al arquitecto municipal Ángel Barbero. La propuesta ideada consistía en una vía que discurría en línea recta, desde la estación hasta el mismo centro. A mitad de recorrido, en lo que hoy es la calle Alfonso de Montalvo y la plaza de Santa Ana, iría una gran plaza elíptica. Una primera parte de la avenida se llamaría de Isabel la Católica; para la otra se pensó en Santa Teresa, la calle pasaba además frente al convento de las Madres, cortando parte de la huerta y dejando un pequeño jardín a la entrada del convento.

La avenida tendría un total de 372 metros de largo y en su recorrido estaría atravesada por calles perpendiculares. En principio, la primera parte del trazado se proyectaba sin obstáculos en el descampado cercano a la estación; sin embargo se encontraron con serias dificultades para expropiar y edificar hasta llegar a la iglesia de San Pedro, donde terminaba la avenida para dar acceso al Grande.

El rectilíneo bulevar con sus casas unifamiliares hubiese dado a esta entrada de Ávila por la estación un tono neocolonial, muy del gusto de aquella época. La falta de dinero y apoyos impidió finalmente que se llevase a cabo.

Mediado el siglo, el municipio decidió repoblar la barriada de la estación. Con este fin se construyeron en los años cincuenta los primeros bloques de viviendas en Ávila. Casi al tiempo se levantaron unos pabellones





Vista aérea. Zonas Este y Norte.  
Foto: Paisajes Españoles. h. 1961.



Vista aérea. Zona Este de la ciudad.  
Foto: Paisajes Españoles. h. 1961.



Vista aérea de la ciudad desde el Este. Foto: Paisajes Españoles. h. 1961.





Derribo de la antigua plaza de toros.  
Foto: *Mayoral*, 1964.



Vista aérea del barrio de San Roque.  
Foto: *Paisajes Españoles. h.*, 1961.





Muro del convento de Santa Ana desde el jardín del Dos de Mayo. h. 1970. Foto del libro: «Rehabilitación de Santa Ana».

para militares en la avenida 18 de julio y una barriada de casas de piedra, proyectadas por el arquitecto Salas junto a la calle Reina Isabel.

En pleno campo, al final del paseo dedicado al Santo Roque frances, estaba la vieja plaza de toros, derribada en 1964 tras un siglo de existencia. Los grandes conventos de Santa Ana y Las Gordillas conservan en el plano sus huertas rodeadas de altos tapiales. *«Las monjas que poblaban algunos antañones monasterios abulenses, los han abandonado. Han vendido sus extensas huertas y han edificado en los alrededores de la urbe conventos más confortables que los magníficos pero inhóspitos por ellas habitados desde la Edad Media. Ávila tiene el deber de salvar esos monumentos artísticos de otrora»*. Estas palabras fueron escritas por Sánchez Albornoz al regresar del exilio en Argentina. Tras largos años de ausencia, la desaparición de aquella fisonomía conventual de altas tapias a las afueras de Ávila, llamó la atención de don Claudio. Esos muros que servían de protección a los paseos de San Roque y del Dos de Mayo, ya han pasado al recuerdo.

El convento de Santa Catalina y el de las Adoratrices compartían la manzana del viejo Seminario. En Duque de Alba, ocupados por el cuartel de la Guardia Civil, subsistían los restos del de los Jerónimos. Prácticamente toda esta zona perteneció a grandes monasterios.

De todos aquellos conventos sólo queda habitado San José. Santa Ana se salvó milagrosamente de la piqueta, pero el de las Gordillas continúa cayendo en el abandono más inmisericorde. Podría acondicionarse para las muchas necesidades que tiene la ciudad, pero se deja arruinar. Por dentro da pena verlo y por fuera está rodeado de destartados aparcamientos y olvido; alguien sabrá con que fin.



Convento de Las Gordillas. Patio. Foto: Mas. h. 1960.



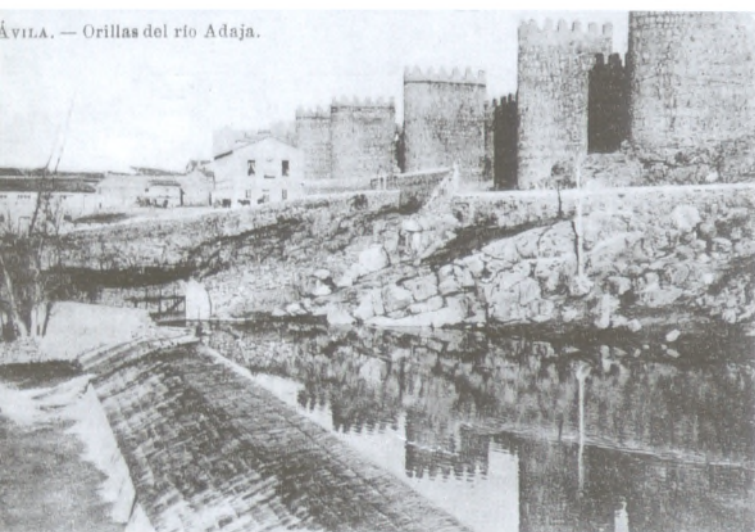
# El río



Río Adaja.  
*Tarjeta postal. h. 1930.*



Río Adaja y muralla.  
*Foto: L. Roisin, h. 1925. Tarjeta postal.*



Trampón.  
*Tarjeta postal. h. 1910.*



Río Adaja y murallas.  
*Foto: Thomas. h. 1930. Tarjeta postal.*





Puente Adaja.  
Foto: Thomas. h. 1925. Tarjeta postal.



Riveras del Río.  
Foto anónima. h. 1950. Tarjeta postal.



Batán y molino en el Adaja.  
Foto: h. 1920.



# Desde el cielo



Vista aérea.  
Barrio del Puente.  
*Tarjeta postal. h. 1955.*



Vista aérea desde el sur.  
*Tarjeta postal. h. 1955.*





Vista aérea. Murallas y Arco del Carmen.  
Detrás se ve la calle Brevia.  
*Tarjeta postal. h. 1955.*



Vista aérea. Catedral.  
*Tarjeta postal. h. 1955.*

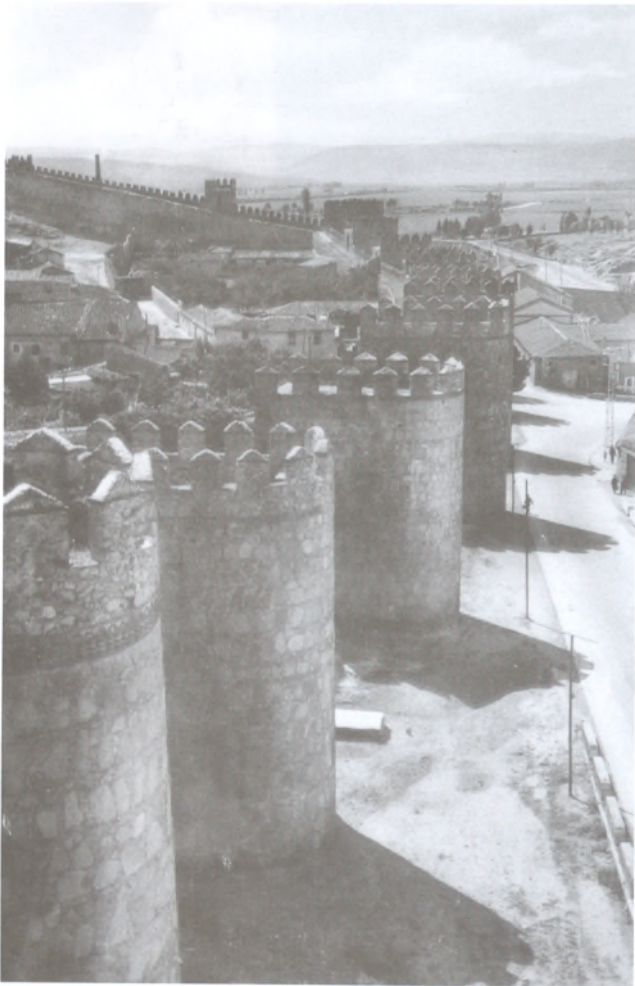


Vista aérea. Barrio de San Esteban.  
*Archivo del Ayuntamiento. h. 1960.*





Vista aérea.  
San Vicente y Prado Sancho.  
*Tarjeta postal. h. 1955.*



Vista aérea. Murallas. Tramo Oeste.  
*Tarjeta postal. h. 1950.*



Vista desde la torre de la Catedral.  
*Tarjeta postal. h. 1925.*





Mercado cubierto desde la torre de la Catedral.  
*Tarjeta postal. Lucas Martín. h. 1910.*



Vista del casco viejo desde la torre de la Catedral.  
*Tarjeta postal. Lucas Martín. h. 1910.*



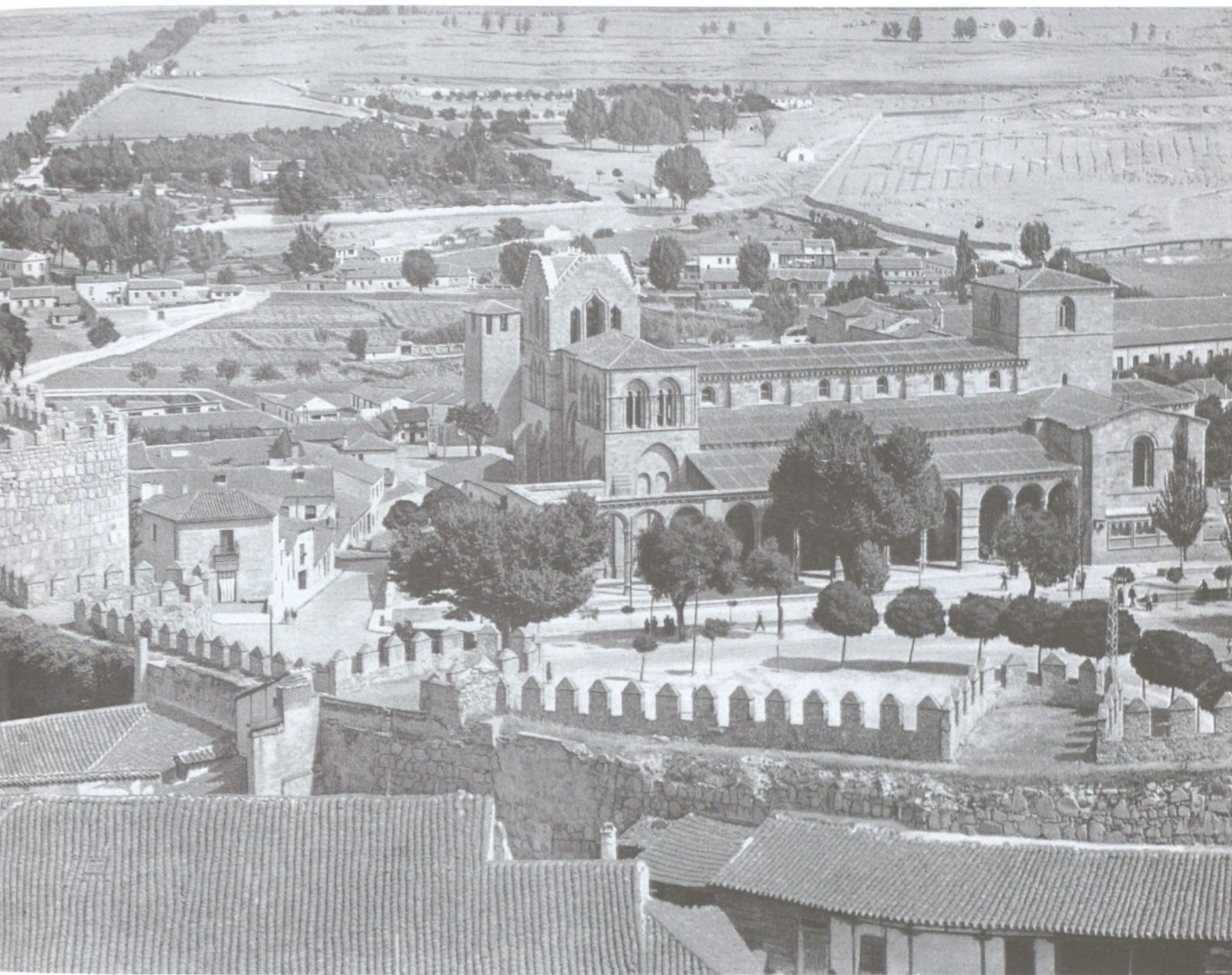


Vista desde la torre de la Catedral. h. 1950.



Vista aérea desde el Norte. h. 1946. Colección particular.





Vista parcial de San Vicente y Ajates. Foto: E. Sauguez. 1954.



# La otra muralla

*«Reminiscencias del dolmen o menhir, las cruces exteriorizan el sentimiento piadoso de Ávila».*

José Mayoral



Crucero de San Vicente.  
Foto: Mas. 1928.





Atrio de San Segundo.  
Foto: Sol. h. 1920.

Símbolo de la redención de los cristianos, la cruz se convirtió a partir de la Reconquista en una señal omnipresente. Su anagrama estaba en todas partes: coronaba las torres, se grababa en las puertas de las casas, lucía en los escudos y presidía toda estancia por humilde que fuese.

En el mismo párrafo que encabeza este comentario, Mayoral añade que así *«como los adalides de la espada hincaron en torno de Ávila los muros para defenderla del enemigo, los gigantes de la fe clavaron las cruces, como estacas de otra red espiritual que protegiese del lobo la pureza simbólica del rebaño. La espada y la cruz, así complementadas, defienden en la piedra su rito»*. Efectivamente, Occidente, tergiversando su origen, la utilizó como emblema de cruzadas y conquistas, olvidando frecuentemente que quien subió a ella, dejó bien claro que su reino no era de este mundo.

Ávila esta rodeada de esa segunda muralla que pasa más desapercibida. Si no hubo en Europa tierra más poblada de cruces que España, Ávila fue una de las ciudades con mayor número de cruceros. Esto se debió en parte a que contaba con buenas canteras graníticas y tallistas capaces de extraer piezas de semejante tamaño. Los cruceros debían ser necesariamente de piedra para resistir a la intemperie largo tiempo. Una vez tallados eran colocados en pedestales o sobre roca viva y allí quedaban como una señal imperecedera

Mandados levantar generalmente por voluntad de municipios o particulares, la mayoría de los cruceros conservan grabada en la peana las ofrendas que motivaron su origen o el nombre de quien las mandó tallar: *«Esta cruz dio Nicolás García, Notario»*. A veces para evitar su desaparición se grababa el lugar al que estaban destinadas: *«Esta cruz es y será de Niharra»*. Otras son





Crucero y vista general.  
Foto: Mas. 1928.

ofrendas de gratitud o testimonio de apariciones milagrosas, algunas indican el lugar donde alguien perdió la vida y muchas otras fueron poblando los senderos como árboles pétreos del camino.

Muchos de los cruceros proceden de algún campamento cercano o desaparecido; pero allá donde estuviesen colocados, todo cristiano devoto solía santiguarse al pasar ante uno de ellos, de hecho los hay que tienen leyendas como esta: «Este es el lugar donde levantaron a Cristo en la Cruz». Imágenes protectoras y a veces única compañía del caminante, los cruceros comenzaron a proliferar por toda Castilla a partir del siglo XVI. Hubo una especie de repoblación de la cruz tras la ocupación árabe. Desde Ávila y principalmente desde Cardenosa y Mingorría, pueblos dedicados por generaciones al trabajo de la piedra, se emprendió la talla de cientos de cruceros. Como cuenta Javier Sainz en su libro sobre estos monumentos, los cruceros abulenses, «fueron distribuidos en todas direcciones, hasta alcanzar Tierra de Campos». En cada lugar y época tuvieron características distintas. Los góticos de los siglos XV y XVI solían adornarse con series de bolas del tamaño de granadas, para recordar la conquista de aquella ciudad por los Reyes Católicos, de este período es por ejemplo el que hay en el humilladero del Cristo de la Luz, en Santa Ana.

Cruceros solía haber a la entrada de cada pueblo o villa y también en las plazas; en Ávila las de la Fruta, la Feria y las Vacas, tienen todavía el suyo. Igualmente que-



Crucero y ermita de Las Vacas.  
Foto: h. 1950.



dan algunas cruces de atrio frente a iglesias y conventos; de éstas son las de San Vicente, Santiago, Santo Tomás, San Segundo, Nuestra Señora de la Cabeza o Mosén Rubí. Las de San Pedro, San Antonio o San Andrés, han desaparecido no hace mucho.

De la veneración de las gentes por los cruceros se aprovechó a veces el poder civil. En 1539 Ávila tenía un grave problema de limpieza; las basuras se amontonaban en sus calles. Era una preocupación constante del municipio evitar que los vecinos tirasen sus inmundicias en lugares improvisados. Algunas puertas de la muralla se convirtieron de ese modo en malolientes muladares. El Concejo decidió entonces comprobar el efecto de las cruces; colocó una junto al arco Mariscal, «en la seguridad de que su respeto reprimiría la inmundicia». Según Mayoral «sabía bien el municipio la influencia que



Crucero del pórtico de Santo Tomás  
Tarjeta postal. h. 1945.



Crucero de San Esteban sobre roca viva. h. 1910.



Crucero del Cristo de la Luz,  
al fondo el acueducto. h. 1910.



Crucero de la plaza Fuente el Sol.  
Foto: Roisin. Tarjeta postal. h. 1920.

en el ánimo del pueblo, educado en el santo temor de Dios, ejercía la señal de la cruz». Al parecer la idea resultó y la cruz sigue todavía ahí, en la plaza de Fuente del Sol.

Como se ve la ciudad estaba en estrecha relación con la señal del cristianismo. Hay quien sostiene incluso, que las fundaciones de Santa Teresa forman geográficamente una cruz, en la cual Ávila ocupa el centro (Cuadrado). La verdad es que sobre el mapa se necesita más que imaginación para entrever tal cosa, pero ahí queda la sugerencia para quien quiera



comprobarla. Lo que sí es demostrable es que, prácticamente, todos los antiguos caminos que salen de Ávila están acompañados por cruces. Algunas de ellas pertenecían a vía crucis. Estos vía crucis comenzaban en los humilladeros que había a las afueras; allí las caravanas que partían para largos viajes, entraban a rezar antes de emprender camino. A medida que se alejaban, los cruceros les escoltaban hasta llegar a un calvario final. Uno de estos Vía Crucis existe todavía casi completo. Comienza en el humilladero de la Vera Cruz en San Vicente, «*De cruz en cruz, como de hito en hito, fue, en tiempo de cuaresma el pueblo creyente, afianzando su ideal en el calvario que pasa por el coso de San Vicente*». Este Vía Crucis descendía luego por la calle Valladolid siguiendo el antiguo camino del Norte, pasa por el Pradillo y tras unos cuantos ejemplares finaliza en el calvario que hay antes del cementerio. Este monumento data de 1629 y es de los pocos que tiene talladas las imágenes de Cristo y los dos ladrones. Desde aquí los viajeros volvían la cabeza por última vez para ver la ciudad. Los que lograban regresar salvos recorrían el Vía Crucis en sentido contrario y antes de entrar a la ciudad, volvían a dar gracias en el humilladero. Los caballeros preferían, sin embargo, encomendarse a la Virgen de la Guía en San Vicente, «*al ir y al tornar de los caminos de la guerra*».



Calvario del Cementerio y la ciudad al fondo.  
*Tarjeta postal.*



Cruz de los Llanos.  
Foto: A. de la Cruz.

Este calvario del cementerio, está actualmente algo abandonado; los terrenos con una estupenda panorámica de Ávila se planificaron como polígono industrial, pero a pesar de los malos olores de una nave cercana, merece la pena detenerse a contemplar esa vista de la ciudad bajo la Sierra de la Paramera. Los futuros proyectos urbanísticos no tienen intención de preservar este lado de la colina que debería quedar como parque. En «*La Sombra del Ciprés es Alargada*», Delibes termina el libro en este mismo lugar: «*Me sonreía el contorno de Ávila allá, a lo lejos. Del otro lado de la muralla permanecían Martina, doña Gregoria y el señor Lesmes. Y por encima aún quedaba Dios.*»

Al otro lado de la ciudad, a la salida del puente Sancti Spiritus, estaba la cruz de los Llanos. Aquel esbelto crucero delimitaba por el sur el término del municipio. Cada vez que la Virgen de Sonsoles era traída en procesión a la capital, las campanas de la Catedral comenzaban a tocar al llegar allí. Otro crucero había en este mismo valle que tenía inscrito «*Este es el lugar donde le despojaron de sus reales vestiduras*». Algunos creen que el mensaje recuerda el simulado destronamiento del rey Enrique IV, de quien se hizo en Ávila un muñeco que fue motivo de mofa en estos lugares de las afueras.

García Lorca decía que «*Las Cruces dan sombras de pasado*» y algunas fueron plantadas efectivamente para recordar



hechos que ya sólo son recuerdos. A siete leguas al norte la capital, en el pueblo de Cantiveros, está la Cruz del Reto, llamada así en recuerdo del desafío suicida, que Blasco Jimeno y Lope Núñez hicieron al rey Alfonso I de Aragón. Tío y sobrino salieron de Ávila para vengar, cara a cara con el monarca, la muerte de sesenta ciudadanos abulenses, que habían sido asesinados en Las Hervencias como rehenes inocentes; dudosa leyenda ésta, que seguramente fue sólo un mito. El pequeño cruceiro cobija bajo sus brazos, un cartel pétreo con la transcripción de aquel episodio, que dio lugar después al escudo de la ciudad.

El más monumental de cuantos calvarios hay en la provincia está en Cardenosa. Según dicen, fue el primero de España en incorporar las figuras talladas de Cristo y los dos ladrones. Lamentablemente una de las cruces ha sido destrozada. Los cruceiros que suben a este calvario están todavía rodeados de cristales, botellas de licor, latas de cerveza y envases. Los vecinos de Cardenosa, buena gente, ven estos atentados con resignación; ya se sabe: en los pueblos hay que convivir. Los siete trozos en que quedó el cruceiro fueron recogidos y ahora están unidos con pegamento ultracompacto. Algo semejante sucede con otras cruces del término; cruces con menos suerte han tenido que ser sustituidas por otras nuevas, costeadas y talladas por iniciativa de vecinos y canteros. Cardenosa cuenta con alrededor de cuarenta cruceiros. Los hay tan originales, como el del Agujero o el del Bosque, con su leyenda sobre el diablo, que no pudo terminar el acueducto de Segovia en una noche, por tener que venir hasta aquí a por la última piedra.

Viniendo hacia Ávila por la misma carretera, al llegar al mirador más conocido de la ciudad, nos encontramos con el más carismático de los cruceiros: el de los Cuatro Postes. Pero este monumento, unido a la imagen de Ávila, merece un comentario aparte.



Calvario de Cardenosa  
*Tarjeta postal. h. 1940.*



# El mirador

*«La ciudad amurallada, quieta en aquella tarde de noviembre, ofrecía desde allí un aspecto sugestivo y misterioso. Caía por sus extremos como si estuviese colocada a horcajadas de alguna gigantesca cabalgadura»*

Miguel Delibes.

«La Sombra del Ciprés es Alargada»



Cuatro postes.

Foto: Wunderlich. h. 1920. «Paisajes y Monumentos de España».



Situado extramuros al otro lado del Adaja, el crucero de los Cuatro Postes es el mirador más emblemático de Ávila. Origen de leyendas y cuentos sin fin, este pequeño monumento es el referente indispensable para contemplar la panorámica de la ciudad.

Una de esas historias relata que en este lugar del cerro de San Mateo, fueron hallados la pequeña Teresa y su hermano Rodrigo cuando escapaban de la casa paterna. La Santa con sólo siete años había convencido a su hermano para que emprendiese con ella una fantástica aventura. Habían oído que saliendo de la ciudad se pasaba después a «tierra de moros», donde se sacrificaba a los cristianos, y allá que iban los dos críos, decididos a morir en martirio camino de Salamanca, cuando su tío les estropeó la fiesta. Tras la regañina los llevó de regreso a casa donde su madre los esperaba desconsolada. Rodrigo, se había dejado convencer por su hermana y ella contaría con él a partir de entonces para llevar a cabo algunos de sus futuros proyectos. Las pequeñas ermitas que levantaban juntos jugando en el patio de casa, las verían hechas realidad.

Santa Teresa, recordando su niñez, habla de ese «deseo de ir a tierra de moros», lo cuenta en el Libro de la Vida, pero nada dice de la supuesta escapada de casa. Seguramente de haber ocurrido no lo hubiese ocultado, pero su versión es ésta:

*«Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios. Tenía uno casi de mi edad -que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Juntábamonos entrambos a leer vidas de santos. Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar a Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo; y juntábame con este mi hermano a tratar qué remedio habría para esto. Concertábãmos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tierna edad. De que vi que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían; y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo».*

De cualquier modo los Cuatro Postes se construyeron en 1566, cuando la Santa tenía ya cincuenta años. Lo que si es verosímil, según cuentan testigos como la madre Isabel de Santo Domingo, que vivió junto a Santa Teresa muchos años y fue una de sus mayores confidentes, es que los niños fuesen encontrados por su tío Francisco cerca del puente romano; así consta en testimonios recogidos en el proceso de beatificación y canonización. Como se ve, la leyenda tal vez puso de su cuenta todo lo demás, y con la mejor intención quiso hacer realidad el sueño que la pequeña no alcanzó.

Otra tradición oral cuenta que fue también aquí, ya es casualidad, donde la Santa, ya monja, se sacudió el polvo de sus sandalias desai-



Secuencias de la leyenda sobre la huida de Santa Teresa. Dibujos: A. Veredas. h. 1945.





Arrabales del puente.  
Tarjeta postal: Hauser y Menet.h. 1910.

rando a la ciudad. Nada hay comprobado tampoco sobre esta segunda historia, sólo que ha ido de boca en boca sin más fundamento que el dicho popular. La conocida frase «de aquí ni el polvo», que al parecer pronunció en este lugar cuando salía de la ciudad, se ha atribuido a otros personajes históricos respecto a otros tantos lugares, sin que todavía sepamos si alguien dijo realmente tal cosa. Es dudoso que Santa Teresa, que predicó el perdón, aguantando carros y carretas por aquellos lugares por donde pasó, le diera por despreciar públicamente a su propia tierra, a la que según dijo deseaba regresar cuando muriese, pero también hay que tener en cuenta lo que dejó escrito en una carta: «*mi patria me ha tratado de forma que no se pensaría que he nacido allí*».

Menos conocida es la teoría de que este templete fue en realidad uno de tantos humilladeros a las afueras de la ciudad. «*Sin otros fines que los que tenían éstos en general, cuya explicación sería compatible con la celebración de romerías a su alrededor*» (Veredas). Efectivamente era aquí donde se daba cita toda la ciudad para acudir a la romería anual que iba de Ávila a Pancaliente, donde se veneraba la imagen de San Leonardo. La ciudad celebraba así la curación de una mortal epidemia que diezmó a la población en tiempos de Sancho III. En una de esas romerías, cuando todavía los árabes acechaban la muralla, sabiendo

éstos de antemano que la fortaleza quedaría desguarnecida, prepararon su asalto y la saquearon. Al regresar los ciudadanos quedaron atónitos y enseguida surgieron los deseos de venganza. Sin embargo solamente unos cuantos caballeros decidieron llevar hasta el final la persecución de los asaltantes. Cuando les dieron caza y castigo, ya sobre las montañas, emprendieron el regreso eufóricos; pero al llegar ante las puertas de la villa las encontraron cerradas a conciencia. Las gentes y caballeros que no habían querido salir a luchar se mofaron, se hicieron fuertes y desde las almenas les negaron la entrada si no repartían el botín. La disputa ocasionó rencillas entre unos y otros. No sabemos bien cómo acabó, pero este suceso fue, al parecer, el origen de serias refriegas sociales entre las distintas cuadrillas y grupos familiares, que acabaron en la división de la ciudad en dos bandos: «serranos» y «ruanos», nobles y plebeyos.

Siglos más tarde, sobre aquel primer humilladero, o cerca de él, se levantó este otro templete con las cuatro columnas que dan nombre. Sobre los capiteles dóricos descansa un entablamento en el que están tallados los escudos de la ciudad y una leyenda con la fecha de su terminación. Mandado construir por el consistorio municipal en 1566, se pagaron 195 ducados al maestro de cantería Don Francisco de Avellano, para que lo terminase antes de Navidad del mismo



año. Valentín Picatoste (1888) cuenta que sobre la cornisa «en su cara superior lleva una fila de sillares, como si fuera el comienzo de una media naranja»; si así fue alguna vez, que es dudoso, nada se conserva de aquella cúpula. El dibujo del Archivo Histórico, que está aquí reproducido, proyecta un tejado a cuatro aguas y sobre la peana en lugar de la cruz hay una imagen, que tal vez sea el martirio de San Mateo, el evangelista que redactó precisamente el Sermón de la Montaña. No se sabe si la estatua fue finalmente ejecutada, pero tampoco es lógico que se mandase hacer esta construcción para albergar un simple crucero. La cruz fue derribada en 1995; el revuelo que ocasionó, aunque justificado, fue desmedido comparado con otras tropelías más graves que se han consentido y silenciado en la ciudad. La cruz, sin mayor valor artístico, tenía más un significado emotivo. Fue sustituida por otra nueva de la misma hechura.

Los Cuatro Postes y sus inmediaciones son un antiguo cruce de caminos. Por aquí pasaban los cordeles transhumantes de las merinas y las moruchas. El que iba junto al Adaja, fue parcialmente invadido por el basurero sobre el que hoy está asentada la feria de ganado. El otro, a su paso por la colina, ha sido ocupado por un túnel de lavado de coches.



Dibujo de los Cuatro Postes.  
 Archivo Histórico de Protocolos de Ávila.



Vista general. En segundo término la cañada sepultada por el basurero y luego por el mercado de ganados.  
 Tarjeta postal. h. 1945.



La vista que desde este promontorio se alcanza, no deja de fascinar al viajero que la contemple por primera vez. Entre los pintores que pusieron aquí su caballete están Zuloaga, Sorolla, López Mezquita, Caprotti, Benjamín Palencia, Regollos, Solana, Bernardino Sanchez o Chicharro. Más recientemente el arquitecto norteamericano Louis I. Kahn hizo un boceto desde aquí. La muralla, con sus volúmenes sencillos cercando la ciudad, debió atraer a este amante de la perfecta adecuación de los edificios a su función.

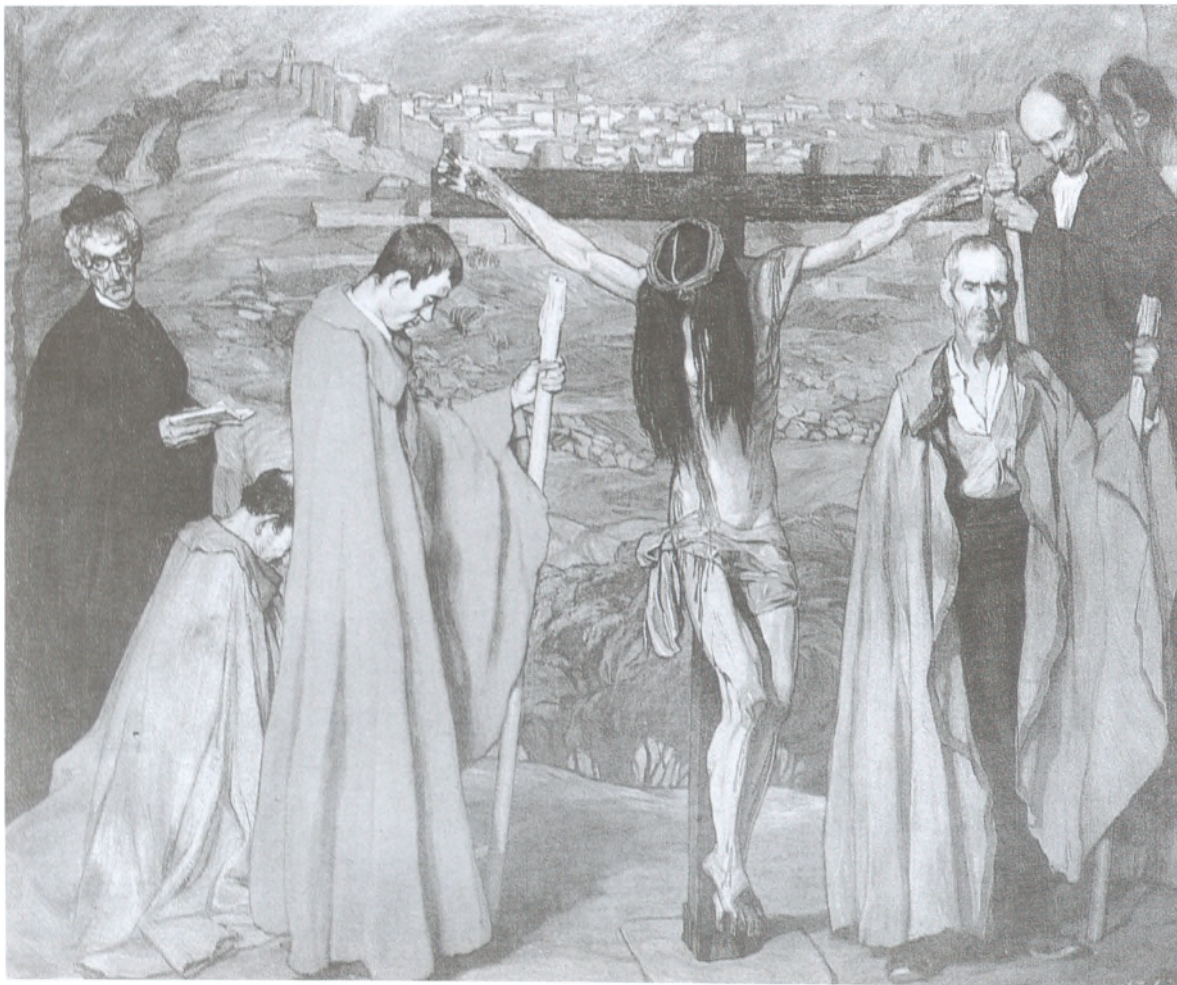
Desde aquí el recinto cerrado con sus torreoncillos compactos, integra en la misma mirada cielo y ciudad, fondo y figura, espíritu y piedra. Es esa fortaleza conventual que sirvió de inspiración a la Santa para escribir Las Moradas, un castillo místico cuyas habitaciones van a parar al cielo.



The City from a simple settlement became the place of the assembled Institutions

Before the Institution <sup>A truth perceived is seen in the world itself - The first business of</sup> was natural agreement - The sense of commonality. The constant play of circumstances, from moment to moment <sup>inspiring beginning as</sup> unpredictable distort <sup>of natural agreement.</sup> The measure of the greatness of a place to live must come from the character of its Institutions sanctioned thru how sensitive they are to renewal and Desire for new Agreement

Dibujo de Louis I. Kahn. Tomado de: «La Ciudad y la Memoria». Agradecimiento a Ángel Hernández.



«Cristo de la sangre». Ignacio de Zuloaga. Óleo sobre lienzo. Museo Nacional de Arte Reina Sofía.





Camino de Cardeñosa.  
Dibujo: Sampietro. h. 1880. «La Ilustración Española».



# Plano de Pedro Haro

Pedro Haro Sirvent, el autor de la «vista aérea» de Ávila a doble página, tardó más de un año en completarla, de enero de 1973 a febrero del 74. Trabajando tardes y fines de semana y viajando desde Madrid a Ávila, fue tomando notas y bocetos de las calles, visitó personalmente casas y palacios, consultó planos parcelarios y adquirió fotografías aéreas de los años cincuenta y sesenta, hasta recopilar una extensa documentación. Todo ello le permitió representar con la mayor fidelidad posible el casco intramuros y sus inmediaciones.

Pedro Haro es especialista en arquitectura histórica. Trabajó en la Sección de Ciudades de Interés Artístico y Paisajes Pintorescos del Ministerio de la Vivienda, cuyo director era Francisco Pons Sorolla. El trazado de esta perspectiva aérea requirió buenas dosis de paciencia y meticulosidad. Todo el casco viejo está representado con exacta fidelidad, como dato fíjense en que cada fachada cuenta con el mismo número de ventanas que tenía entonces, incluyendo edificios y patios hoy desaparecidos.

Esta perspectiva militar permite contemplar todo el conjunto intramuros y detallar algunas curiosidades como los espacios interiores de cada manzana o los corralones de los palacios, rincones a los que difícilmente se puede acceder.

Nadie le encargó a Haro este trabajo. Lo realizó filantrópicamente, como una forma de ejercer sus conocimientos. Una vez terminado, el original, que conserva el propio autor, medía 110 x 148 centímetros. Esta reproducción es por tanto sensiblemente menor pero dado el interés de este plano, difícilmente disponible a la venta, es conveniente al menos exponerlo. En los años setenta se editaron mil ejemplares al mismo tamaño que el original, veinticinco de ellos fueron toda la recompensa que obtuvo el dibujante como pago. Un buen número fueron a parar a entidades, autoridades y funcionarios locales, como regalo del editor. Algunos fueron poniéndose a la venta de forma ocasional sin demasiado éxito, quizá debido a su gran tamaño o a la poca atención que tuvieron entonces. He de agradecer finalmente que el autor me permita de nuevo reproducirlo.





# Nalvillos y Aja



chando una mirada al tiempo y la historia, se comprueba regularmente cómo no hay pueblo que se precie, que no tenga sus propias leyendas, mitos y héroes. La mayor parte de estos cronicones poco tienen que ver con la historia real. En ellos la verdad y la falsa verdad se superponen para dar lugar a una feliz identificación que para las gentes, aunque fantasmiosa, resulta tan irrenunciable como la propia Historia.

Muchas de estas ancianidades de puro cuento, una vez contrastadas las crónicas, tienen, sin embargo, más villanías que proezas. Quizá, lo que se esconde bajo estas historias, «no sea más que la versión sugerida por el patriotismo y el orgullo», tan benevolente con las crueldades propias y tan poco comprensivo con las ajenas, aunque sean las mismas. Ésta es una de esas leyendas. Su protagonista, uno de aquellos guerreros avileses del medievo, fue un conquistador que durante algún tiempo animó la ciudad con sus correrías bélicas y amorosas. El origen del relato de «Enalviello» o Nalvillos seguramente procede de otras leyendas o ritos salomónicos aún más antiguos, difundidas desde centroeuropa en el S. XI y cuyo semblante está repetido o copiado de otras narraciones, como el conocido poema de Miragoia, que describe un paralelismo casi idéntico con el de Nalvillos. En Miragoia se cuenta cómo Ramiro II de León se enamora de una musulmana, dando lugar a un trágico relato de raptos, venganzas y amores no correspondidos. Belmonte documenta éste y otros antecedentes y sitúa la primera referencia escrita de la de Ávila hacia 1260, «obrante en códice del siglo XVI de la Biblioteca Nacional».

Lo que parece mentira es que aún hoy, este tipo de sucesos sigan teniendo equivalentes en noticieros y rotativos, con titulares semejantes a los de «la maté porque era mía», aunque más bien habría que decir que las asesinan «porque dejan de ser suyas».

Lo cierto es que, llegado el final del primer milenio, luchaban en Castilla el musulmán y el cristiano, cada cual creyendo tener la razón de su parte para de ese modo, tratar de exterminarse el uno al otro, tal como prohibían sus religiones. Eran, de nuevo en frase de Montanelli, «aquellos tiempos llamados bárbaros, tal vez para distinguirlos de los nuestros en que se hace otro tanto de lo mismo, si bien se llaman civilizados».

Antes de la reconquista definitiva de Ávila, las incursiones sarracenas y cristianas arrasaban alternativamente esta aldea. Al paio de unos y otros estuvo esta colina, hasta que los llamados caballeros, ya algo mejor organizados, instalaron aquí sus cuarteles. La reconquista exigía sin remisión, fortificar sólidamente todo lugar habitable si se quería sobrevivir; ésta era una tierra de fronteras en constante disputa y por ello se luchaba a muerte.

A pesar de todo y en contra de lo que cabría suponer, el enfrentamiento entre razas no era total, al menos por el momento. Había cierta permisividad para según qué y quiénes y gracias a estos devaneos tuvo lugar la siguiente epopeya.

La historia comienza en la primavera del 1085, cuando el rey Alfonso VI entra triunfalmente en Toledo. D. Alfonso era paradójicamente un cordial amigo del rey moro Al-Mamún. Aunque le acabase de arrebatarse la ciudad, los dos se guardaban gran estima, ya que tiempo atrás, cuando el rey castellano fue desterrado de León por su hermano Sancho II, el sultán lo acogió en su palacio toledano, tratándole como su nobleza merecía. Por este generoso gesto, Alfonso

Nota: Los pequeños dibujos y letra capitular de este artículo pertenecen a Luis Arés, los grabados son de Alejandro Sirio, la acuarela de la «fiesta de los toros por los nobles abulenses en el coso de San Vicente» es de Antonio Veredas; la vista de Santiago fue realizada por Muirhead Bone hacia 1936.



prometió a Al-Mamún esperar hasta su muerte para reconquistar Toledo.

Otro segundo pacto, más humanitario, fue sellado entre ambos monarcas. Al-Mamún había tenido al final de su vida una sobrina, cuyo nombre era Aja Galiana, que en árabe quiere decir «linda hermosa». Con siete años y siguiendo la tradición musulmana la niña fue prometida a otro adolescente de su noble estirpe, llamado Jezmín Hiaya. El porvenir de la niña preocupaba tanto al anciano sultán, que viéndose en trance de

morir, encargó a su amigo Alfonso VI, se hiciese cargo de la pequeña princesa, educándola como correspondía a su rango, según las costumbres de su pueblo y casándola, cuando llegase a edad, con el prometido Jezmín.

Con la promesa hecha por su amigo, dejó tranquilo el rey moro esta vida.

Reconquistada la que sería Ciudad Imperial, llegó al poco tiempo desde Ávila, la hija de Don Alfonso, Doña Urraca, junto con su esposo el conde Don





Raimundo de Borgoña. La pareja iba a despedirse del rey antes de emprender viaje hacia Galicia, donde el monarca les había regalado un condado, en recompensa por la extensa repoblación que habían llevado a cabo en tierras de Salamanca, Segovia y Ávila.

Como el rey tenía que ocuparse todavía de cuestiones de guerra y de gobierno, antes de que marchasen, comunicó a su hija y yerno que al cabo de algún tiempo les enviaría a Ávila una joven princesa árabe, para que se hiciesen cargo de ella y la trataran como un miembro más de la familia.

Un día del 1092 regresaron a Ávila los condes de uno de sus viajes a Galicia. Desde lejos vieron a cientos de hombres trabajando afanosamente para concluir la más fantástica muralla que habían visto hasta entonces. Encargada construir por los propios condes, aquella fortaleza estaba llamada a proteger una pujante ciudad. Las obras avanzaban a buen ritmo.

Una tarde de verano, por los altos de la Paramera, que era el camino de Toledo, apareció con gran pompa de carros y estandartes, un numeroso cortejo haciendo sonar tambores y fanfarrias. Ochenta hombres a caballo, cincuenta de ellos cristianos y otros treinta árabes, todos capitaneados por Fernando de Lago, formaban una cabalgata espléndida. Al entrar la comitiva por la recién construida puerta del Alcázar, las cuadrillas de obreros moros que trabajaban en los muros, quedaron deslumbrados por la pompa del desfile, pero sobre todo por la belleza de Aja Galiana, que todavía adolescente venía para quedarse en casa de los condes. Los artesanos árabes dejaron espontáneamente sus labores y todos en tropel se unieron a la cabalgata para dar vítores a la doncella. «Es nuestra princesa mora» gritaban, mientras la seguían festivamente hasta el Alcázar.

La servidumbre de Aja, que apenas había cumplido diecisiete años cuando llegó a Ávila, estaba compuesta por cuatro damas jóvenes, una sirvienta anciana llamada Fátima y tres mancebos; todos ellos fieles seguidores de Alá. La guardia traía también en custodia desde Toledo una carta del rey en la que pedía a Doña Urraca «Eficiese que la señora infanta la oviese amor, ça en facerlo tal le faría mucho a placer». Y así se hizo, la prin-

cesa quedó instalada en el Alcázar que colindaba con el Mercado Grande y el mediodía.

Días después, cuando la guardia árabe tuvo que regresar a Toledo, Aja no pudo evitar escribir una nota que envió secretamente con su escolta de confianza a Toledo. Era una carta de amor para Jezmín, del que seguía perdidamente enamorada. La leyenda cuenta también que la joven quedó en Ávila con «gran planto».

Dándose cuenta de ello, Doña Urraca trató de llenar los días de la joven hurí con atenciones y fiestas de bienvenida y, para que no echara nada de menos, la nombró su protegida. A pesar de todo, la bella princesa andaba como alma en pena por el palacio. Pasaba largas horas asomada al adarve del Rastro, mirando hacia el camino de la Paramera, escondiendo tras su sonrisa agradecida el imborrable semblante de la melancolía.

Las obligaciones de Don Raimundo y su esposa les hicieron viajar nuevamente hacia Galicia. Como la ausencia esta vez era larga, dejaron temporalmente el gobierno de Ávila en manos de un noble llamado Jimén Blázquez, pionero de la repoblación abulense. Tenía este alcalde un apuesto hijo que deseaba fuese armado caballero; de modo que habló con Doña Urraca para recomendarle, rogándole le permitiese acompañarles a Galicia como escolta. Nalvillos Blázquez, que así se llamaba el joven, entró de este modo al servicio de Don Raimundo y su esposa. Pronto le tomaron confianza los condes y vieron en el joven el pretendiente ideal para su tutelada, a la que no sabían qué futuro dar ni cómo sacarla de su añoranza.

Como en aquella expedición a Galicia iba embarcada también la bella Galiana, no tardaron mucho ambos jóvenes en encontrarse por el camino. La juventud se encargó enseguida de hacer surgir cierta amistad y casi de inmediato salieron de los labios de Nalvillos propuestas más firmes. El abulense se enamoró de Aja desde el momento en que la vio. Nalvillos, animado por los propios condes, no se demoró en pedirles la mano de la protegida. Quizá todos los intereses se unieron para que la precipitada unión se lograse, a pesar de no pocos impedimentos, entre ellos el de que Nalvillos estaba comprometido con otra noble cristiana por entonces.





Conversó durante el viaje Doña Urraca con Galiana y en una tienda del campamento, la hizo ver las muchas ventajas que obtendría si accedía a casarse con el galán cristiano, olvidando así la promesa hecha por su padre de unirla a Jezmín, al que Alfonso VI seguiría protegiendo, poniéndole al cuidado de Talavera, pero manteniéndole siempre alejado de Aja.

No sabemos si la princesa mora accedió a la boda bajo las insistencias o de buen grado, pero sí que puso objeciones. La crónica cuenta que planteó a Nalvillos esto: «*tirásedes de vos tal amor, ça vos fería de poco honor, siendo vos tan noble caballero amar a una mora. E vos cristiano non podera haber maridaje*». Nalvillos no se arredró y dio prueba de que entre sus ideales cristianos y la bella hurí no había duda, así que le argumentó: «*ça si ella tornase christiana, él se maridaría con ella; e si lo tal no auiese en voluntad, él se tomaría moro por su amor, e se desnaturalizara de Castilla e se faria vasallo del Rey de Cordova*». La fascinación por la muchacha, sin duda le impedía ver los peligros de maridar con una hija de los que él perseguía a muerte.



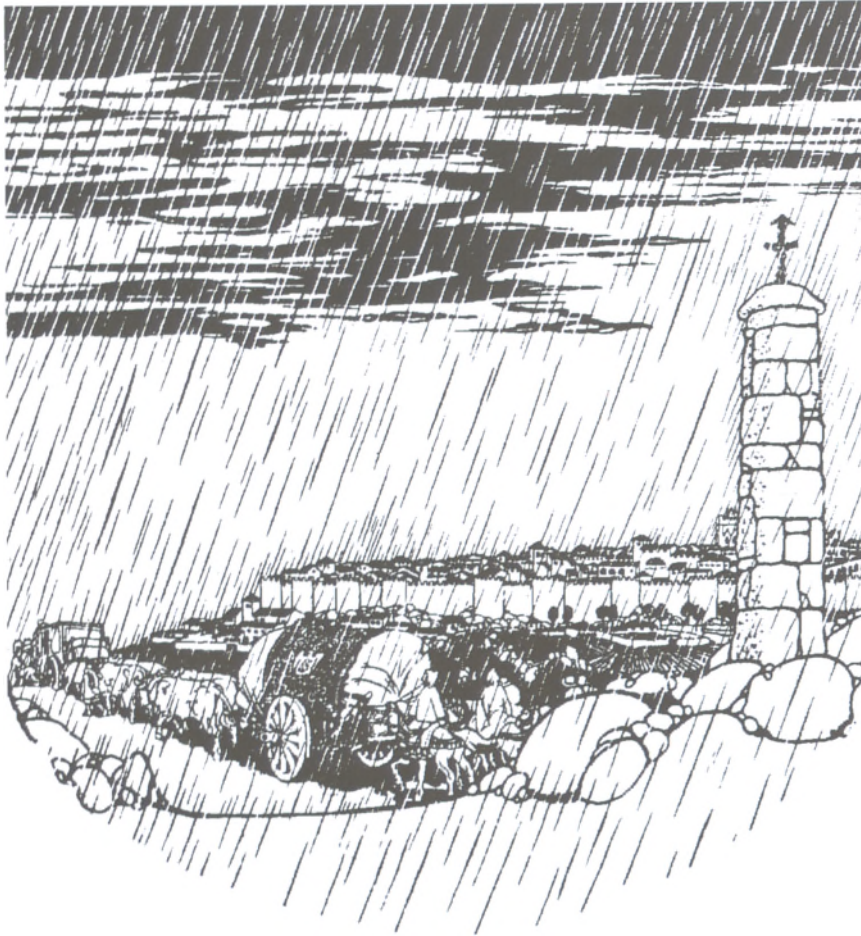
Caballeros y fiesta de los toros en San Vicente. A. Veredas.

Bautizada la princesa con el nombre de Urraca, como su madrina, una vez hecha cristiana, pudieron celebrarse las bodas hacia el año 1100, quizá durante el mismo viaje a Galicia. Cuentan que al llegar a Ávila los festejos duraron varios días, celebrándose con toda pompa y asistiendo distinguidos nobles de toda Castilla. Hubo bailes, toros y también torneos en los que murieron varios caballeros «sofocados» dentro de sus armaduras.

Extendida la noticia por el reino, llegó a oídos de Jezmín la insólita unión de su prometida con Nalvillos. Aquél, al saberlo, juró recuperarla en cuanto tuviese ocasión. Pero fuese porque no contaba con tropas suficientes o por no perder el protectorado de Alfonso VI, decidió posponer la venganza, acatando la decisión del Rey, que aunque disgustado, terminó por bendecir también el matrimonio de Nalvillos con Aja, olvidando su promesa con Al-Mamún.

Ninguna riqueza material faltaba a los recién casados, pero, dado que de niña Aja había recibido una gran dote de tierras de su padre y tío en Talavera, Nalvillos decidió trasladarse hasta allí, con el fin de vender todas las fincas y «algunos» de su mujer. Fue entonces cuando se vieron por primera vez las caras Jezmín y Nalvillos. Ambos habían oído hablar el





uno del otro, pero se trataron como si nada hubiese ocurrido. Jezmín, siendo rico hacendado, se ofreció cortésmente para comprar las tierras de su prometida. Tras ofrecer a los caballeros varios banquetes, colmó con un caballo y otros muchos regalos a su invitado y fue tan amable su trato con Nalvillos, que éste le invitó a Ávila para asistir a los próximos esponsales de su hermano.

Los padres de Nalvillos tampoco disimulaban su recelo por lo que suponía para la familia aquella mezcla de sangre mahometana. Pero aparte del reproche por el mestizaje, había otro asunto que enturbiaba la sorprendente boda de Nalvillos con Aja. En boca de toda la ciudadanía de Ávila estaba el desaire que su hijo había hecho a Arias Galinda, una joven noble con quien los Blázquez se habían comprometido anteriormente para casarla con su primogénito. Este compromiso, según unos, había sido establecido por la familia a espaldas de Nalvillos durante su viaje a Galicia. Sin embargo, otras crónicas cuentan que Nalvillos, estando al tanto de ello, ignoró no sólo el compromiso de su esposa con Jezmín, sino también el suyo propio con Arias Galinda. Aún aceptando el primer supuesto, Nalvillos debía ser muy resolutivo si se casó lejos del hogar y en un improvisado viaje.

El padre de la repudiada era un zamorano de la alta nobleza castellana, conocido como Gómez Galindo. Cabalgaban este caballero y su hijo

Nuño hacia Ávila de regreso de campañas en Toledo, sin conocer el cambio nupcial de Nalvillos. Llegaron a esta nueva ciudad con buen ánimo, deseosos de comunicar sus triunfos a los que daban ya por parientes y esperando hospedarse en la que consideraban su casa. Sin embargo, los padres de Nalvillos, no paraban de cavilar de qué forma iban a comunicar a los Galindo aquella contrariedad.

El conflicto entre familias parecía inevitable. La novia venía ya de camino desde Zamora con todo un carromato de ajuar para la ceremonia.

La perplejidad y el disgusto con que recibieron la noticia los zamoranos son imaginables, pero mayor fue el apuro que pasó el padre de Nalvillos al contarlo. Tanta fue la pesadumbre que decidió no salir de su palacio en muchos días, para evitar ser el centro de miradas y comentarios. El 29 de Febrero de 1100 no tuvo valor siquiera para asistir al solemne entierro de su amigo Martínez de Abrojo, compañero de tantas batallas en la más peligrosa de las fronteras, llamada por eso Extrema-dura. Su ausencia en los oficios fue comentada en todas las casas de la ciudad.

Finalmente tuvo que ser el propio Jimén Blázquez, quien, removido por la conciencia, puso remedio a la afrenta hecha por su hijo. Eligió como mediador de confianza al bueno de Martín Muñoz, hermano de su mujer Menga y hombre de probada lealtad. Consultado para buscar alguna posible reparación para la joven Arias, Martín sugirió un remedio que su cuñado y hermana vieron como única solución al deshonor.

Presto, a pesar de su gordura, se fue Martín a ver a los Gómez Galindo. Les presentó su sugerencia





y tras sopesarla, todos acabaron por aceptarla. Como nada valía más que la palabra empeñada, otro hijo de la familia, un hermano menor de Nalvillos, Blasco Jimeno, serviría como moneda de cambio para casarse con la joven Arias. Los Galindo comprendían, no sin resignación, que Jimén Blázquez nada pudo hacer para evitar que su hijo casase con una protegida y ahijada del propio rey, por sarracena que ésta fuese.

Quedaron así emparentadas las dos familias y para que en nada desluciese la ceremonia, se prepararon para este nuevo compromiso tan grandes galas como las que hubo en las de Nalvillos. Los muchos invitados a la boda tras finalizar el banquete, pasaron a otros salones para oír la música. En una de las piezas Jezmín, que había sido invitado por el propio Nalvillos, bailó con Aja «a la usanza de la morería». Todos los vieron juntos. Más que buenos modos, hubo una especial galantería en aquella danza exótica.

En los días siguientes se celebraron torneos. Llegado el momento, tocó la ocasión de que se enfrentasen Jezmín y Nalvillos. La expectación del público fue convirtiendo el juego en disputa no disimulada. Aja, uniéndose al coro de asistentes árabes, no refrenaba su entusiasmo cada vez que Jezmín salía airoso ante su marido. Las predilecciones de la hurí quedaron meridianamente claras, cuando en el último lance Nalvillos tomó decididamente el envite desde lejos y derribó a Jezmín; éste cayó del caballo violentamente y Aja, sobresaltada, lanzó un grito. En mitad del silencio general aquel alarido delató la secreta pasión de aquella mujer. El coso de San Vicente, que fue al parecer testigo de estas justas, se hallaba a rebosar para ver los juegos.

La pesadilla del amor no correspondido tocó también a Arias Galindo, que callaría por siempre el amor que sentía hacia Nalvillos. La ceguera de éste no era, sin embargo, tan discreta. Gustaba de alardear ante sus paisanos de haber convertido para la cristiandad a la más bella de las huríes y así lo hacía saber a todos sus amigos.

Nalvillos creía haber conquistado el corazón de la sarracena por el mero hecho de poner a sus pies cuantos lujos podía soñar una dama cristiana. En el camino de Mingorría adquirió para Aja una quinta a cuatro kilómetros de Ávila. Se la compró a un rico hacendado árabe, llamado Fatimón, vecino de Ávila. Esta finca pasó a llamarse Palazuelos, porque fue en ella donde levantó unos palacetes rodeados de bellos jardines. Sin escatimar en lujos dotó a la estancia con algunos placeres orientales: fuentes cristalinas, salones con grandes alfombras, baños con azulejos talaveranos, artesonados de arabescos y hasta un pequeño grupo de juglares, que cantaba todos los días al caer la tarde. Pero Aja, sólo confesaba su verdadero amor a su fiel sirvienta Fátima. De poco sirvió aquella mansión que Nalvillos proyectó como una jaula dorada. El joven doncel no veía en los silencios de su amada la sombra de Jezmín.

Tampoco las glorias guerreras servían precisamente para atraer los deseos de la cautiva. Difícilmente podía sentir







aquella mujer admiración por las masacres que su marido llevaba contra su propio pueblo. Sin embargo, Navillos gustaba de organizar en casa fiestas, a las que acudían altos señores de Castilla, para celebrar sus victorias. Otras veces daba grandes banquetes tras meses de ausencia, para que su mujer se sintiese agasajada y olvidase sus días toledanos, pero nada de todo esto desmemorió a la bella Galiana. Las soledades de «la sultana», como la llamaban en Ávila, eran cada vez más prolongadas.

A pesar de todo, no debía ser triste Aja. Cuenta Ariz que en Zamora, con motivo del acuerdo con los Gómez Galindo, unos y otros «*non hacían fortuna de otear dançar a la fermosa Dona Urraca (nombre de pila de Aja) e dando bendiciones al señor, porque criara dueña tan bella*». El mismo autor, como sacerdote que era, cuenta de forma sutil cómo todos los héroes abulenses de la época alababan la belleza de Aja: «*Lope Fernández, Sancho de Estrada, Zurraquín Sancho, Álvaro Álvarez,.. e todos daban gracias al Señor, porque criara tan bella embra*».



Muchos otros nobles cristianos se unieron con mujeres árabes. El mismo rey Alfonso VI acabó casándose también con una musulmana llamada Zaida, hija del emir de Sevilla Eben-Ebed. Fuese por sus encantos, fuese por sus tierras y la gran dote que recibió del padre, Zaida pasó a ser reina de Castilla, siendo conocida tras su bautizo como Doña María Isabel. De este matrimonio tuvo un hijo con Don Alfonso, el príncipe Don Sancho. Si hasta las casas más nobles de Castilla llegó la mezcla de sangre árabe, es fácil suponer hasta donde pudo llegar en las familias plebeyas.

Queda aún por estudiar la interesante relación étnica que debió haber en Ávila en esa época del medievo.

El matrimonio de D. Alfonso VI y Zaida debía haber servido como razón de estado para sellar cierta tregua entre árabes y cristianos, pero Eben-Ebed no estaba contento con su yerno, el rey de Castilla. Éste no correspondía a sus deseos de paz, ya que por Valencia, uno de sus capitanes cristianos, Rodrigo Díaz de Vivar, no daba tregua a sus mesnadas. También las huestes de Albar Fáñez arrojaban de Castilla a los muslines. Llamó entonces Eben a los almorávides desde Sevilla y poco después, en el 1086, comenzaban a reconquistar los árabes algunas tierras hispanas. En Zalaca, Don Alfonso salvó su vida milagrosamente. Sólo él y cien de sus hombres, de los quinientos que sobrevivieron a la batalla, lograron regresar salvos a Toledo.

Tras el retorno triunfal de los almorávides, el viejo Eben se retiró a Marruecos para descansar y mejor morir. Nombró sucesor a su hijo Ali-Abul, pero a espaldas de éste, un taimado musulín llamado Yusuf, no cesaba de alentar revueltas y saqueos en las fronteras de Cuenca y Valencia.



Fueron precisamente aquellos desmanes los que dieron ocasión a los caballeros abulenses para lucir sus habilidades guerreras. Dentro de la muralla, más que una ciudad había instalado un campamento. El trajín y los afanes por no fracasar, les llevaba a practicar todas las suertes de la lucha: arcos, saetas, lanzas y espadas. Había un famoso cantar en el que se relataba cómo los de Ávila pedían siempre ser los primeros en entrar en batalla.

Parten hacia el norte los abulenses y consiguen llegar hasta Aragón, logrando importantes conquistas. Su arrogancia era tan temeraria que el capitán, Sánchez Zurraquines, espada en mano, se acercó en solitario hasta las mismas puertas de Cuenca. Fue herido por las flechas lanzadas desde las almenas árabes, pero antes de caer cuentan que se abrió paso hasta el interior del recinto, dando tajos hasta que fue rematado mortalmente. Aquel mismo día Blasco Jimeno logró derribar el portón de Cuenca, liberando a más de mil cautivos: «e les dio el combate en 23 de Mayo de 1106... e los caballeros de Ávila e sus caudillos no cesaban de flechar a los muros».

Blasco Jimeno fue nombrado gobernador de Cuenca. Fortún Blázquez, de Ocaña y Zurraquín Sancho, de tierras que luego llevaron su nombre. Nalvillos y su hermano fueron llamados por el rey a Toledo, donde fueron agasajados, ofreciéndole al primero el gobierno de Ávila. Las hazañas legendarias de aquellos guerreros fueron conocidas en todo el reino. Pronto corrió de boca en boca el famoso dicho «Se llama avilés el que más "hábil-es" para la guerra».

En realidad, Nalvillos apenas pasaba en Ávila cortas temporadas. Llevaba esa existencia propia del guerrero, que vive la historia de sus días de forma imprevi-



sible. En la batalla de Salvatierra fue herido en la frente, muriendo cuarenta de sus escuderos; de este modo fue levantando su leyenda.

En el 1109, antes de fallecer en Toledo, el rey Alfonso VI recibió la noticia de la muerte de su hijo Sancho, de apenas once años. Más tarde la desaparición de su yerno, Don Raimundo de Borgoña, en el 1107, agravó aún más los problemas de la regencia. La sucesión de los reinos ensanchados de Castilla, León y Galicia correspondía por sangre al infante Don Alfonso VII, nacido de Don Raimundo y Doña Urraca, pero la dinastía se vería envuelta a partir de entonces en oscuras disputas.

Apenas cuatro meses transcurridos desde la muerte de su esposo, Don Raimundo de Borgoña, Doña Urraca volvió a contraer matrimonio; esta vez con el rey de Aragón, Alfonso I «El Batallador», que haría honor a su apodo poco después, reclamando la sucesión del trono de Castilla. Fue precisamente a este monarca al que se le atribuyó en 1112, la famosa pero incierta leyenda de Las Hervencias de Ávila.

Nalvillos, al conocer las nuevas nupcias de su madrina y protectora, salió hacia Aragón para felicitarla y ofrecer sus servicios. No sólo fue recibido con agasajos y grandes regalos, sino que obtuvo de los nuevos reyes el gobierno de las tierras de Ávila, Olmedo y Segovia, aunque poco gobierno debió hacer Nalvillos en tan escaso tiempo como le dejaban las hazañas. Las campañas guerreras de los abulenses eran constantes.

Ese afán de «heroísmo» estuvo, en varias ocasiones, a punto de sumir a Ávila en una catástrofe. La continua salida de hombres de esta guarnición fue observada por las tropas árabes que, al acecho en la sierra próxima, se prepararon para asaltarla. Hay que decir que, por esos años, moría de necesidad mucha gente en Ávila. En el 1107 el hambre y las epidemias hicieron serios estragos en la ciudad. El enrolarse como escudero era, la mayor parte de las veces, una forma de huir de la pobreza, más que un afán caballeresco. La ausencia de tantos hombres de Ávila tuvo, en parte, esa penosa explicación.

La intervención de Jimena Blázquez, esposa del Alcaide del Alcázar, evitó que la población civil de Ávila fuese pasada por las armas. Con los árabes a la vista, Jimena ideó tal vez la única estrategia posible para espantar a los sitiadores. Cuando éstos ya rodeaban los muros, reunió a voz en grito en el Mercado Chico, a cuantas mujeres habían quedado en sus casas. Las

mandó vestirse con las ropas y sombreros de sus hermanos, hijos y maridos ausentes, y con palos a modo de lanzas subieron por los adarves de los cuatro costados. La confusa silueta de tantas figuras hizo dudar a los atacantes si la fortaleza estaba o no realmente protegida por sus guardianes. Afortunadamente no averiguaron la verdad.

Al día siguiente los musulines abandonaron el cerco y regresaron a Extremadura por el Puerto del Pico. Esta valiente conducta le valió a Jimena y sus descendientes hembras ser las primeras y únicas mujeres con derecho a voto en el concejo. Por una mujer, dice un justo cantar, Ávila se libró de volver a ser agarena.

Otro asedio, esta vez extramuros, sí tuvo consecuencias fatales para Nalvillos. Enterado de su ausencia y avisado por Fátima, la sirvienta de Aja, Jezmín decidió una tarde acercarse hasta Palazuelos, acompañado de su guardia mora. Aja y Jezmín, antiguos amantes, se reencontraron de este modo en Ávila. Unidos por el amor que se profesaban desde adolescentes, prepararon de inmediato su huida a Talavera.

Ya en Medina de Talavera, como los árabes la bautizaron, se dispusieron a vivir en el palacio de éste. Felices con su reunión, se casaron y comenzaron a planear el porvenir de sus vidas juntas.

Ocurrió quizá todo esto, cuando Nalvillos estaba en una de las batallas fronterizas en Sierra Morena. Al regresar, antes de entrar en Ávila, quiso pasar por la finca de Palazuelos. Extrañado de no hallar a la servidumbre, recorrió las estancias, hasta que Gil, un vasallo que había sido testigo del suceso, advirtió a su señor del daño que le causaría oír la verdad. «Basta ya, -gritó Nalvillos- dílo sin rodeos o te ahogo en el acto». Agarrado por el cuello, el criado apenas podía pronunciar lo que sus ojos habían contemplado días antes.

Puesto al cabo de la huida de su esposa, el arrebatado dio enseguida paso a los deseos de venganza. Reunió a cincuenta de sus mejores jinetes y tras consultar a los augures de la ciudad «con muy buenas aves», partió hacia Talavera. Antes de llegar, dejó en las afueras a toda su guarnición, oculta entre arbustos y hondonadas. Tenía establecido cuáles serían sus órdenes y los pasos de su revancha. El orgullo y una ira desatada, no le permitían vivir el resto de sus días con lo que él consideraba una burla insoportable.

Entró en la ciudadela en solitario y, tocado con un viejo sombrero de ala ancha para ocultar sus rasgos, se disfrazó como un rústico vendedor de hierbas.





Caminando por las callejuelas, con un gastado morral de plantas a cuestas, se puso a pregonar las buenas calidades de su carga, pero tal precio pedía que nadie quería comprarla. De esquina en esquina preguntaba a quien le parecía bien dónde quedaba el nuevo alcázar del gobernador Jezmín. Llegó ante sus puertas ya con la última luz del día. Golpeó el gran llamador secamente y al ser abierto el portón apareció el ama de llaves. Preguntó con falsa voz por la señora de la casa, deseaba mostrar la eficacia de unas yerbas que había recogido en Gredos y que garantizaba como el mejor elixir de juventud. Ya le iban a cerrar el paso cuando fue oído por Aja, que en ese momento paseaba por el jardín. Se acercó la bella dama hasta la puerta y sin reconocerlo, hizo entrar al pechero que tan mágica esencia ofrecía. Amablemente, tal como él pidió, le condujo hasta el interior de la estancia, para que pudiese preparar la fórmula. Veía el impostor según pasaba por los salones, el fantástico esplendor con que estaba adornado aquel palacio, el mimo que realmente lo habitaba. Llegados a un salón con tapices y lámparas perfumadas, se sentaron los dos junto a una ventana que recogía el último crepúsculo. Apenas habían comenzado a hablar, cuando el vendedor arrojó el sombrero que le ocultaba, mostrando su verdadero rostro. Aja quedó sobrecogida. Nalvillos la

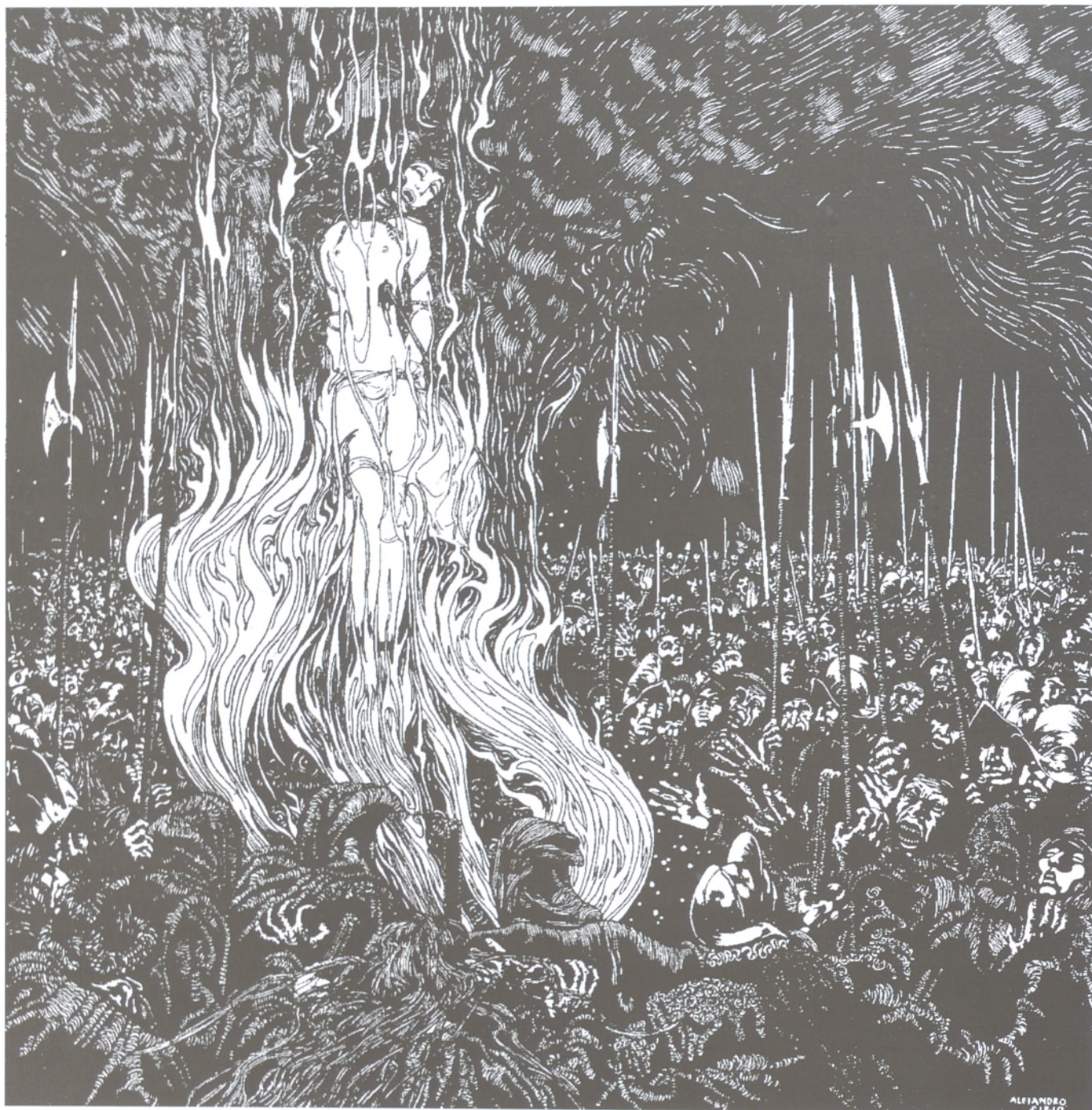
quiso retener entre sus brazos, no la recriminaba, por el contrario le suplicaba que volviese con él, olvidando lo sucedido. La belleza de aquella mujer le hacía perder la razón. La idea de entrar en el fortín de su propio enemigo, demostraba hasta qué extremo permanecía cautivo de sus encantos; le había sido robada su mayor conquista y estaba dispuesto a todo para recuperarla. En esas súplicas andaba Nalvillos, cuando apareció Jezmín, que regresaba de caza. Aja trató de ocultarlo, pero acabó por entregarlo al señor de la casa, que quedó sorprendido de ver allí a su retador. Sin salir de su asombro vio la oportunidad de tomar el desquite, haciendo pagar con igual moneda al que en su juventud le había privado de su prometida. Jezmín relató entonces su destierro, los amargos años de silencioso desconsuelo que sufrió en su juventud, al verse privado de su amada.

Recordándole que alguna vez fueron amigos, le preguntó a Nalvillos qué muerte le habría dado a él si le hubiese sorprendido en su casa de Palazuelos. Éste contestó que le habría quemado vivo; «la misma que me darías te daré», dijo Jezmín.

Al día siguiente se pregonó por las plazas de Talavera, la condena del intruso hallado en palacio. Cuando a la mañana siguiente salió Nalvillos de los calabozos, estaba preparada ya la pira de leña. La multitud, que presenciaba el ceremonial, rodeaba el cadalso a la espera de la ejecución.

En mitad de la plaza fue preguntado el condenado por su última voluntad; le fue concedida. Sacó entonces Nalvillos una pequeña corneta que llevaba atada al fajón y la hizo resonar aguda y nitidamente. Cuando ya estaba siendo atado a la pira, aparecieron de súbito los guerreros que Nalvillos había dejado alerta el día anterior. Al peculiar sonido de la contraseña de su capitán, salieron de sus escondites, sorprendiendo a guardianes y espectadores. Los talaveranos, despavoridos, contemplaron su propia matanza, inocentes de la historia que ocurría entre los dos señores. Cadáveres ensangrenta-





dos y casas quemadas quedaron atrás, como uno de tantos paisajes cotidianos para aquellos guerreros.

Nalvillos sin embargo, no había satisfecho del todo su ira. En la pira que estaba destinada para él, quemó juntos a Jezmín y a Aja. Algunos cronistas relatan que primeramente salvó a su mujer, pero que en vista de que camino de Ávila, ésta no se mostró complaciente con él, la quitó la vida junto con su servidora Fátima, en un lugar llamado Albacoba. Menos fantástica es la versión de que Jezmín se sublevó contra Doña Urraca al

ser nombrado gobernador de Toledo y Nalvillos, armado con trescientos hombres, asaltó su palacio de Talavera y «Le fiço hacer piezas», mientras Aja prefirió envenenarse antes que volver a su antigua vida.

Abrumado por aquel recuerdo, Nalvillos jamás volvió a pisar por Palazuelos. Todo vestigio del palacio fue desapareciendo con los siglos. El guerrero instaló entonces su único hogar en el campo de batalla. La amargura del amor no correspondido le hizo lucir esta atroz divisa: «Amar la guerra hasta la muerte».



El «rey Nalvillos», como a veces es recordado, murió tempranamente, dejando, según la crónica, un tercio de sus bienes «para desembargo de homes nobles, que yacían en cautiverio. E la otra tercera parte para honores de su alma y enterramiento; e otra para remedio de huérfanos y viudas».

Como valeroso guerrero, fue llorado como un héroe y a su sepelio acudieron nobles de toda Castilla. Se le dio solemne sepultura en la iglesia abulense de Santiago, entonces considerado como el «Santo matamoros». No en vano Nalvillos hizo promesa de peregrinar a Compostela, aunque seguramente fue armado caballero en esta misma iglesia de Santiago de Ávila. Es curioso que este templo se levantara en pleno barrio morisco. Algún libro comenta que hubo revueltas de la población árabe de este gueto, para protestar contra el entierro del que ellos consideraban «non grato».

Cuando el nicho de Nalvillos, que aún se conserva en el muro meridional, fue abierto cuatro siglos más tarde, su mortaja estaba intacta. No podemos hoy comprobar lo mismo; como tantas otras reliquias del pasado, sus restos fueron exhumados, sin que se sepa a dónde fueron a parar. También desapareció la valiosa tapa del sepulcro, que cuentan, por ser de gran belleza, llevó D. Pedro Dávila, servidor de Carlos V.

La espada del paladín abulense se conservó como herencia, hasta primeros del siglo XX, en una sala del palacio de los marqueses de Velada, hoy convertido en hotel. El único resto que nos queda del «Cid» abulense, es el piadoso e ilegible epitafio de su sarcófago: «Dios nos reúna con él en el paraíso deleitoso... que Dios se apiade de él».

Y esta fue la historia, o la leyenda, como ustedes prefieran, de aquel guerrero que todo lo conquistó, menos a la más bella hija de su enemigo.



Iglesia de Santiago.  
Dibujo de M. Bone, 1936.



# Seis fotografías panorámicas

Panorámica.  
Tarjeta postal doble. h. 1925.

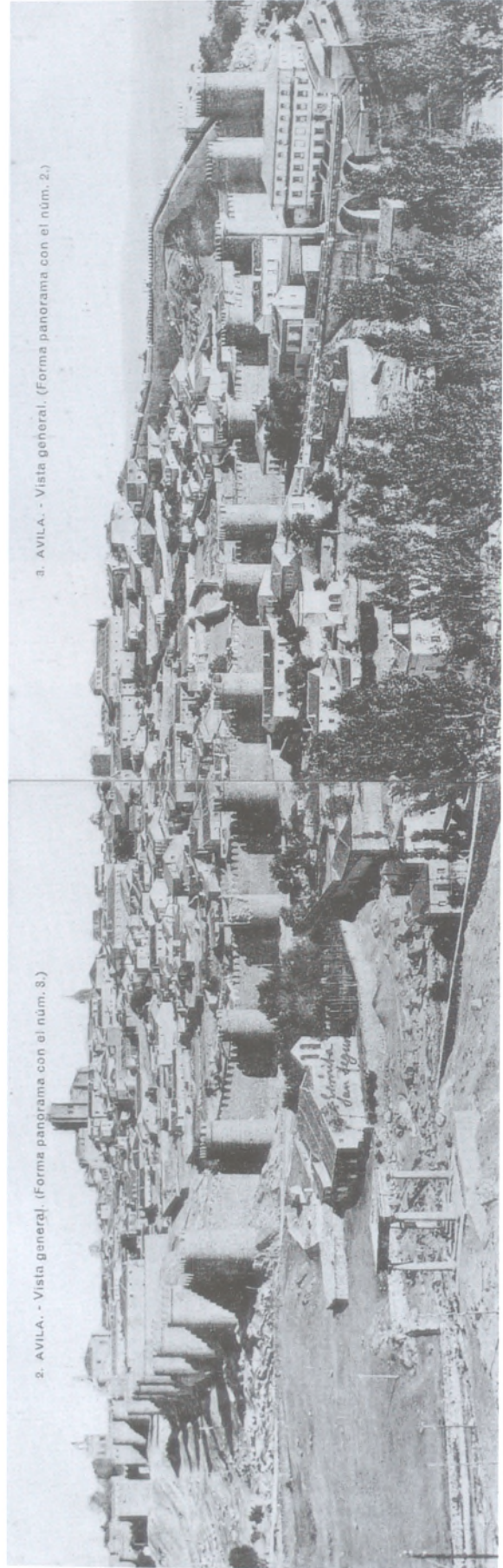


Fotografía anónima. 1895.  
Es de las pocas fotografías  
en que se distingue la torre  
de San Nicolás sin desmochar.  
Col. J. L. P.





Panorámica desde el cerro de San Mateo. Algunos andamios indican las restauraciones de la muralla en esa época. h. 1908. *Tarjeta postal doble. Lucas Editor.*

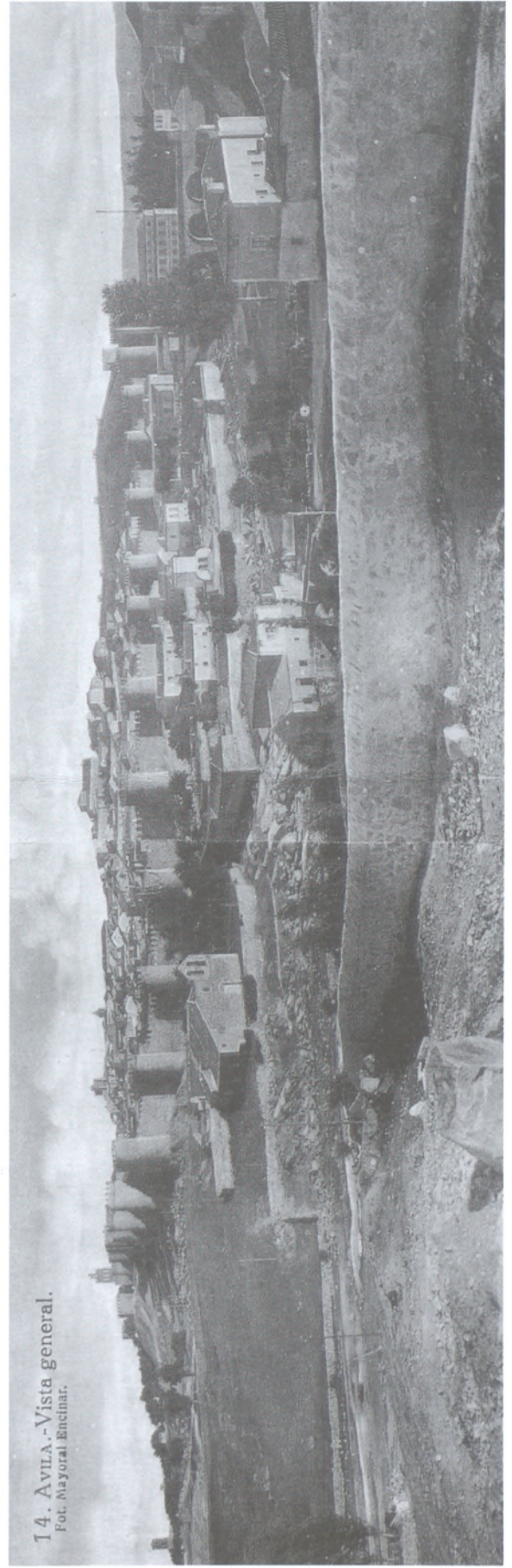


Panorámica con los Cuatro Postes. Foto: Lacoste. h. 1920. *Tarjeta postal doble.*





Panorámica. Tarjeta postal doble. E. D. Lucas Martín. h. 1920.



Vista general Foto: Mayoral E. Tarjeta postal doble. h. 1925.



# El Grande, 1880-1980



Puerta del Alcázar.  
Foto: C. Alguacil. h. 1880.





Arco neogótico en cartón piedra instalado en El Grande, proyectado por Ángel Barbero. Foto: Col. Herederos de M. Aribas.

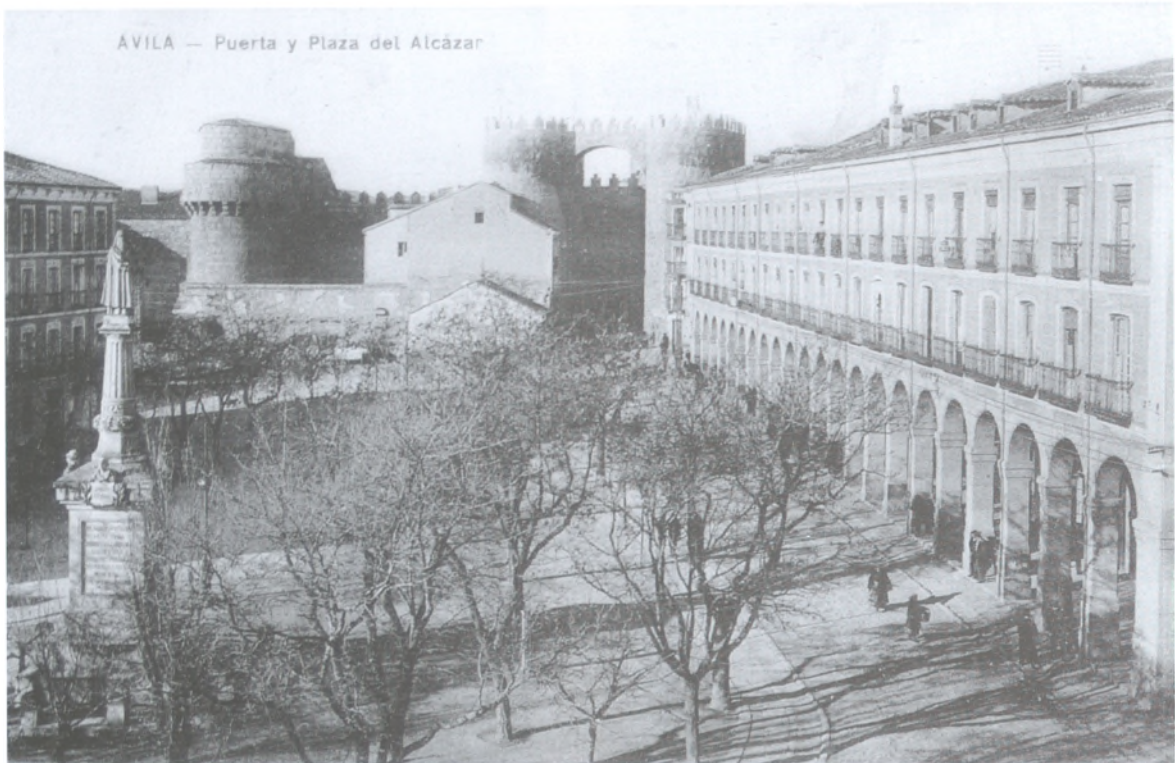


Merlones sin restaurar en el arco del Alcázar. Foto: Puger y Co. Munich. Tarjeta postal. 1901.



Iglesia de San Pedro. Foto: Lacoste. h. 1900.





Se ponen los primeros merlones sobre los cubos del arco que serán después rectificadas.  
 Tarjeta postal. h. 1906.



Obras de reparación de los merlones del arco, en los que se ven las regletas y un obrero sobre el adarme volado.  
 Queda el muro de protección de la muralla tras el derribo de la alhóndiga en 1881. Tarjeta postal. 1908.





*Tarjeta Postal. 1908.*



Plaza del Alcázar y calle San Segundo.  
*Tarjeta postal. h. 1910.*



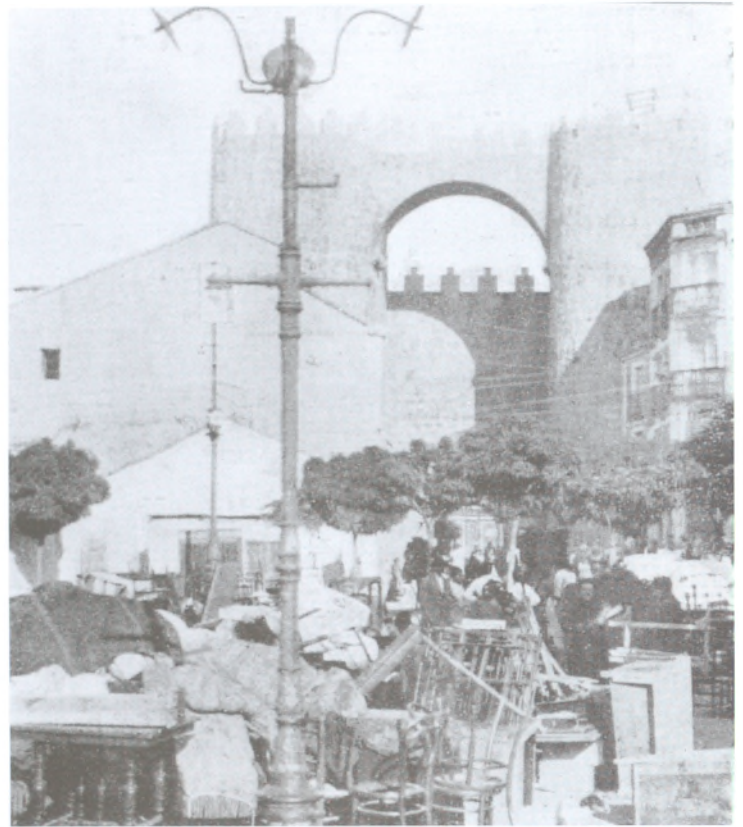
El torreón del homenaje está apuntalado y techado aún con tejas.  
*Foto: Lacoste. h. 1910. Tarjeta postal.*





6.--AVILA. Arco del Alcázar

Tarjeta postal. h. 1910.



Muebles en la plaza tras un incendio.  
Foto: Jaulat. h. 1910.



17 AVILA.—Torreón del Homenaje.  
Fot. Mayoral Encinar.

Restauración del torreón del Homenaje por Repullés, utilizando merlones monolíticos que nunca tuvo la fortaleza. Foto: Mayoral E. h. 1911. Tarjeta postal.





Desfile de la Academia Militar. Foto: *Portfoleo militar*. 1916.



Vendedoras en la plaza. Foto: *Portfoleo fotográfico*. 1916.

«Monumento a las glorias de Ávila». (Fue levantado en 1882, con motivo del III Centenario de la muerte de Santa Teresa).  
Foto: *Tarjeta postal*. h. 1920.







*Tarjeta postal. h. 1921.*



En los años veinte  
se levanta el templete de la música.  
*Tarjeta postal. h. 1921.*



Día de mercado.  
*Tarjeta postal. h. 1922.*





Vista desde el arco del Alcázar.  
Foto: Mayoral E. h. 1925. Tarjeta Postal.



Foto: Mayoral E. h. 1925. Tarjeta postal.



Derribo de las últimas casas adosadas al arco  
en este tramo.  
Quedan los restos del antiguo muro.  
Tarjeta Postal. h. 1927.





Foto: Mayoral E. 1927. Tarjeta postal.  
(El pequeño de la fotografía es Antonio Mayoral).



Iglesia de San Pedro.  
Tarjeta postal. h. 1928.



Vista parcial.  
Foto: Mas. 1928.





Foto: Roisin. h. 1930. Tarjeta postal.



Foto: Thomas. h. 1930. Tarjeta postal.



Iglesia de San Pedro en reparaciones  
y antigua sacristía a la izquierda.  
Tarjeta postal. h. 1930.





Día de mercado. h. 1930.

Se levanta el petril de piedra que nivela el pavimento central de la plaza y se traslada el templete al jardín del Recreo. 1934.  
*Foto cedida por J. L. Gutiérrez.*



En esta época se la bautizó como Plaza de la República. Tras la muralla asoma el Banco de España, construido hacia 1930.  
*Foto anónima. h. 1930.*





Mercado Grande. Foto: Aledo. h. 1940.



Para de taxis de la época.  
Tarjeta postal. h. 1945.



A la derecha el «Café Florida», sin soportales arqueados.  
Tarjeta postal. 1950.





Paseo dominical. h. 1962. Tarjeta postal.



Demolición de la plaza original. 1965.







Una parte de «La Palomilla» o «Monumento a las Glorias de Ávila» se instaló al fondo de la plaza, después se trasladaría al jardín del Dos de Mayo, al igual que se hizo con el templete. Foto: *h.* 1966.



Retirada del rosetón de San Pedro. Tal vez no resistió las voladuras efectuadas para realizar el aparcamiento. Foto: *Mayoral F. h.* 1967.



La plaza estuvo casi veinte años convertida en un aparcamiento. La preferencia del coche sobre el peatón continúa hoy día en el casco antiguo. *Tarjeta postal. h.* 1970.



Vista desde el torreón del Homenaje.  
El edificio del Florida está derribado, tras esta  
obra todas las casas de esa zona quedaron  
con arcadas en los soportales. h. 1972.



Casas adosadas de San Segundo desde  
el Grande, posteriormente terminadas  
de derribar en 1981. Foto: 1975.



El que hoy día esta plaza sea, quizá, la única en  
el mundo con dos monumentos a la misma per-  
sona, se debe a que en el IV Centenario de la  
muerte de Santa Teresa se instaló una nueva  
escultura de la Santa junto a la muralla. Tras una  
larga polémica con el Ayuntamiento encabezada  
por un grupo de artistas plásticos, «La Palomilla»  
también volvió al lugar habitual y la plaza reto-  
maría su antigua fisonomía. El consistorio ha  
anunciado, hace ya tiempo, una nueva remodela-  
ción del Grande, sobre un proyecto de Rafael  
Moneo. Foto: h. 1982.





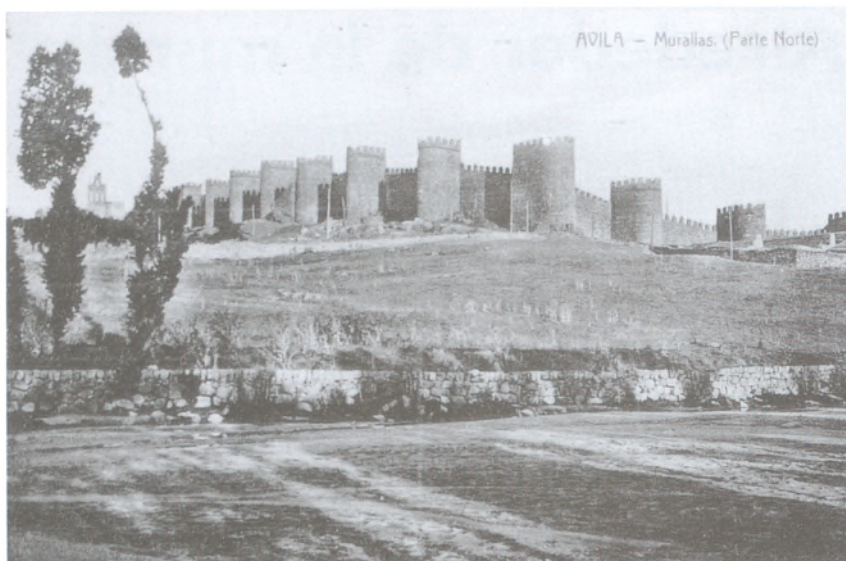
# Alrededor de la muralla



Murallas. Foto: Mas. h. 1928.

La construcción de la muralla románica de Ávila se inició a finales del s. XI y seguramente no se concluyó hasta el primer tercio del XII. A partir de 1884, en que se declaró monumento nacional, comenzaron a realizarse una serie de restauraciones, llevadas a cabo principalmente por el arquitecto Enrique M. Repullés.





Vista desde el cauce del río.  
*Tarjeta Postal. h. 1925.*

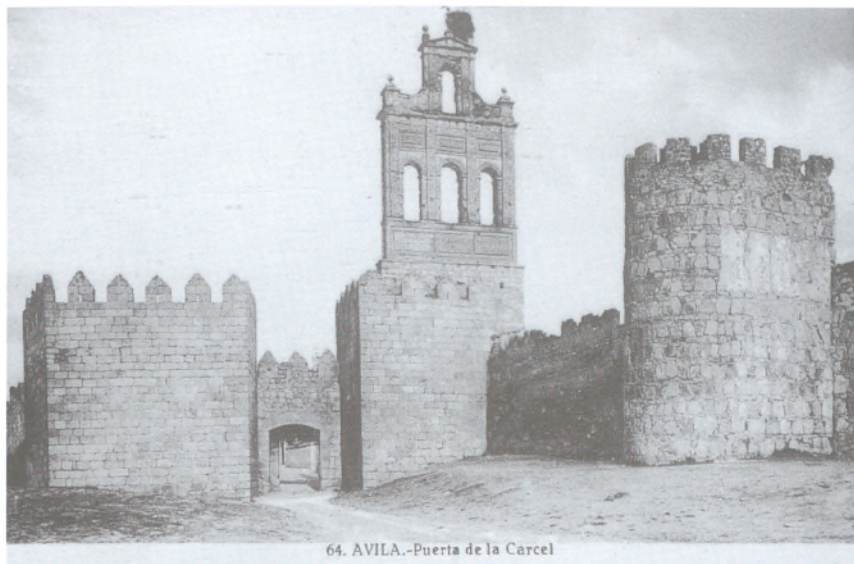


Vista general.  
*Tarjeta postal. h. 1920.*



Mercado de ganados y casa del Pozo de La  
Nieve adosada a la muralla.  
*Tarjeta Postal. h. 1930.*





64. AVILA.-Puerta de la Carcel

Arco y Espadaña del Carmen. Al fondo antigua calle Brieva. *Tarjeta Postal. h. 1930.*



AVILA. MURALLA

Lienzos del norte.  
Se aprecian bastantes merlones desmochados y un túmulo junto a la muralla  
*Tarjeta postal. h. 1930.*



Ronda Vieja. Uno de los cubos esta reconstruido solo con aparejo.  
*Tarjeta Postal. h. 1930.*



Arco Mariscal.  
Foto: Mas. 1928.



Ronda Vieja y fuente.  
Foto: Thomas. h. 1925. Tarjeta postal.



Tramo Norte. Tarjeta postal A. Medrano.  
Col. Vicente Martín. h. 1925.







Alamedas en el tramo Norte. Foto: *Roisin.h.* 1920. *Tarjeta postal.*

Este arco de San Vicente fue el primero en ser restaurado en 1517 y más tarde en 1900. Las piedras viejas empleadas en los merlones, harían creer después que eran originales, haciéndose igual luego los del arco del Alcázar. *Tarjeta postal. h.* 1910.



Tramo de la muralla de San Vicente. Cubierto parcialmente por un túmulo de tierra. *Tarjeta postal. Hauser y Menet. h.* 1900.



Obras para la retirada del túmulo. Se ve el antiguo Museo Provincial adosado al arco, con varios toros graníticos a la entrada.  
*Tarjeta postal. h. 1929.*



AVILA. Arco de San Vicente y Murallas

Vista de la Catedral desde el adarve.  
*Tarjeta postal. h. 1929.*

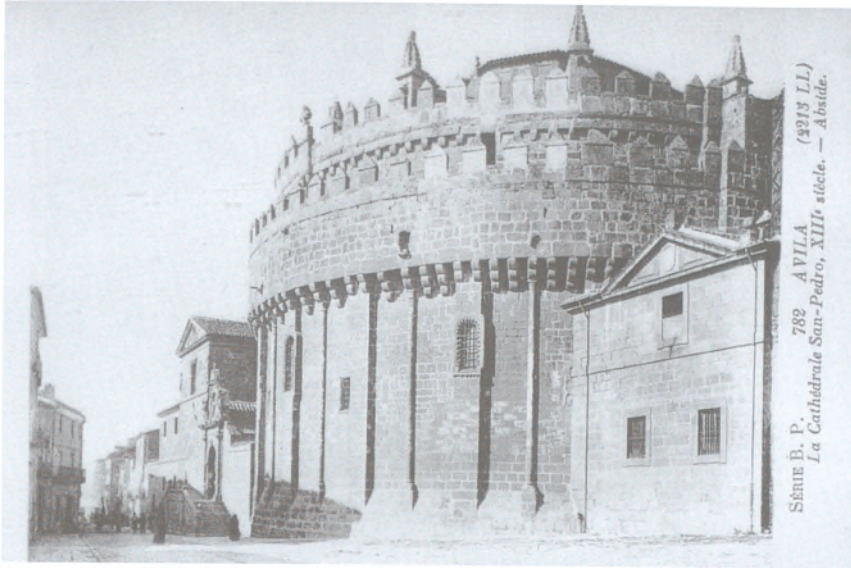


AVILA. Murallas y Catedral.

Muralla en el tramo de San Vicente y antiguo Museo de Piedra. Foto: *Moreno. h. 1930. Archivo de Información Artística. Ministerio de Cultura.*

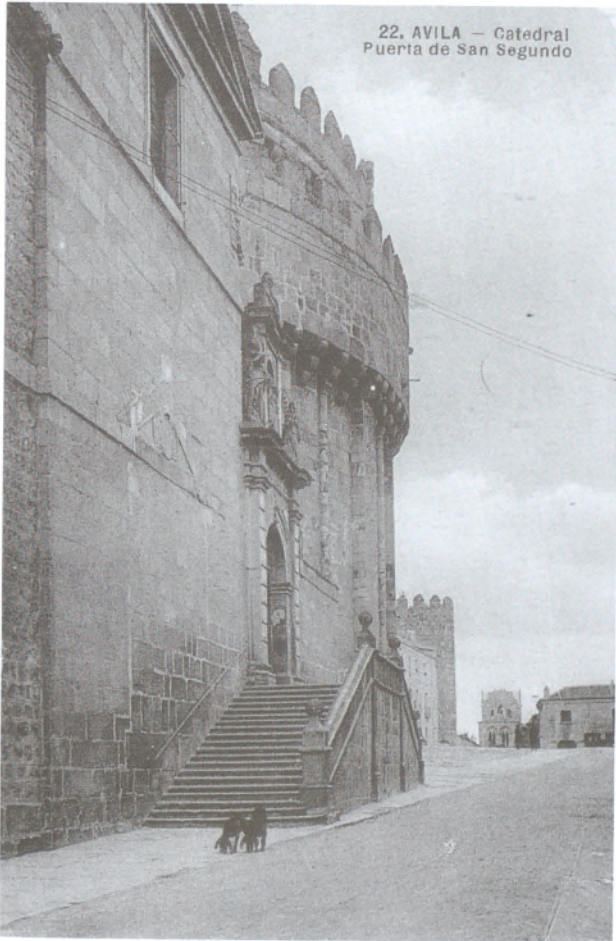






SÉNNE E. P. 782 AVILA (9213 LL.)  
 La Cathédrale San-Pedro, XIII<sup>e</sup> siècle. — Abside.

Ábside fortificado de la Catedral del Salvador  
 y casas adosadas a la muralla en la calle  
 San Segundo. *Tarjeta postal. h. 1910.*



22. AVILA — Catedral  
 Puerta de San Segundo

Ábside de la Catedral y capilla  
 de San Segundo. *Tarjeta postal. h. 1930.*

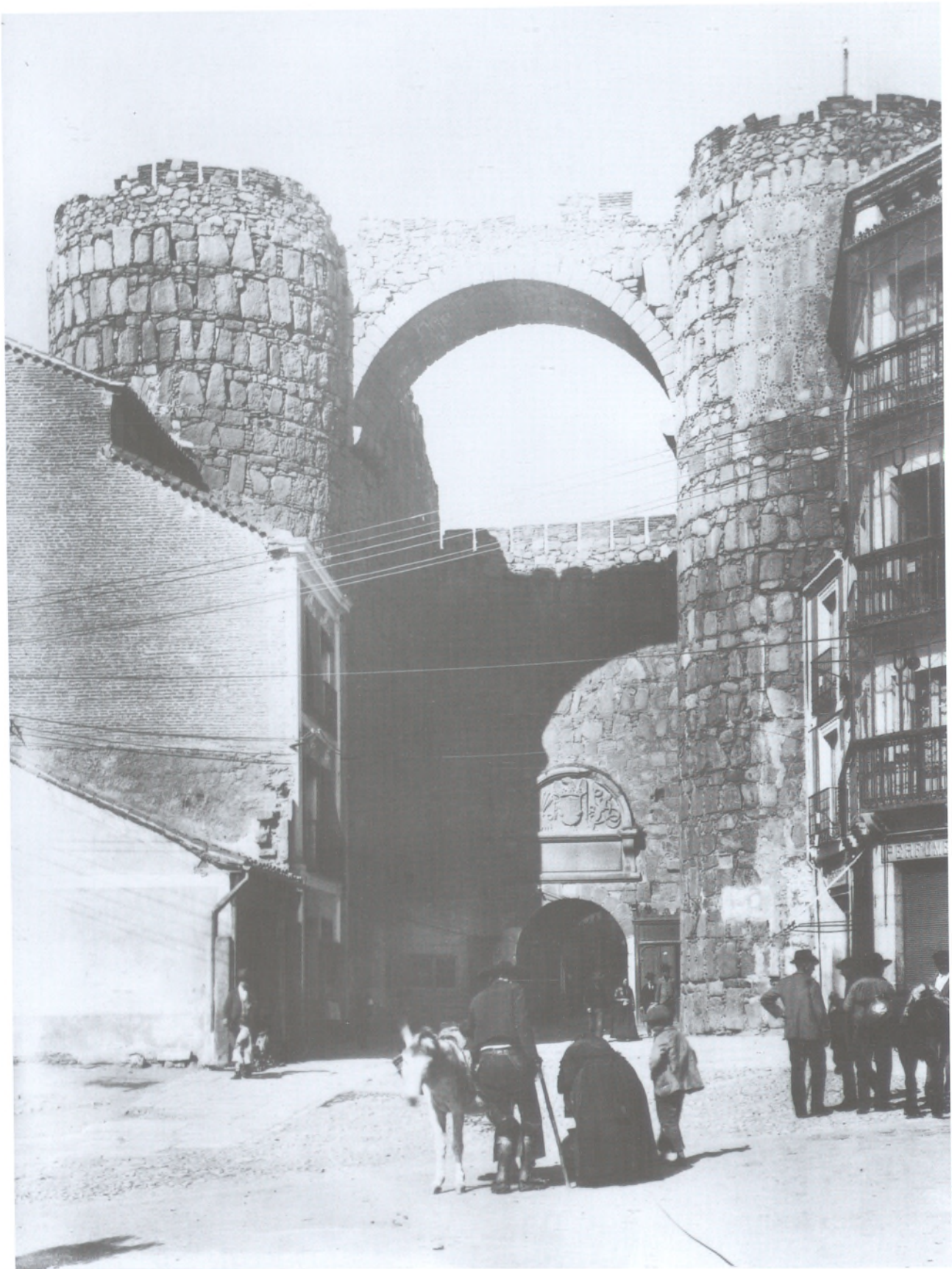


AVILA — Calle de S. Segundo y Casa del Caballo

Calle de San Segundo. Casa del Caballo y puerta  
 del Peso de la Harina. *Tarjeta postal. h. 1910.*

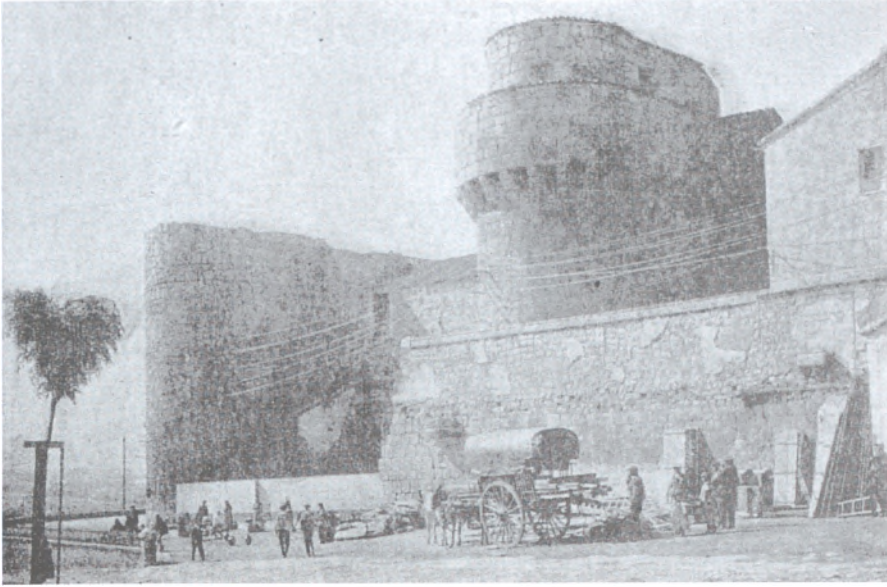






Arco del Alcázar. Esta puerta fue restaurada en 1596 por Felipe II, según consta en la placa que hay sobre el arco.  
Foto: Archivo Moreno. h. 1900. Ministerio de Educación y Cultura.





Torres de la Esquina y del Homenaje. Foto de la guía de Romanillos. h. 1890.



El torreón del homenaje fue restaurado hacia 1911. Las piedras nuevas, aún hoy constrostan claramente.  
Tarjeta postal. h. 1930.



Restauración de la puerta del Grande.  
A la derecha los muros del Alcázar.  
Foto cedida por J. L. Gutiérrez. 1907.





Arco del Rastro restaurado hacia 1900.  
*Tarjeta postal. h. 1925.*



Puerta de la Santa o de Montenegro.  
 Foto: 1890. Archivo Ruiz Vernacci.  
 Ministerio de Educación y Cultura.



Murallas y cuesta del hospital.  
*Tarjeta Postal. h. 1935.*

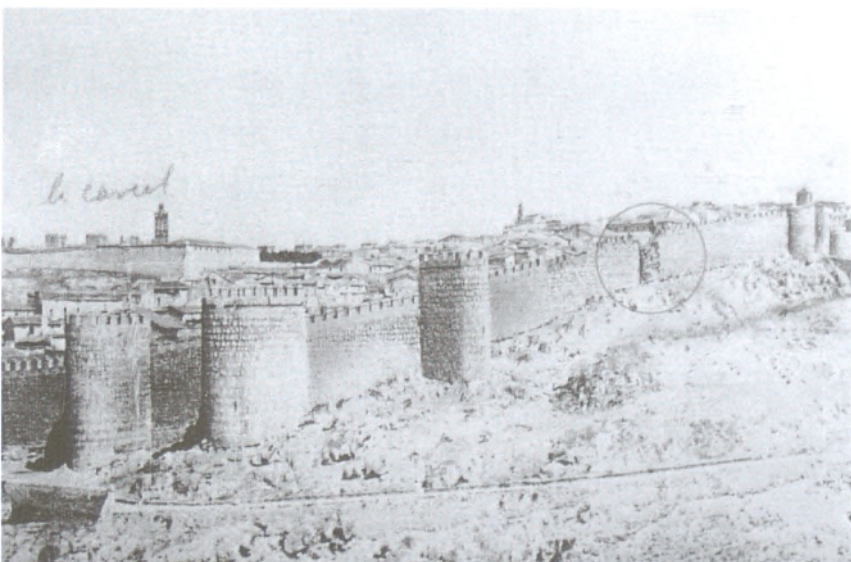




Matadero y atrio de San Isidro. h. 1910.  
Col. Vicente Martín.



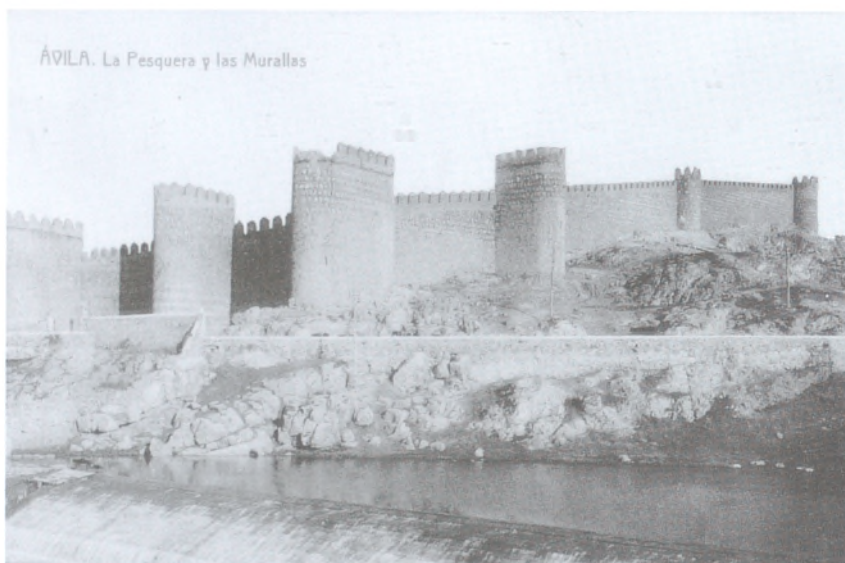
Murallas y restos del matadero.  
Tarjeta postal. h. 1925.  
Col. Vicente Martín.



Muralla. Foto: Isidro de Benito.  
h. 1885. Archivo Repullés.  
Círculo con torreón derruido.



Lienzos del Suroeste. Las restauraciones dejaron a los cubos sin una estrecha franja de ladrillo mudejar, que tenían originalmente bajo el almenaje. *Tarjeta postal. h. 1950.*



Vista desde el trampón o pesquera del río.  
*Tarjeta postal. h. 1920.*

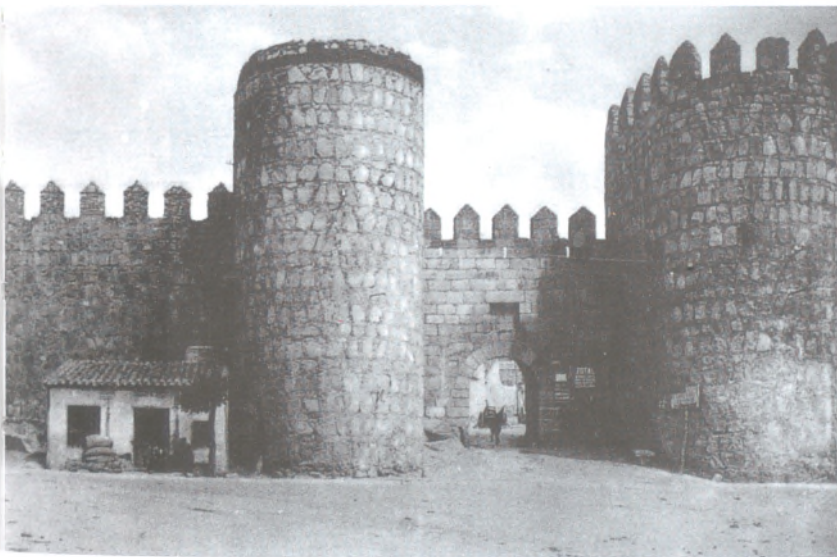


Murallas vistas desde el río Adaja. *h. 1950.*





Tramo Oeste desde el Adaja.  
*Tarjeta postal. Hauser y Menet. h. 1910.*



Arco del puente.  
*Tarjeta postal. h. 1930.*



Torreones del Arco del puente.  
*Tarjeta postal. h. 1945.*





Murallas, tramo Oeste. Foto: *Wunderlich*. h. 1920. Una leyenda cuenta que este cubo se derribó al caer San Segundo desde el cielo, llegando luego rodando hasta el lugar donde después se levantó la ermita.



Tramo Oeste. Este cubo aparece ya parcialmente derruido en las fotografías de Laurent. Debió restaurarse antes de 1895 y volvió a derrumbarse en 1906  
*Tarjeta postal*. h. 1920.





Ganaderos en la Ronda. *Tarjeta postal. Hauser y Menet. h. 1935.*



Ermita de San Segundo y muralla. *h. 1935. Tarjeta postal. Ed. A. Medrano.*





J. Sorolla: «Serie de las regiones de España: «Castilla» o «La fiesta del pan». Sección izquierda: Ávila. Óleo sobre lienzo. 1913. 3.50x14 metros. *Hispanic Society, Nueva York.*

## Sorolla

«Castilla», un óleo conocido también como «La Fiesta del Pan», es la mayor obra que pintó Joaquín Sorolla, se encuentra en Nueva York, en la Hispanic Society of America y alcanza 14 metros de largo. La vista de Ávila es apenas la mitad del cuadro. La sección derecha corresponde a una vista de Toledo; en ella, otro grupo de personajes con sus antiguos trajes van a unirse con los de Ávila para celebrar una imaginaria «Fiesta del Pan», desfilando en honor de San Isidro Labrador. Ambos cortejos, con sus respectivas ciudades de fondo, representan las dos antiguas Castillas, la Vieja y la Nueva, consideradas por entonces graneros del país y núcleos de la identidad española.

El cuadro forma parte de una serie de escenas que representan lo más característico de las «Regiones Españolas». Dispuestas unas junto a otras, como si de enormes ventanales se tratase, el conjunto rodea la sala de lectura del museo neoyorquino, ocupando en total más de doscientos cincuenta metros cuadrados de pinturas al óleo. Las medidas no son, sin embargo, la

mejor referencia para describir lo que allí se ve. Cada cuadro es distinto en composición y colorido.

A la sorpresa inicial de ver en Nueva York el enorme paisaje de la ciudad, le sigue el interrogante de cómo fueron a parar a Harlem todas aquellas obras. La explicación ha de ser breve ya que la historia no lo es.

Archer M. Huntington heredó la inmensa fortuna amasada por su padre, que mandó construir el ferrocarril transcontinental americano. En uno de sus viajes por Europa Huntington quedó impresionado por los paisajes, la cultura y las gentes de España. Comenzó a entablar amistad con intelectuales y gentes de la cultura hispana y a partir de entonces recorrió el país para conocerlo realmente; conviviendo anónimamente en ocasiones con labriegos y pastores. Fue adquiriendo, bien por encargo o bien directamente, un número considerable de obras de arte, pinturas de El Greco, Velázquez, Goya o Murillo, entre otros, así como esculturas, retablos, cerámica, incunables, miniaturas, trajes y tallas de todas las épocas. El respeto que Huntington sentía por





Sección derecha de «La Fiesta del pan»: Toledo.

este país, hizo que pusiera como condición que todas las obras fuesen compradas a colecciones extranjeras, sin esquilmar el patrimonio nacional. Sólo algunas piezas menores fueron adquiridas en España.

Para albergar toda la colección y promover los estudios hispánicos en América, Huntington fundó en 1904, The Hispanic Society of América. Construyó para ello un conjunto de magníficos edificios neoclásicos próximos a la universidad de Columbia, al norte de Manhattan. Su fortuna le permitió elegir una de las zonas con más futuro de la isla. A finales del siglo XIX, ante el crecimiento de la ciudad, comenzó a construirse por encima de Central Park una lujosa área residencial con amplias avenidas y viviendas unifamiliares para la burguesía blanca. Con esas premisas el barrio quedó enseguida reservado para gentes adineradas. Tan exclusiva llegó a ser la zona, que los alquileres se elevaron desmesuradamente, algunas viviendas comenzaron entonces a quedar vacías. A los especuladores, dispuestos a todo con tal de no bajar los precios, no se les ocurrió otra idea que alquilar habitaciones por horas. Las gentes de color que por entonces trabajaban por turnos en la construcción del metro y otros edificios, dormían diseminados por varios distritos y no teniendo para arrendar viviendas de forma estable, comenzaron a alquilar aquellas habitaciones. Familias enteras entraban con todos sus enseres para dormir apiñados en una sola pieza,

saliendo a las pocas horas para que el siguiente turno pudiera pernoctar. Ya pueden imaginar el resto, las familias acomodadas fueron abandonando paulatinamente sus bonitas casas y la zona fue degradándose hasta la situación que todos conocen. The Hispanic, al igual que otras instituciones y palacetes, quedó allí, en la calle 157, aislada y fuera de los recorridos turísticos más usuales de la ciudad; de ahí que sea escasamente conocida incluso por las agencias y guías de Nueva York. Sin embargo, puede visitarse



Sala de lectura y vista parcial del conjunto de las regiones de España. Hispanic society. Nueva York.



cogiendo un taxi por apenas 5 dólares. La pena es que la mayoría de los fondos del museo no están expuestos al público por falta de espacio y presupuesto. Los numerosos López Mezquita o Chicharro que hay en sus fondos, muchos con temas de Ávila, casi nadie llega a verlos. Por igual razón solamente unas pocas obras de Sorolla y de otros importantes artistas se hallan expuestas permanentemente, entre ellas el conjunto de Las Regiones de España. Esta permanencia fue una de las condiciones que impuso Sorolla a su amigo Huntington al formalizar el contrato en París. El artista se comprometió en 1911 a realizar la decoración de la sala del museo en cinco años «pintada al óleo, de tres metros y medio o tres metros, por setenta metros de largo[...] Los motivos para esta decoración serán tomados por representaciones de la vida actual de España.[...] El precio será cuando sea la entrega en Nueva York, de ciento cincuenta mil dólares». Pero tal como indica Florencio de Santa Ana:

*«Aunque la oferta económica fue para la época muy estimable, el encargo también lo era. Sorolla debió sopesar mejor esta empresa ya que finalmente tardó ocho años en realizarla, sus condiciones como pintor no estaban de acuerdo con las de muralista. Por otra parte, el pintor se encontraba en el cenit de su actividad artística y continuaba investigando nuevas formulaciones estéticas en el tratamiento de la luz. Si hubiera seguido adelante no podemos precisar qué alturas hubiera alcanzado. Pero la decoración de la Hispanic Society supuso un tapón en su actividad creadora, y en cierta medida, un retroceso, del que escapan algunos cuadros pintados en sus no muy numerosos descansos».*

Ciertamente algunas obras de esta sala, entre ellas la de Ávila, están lejos de esas composiciones espontáneas y luminosas de los mejores Sorolla. Aparte de recurrir a referencias fotográficas, el pintor realizó, sólo para La Fiesta del Pan, más de veinte estudios preparatorios a tamaño natural. A ello hay que añadir otros más pequeños de paisajes para el fondo e interminables dibujos y guaches para la composición. Tanto en

The Hispanic Society como en el Museo Sorolla de Madrid<sup>1</sup> se conservan más de trescientos estudios y bocetos para este lienzo; las grandes dimensiones del cuadro contribuyeron a que la composición fuese demasiado escenográfica, personajes y fondo están dispuestos casi teatralmente.

Llama la atención el monumento que se interpone delante de la muralla. ¿Lo reconocen?. Es la fuente del Pradillo. Esa fuente, levantada en tiempos de Felipe II, que tiene tallado el Toisón como símbolo de realeza, fue elegida por Sorolla para presentar un escenario representativo de Castilla, en tiempos orgullosamente noble y guerrera y luego humilde campesina. El pintor hizo varios bocetos del natural tanto de las murallas como de la fuente; ésta sería luego sobredimensionada en el cuadro definitivo para dar mayor monumentalidad a la escena, sin embargo lo que la hace difícilmente reconocible no es tanto su tamaño como su ubicación. Sorolla la coloca en el entorno de los Cuatro Postes según se ve por la situación de San Segundo y la muralla. La composición puede desorientar al espectador que no conozca la ciudad. Esto fue lo que le ocurrió a Marcus B. Burke, curator de la Hispanic, cuando quiso localizar por su cuenta la fuente. Cuando finalmente dio con ella, le invadió el desencanto, no tanto por su tamaño real, como por el estado de abandono en que se encuentra actualmente, algo que al parecer no conmueve a nuestras autoridades municipales, que deberían saber de su valor. Burke me reiteró en Nueva York las buenas y cuidadas casas que no obstante había por los alrededores del monumento. Sin confesarlo directamente, los norteamericanos son insistentemente discretos, me daba a entender una y otra vez su extrañeza por el abandono de la fuente del cuadro. No habiendo pobreza en la zona, se dejaba degenerar no sólo el monumento, cubierto de pintadas, sino también el entorno, sucio a pesar de tener al lado un edificio de la empresa municipal de limpiezas, y carente al menos de una indicación informativa.

Sorolla estuvo pintando en Ávila al menos en tres ocasiones, la primera en marzo de 1910; en las dos siguientes, mayo de 1912 y noviembre de 1913 vino ya

<sup>1</sup> El museo Sorolla en Madrid, es la casa-estudio que el pintor encargó construir a otro arquitecto ligado a Ávila, Enrique María Repulles y Vargas. En marzo de 1997, cuando se escribió este artículo, dos exposiciones itinerantes de Sorolla estaban recorriendo varias ciudades castellanas, entre ellas algunas que no fueron pintadas por el artista pero que quisieron rendirle homenaje. Hasta Valladolid, León, Zamora o Palencia llegaron aquellos cuadros. El porqué en Ávila no se solicitan siquiera estas y otras exposiciones resulta inexplicable; es como si nadie en la administración de cultura se sintiera ciudadano de este lugar. Tal vez estén ocupados en algo de mayor interés general, o particular; pero esta ciudad, que vive en buena parte de los encantos que ha heredado, debería cuidar mejor estos asuntos.



para realizar los bocetos de La Fiesta del Pan. Tomó varias panorámicas de Ávila, pero buscó en otros monumentos algún aspecto particular que pudiese emplear para La Fiesta del Pan. A estos esbozos corresponden las figuras del pórtico sur de San Vicente, la puerta del palacio de los Dávila, el puente romano, un detalle de la Catedral y las vistas de la fuente del Pradillo. Sólo este último motivo sería utilizado después para el cuadro que se encuentra en Nueva York. Los Tipos de Ávila, una obra más acabada y de mayores dimensiones le sirvió también como referencia; aquellos campesinos de primeros de siglo, con sus capas y sombreros de ala ancha, aparecen en el desfile del cuadro.



«Vista de Ávila». J. Sorolla. 1912.  
Óleo sobre tela. 58x84cm. Museo Sorolla. Madrid.



«Fuente de Ávila». J. Sorolla. 1912  
Óleo sobre lienzo. 81x105.. Museo Sorolla. Madrid.



Fuente del Pradillo.  
Foto: J. Mayoral. h. 1920. Tarjeta postal.



No todos los trabajos preparativos tendrían una traducción directa en ese lienzo, que le llevaría más de un año acabar. Esto le hará «recapacitar, y a la conclusión del cuadro en 1914 cambia de postura. No cree conveniente realizar estudios y pintar luego la obra definitiva en el taller, porque pierde frescura y espontaneidad, atributos que sí tienen los estudios» (F.de Santa Ana). A partir de entonces, decide pintar el resto de los cuadros directamente del natural en los lugares elegidos y al aire libre. Cinco años más tarde, en Junio de 1919 termina la agotadora decoración de la Hispanic, compuesta por catorce murales, muriendo sin llegar a verlos instalados.

Sorolla nunca llegó a tener relación con los impresionistas ni con ninguno de los modernos movimientos europeos de finales y primeros de siglo, a pesar de que algunos fueron protagonizados por pintores españoles. Lejos de esos destellos vanguardistas, morirá en 1923, «lo que le evitará el enfrentamiento con una nueva generación artística, que tenía sus miras en problemas y planteamientos distintos». Continuator de la tradición figurativa más folclórica para unos, para otros un atrevido «formulador de un lenguaje moderno en la práctica de la pintura», Sorolla fue ante todo un artista centrado en la concepción del color y la luz. Alejado de esa visión pesimista de una España negra que pintores como Solana representarían más tarde, prefirió ser testigo de las más luminosas escenas costumbristas.



«Tipos de Ávila». J. Sorolla. 1912.  
Óleo sobre lienzo 201x192. Museo Sorolla. Madrid.





«Puerta de San Vicente». J. Sorolla. 1910.  
Óleo sobre lienzo. 104x81. Museo Sorolla. Madrid.



«Casa señorial de Ávila». J. Sorolla. 1910.  
Óleo sobre lienzo. 104x82. Museo Sorolla. Madrid.



«El puente viejo de Ávila» J. Sorolla. 1912.  
Óleo sobre lienzo. 82x105.  
Museo Sorolla. Madrid.



# Tomás Luis de Victoria

Thomae Ludovici de Victoria Abulensis, el Abulense, como solían llamarle en los círculos musicales europeos, nació en Ávila en 1548. Actualmente varias ciudades lo reclaman como suyo, pero algunas investigaciones, las de Ferreol Hernández entre ellas, creen que son poco fundadas las opiniones que dicen que Victoria pudo haber nacido en Sanchidrián, Valladolid o Cataluña. Según Ferreol, la que fue su casa, a falta todavía de una placa que se acuerde de él, estaba en la calle Caballeros, formando esquina con el callejón de Cuchillería, hoy Pedro Lagasca.

Hijo del escribano Francisco Luis de Victoria y de la segoviana Francisca Suárez de la Concha, Tomás Luis vino al mundo en el seno de una familia acomodada. Su padre y el de Santa Teresa, aunque de distinta edad, debieron verse con frecuencia en las juntas de hidalgos de la ciudad. Las dos familias Victoria y Cepeda tenían sus casas próximas, ambas pertenecían a la misma parroquia de San Juan, donde monja y músico fueron igualmente bautizados. Ambos padres, por último, tuvieron problemas al final de sus vidas para mantener a sus numerosas proles. En el caso de la familia de Tomás la precariedad, se vio agravada por las elevadas deudas de juego que el padre dejó al morir. La madre Doña Francisca, no tuvo más remedio que asumirlas, viviendo en algunas dificultades hasta sacar adelante a los once hijos del matrimonio.



Retrato apócrifo de Tomás Luis de Victoria, «El abulense» y portada de una edición de sus obras.

Después de la muerte del padre, el futuro se presentaba desolador para todos los hermanos y esto naturalmente afectaría también al pequeño Tomás. La madre tuvo que vender bienes y casas y Hernán, el hermano mayor, pasó su juventud al servicio de algunos caballeros abulenses. Afortunadamente un hermano del padre, el piadoso tío y sacerdote Juan Luis de Vitoria, se hizo cargo de la familia, procurando dar a los pequeños, cuantos recursos estaban en su mano. A pesar de todo, debió seguir siendo un problema alimentar a tantas bocas, puesto que Tomás, con apenas nueve años, entró al servicio del Cabildo, ingresando como «mozo de coro» de la Catedral. Este hecho casual transformaría la vida del muchacho.

Por el alto nivel de los maestros y profesores que tenía aquel coro, los cánticos de aquellos niños debieron ser la admiración de los abulenses. La Catedral se llenaba para oírles cantar en cada liturgia dominical. Según Ferreol, es probable que Santa Teresa oyese cantar en aquel coro a Tomás, «la monja acudía frecuentemente a la Catedral para buscar consejo del racionero Daza», y por ello es fiable que «nuestra Santa oyese cantar, en más de una ocasión, al seise Victoria en la Santa Iglesia Catedral y que monja y niño se encontraran muchas veces».

Como todo alumno del coro de Ávila, Tomás recibía nociones de filosofía y latín, al tiempo que se formaba en los conocimientos musicales.





Catedral.  
Tarjeta postal. h. 1920.



Niños del coro de la Catedral.  
Foto: Cánovas. h. 1920. Tarjeta postal.



Niños del coro. Claustro de la Catedral.  
Foto: Cánovas. h. 1900. Tarjeta postal.



Hasta los catorce años estudió bajo la dirección del maestro de capilla Bernardino Ribera, el crío tomaba tres lecciones diarias de canto y música, «tanto en verano como en invierno»; tuvo varios profesores más, pero su mejor maestro en el coro abulense fue Juan Navarro, quien «le enseñó los misterios del contrapunto y formó el gusto musical de Victoria, dejando moldeado el genio para que, conforme a la enseñanza de su maestro, pudiera muy en breve admirar al mundo con el prodigio de sus obras polifónicas». Las lecciones de Navarro se alternaban con las de canto llano a cargo de Gaspar de Ávila, y otras de órgano bajo la dirección del maestro Águila; todos estos profesores, junto con otros que tuvo Vitoria en Ávila, como Escobedo o Morales, eran nombres conocidos en la música española. En esta alta escuela de Ávila estuvo Tomás hasta aproximadamente los diecinueve años, en que marchó a Italia, ya con una sólida formación musical.

El contacto diario con la liturgia durante nueve años en la Catedral, facilitó su inclinación por la vida sacerdotal. Aunque se piense que lo hizo siguiendo los pasos de su tío Juan Luis o de su hermano Agustín, que había entrado antes en los Jesuitas, la vocación espiritual de Victoria fue intensamente deseada y así lo dejó ver en escritos y en toda su obra musical.

«La ilusión de prepararse para el sacerdocio y ampliar los estudios musicales, la verá ampliamente colmada Victoria durante su estancia en Roma» cuenta Ferreol. La Ciudad Eterna era por entonces el paraíso soñado de todo artista. A su llegada en 1567, la voz y la agilidad de sus dedos al órgano, debieron impresionar a la corte italiana. Las buenas influencias en Roma de los jesuitas de San Gil de Ávila, y sobre todo las que su tío Juan Luis tenía en la orden, le facilitaron la entrada en el Colegio Germánico, institución fundada por San Ignacio de Loyola, que estaba reservada exclusivamente a estudiantes alemanes y húngaros de alto nivel. El abulense llegó pronto a maestro de canto de este prestigioso colegio, lo que prueba que Victoria salió de Ávila con importantes conocimientos musicales. Sólo dos años más tarde abandonó este puesto



Catedral. Plaza sin faroles.  
Foto: Lacoste. h. 1910. Tarjeta postal.



Calle San Segundo.  
Tarjeta postal. h. 1920.



Catedral desde el adarve.  
Tarjeta posta. h. 1930.



para entrar como organista de la iglesia española de Montserrat en Roma.

Aquellos serían sólo los inicios del constante ir y venir de un cargo a otro en Roma. A pesar de todo el tiempo que dedicaba a las clases, no perdió el empeño por componer y difundir su obra:

*«Desde el día en que llegué de España a la ciudad de Roma, a más de otros nobilísimos estudios en que me ejercité durante algún tiempo, muchos esfuerzos y desvelos consagré al estudio de la música... a fin de que los frutos de mi ingenio tuviesen mayor difusión».*

En 1572 entra como maestro de capilla en el Seminario Romano, cargo que había ocupado antes el italiano Palestrina, a quien algunos consideran maestro de Victoria en la técnica compositora, aunque el estilo del abulense llegase a más altas cotas. A partir de esta fecha, publica una colección de motetes a 4, 5, 6 y 8 voces, que irá editando periódicamente.

Alcanzado el anhelo del sacerdocio en 1575, a los veintisiete años, tiene una vida llena de ocupaciones que no le dejan apenas tiempo para la composición ni para el retiro espiritual. *«Cansado de luchar con niños y aprendices, agotado por el trabajo de ensayos con los coros en los colegios, anhela un poco de paz para su alma y menos bullicio y preocupaciones para dedicarse a la composición».* Alejado de vanas ambiciones se refugia en la congregación del Oratorio, al lado de su fundador, San Felipe Neri. Allí pasará unos años que le permitirán dar a luz un buen puñado de obras, entre ellas el famoso Magnificat, un nuevo libro de misas, y más tarde, en 1585 el *Officium Hebdomadae*, su obra maestra, más conocida como Oficio de Semana Santa, compuesta por un total de 37 piezas.

Alcanzada la fama, conocido y admirado en todos los ambientes de Italia, Victoria decide regresar a su país. Gracias a la protección de Felipe II viene a Madrid y el mismo rey le asigna en 1587 el puesto de capellán y maestro del Monasterio de las Descalzas Reales, cargo que le permitirá ejercer como músico y sacerdote, tal como él deseaba.

Victoria renunció a muchos de los privilegios que su cargo en la corte le permitía, desdeñó residir en los cómodos aposentos reales del convento de las Descalzas y se fue a vivir humildemente sus últimos días a una casa de la calle Arenal, acompañado quizá de algunos de sus hermanos a los que acogió y dio empleo en la corte.

No compuso mucho más el abulense en los veinticuatro años que estuvo en Madrid, un par de libros de misas y el *Officium defunctorum*. En ese período quiso más bien reeditar sus himnos y motetes menos conocidos, pero sobre todo deseaba dedicar su vida a la meditación.

Un sábado 27 de agosto de 1611 a los 63 años, entregó su alma a Dios, siendo enterrado en las Descalzas. Actualmente se desconoce dónde han ido a parar sus restos.

Victoria no fue muy prolífico, sobre todo si lo comparamos con otros compositores de su época, pero las ciento ochenta obras que dejó, son un prodigio de la creación compositora. *«Profeta y pionero de la tonalidad moderna, visionó el porvenir y lo abrazó convencido. Dominó el policoralismo, culminándolo con composiciones de hasta doce voces».* (Enciclopedia Musical). Los elogios y datos sobre su obra podrían llenar muchas más hojas, pero lo verdaderamente importante sería poder conocer mejor su música.

En 1573, Victoria mandó desde Roma varios libros de música para la Catedral de Ávila donde fue educado; libros que no fueron agradecidos ni pagados. Años más tarde envió otro volumen de misas breves, también para órgano. De éste sólo le pagaron los portes, pero esto hoy no tiene importancia, lo triste es que todas estas obras, que estaban en la Catedral, *«se perdieron por obra de la incuria o de otros pecados y hoy no están, no queda una. ¡Que Dios nos perdone!»*, dice Ferreol.

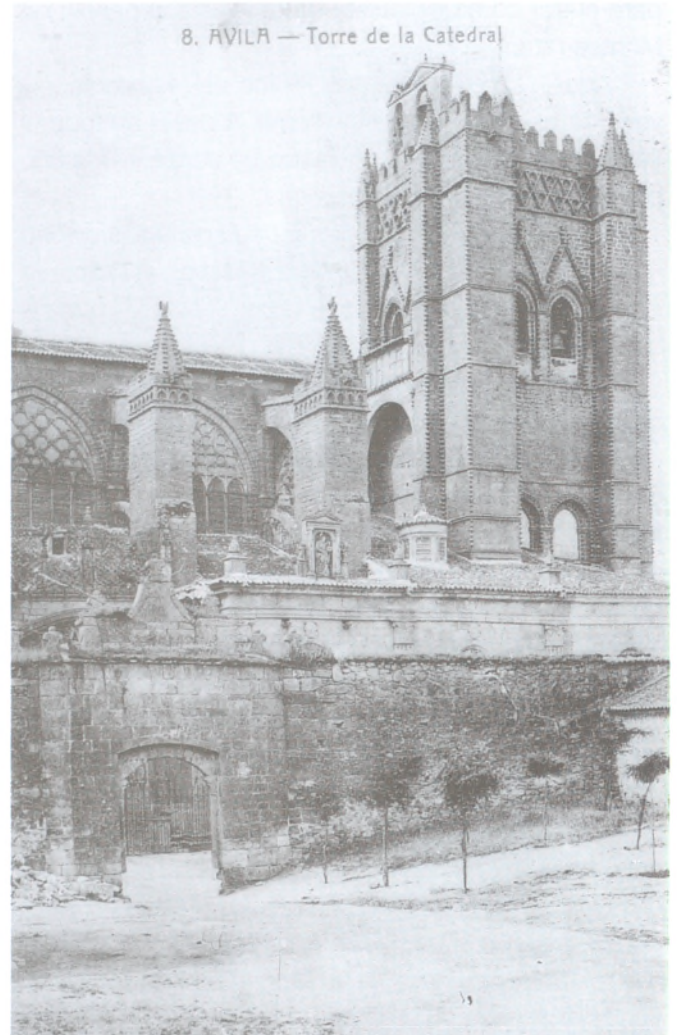
Ávila debería tener a Victoria como a otro de esos místicos a los que vio nacer. A pesar de todo, el olvido local sigue posándose sobre el que fue uno de los más grandes músicos de este país. Compuso únicamente música religiosa vocal, como un modo de alabar al Creador, del que decía haber recibido todo bien, rebelándose incluso contra *«quienes no sirviéndose de la música para tal fin, la encaminaban hacia las más bajas pasiones profanas de la maldad de los hombres».* Sólo la Coral Tomás Luis de Victoria salva actualmente el desierto musical abulense, ofreciendo su calidad y repertorio cuando se le da ocasión. No siempre valorada, esta coral sobrevive sin apenas recursos, gracias, sobre todo, al entusiasmo de todos sus componentes, que echan de menos ese reconocimiento que grupos de su nivel tienen en sus lugares de origen.

La obra de este *«genio místico de la polifonía Universal»*, como le llama Don Baldomero Jiménez Duque, apenas es conocida en su tierra, y lo que es



peor, tampoco hay muchas posibilidades de que lo sea. Es lamentable que hace unos años se decidiese dejar de patrocinar la semana de Polifonía en Ávila<sup>1</sup>. Esa desaparición dejó ver la indiferencia de ciertas instituciones. Sería alentador volver a emprender aquel camino que se abandonó y que ciudades como Cuenca han sabido justamente rentabilizar. Si no es así Ávila, con todas sus piedras, no tendrá mucho de lo que enorgullecerse. La riqueza cultural de una ciudad no está en su patrimonio, sino en su capacidad para valorarlo.

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en 1996. Al cabo de dos años se ha comenzado a organizar unas Jornadas Polifónicas.



La catedral desde el corralón del palacio Antiguo.  
*Tarjeta postal. h. 1920.*



Vista Este de la Catedral.  
Foto: Lacoste. h. 1910.  
*Tarjeta postal.*



# Palacios y casas



Palacio de los Velada. S. XVI.  
Foto: Lacoste. h. 1915. Tarjeta postal..



Patio del palacio  
de los Velada.  
Foto: Mas. 1928.





73. AVILA. – Palacio de los Águila y Torre Arias,  
hoy del Duque de Valencia.  
Fot. Mayoral Encinar.

Palacio de los Águila o  
de la Duquesa de Valencia. S. XVI.  
Foto: Mayoral, E. h. 1920. Tarjeta postal.

Casa de los Verdugo. Puerta y fachada. S. XVI.  
Foto: Mas. 1928.





Palacio de Superunda. S. XVI. (Estudio del pintor Caprotti).  
Foto: Mayoral. h. 1920. Tarjeta postal.



Sala de desnudos. Estudio de Caprotti.  
Foto: J. L. P.

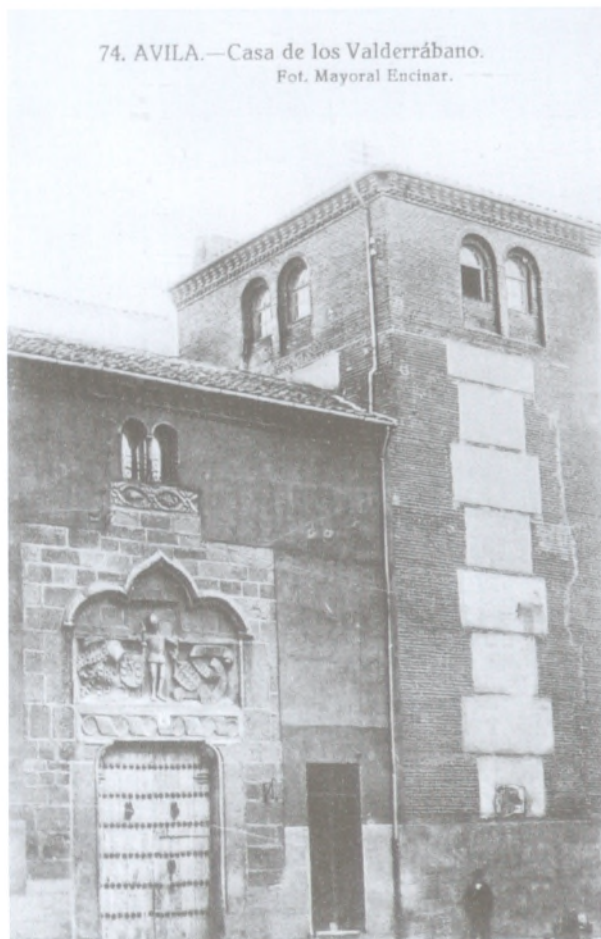


Palacio de Núñez Vela.  
(Audiencia). S. XVI.  
Foto: h. 1910. Tarjeta postal.





Escalera del palacio Núñez Vela.  
Foto: *h.* 1950.



74. AVILA.—Casa de los Valderrábano.  
Fot. Mayoral Encinar.

Palacio Valderrábano. S. XVI.  
Foto: *Mayoral, E. h.* 1920. *Tarjeta postal.*



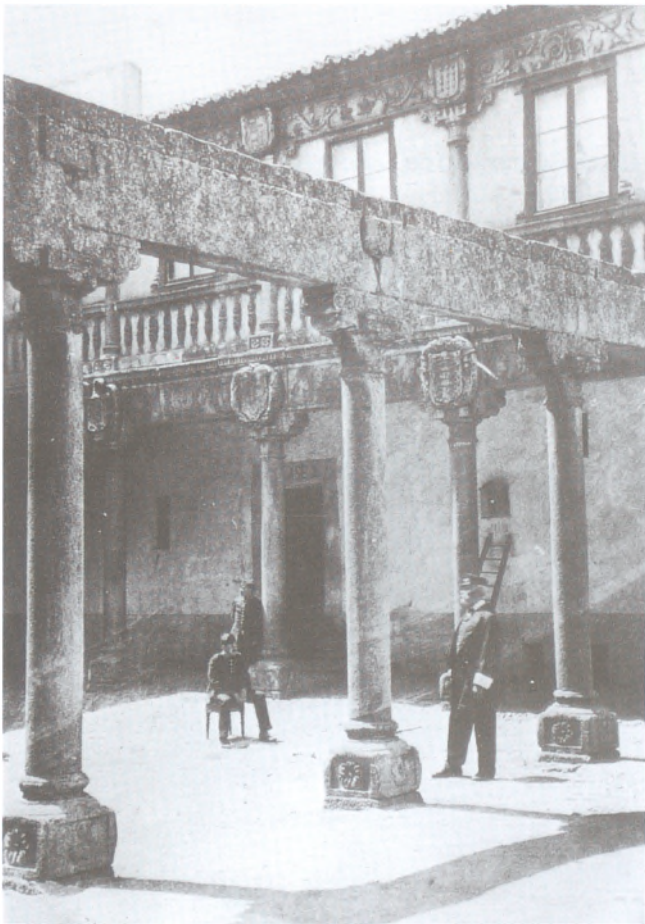
69. AVILA.—Portada del Palacio de Rey Niño, antigua morada de Obispos.  
Fot. Mayoral Encinar.

Portada del Palacio del Rey Niño. S. XVI.  
Foto: *Mayoral. h.* 1920.





Palacio de los Polentinos.  
(Academia militar). S. XVI.  
Foto: h. 1920. Tarjeta postal.



Patio del Palacio de los Polentinos.  
Foto: h. 1920.



Palacio de los Serrano. S. XVI.  
Foto: Mayoral, E. h. 1920. Tarjeta postal.





Torreón de Guzmanes o de Crescente. S. XVI.  
Foto: h. 1910.



Patio del palacio de Crescente.  
Foto: Mas. 1928.





Casa del Caballo. (Antiguo Hospital de San Martín).  
Foto: *Mayoral, E. h.* 1920.



Palacio de los Deanes. S. XVI. (Museo Provincial).  
Foto: *h.* 1945. *Tarjeta postal.*





21. AVILA.-Portada del Palacio de los Duques de Abrantes.  
Foto. Mayoral Encinar.

Portada Norte del Palacio de los Dávila o de Abrantes. S. XVI.  
Foto: Mayoral, E. h. 1920. Tarjeta postal.



Portada oeste del Palacio de los Dávila.  
Foto: Mas. 1928.





Palacio del Marqués de Benavites. Actual Parador.  
Foto: Aledo. h. 1920.



Palacio del Marqués de Benavites. Galería de cerámicas y primitivos. Este palacio estaba ricamente decorado, incluso en el patio central presentaba azulejería de Daniel Zuloaga.  
Foto: h. 1920.



Palacio del Marqués de Benavites. Armería.  
Foto: h. 1920.



Salones del Palacio Benavites. Foto: h. 1920.

La salida de algunas colecciones artísticas que atesoró este protector en su palacio fueron una pérdida para la ciudad. Entre las más importantes estaban los más de doscientos incunables, cuyo paradero aún está por aclarar. Algunos legados fueron donados a las instituciones locales, pero siguen sin ver la luz después de casi medio siglo. La labor de este noble hombre continúa siendo casi desconocida, a pesar de ser el gran favorecedor de Ávila en el primer tercio del siglo XX.



# Antiguos barrios

28. AVILA.-Vista Parcial de la Ciudad desde el antiguo barrio de Santiago.  
Fot. Mayoral Encinar.



Barrio de Santiago.  
Plaza del Rollo  
Foto: Mayoral E.  
Tarjeta postal. h. 1925.

1. AVILA. - Vista general.



Burgo del puente.  
Foto: Lascoste.  
Tarjeta postal. h. 1920.





Arrabal del puente.  
Foto: Mayoral E., h. 1920. Tarjeta Postal.



Puente Adaja.  
Tarjeta Postal. 1920.



Barrio de San Segundo.  
Tarjeta postal. h. 1930.





Barrio de Ajates.  
Foto: A. R. Zuñiga. h. 1915. Tarjeta postal.



Barrios de San Andrés y San Francisco.  
Foto: h. 1945.



Bajada de Gracia.  
Foto: Adela Gil. h. 1951.





Judería. S. XI-XII. Calle Telares.  
Foto: A. de la Cruz. h. 1940.



Judería. h. 1960.



Barrio de Santiago. Foto: Adela Gil. h. 1960.





Plaza de la Feria. Foto: *Mayoral F. h.* 1950.



Teso del Hospital.  
Foto: *Mayoral F. h.* 1950.



Barrio de Las Vacas. Cuesta antigua.  
Foto: *Mayoral.* 1951.





Hospital Viejo. Foto tomada del  
Portfolio F. de España. *h.* 1920.



Barrio mudéjar y arcos de las Paneras del Rey.  
Foto: *h.* 1960.



Murallas y barrio interior del Cucadero. *h.* 1950.





Barrio de San Nicolás. Foto: Adela Gil. h. 1960.



Casas junto a Santo Tomé el Viejo. Foto: Adela Gil. h. 1960.



# Portada de Ariz

Grabado: portada del libro de Fray Luis Ariz, «Historia de las Grandezas de Ávila», 1607. Las dos figuras superiores son San Segundo y Alcideo, hijo de Hércules y fundador de Ávila en la mitología. En la hornacina y sobre las murallas aparecen algunos de los primeros reyes que pasaron o fueron protectores de la ciudad, como Alfonso VII o Isabel la Católica. «Ávila del Rey» es el título que figura sobre el arco, tras él se ve a Doña Urraca y a Don Raimundo de Borgoña, con los primeros repobladores de Ávila. Abajo figuran el escudo del autor y los blasones de la dos más famosas cuadrillas de la ciudad en la antigüedad: la de Blasco Jimeno y la de Esteban Domingo, con sus seis y trece reoeles respectivamente.





# Entornos



Vista desde el cerro de San Mateo. Foto: Wunderlich. h. 1930.



Vista general.  
Foto: Marde. h. 1960. Tarjeta postal.





Vista desde el camino de Martiherrero.



Vista desde el Suroeste  
*Tarjeta postal. h. 1960.*



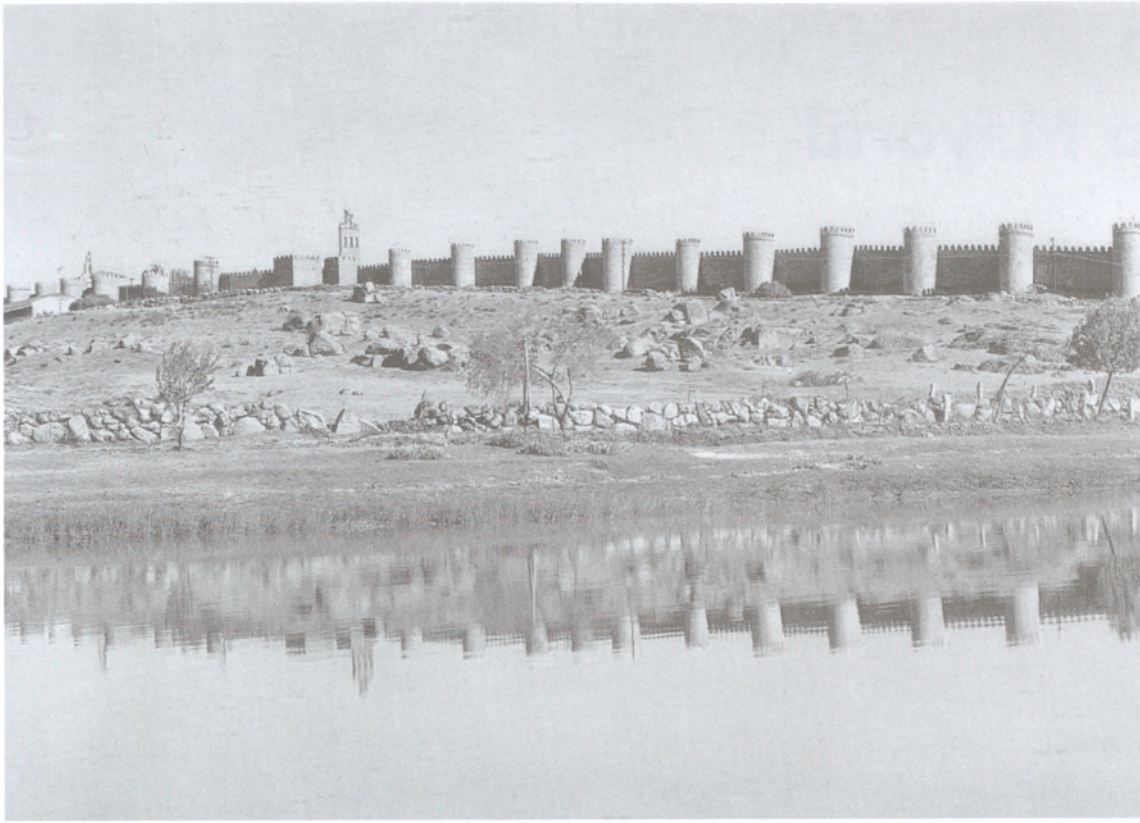


Río y Murallas. *Tarjeta postal. h. 1960.*



Ávila desde el cerro de S. Mateo  
Foto: *Roisin.*  
*Tarjeta postal. h. 1930.*





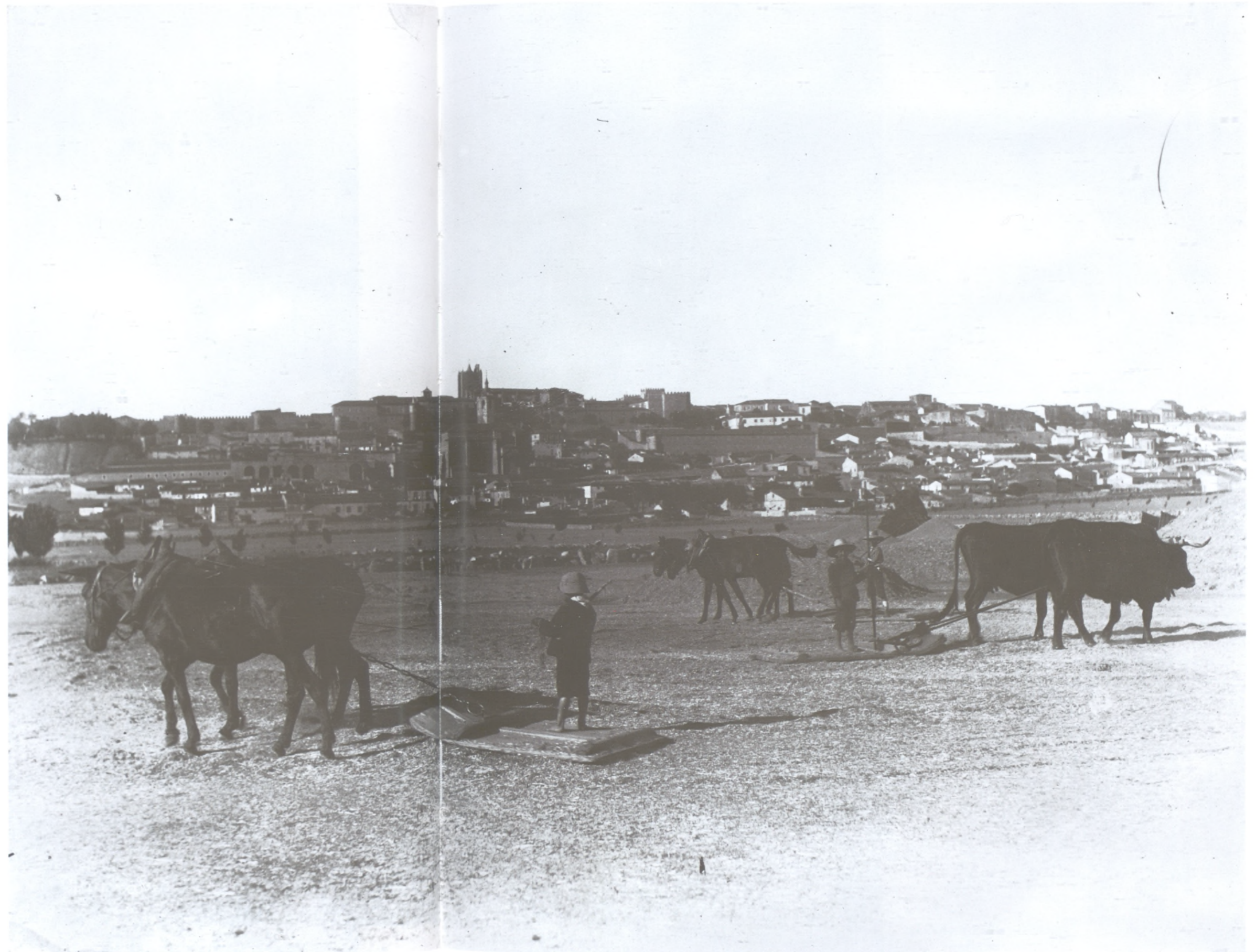
Reflejos del río.  
*Tarjeta postal. h. 1960.*



Vista parcial. *Tarjeta postal. h. 1960.*

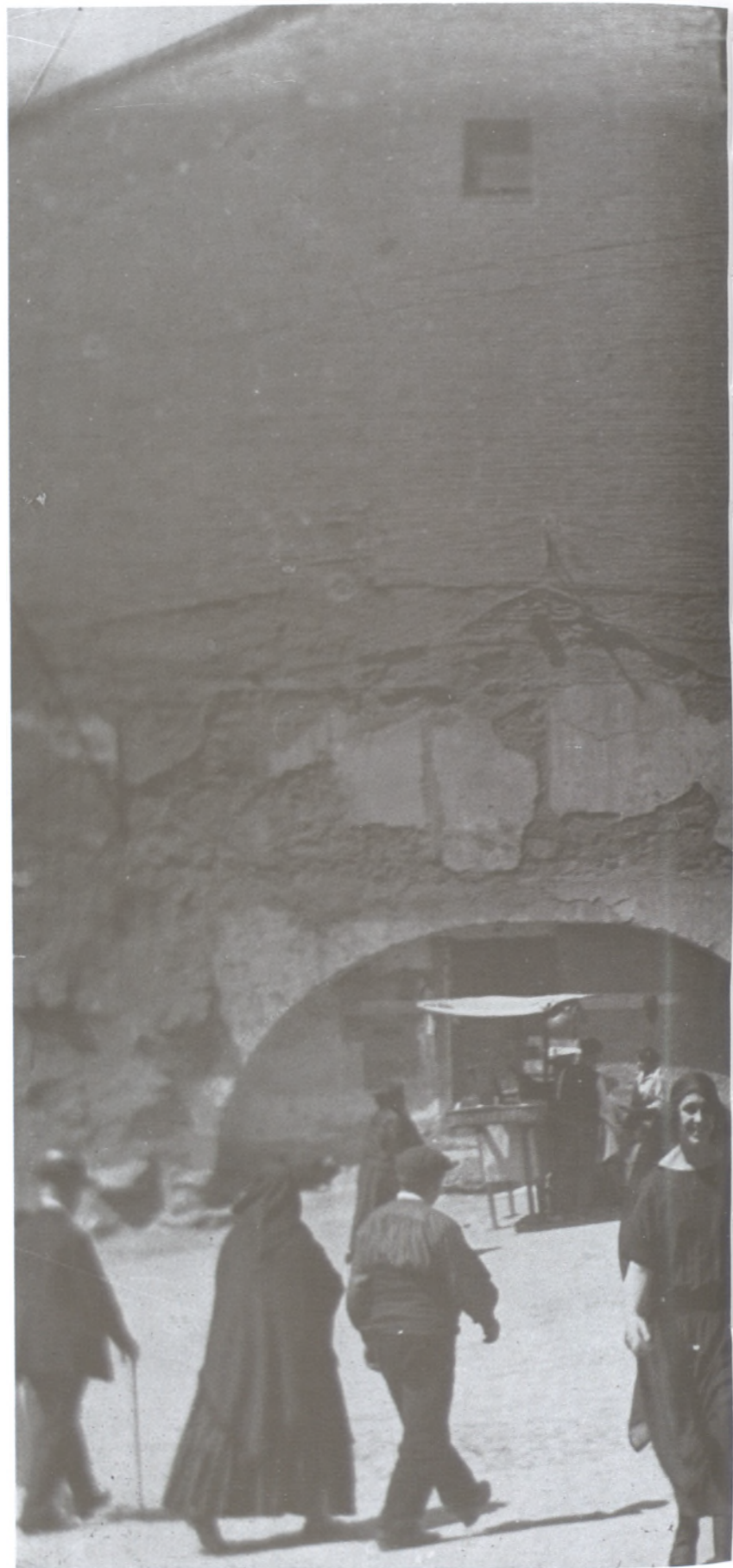


# Archivo Antonio Mayoral



Las eras de Ávila.  
Foto: José Mayoral. Agosto. 1925.





Paseo bajo el arco del Alcázar.  
Foto: José Mayoral. 1918.







Parada de coches de línea. Foto: Antonio Mayoral. 1948.



El Corralón. Foto: Antonio Mayoral. 1940.





Puerta de la Mala Ventura. Foto: *Antonio Mayoral*. 1948.



Feria de Septiembre. Foto: *Antonio Mayoral*. 1965.





Feria de ganado en la cuesta del Carmen. Foto: *Antonio Mayoral*. 1965.



# Lugares y escenas



Casas en San Vicente.  
Murallas y Catedral.  
Foto: Mas. 1928.



Terrenos del Hospital.  
*Archivo Mayoral*. h. 1940.



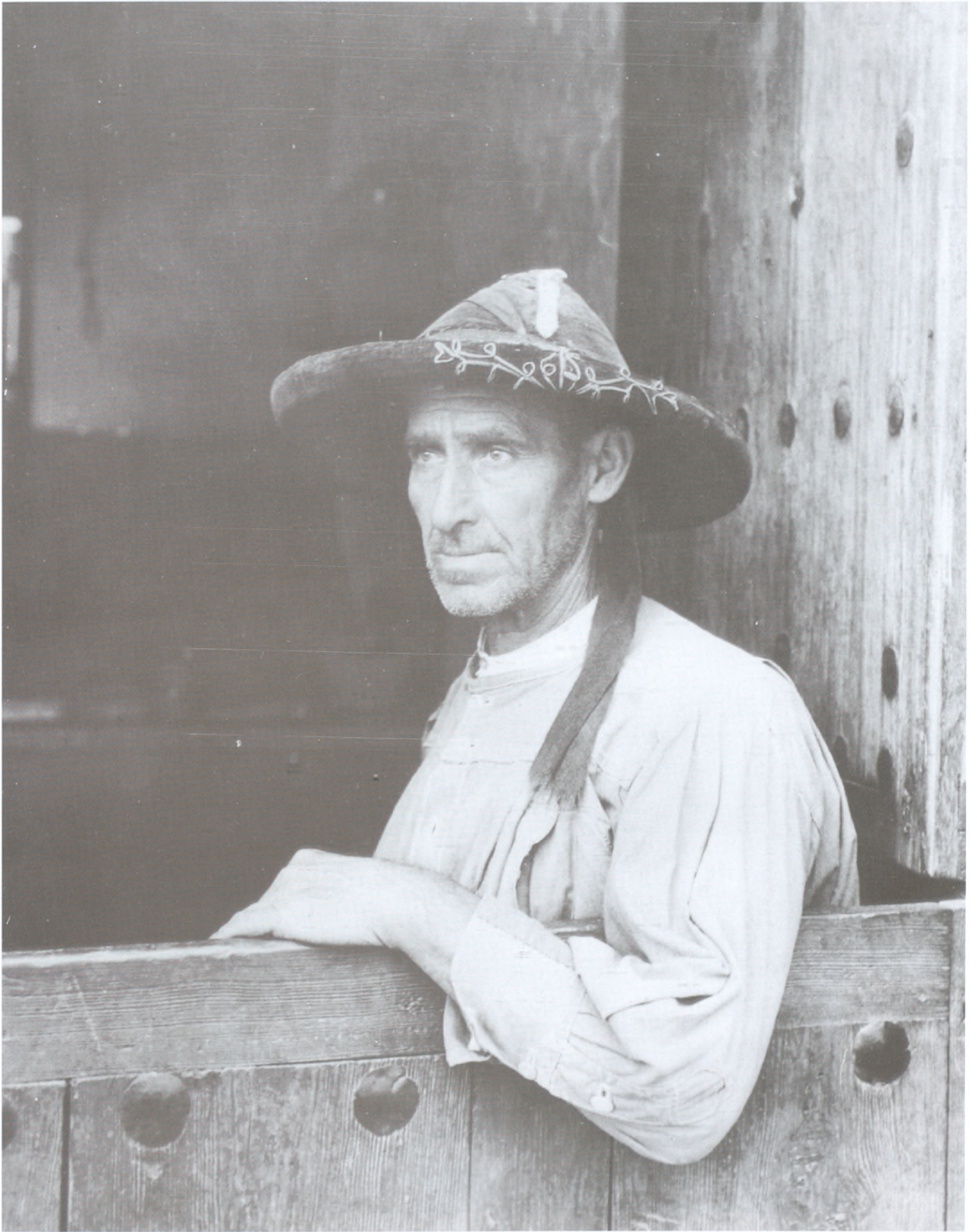


Vendedor ambulante de leche. h. 1900.



Campesinos en el atrio Norte de San Vicente.  
Col. Vicente Martín. h. 1940.





Tipo del país. Foto: Mas. h. 1930.



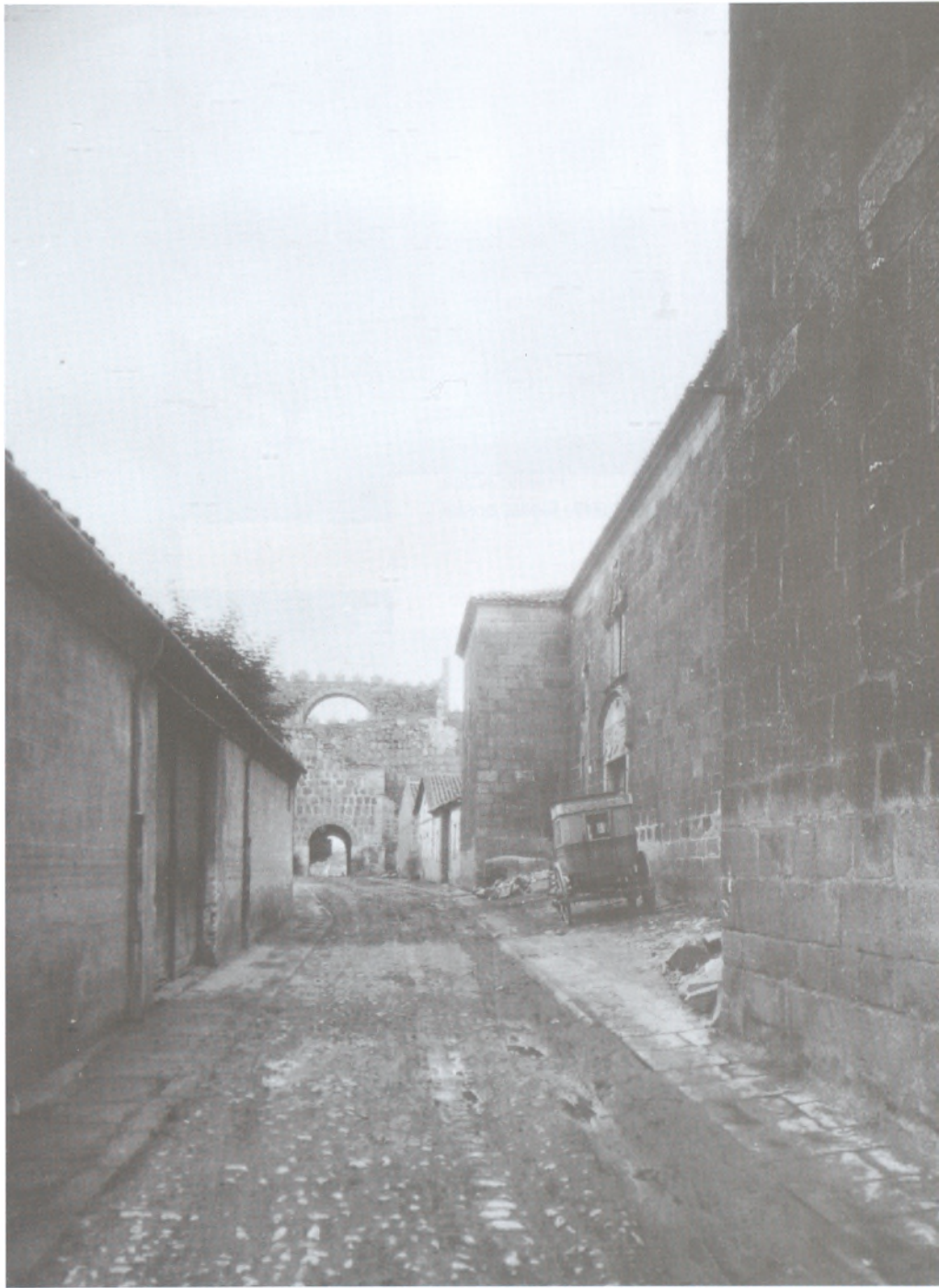


Alumnos y profesores de magisterio en San Vicente.  
Foto: Cámara. h. 1914.



Procesión en San Vicente.  
Foto: Redondo y Zúñiga. h. 1900. Tarjeta postal.





Calle Lope Núñez.  
Foto: Mas. 1928.

Calle Lope Núñez (Sofraga) y Puerta de San Vicente.  
Tarjeta postal. h. 1920.





Puente Adaja.  
Foto: Alsina. h. 1940. Tarjeta postal.



Audiencia y arco de la Santa.  
Foto: Alsina. h. 1930. Tarjeta postal.



Alameda de los Cuatro Postes.  
Tarjeta postal. h. 1950.





Pregón de las fiestas.  
Foto: *Mayoral*. 1947.



Procesión de la Virgen de las Vacas.  
en la calle Vallespín. 1936.



Los Gigantones.  
Foto: *Santos Delgado*. h. 1960.





Hortelano en el Grande.  
Tarjeta postal. h. 1945.



Calle P. Jerónimo Gracián.  
Foto: Mayoral. 1930.

3. AVILA — Puerta del Alcázar



Aguadores en el Arco del Alcázar.  
Foto: h. 1908. Tarjeta postal.



Atrio Sur de San Pedro.  
Foto: Col. Vicente Martín. h. 1930.





Eva Perón en Ávila.  
Foto Cifra, Junio, 1947.



35. AVILA.-Convento de San Antonio.  
Foto. Mayoral Encinar.

Convento de San Antonio.  
Foto: Mayoral E. h. 1920. Tarjeta postal.



75. AVILA.—Portada del antiguo Hospital de San Martín.  
Fot. Mayoral Encinar.

Portada del antiguo Hospital de San Martín.  
Foto: Mayoral E. h. 1920. Tarjeta postal.





Cucañas en el Chico.  
Foto: *Mayoral*. h. 1925.



Carruajes en los Cuatro Postes.  
h. 1910.



Paseillo en la vieja plaza de toros.  
Col. *Vicente Martín*. h. 1945.





Cine Lagasca.  
Foto: A. Mayoral 1959.



Hotel Inglés, hoy Continental. h. 1930.



Fábrica de chocolates en las afueras. h. 1930.





Muralla y carretero.  
*Tarjeta postal. h. 1940.*



Cortejo fúnebre en la calle de La Muerte y la Vida.  
*Acuarela: A. Veredas. h. 1940.*



Estudiantes en los Cuatro Postes. *h. 1950*





Parador del Rastro.  
Foto: Kindel. h. 1930. Archivo de Información Artística.  
Ministerio de Educación y Cultura.



Patio de posada en la Calle de La Muerte y la Vida.  
Foto: Kindel. h. 1930. Archivo de Información Artística.  
Ministerio de Educación y Cultura.



Café en la Calle San Segundo.  
h. 1935.





Comercio de la calle Reyes Católicos.  
*h. 1930.*



Café Novelty, hoy Copacabana. *h. 1950.*



Carros ante el fielato del puente.  
*Tarjeta postal. h. 1945.*





Ruinas y huerta del Convento de San Francisco.  
Foto: Moreno. h. 1930. Fototeca del Patrimonio Artístico. M. E. C.



Interior de la Iglesia de San Francisco.  
Foto: Moreno. h. 1930. Fototeca del Patrimonio Artístico. M. E. C.





Plaza del General Mola. Foto: Mas. h. 1928.



Calle Reyes Católicos.  
Tarjeta postal. h. 1930.



«En la fuente del Carmen».  
Tarjeta postal. 1940.





Real Fábrica de Algodón.

Fue mandada levantar por Carlos III en 1789. Financiada por la Real Hacienda, fue dirigida por los expertos ingleses John Berry y Thomas Milne, contando además con excelentes estampadores catalanes. Dio trabajo durante una larga época de decadencia a cientos de abulenses que manufacturaban el algodón traído de las colonias americanas. Fue considerada uno de los edificios más representativos de la arquitectura industrial del S. XVIII. Transformada en fábrica de harinas hacia 1860, se incendió en 1983, en las fechas en que se estudiaba proteger la fantástica maquinaria que contenía como Bien de Interés Cultural. Después de ese incidente cayó en el más absoluto abandono. Tras una triste polémica entre quienes querían derribarla y quienes deseaban restaurarla con informes académicos, para usos como un museo de escultura contemporánea, fue derribada por el Ayuntamiento una noche de 1996, por considerarse «un pegote».



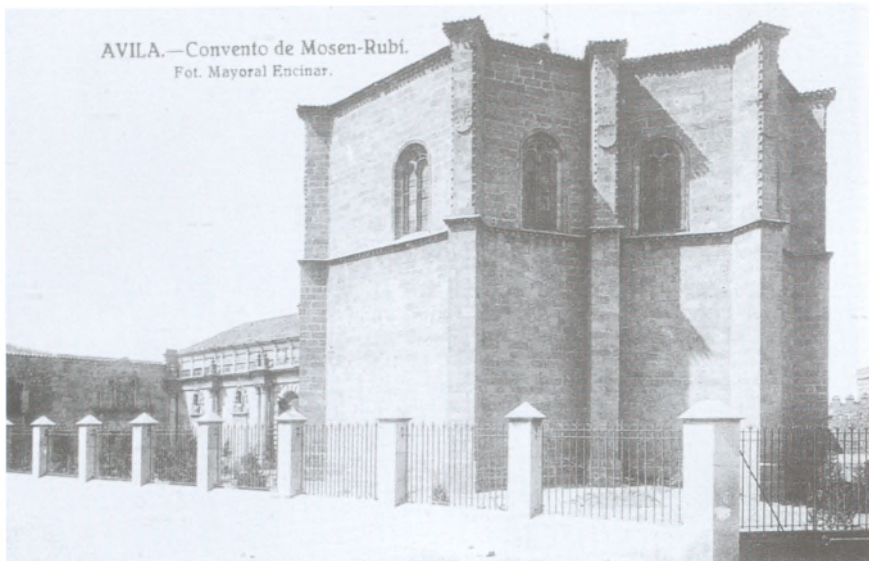
Jura de bandera en El Grande. h. 1920.



Procesión en la calle Tomás Luis de Victoria.  
h. 1930. Cedida por J. L. Gutiérrez.



AVILA.—Convento de Mosen-Rubi.  
Fot. Mayoral Encinar.



Convento de Montserrubí.  
Foto: Mayoral E. h. 1920. Tarjeta postal.



Somaten. Cuadrilla de civiles para  
la captura de maquis tras la Guerra Civil.  
Foto: Mayoral E. h. 1940. Col. Vicente Martín.



Recibimiento de un soldado cautivo por las  
autoridades de Ávila, tras la Guerra de África.  
Tarjeta postal. h. 1915. Col. Vicente Martín.





De vuelta del mercado.  
Foto: Loty. h. 1930. Tarjeta postal.  
Col. Vicente Martín.



Entrada de feligresas en San Vicente.  
Foto: Loty. h. 1930. Tarjeta postal. Col. Vicente Martín.





Molinos de viento y tipos del país en el Camino de San Roque.  
h. 1920. Col. Vicente Martín.



Cabalgata medieval en la calle San Segundo.  
Foto: Mayoral E. h. 1925. Tarjeta postal. Col. Vicente Martín.





Escena del asalto a la ciudad en el rodaje de «Orgullo y Pasión», protagonizada por Frank Sinatra, Sofía Loren y Cary Grant.  
Foto: A. Mayoral. 1956.



Muralla y puerta tapiada del Espejo o de la Mala Ventura.  
Foto: Rafael Sierra. h. 1900. Archivo general del Palacio Real de Madrid.





Iglesia de San Martín. Ajates.

Foto: *Rafael Sierra*. h. 1900. *Archivo General del Palacio Real de Madrid*.

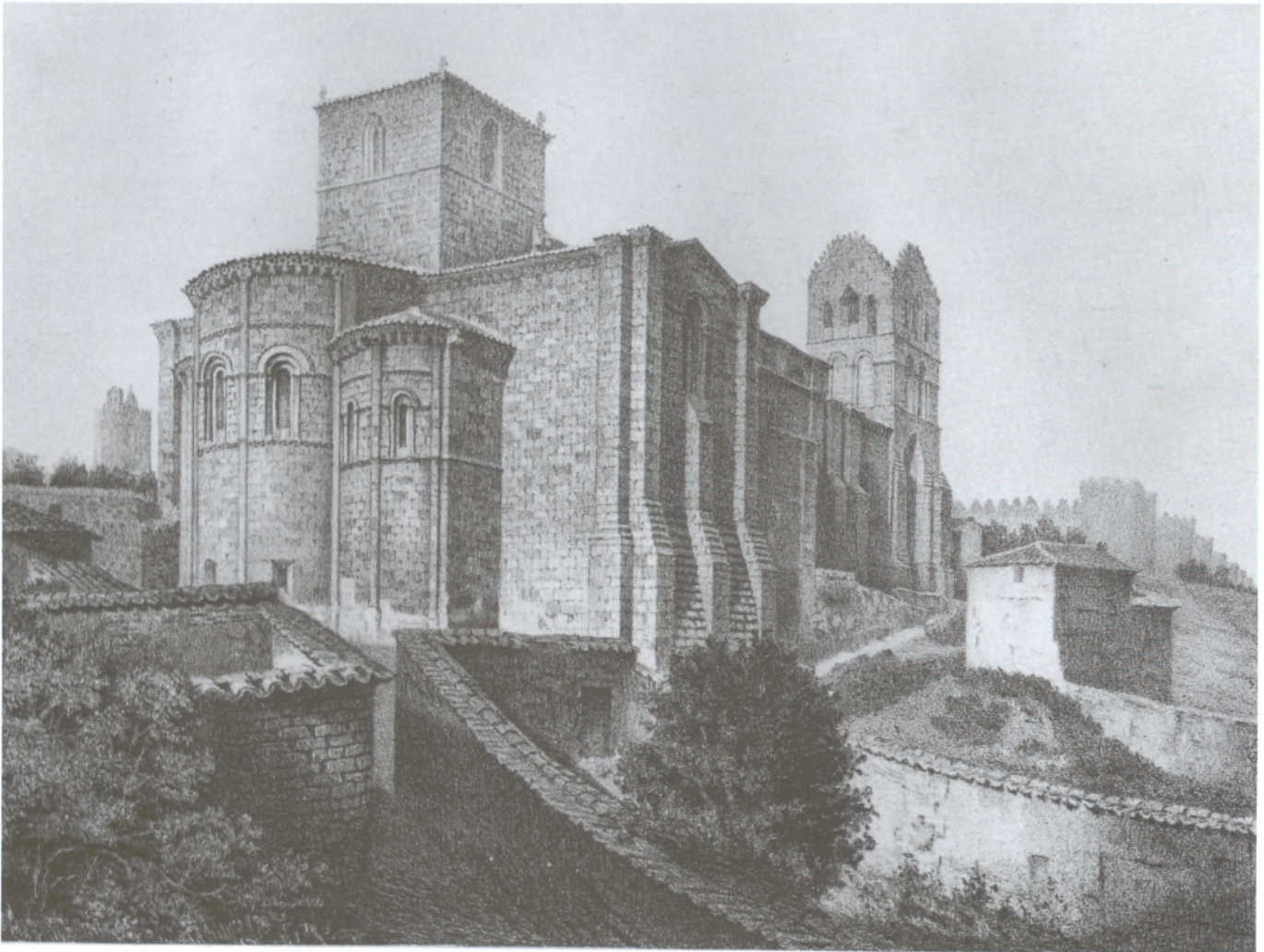




Inauguración de la estatua de la Santa en la Granja de Santa Teresa, junto al convento de San Francisco (al fondo).  
Foto: *Torrón Hermanos. h. 1904. Col. José Luis Sastre.*



# San Vicente



Basilica de San Vicente.

*Litografía de un dibujo de F. X. Parcerisa. (Del texto: Recuerdos y bellezas de España. 1865).*

Una vieja tradición cuenta por qué un terreno tan desnivelado fue elegido para levantar la monumental basílica de San Vicente. Aparentemente no tiene explicación que una iglesia se edificase sobre un terreno escarpado, cuando sólo unos metros más arriba había un firme rellano que hubiese evitado complicaciones a canteros y arquitectos. Alguna teoría argumenta que se eligió el lugar para evitar el cementerio que pudo haber en el jardín que hoy bordea la muralla, pero si

así hubiese sido se hubiese podido edificarla algo más al Este del mismo rellano, como ocurre con San Pedro en el Grande. Ocupar los escarpes más inaccesibles e inmediatos, si no era necesario, solo ayudaba al enemigo. Su proximidad a la muralla, prácticamente encima del cerco defensivo, tampoco sostiene esa explicación. La razón parece más bien ser que el actual templo fue levantado sobre la primitiva iglesia, que guardaba la memoria del milagro; naturalmente no se





Vista de Ávila.

Grabado de Bernardino Rico. Tomado de «La Ilustración Española y Americana». h. 1865.

conservan visibles restos de aquella humilde ermita, seguramente arrasada una y otra vez, pero preservar los mismos enclaves era costumbre que se respetaba fidelmente en todos los santos lugares. En ese mismo terraplén fue probablemente donde se arrojaron los cuerpos de los primeros mártires de Ávila. Cuentan que aquel desmonte era el muladar donde iban a parar los escombros e inmundicias de la entonces aldea romana, y aquí es donde comienza la leyenda.

En el año 306 de nuestra era, Ávila sería efectivamente una pequeña colonia del Imperio. Daciano, el prefecto de la provincia hispana, recibió la orden de perseguir a cuantos cristianos se mantenían sin renunciar al nuevo credo. A Talavera de la Reina, conocida entonces como Eborá, llegó este gobernador desde Toledo pretendiendo iniciar otra de aquellas redadas, con el fin de desterrar a los nuevos confesos. Entre los cristianos, un joven conocido como Vicencio fue detenido. Dada su belleza llamó la atención del prefecto que le quiso captar para su servicio personal. Aunque ya estaba bautizado, Daciano deseaba que Vicencio cambiase su adoración a Yahvé por romanas divinidades como Júpiter. Como no logró disuadirlo, ordenó encarcelarlo con la esperanza de un cambio de actitud. Vicencio pidió como gracia que le concediese al menos tres días para meditar su decisión. Hasta los oscuros calabozos fueron a visitarle sus hermanas Sabina y Cristeta, que temían también por su seguridad y su honra; sin embargo, lo que verdaderamente planeó el joven fue su fuga. Tras lograr escapar en plena noche, salieron los tres hermanos campo a través hacia el norte. Al cabo de unos días por valles y montañas, en los que dejarían su nombre en la toponimia de algunos lugares

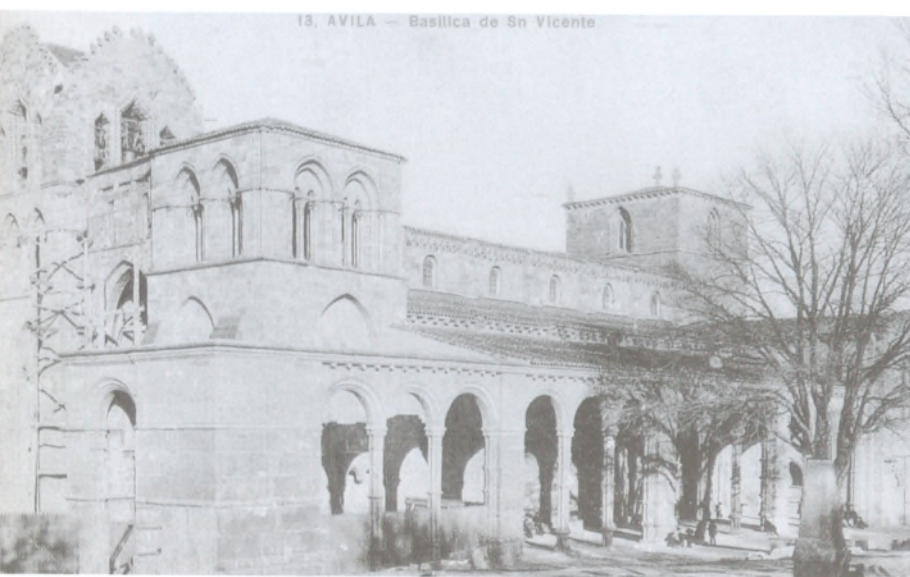




Atrio de San Vicente. Foto: *Alguacil*. h. 1880.



Ábsides durante la restauración de Repullés. h. 1886. Col. I. González de la Parra.



San Vicente en obras de restauración. *Tarjeta postal*. Foto: h. 1885.

(Sierra de San Vicente, Puerto de San Vicente, Hortigosa de San Vicente o Real de San Vicente), llegaron a Ábula o Ábyla, donde fueron finalmente detenidos.

El martirio utilizado consistió, tal como está descrito en los relieves del sepulcro, en sujetar a los muchachos por las extremidades, fijándolos a unos postes en aspa que hacían girar en sentidos opuestos hasta descoyuntarlos. En esta garrucha, piernas, brazos y

cabeza quedaban desgarrados del tronco de una forma brutal. Desmembrados sus huesos, los torturados, aún moribundos, eran sacados de la ciudad y abandonados, sin enterrar, en ese mismo terraplén que estaba a la salida de una de las puertas de la muralla romana. Allí se les aplastó la cabeza con grandes piedras y quedaron a merced de ratas y alimañas. Como es lógico, los cristianos de Ávila no se atrevían a salvar aquellos cuerpos destrozados por miedo a sufrir el mismo destino; la providencia, sin embargo, preservó su memoria por los siglos, con mejor acierto que si lo hubiese preparado un rey.

Pocos días después de ser arrojados los jóvenes en aquel pedregal, un rico judío que entraba a la ciudad, quiso comprobar por sí mismo el resultado del martirio en aquellos desgraciados. Ignoraba, al parecer, que entre aquel roquedal había una oquedad llamada de la Soterraña, que servía de guarida a una astuta serpiente que se surtía de los cadáveres arrojados. Merodeaba por allí el curioso hebreo, cuando de imprevisto sintió enroscada en su cuerpo a la bestial serpe. En vano suplicó ayuda. Apremiado por la



muerte cercana, ya en pleno ahogo, ofreció desesperadamente su conversión al Dios de los cristianos si lograba salvar su vida; al momento soltó su presa la serpiente. Tras lograr algunas colaboraciones, cumplió el judío su promesa, levando allí mismo una capilla votiva, donde encontraron digna sepultura los tres primeros mártires de Ávila. Más tarde, también el propio judío sería enterrado allí.

La primitiva capilla fue quizá sustituida por otra algo mayor siete años más tarde, cuando el Edicto de Milán trajo la libertad religiosa a los cristianos. En época musulmana al menos la memoria de los mártires debió seguir conservándose en el mismo lugar, aunque no se conserva constancia de estos antecedentes. A comienzos del Siglo XII la importancia de estos Santos, al ser reconquistada la ciudad, hizo que se edificase sobre la antigua cripta un templo a la medida de su fama, coincidiendo con el nuevo impulso edificador de Ávila.

Contemporánea de la muralla en sus inicios, surgió entonces la actual basílica. Su laboriosa construcción se concluiría en sucesivas etapas, desde el románico de la magnífica puerta oeste, que algunos atribuyen al maestro Mateo, hasta el gótico del cimborrio o la torre norte. Aquella ampliación provocó que el desnivel del terreno diese a la iglesia una elevación impropia del románico en los ábsides y la fachada norte.

Hacia el 1130 se habían construido ya los primeros muros del más bello templo abulense, que aunque fue consagrado a los tres hermanos mártires, hoy se le conoce sólo por el nombre del varón San Vicente, quizá por razones de abreviatura. En el siglo XIX este santo era aún el patrono de Ávila.

Lo más curioso de esta iglesia es que, aunque se construyó



Basilica de San Vicente.  
Foto: Thomas. h. 1930. Tarjeta postal.



Panorámica, vista del área de San Vicente.  
Foto: Mayoral E. Tarjeta postal. h. 1920.



Basilica de San Vicente.  
Foto: Mas. 1928.





San Vicente. Portada Oeste.  
Tarjeta postal: Hauser y Menet. h. 1900.



Vista desde la torre de San Vicente.  
Foto: Loty. h. 1930.

para seguir sepultando los restos del mártir, seguramente no llegó nunca a albergarlos. En 1062, antes incluso de ser proyectada, Fernando I, aconsejado por un monje de Arlanza, hizo una rápida incursión en la Castilla musulmana, para rescatar de la antigua capilla de Ávila los cuerpos de Vicente, Sabina y Cristeta, que se trasladaron a León, Palencia y Arlanza respectivamente; se pretendía con ello que sus restos estuviesen más seguros, alejados de las fronteras sarracenas. Los episodios de este rescate, los cuenta Gonzalo de Berceo en la «Vida de Santo Domingo de Silos». Algunos aseguran que estos restos regresaron en 1175, pero no hay constancia fidedigna de ello, de modo que el bello sepulcro que hay en el crucero de San Vicente probablemente sea un cenotafio. El empeño por hacer creer que los santos estaban aquí enterrados, dio antaño lugar a otra leyenda, que relata cómo un obispo metió su mano por una abertura de la tumba, sacándola ensangrentada. Esta historia se puede encontrar repetida en la misma época en Segovia con otro beato del lugar. Ávila, tierra de santos, no ha podido dar sepultura a sus más espirituales hijos, casi todos ellos están repartidos por la geografía hispana, troceados o íntegros. Sí están, sin embargo, en San Vicente, los restos de San Pedro del Barco, traídos hasta aquí en 1193, por una curiosa historia de resultados increíbles. Dicen que al morir San Pedro del Barco, monje benedictino natural del pueblo del mismo nombre, se abrió una disputa entre aquella villa y Ávila; las dos poblaciones no se ponían de acuerdo sobre dónde debían descansar sus restos. La discusión se resolvió mediante una decisión salomónica; montaron su cadáver sobre una mula ciega y acordaron que allí donde se detuviese el animal, sería enterrado también el Santo. Aquella acémila se encaminó hacia Ávila con tanta precisión, que al llegar a San Vicente entró por la puerta, derrengándose justo en un brazo del crucero, donde dejó grabada sobre una losa de piedra su última cox. El animal fue enterrado en el llamado Cubo de la Mula de la muralla, en la esquina más próxima a la iglesia, aunque más bien ese cubo debió recibir esa denominación por la cabeza de un pequeño verraco que sobresale del muro. Según otra versión, el nombre proviene de que los clérigos esperaban aquí la llegada de los nuevos obispos, montados en sus mulas. De esta historia de la mula, sin visos de certeza, se pueden encontrar símiles en otras ciudades, referidas a varios santos, con idénticos episodios milagrosos. Cianca, autor del más antiguo libro sobre San Vicente de Ávila, encuentra también paralelismos a la historia del propio Santo. «Fue en todo semejante este sagrado martirio de San Vicente de Ávila, al de otro San Vicente de Valencia».

El templo de Ávila tiene sin embargo, una notable historia, en la que no han dejado de intervenir nobles y reyes: el rey San Fernando, Alfonso X el Sabio y Alfonso XI, entre otros, reconstruyeron diversas partes de su fábrica, otorgándola en ocasiones privilegios y prebendas. San Vicente de Ávila fue una de las tres iglesias juraderas de Castilla; «con la mano puesta sobre el testero del *Salvador*, juraban los caballeros abulenses *morir antes que faltar a su palabra*, y en



honor a la verdad que la cumplían siendo esta la razón porque se llamaba a San Vicente la más famosa iglesia juradera del Reino de Castilla; los Reyes Católicos prohibieron tan sano juramento».

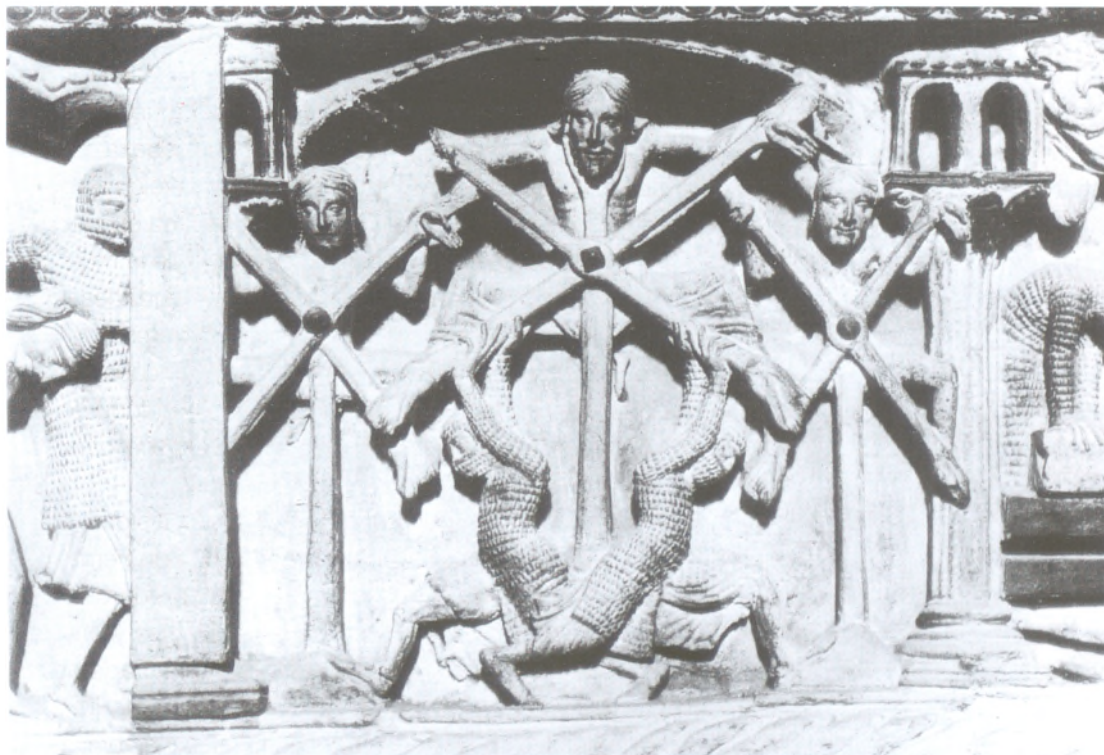
Este edificio de bellas perspectivas desde cualquier lugar que se lo contemple, tiene detalles verdaderamente interesantes, como la cornisa que corre bajo el alero de la nave central; ahora este alero podrá verse de cerca desde la torre sur, cuando sea abierto el nuevo museo; entre sus 207 relieves hay alegorías de los vicios y virtudes humanas entre una y otra flor, para que sólo pasen advertidos a los más observadores. Los capiteles de los ventanales del triforio, cada uno diferente, con caprichosas floraciones y bestiarios, quedarán también a la altura de los ojos del visitante. Hay que fijarse en la bóveda de crucería de la nave mayor, una de las más antiguas del gótico español. Una vista longitudinal de esta nave se ve al pasar de una torre a otra por la galería superior del pórtico; hay allí un balcón con tres bellas ventanas, que dejan ver a través de un elevado ventanal justo en la otra punta de la iglesia, un crucificado sobre el altar.

Los pormenores del pórtico principal, como toda la iglesia, merecen una explicación guiada. Deténganse en las filigranas de las seis archivoltas y sobre todo en las figuras del pórtico, que mantienen desde hace siglos una animada conversación. En la puerta sur hay

cinco figuras bien talladas; en las tres de la derecha, algunos creen ver al rey Alfonso VI, que mandó levantar esta ciudad, junto a su hija Urraca y su esposo Don Raimundo de Borgoña.

En San Vicente está un poco la historia de Ávila y también algunos de sus enigmas. En la cripta se guarda la Virgen de la Soterraña, una de las imágenes más veneradas desde la antigüedad. Allí abajo quedan restos arqueológicos, tumbas y algunas tablas de interés. El sarcófago levantado en el crucero para guardar los restos de los mártires, es la pieza más meritoria del interior; sus relieves relatan la historia y martirio de los santos.

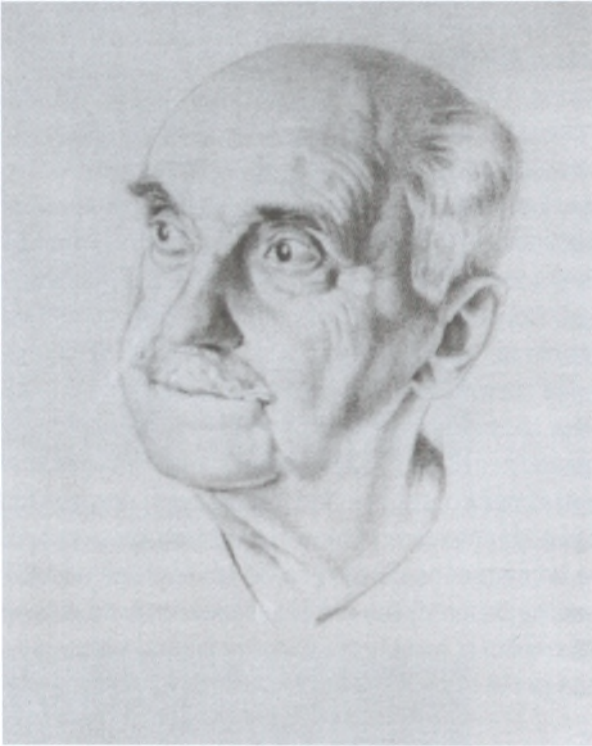
El edificio, construido con piedra arenisca de La Colilla, fue restaurado profusamente hace un siglo por el arquitecto Enrique María Repullés, que dejó escrito un libro sobre sus trabajos. Este texto ha sido reeditado por el Consejo de Fábrica de San Vicente siendo ampliamente documentado por José Luis Gutiérrez. Quienes todavía tenemos ocasión de contemplar esta basílica, podremos verla pronto enteramente, entrando por pasadizos, torres y galerías que serán dedicados al museo románico de la ciudad. La vocación con que los canteros se emplearon en cada piedra de este edificio, se ve en pequeños detalles como las figurillas esculpidas en las bases de las columnas exteriores de la torre sur. En realidad, toda esta iglesia es una pura escultura legada por el medioevo al siglo veintiuno.



San Vicente. Cenotafio de los Santos. Escena del descoyuntamiento.



# Santayana



Jorge Santayana.  
Dibujo: Lino Lipinsky. 1950.

Este libro es, evidentemente, una obra incompleta. Otras historias, artistas, escritores y monumentos, deberían seguir como continuación a este volumen. Los capítulos que aquí aparecen fueron tomados para ilustrar las páginas de una revista; surgieron un poco al azar, siempre con la esperanza de tratar más adelante otros temas igualmente interesantes, que finalmente quedaron en el lápiz. Cuando el libro ya estaba en imprenta no pude evitar, sin embargo, dedicar unas páginas a un hombre admirable: Jorge Santayana (1863-1952). La obra de este escritor y filósofo ligado a Ávila, constituye un valioso referente para la ciudad.

Resulta difícil sintetizar la obra de este hombre esencial. Sus ideas han influido en figuras como T. S. Eliot, Conrad Aiken, Wallace Stevens o

*«Los que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo».*

J. Santayana

Robert Frost, por citar sólo algunos intelectuales de habla inglesa. Personalidades de la cultura española como Pedro Salinas, Jorge Guillén, Fernando Savater, Raúl J. Sender, Manuel Fraga o Francisco Ayala, se han sentido igualmente atraídos por sus razonamientos; actualmente es estudiado en universidades de todo el mundo, principalmente en Estados Unidos, donde se le dedican estudios y seminarios y donde se le aprecia como un valor imperecedero. El pintor Esteban Vicente, afincado en Nueva York y perteneciente a la generación de artistas como Rausemberg, Andy Warhol o Jackson Pollock, comentó recientemente en una visita a España para inaugurar su museo de arte moderno en Segovia, que Santayana se había convertido en su autor de cabecera; pero, independientemente de los adeptos que tiene fuera de nuestro país, Santayana debería ser para Ávila otra de esas figuras que salieron de la ciudad para enriquecer su historia; incluso como la mayoría de ellas ha permanecido cercenado demasiado tiempo.

Hace años, hubo un ofrecimiento al Ayuntamiento para erigirle un busto en Ávila; a pesar de que la imagen estaba ya realizada y el coste era razonable, se desestimó la iniciativa. A fuerza de insistir se consiguió que se le dedicase una carretera de entrada en el polígono industrial, un consuelo que nada cuesta a quien lo otorga y que sirve, más que nada, para tranquilizar la conciencia de quienes presiden homenajes, aunque en ocasiones, el personaje, la entidad o el monumento de turno se consigue redimir antes, más a pesar de ellos que por ellos.

Vinculado a Ávila donde pasó parte de su niñez, Santayana describe en sus memorias una clarividente visión de esta ciudad y sus gentes. La conoció suficientemente bien como para comprenderla y quererla a lo largo de su vida. Aún desde su altura intelectual, prefiere la sen-



cillez cuando tiene que describir la naturaleza de esta tierra, que muchos creemos conocer, pero que necesita de acertadas referencias como la suya.

Pedro García Martín ha realizado una tesis doctoral y varios trabajos sobre el «Sustrato Abulense» de Santayana y la influencia que ese origen llegó a tener en su vida. Este mismo profesor, organizó hace años un congreso que reunió en Ávila a personalidades de varios continentes en torno a la figura del filósofo; la mayor parte de los datos que aquí aparecen están facilitados por él; deseo agradecerle su ayuda y amable interés.

No falta quien, al llegar a Ávila, intenta averiguar los escenarios donde vivió Santayana, principalmente norteamericanos, Jorge Santayana o George como ellos le llaman, es más admirado allí que en su lugar de origen, aunque nunca renunció a su nacionalidad española. Ciertamente muchos de sus libros los escribió allí, también es verdad que toda su obra está íntegramente en inglés, porque así lo demandaba el mundo cultural que se interesaba por su pensamiento, sin embargo nunca perdió su identidad española, «y en España su único lugar de referencia fue siempre Ávila».

La familia de Santayana vino a parar a Ávila cuando el pequeño contaba dos años. Aquel traslado por motivos casuales se convertiría en una referencia

perenne para el filósofo, que luego encontraría aquí «un lugar desde el que contemplar el mundo». Esta ciudad, que él describe de forma desapasionada pero entrañable, resultaría ideal para complementar la experiencia más cosmopolita que vendría después, cuando con nueve años le enviaron a Boston para adquirir una privilegiada educación. Once años después pudo regresar ocasionalmente durante las vacaciones para pasar los veranos con la familia que le fue quedando aquí. Dado que la madre prefirió seguir en Norteamérica, fue principalmente el padre quien mantuvo la relación del muchacho con su país y sobre todo con la ciudad, donde encontró siempre momentos de asueto y placer. Las costumbres, los monumentos y los paisajes de dentro y fuera de la muralla, le eran bien conocidos a través de aquellas vistas estivales.

Tras doctorarse en Harvard comenzó a impartir clases en aquella misma Universidad, dentro de uno de los departamentos más prestigiosos de la historia de la filosofía norteamericana, junto a William James y Josiah Royce. Entre sus más conocidas obras están: «The Life of Reason» (1905), «The Last Puritan» (1935), «The Realms of Being» (1927-40). Los más de treinta títulos que escribió abarcan temas tan diversos como la ciencia, el arte, el pensamiento, la política, la religión. Sus creencias y su sentir ofrecen una idea del mundo próxi-



Plaza de Santa Ana.  
La segunda casa de la derecha, fue durante algún tiempo residencia de Santayana.  
Foto: A. Mayoral.  
Archivo Mayoral.



ma al sentido más naturalista de la vida. Dejó además novela, poesía y teatro; algunos de sus poemas más hermosos están dedicados a Ávila, también un sainete de corte socarrón: «Eugenia», se desarrolla en la clerical ciudad amurallada de principios del siglo XX.

La casa de su infancia en Ávila estaba próxima al torreón de los Guzmanes; más tarde, a su regreso de Estados Unidos, el padre compró al inglés que había construido el hotel Continental, una vivienda junto a Santa Ana. Cuando el padre murió y ya no le fue posible volver a esta casa de Ávila, su hermana Susana, casada con Celedonio Sastre, le ofreció la suya en la plaza del Marqués de Novaliches, detrás de San Pedro. La vivienda, donde se le reservó una habitación, ofrecía unas excelentes vistas al valle que él rememora frecuentemente. Aquí estuvo viniendo con cierta asiduidad hasta los 67 años, algo después de morir su hermana. De haberse dado otras circunstancias sociales y familiares, es muy probable que se hubiese retirado a vivir a Ávila, como dejó sugerido en alguna ocasión.

Aunque alcanzó una sólida reputación en el campo de la filosofía y una brillante cátedra en Harvard, renunció a la docencia antes de cumplir los 50 años. La sociedad y el modo de vida americanos tampoco le eran muy afines. Al trasladarse a Europa, prestigiosas universidades le invitaron a dar conferencias, alternando su residencia en Francia, Inglaterra, España e Italia. Finalmente acabó fijando su base en Roma, en una de las colinas que le recordaba a Ávila por sus calles y porque desde su ventana podía ver un tramo de la vieja muralla romana.

Huyendo del artificioso «tiovivo» que representaba para él esta vida, siempre prefirió vivir de manera sencilla y discreta; incluso en Ávila se le conocía más por ser el cuñado de Celedonio. Murió en Roma en 1952 a los 88 años, en una residencia seglar de las Monjas Azules. Tras de sí dejó una forma de vida afectuosa, viajera y prolífica, asentada en el «desasimiento» por las cosas de esta vida que él tenía por filosofía.

Hace algunos años, al ser inaugurado un instituto de enseñanza en la capital, algunos profesores propusimos que el centro pasase a llamarse Jorge Santayana, aunque sólo fuese porque el nombre comenzase a resultar familiar en la ciudad. La autobiografía de este pensador («Persons and Places», 1944-53), contiene numerosas referencias a Ávila que rememoran costumbres, personas y monumentos, sin faltar un agudo análisis de la «vida social de la época».

No toda su obra está traducida, pero no hay razón para demorar el placer que producen algunos de sus libros. Por otro lado, su nombre está en las listas anglosajonas de los 30 o 40 pensadores más importantes de este siglo, en las que sólo aparecen otros dos españoles: Ortega y Gasset y Unamuno. Santayana, como afirma Pedro García en su libro, «fue un cosmopolita que vivió y desarrolló su obra entre dos mundos y llevó a cabo en su pensamiento una perfecta síntesis de lo más universal y rico de ambas.(...) Su abulensismo, familiar por un lado y afectivo por otro, es exquisitamente liberador por ambos e imprescindible para ayudarnos a los abulenses a superar de una vez por todas nuestro endémico hermetismo secular».

Santayana, ese hombre de mirada amable y despierta, es sin duda otro de los patrimonios que deberemos conocer mejor para hacerlo realmente nuestro.

## Ávila

(Fragmentos de «Persons and Places»)

Traducción de Pedro Martín García.

*....Por lo que a mí respecta, no había aún cumplido los tres años cuando nos trasladamos a Ávila y casi tenía 70 cuando dejó de ser el centro de mis vínculos afectivos y legales más profundos. El hecho de que estos vínculos me dejaran tan extraordinariamente libre fue una suerte para mi filosofía. Me enseñó a poseer sin ser poseído, a pesar de proporcionarme un emplazamiento particularmente estable y característico. Porque el espíritu más independiente debe tener un lugar de origen, un «Locus Standi», desde donde contemplar el mundo, una pasión innata a través de la que juzgarlo. El espíritu debe siempre pertenecer a un cuerpo. Pues bien, la casualidad que me convirtió en un español exiliado y me vinculó en particular a Ávila (en vez de, digamos, a Reus) fue singularmente afortunada. La austera inspiración de estas montañas, de estas almenadas murallas de la ciudad y estas oscuras iglesias, no pudieron haber sido más caballerescas ni más grandiosas; sin embargo, el lugar era demasiado antiguo, reducido, árido y abandonado para imponer sus limitaciones a un espíritu viajero; era una cumbre montañosa y no una prisión. Allí el espíritu se situaba, se estimulaba, se instruía, no quedaba refrenado.*





«A través de cualquiera de las puertas el amplio valle se hace a la vista». Arco del Rastro. h. 1930.

Lo mismo, debido a otra feliz casualidad, podría decirse de otro punto principal de mi devoción, es decir Boston y Harvard College. El contraste excepcional entre ambos lugares e influencias acabó siendo una ventaja: hizo patentes las limitaciones y la contingencia de ambos. Dado que estaba destinado a despertar en España en el siglo diecinueve, no podría haberme encontrado en lugar menos degradado que Ávila, y dado que estaba destinado a educarme en América y a ganarme el pan allí, no podría haber caído en lugar más acogedor que Harvard. En cada uno de estos lugares existía un *máximum* de aire, de espacio, de sugerecia; en cada uno se daba un *mínimo* de embustería y de poder esclavizador. La dignidad de Ávila era demasiado obsoleta, demasiado inoportuna, para hacer otra cosa que estimular una imaginación ya despierta, y prestar realidad a la historia; mientras que en Harvard una riqueza de libros y sinceridad intelectual en abundancia, acompañaban a

una penuria espiritual y confusión moral tales, como para no ofrecer a la mente huérfana mas que un boleto de lotería o una oportunidad en la bolsa de la fortuna. Era necesario traer un alma firme a esta Feria del Mundo; había que escapar de este tiovivo si se quería encontrar sentido a algo o conocerse a sí mismo.

(...) No obstante, las realidades fundamentales continúan siendo manifiestas. Las murallas de la ciudad, con toda su solidez, no ocultaban el campo a la vista. A cada momento a través de cualquiera de las puertas de la ciudad o de algún baluarte, el amplio valle se hace visible, con su tablero de campos arados y álamos dispersos que bordean las rectas carreteras o se agrupan a lo largo de los charcos al lado del río, y por la noche, en las montañas, no tan lejanas, las lumbres de los pastores centellean cual estrellas bajas. Y si la gente de la capital está demasiado ocupada y miope, para acordarse del campo, el campo invade la ciudad todos los viernes por la mañana y llena el mercado de campesinos y mercancías rurales. Llegan al amanecer en grupos desde sus pueblos, montados en sus temblorosos borriquillos a la grupa el hombre o la mujer detrás de las alforjas de mimbre cuádruples, rebosantes de tomates colorados, de relucientes pimientos verdes y rojos, de lechugas y garbanzos o patatas color terroso. En mi época, aunque con tendencia a desaparecer, todavía predominaban los trajes campesinos: los hombres con sombreros negros de ala ancha, chalcos, vistosas fajas y calzas de cuero, sujetas como armadura sobre sus calzones cortos y sus medias azules; y las mujeres semejabán campanillas con sus abundantes faldas brillantes de franela, puestas una sobre otra y a veces la superior echada hacia arriba a modo de chal, para proteger los pañuelos policromados que cubrían la cabeza y los hombros. No era sólo hortaliza lo que estos campesinos autosuficientes llevaban al mercado, había también gran cantidad de prendas de fabricación casera, como alpargatas con suela de cuerda y cacharrería campesina, botijos y cántaros relucientes de nuevos y no menos lisos y rotundos que los maravillosos melones y las sandías de pleno verano.

(...) Los mercados y las ferias quedaban, sin embargo, empequeñecidos, al lado de las fiestas religiosas, sin duda bastante decaídas en mi tiempo, pero todavía impresionantes. Recuerdo la procesión del Corpus Christi, maravillosa ante mis ojos infantiles...

(...) Desde el paseo de El Rastro o desde la casa de mi cuñado sobre la cima de la misma pendiente meridional, la vista domina el aspecto más agradable y más humano del campo. A los pies se tienden los tejados de un barrio pintoresco, no exento de iglesias y campanarios; más allá, en las afueras, se levanta el monasterio de Santo Tomás; también se ven las largas y derechas carreteras, a veces bordeadas de árbo-





Invierno. Vista desde la casa de Susana y Celedonio Sastre.  
Abajo el barrio de las Vacas; más allá la calle Alférez Provisional y Santo Tomás.  
Foto: Luis Sastre. h. 1930. Col. José Luis Sastre.



Vista desde la casa donde residió Santayana.  
Foto: Luis Sastre. h. 1930.

les que cruzan el valle, y puede incluso vislumbrarse el río aunque en verano no sea más que una fila de charcos con un pequeño hilito de agua discurriendo entre uno y otro o bien ocultándose entre montones de piedras y trechos de arena. Más allá, para cerrar el panorama, se levantan los escapados picos de la Sierra de Ávila, y más lejana e imponente la Sierra de Gredos, ambas igualmente purpúreas a la vista y, por así decirlo, licuadas por el exceso de luz.

En esa dirección existía una meta interesante para un largo paseo en el tiempo fresco; y un paseo es más agradable cuando se dirige hacia algún sitio concreto, donde uno puede detenerse, mirar alrededor y descansar un poco antes de dar la vuelta satisfecho hacia casa. Este lugar era la ermita de Nuestra Señora de Sonsoles, una amplia capilla de piedra con una casa de labranza anexionada....

(...) En mi época la ciudad estaba en parte ruinoso y abandonada, reducida a 6.000 habitantes, de los 30.000 que dicen había tenido en su momento. Casi la mitad de la zona que baja hacia el río, desde lo que podría llamarse parte alta de la ciudad, dentro de su círculo de almenas y torres, estaba deshabitada. Solo aparecían allí montones de basura, unas pocas chozas insignificantes y algunas cercas donde ocasionalmente podían encontrarse algunos cerdos y gallinas. Incluso en la parte superior muchas viejas mansiones y capillas permanecían cerradas; a veces solo el portalón, con un balcón de hierro forjado, atestiguan su antigua dignidad. No les faltaba, sin embargo, dignidad a las gentes que quedaban y que llevaban una sencilla, seria y monótona vida provinciana, restringida por la





Ermita de Sonsoles. 1908.



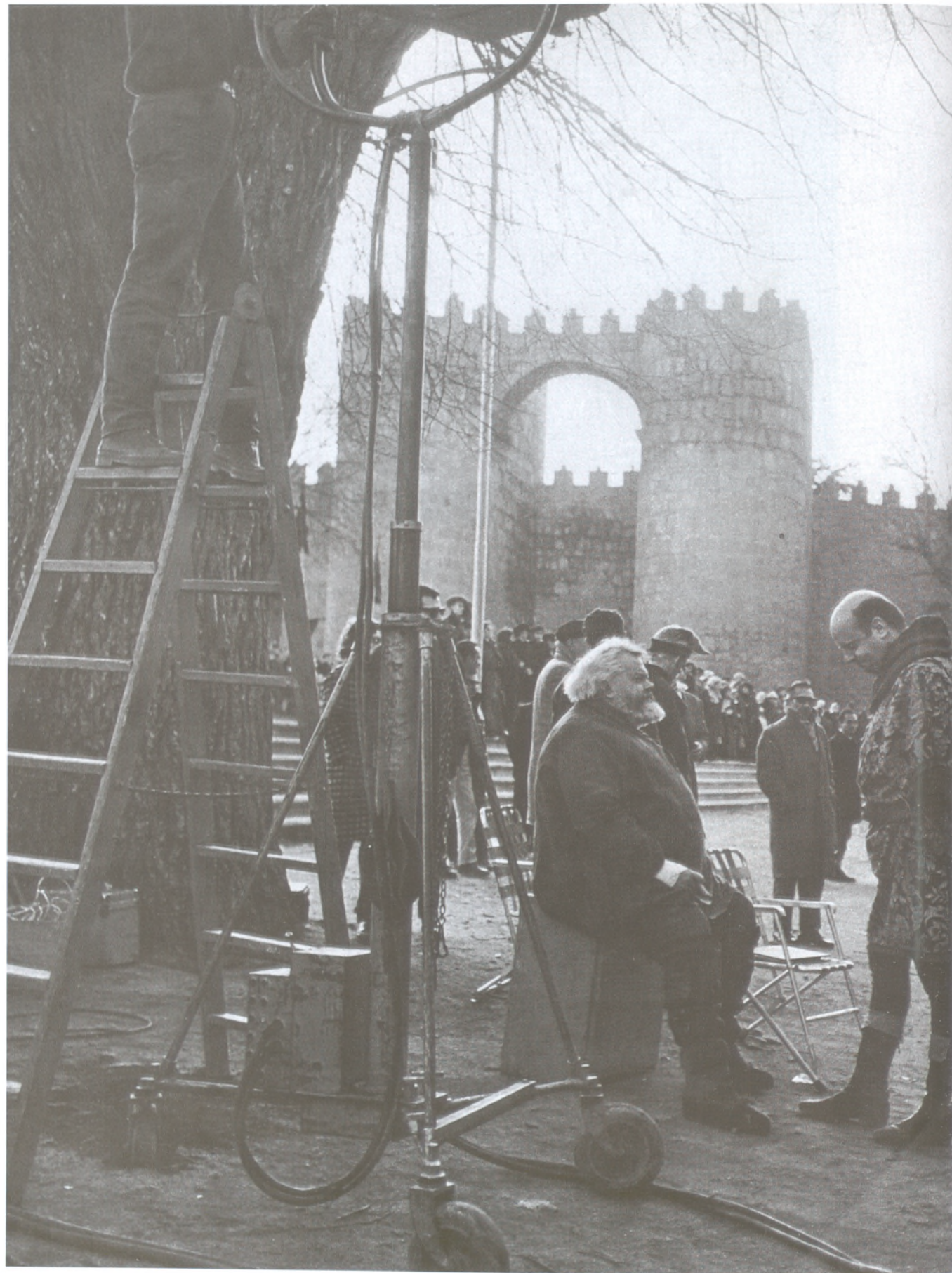
«Estos campesinos llevan al mercado, botijos y cántaros relucientes». Foto: A. Mayoral. h. 1930.

*pobreza y amenazada, más evidentemente de lo que parecían estarlo los lugares de más movimiento, por la sombra de la enfermedad, la tristeza y la muerte. Casi todas las mujeres parecían estar de luto y también los hombres más viejos. En eso no había nada impuesto ni afectado. La gente simplemente se resignaba ante las realidades de la madre naturaleza y de la humana naturaleza; y dentro de su sencillez, su existencia era profundamente civilizada, no por las comodidades modernas, sino por tradición moral. «Es la costumbre», solían aclarar al forastero, medio excusándose, medio enorgulleciéndose, cuando se mencionaba cualquier pequeña ceremonia o cortesía típica del lugar. Si las cosas no fueran la costumbre, ¿Qué motivo podría haber para hacerlas? ¿qué razón habría para vivir, si el vivir, el padecer y el morir no fueran la costumbre? Francamente Ávila era triste; pero para mí era un alivio oír que las cosas eran la costumbre, y no que eran justas o necesarias, o que debiera hacerlas.*



Puerta del Alcázar y aguadoras.  
«Casi todas las mujeres van de luto».  
Foto: Roisin. Tarjeta postal. h. 1930.





## Epílogo con Orson Welles

Paseando una tarde por Madrid, encontré entre los papeles y viejas revistas de un chamarilero, un reportaje fotográfico sobre el rodaje en Ávila de «*Campanadas a Media Noche*» (1965). Rodeado a distancia por la curiosidad de extras y espectadores, elevado por las grúas, realizando las tomas o departiendo con los actores, aparecía siempre la oronda figura de Orson Welles.

Disfrazado de Falstaff, el personaje vividor y jactancioso creado por Shakespeare, Welles alternaba los papeles delante y detrás de la cámara, protagonizando y dirigiendo un deseado film para el que no le fue fácil hallar productor. Convertido este guión en una obsesión, tras buscar financiación en varios países, encontró en España al empresario Emiliano Piedra dispuesto a asumir los riesgos de un proyecto que entonces requirió cincuenta millones de pesetas.

Debido a una lesión de tobillo, que arrastraba desde años antes, el genio caminaba al final del rodaje con una muleta. Los rumores sobre su forma de vida





tampoco cesaban, semanas antes había padecido un trastorno hepático que le obligó a guardar reposo. Los problemas continuaron al finalizar la película, a pesar de haber recibido buenas críticas, su recaudación fue escasa. Entre una escena y otra puede verse disfrutando de sus habanos. Inmerso en su mundo, anda abstraído y solitario, aun rodeado de la multitud, como un dios irreverente de pobladas barbas blancas, que reinase sobre todo con su sola presencia.

Nada guarda esta ciudad a la memoria de uno de los grandes talentos del siglo XX. Welles encontró en Ávila los escenarios idóneos para ambientar el mejor de sus trabajos sobre Shakespeare. Se deleitaba contemplando los más bellos escenarios de la antigüedad, por ello recreó alrededor de la muralla y San Vicente el drama del film. Extinguidas en campanadas, las vanaglorias que consumen a los hombres quedan tan vacías, como el ego ciego que las alimenta. Efímera existencia de vidas y





monumentos que irán desapareciendo inexorablemente con el paso del tiempo.

En un largometraje que rodó nueve años más tarde sobre los procesos, a veces desconcertantes, de la autoría en el arte, el director insertó una sincera reflexión que resultaría ser una nota autobiográfica. Ante la contemplación de la catedral de Chartres, al paso de planos y detalles del monumento, la voz grave de Welles resuena lenta y severamente. Sus pensamientos intemporales, como los argumentos que razona, profetizan el destino del hombre y sus obras; una parábola sobre la vida y la muerte que también fue el argumento de las escenas rodadas aquí en *Campanadas a Media Noche*. Meditaciones que podrían servir para la contemplación de estos monumentos de Ávila, declarados también patrimonio de la humanidad, especialmente a la sombra de San Vicente:

*«Ha estado aquí durante siglos. Quizá la mayor obra del hombre occidental. Y no tiene firma.*

*La celebración de la Gloria de Dios, que dignifica al hombre, desnudo, pobre, miserable. Ya no hay celebraciones. El nuestro, nos dicen los científicos, es un mundo desechable.*

*Quizá sea esta la gloria anónima, entre todas las demás cosas, este rico bosque de piedra, este canto épico, este gozo, este grandioso salmo de afirmación, lo que elijamos cuando nuestras ciudades sean sólo polvo, y que permaneciendo intacto, indique donde estuvimos y que muestre donde hemos llegado.*

*Nuestras obras de piedra, pintadas o impresas, apenas perdurarán unas décadas o un milenio o dos. Pero todo debe caer finalmente, bajo tierra o consumiéndose hasta el final en ceniza universal.*

*Los triunfos y los engaños, los tesoros y los fraudes, como es ley de vida, todos, tenemos que morir. Sed honestos, claman los artistas muertos desde el vivo pasado. Nuestros cantos serán silenciados, pero ¿y qué importa?. Seguid cantando. Quizá el nombre de uno, no importe tanto.»*









ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE MIJÁN  
EL DÍA 3 DE DICIEMBRE AÑO MCMXCVIII.  
SE HICIERON MIL EJEMPLARES EN PAPEL ESTUCADO ARTE.  
TODOS ELLOS VAN NUMERADOS DEL 1 AL 1.000.

EJEMPLAR N<sup>o</sup>















Pajares

Con la edición de esta obra de JOSÉ LUIS PAJARES, se ofrece la primera recopilación antológica de imágenes antiguas de Ávila. Seiscientas FOTOGRAFÍAS, GRABADOS, PLANOS Y DIBUJOS, se recogen en más de cuarenta artículos y apartados monográficos. Un cuidado volumen sobre la historia, las leyendas, los escritores, los artistas, las costumbres y los monumentos de una de las ciudades Patrimonio de la Humanidad.





ISBN 84-605-8359-7



9 7884 60 583592



DL 29605

scubrit Avila

Jose Luis Pajares